JOSÉ MARÍA ZAVALA



LA MADRE

LA GRAN NOVELA DE MARÍA DE NAZARET

Des es Orbo.

A Juan Joyave, que tanto me han acompañado con sus oraciones mientras escribí esta novela.

A sus tres hijos, A.V., Juanjito y Mercedes y a la Vuela Mercedes.

El corazón de una madre es un abismo en cuyo fondo siempre se encuentra un perdón.

O no gede Balzac, la mujer de 30 años.

Preambulo, el regazo del mundo.

Mucho antes de comenzar a escribir esta novela, ya sabía hacia donde se dirigía.

Desde su primer latido, la madre avanzaba a través de caminos, heridas, silencios y pérdidas, hacia una sola escena,

una madre acogiendo el cuerpo de su hijo muerto. La piedad.

Esa imagen permaneció siempre en el horizonte del relato, discreta y constante, ordenando interiormente cada página.

Más que el desenlace de la historia, era su centro de gravedad.

La vida de María de Nazaret, alcanza en ese instante una expresión que desborda cualquier forma de narración.

Todo convergen los brazos donde reposa aquel a quien un día entregó al mundo.

El mismo al que sostuvo, alimentó y protegió, ahora devuelto al silencio de sus manos.

Quizá por eso la piedad ha atravesado los siglos con una fuerza que ninguna época ha logrado extinguir.

Antes de fijarse en la piedra o en la pintura, fue un movimiento de alma.

Una madre inclinada sobre su hijo, en una actitud tan ancestral como la propia humanidad,

donde resuenan todas las pérdidas que han marcado la historia.

Los artistas lo comprendieron con una inspiración profunda desde las vespelder del mundo germánico hasta la seneridad sobrecojadora que escurpió,

millilángelo Bonarrotti en la piedad del Vaticano.

Generaciones enteras han regresado a esa representación.

Cada época la ha contemplado con sus propios ojos y sin embargo el núcleo de esa escena permanece intacto.

En la piedad no hay trunfo visible ni pretensión heroica, sólo un cuerpo vencido por la muerte y unos brazos que lo reciben con una delicadeza inefable.

En ese momento se revela una forma de grandeza que no necesita proclamarse.

La fidelidad del amor cuando todo parece haber terminado.

Tal vez su poder resida en un gesto que no requiere explicación y trasciende culturas, siglos y creencias.

Que en la contempla reconoce de inmediato su verdad.

Al escribir la madre quise acercarme a ese instante desde su intimidad más onda, desde la respiración misma de una madre.

Desde la memoria viva de todo lo compartido con el hijo que ahora reposa entre sus brazos.

Por eso la piedad constituye el pilar más firme de esta novela.

Quizá la humanidad no haya dejado nunca de regresar a ese instante perdurable, porque en él reconoce algo esencial, su fragilidad y también la expresión más elevada de amor, el que permanece incluso frente a la muerte.

Hay dolores que desgarran, transforman y acompañan durante toda una vida, pero existe uno que parece desbordar el límite mismo del humano, el de una madre ante la muerte de un hijo.

La vida de ella comienza a orientarse hacia adelante, desde que siente por primera vez el movimiento en su vientre.

Todo en su interior mira hacia el porvenir, queda entregada al destino de su hijo.

Por eso, cuando ese horizonte se quiebra, no solo desaparece un hijo, se derrumba también la arquitectura invisible que ella había levantado.

Los expertos que han estudiado el umbral del dolor coinciden en que no hay experiencia emocional comparable a la pérdida de un hijo.

No existe medida para ese sufrimiento, allí donde el amor ha sido absoluto, la herida no conoce límite.

Nostante, antes de esa desolación final, entre una madre y su hijo, nace una promesa que no necesita pronunciarse.

El hijo encuentra en ella un lugar en el que el mundo deja de ser inóspito, con suelo frente al sufrimiento, ternura frente a la herida, con prensión allí donde nadie más alcanza, amparo cuando todo parece desbanecerse.

En la madre reconoce una presencia que no requiere justificación, un refugio anterior a cualquier lenguaje.

Por esta razón, para los creyentes, María de Nazaret no es solo una figura histórica, sino una maternidad que atraviesa el tiempo, cercanía que acojes incondiciones, compasión que no se agota.

Pero incluso fuera de toda creencia, cada madre encarna esa misma verdad.

En sus brazos el hijo aprende por primera vez que el amor puede ser pleno.

Ahí sin embargo algo que apenas se deja nombrar, una madre no se limita dar la vida, queda ligada a ella de un modo que el tiempo no desata.

Incluso cuando el hijo se aleja, cuando ya no cabe en sus manos ni en sus días, algo en ella continúa sosteniéndolo sin gesto visible.

No interviene, no reclama, no ocupa, pero tampoco desaparece.

Se convierte en una presencia constante que no necesita imponerse para seguir siendo su origen vivo.

Por eso, en el rostro de toda madre asoma una memoria que la estede, como si en cada una de ellas permaneciera impresa casi imperceptible la huella de María de Nazaret guardando para sí lo que el mundo aún no sabía nombrar.

Cuando todo se pierde, eso es lo que permanece.

José María Zabala

Prologo

La caída

Jerusalén 33 después de Cristo

María ya no escuchaba nada.

Jesús cayó por segunda vez con un golpe seco.

El madero se estrelló contra la piedra y levantó un gemido de polvo y sangre.

El gentío, apiñado en el camino del calvario, contuvo el aliento.

Los soldados aprimieron con gritos ásperos.

Entonces ella corrió hacia allí.

Por un instante volvió la infancia de su hijo.

Cuando lo tuve en brazos por primera vez en aquel pesebre creizo de Cuna.

O cuando ya en Nazaret, siendo un niño travieso, tropezaba en el patio y regresaba del juego con las rodillas heridas para refugiarse en sus brazos.

Desesperada, atravesó el cerco de legionarios, esquivó lanzas en pujo cuerpos y cayó de rodillas junto a él.

¡Ijo mío!

Lo tomó contra su pecho con intención de arrancarle del camino del suplicio.

Sus manos temblaban mientras limpiaba la sangre que le corría por la frente.

Apartaba los mechones empapados y seguía con los dedos las magulladuras que ya no sabía contar.

Besó a que el rostro herido, como otras veces, había besado su fad dormida, cuando el mundo cabía entero en una casa humilde de Nazaret.

Jesús alzó los ojos y la miró.

No hubo reproche.

Solo un amor tan hondo que dolía más que las espinas clavadas en su frente.

Con un hilo de voz apenas sostenido, consiguió valuciar unas palabras de consuelo y apoyó la cabeza en el hombro de ella.

Pero los soldados tiraron de él y el madero volvió alzarse.

María quedó con los brazos abiertos vacíos, todavía extendidos en dirección a un niño que ya no corría hacia ella.

Primera parte.

Uno.

El refugio.

FSO 37 después de Cristo.

Habían pasado cuatro años desde la crucificción del profeta.

Los mismos que Flavia y Lucio llevaban viviendo en FSO.

Pero para ella habían transcurrido como cuatro eternidades.

Aquellos momentos trágicos no sólo habían cambiado el rumbo de sus vidas, sino también en el de muchas otras personas.

Los meses que siguieron fueron inciertos.

Jerusalén se volvió un lugar peligroso para quienes habían estado vinculados al maestro.

El miedo corría por las calles.

Lucio comprendió que debían oír mientras aún estuvieran a tiempo.

Fue una orden de nerviosotorio macron, perfecto del pretorio y padre de Flavia, la que les permitió abandonar Judea con vida y emprender el viaje que los llevaría hasta FSO.

Partieron hacia FSO a Réa Marítima sin llamar la atención mezclados entre comerciantes y viajeros.

Flavia sintió durante todo el trayecto como si alguien les hace chara.

Gracias al sello de sus albo conductos pudieron franquear la duana, embarcar sin que nadie hiciera preguntas y abandonar la propiencia de Judea antes de que sus enemigos los alcanzasen.

Flavia aún recordaba el instante en que la nave soltó amarras.

El viento enchó las velas y la costa de Judea comenzó a alejar excelentamente bajo la luz rojiza de la manecer.

Permaneció largo rato observando cómo el perfil de la tierra se desdibujaba del horizonte.

Allí quedaban los recuerdos, los muertos y una parte de sí misma que jamás recuperaría.

Cuando por fin divisaron el puerto de FSO y el faro dominando la costa, no podían creer que estuvieran a salvo.

La ciudad lo recibió con el rumor de los mercados, el honor penetrante del puerto, de la sal mezclada con el aroma de las especias y la visión imponente del templo de Artemisa, elevado sobre la llanura como un desafío de mármola los propios dioses.

Sus calles elenísticas revosaban actividad, en el ágora resonaban a cientos procedentes de todos los rincones del imperio.

Criegos, romanos y judíos convivían bajo una prosperidad que parecía gena las tragedias de Judea.

Allí, Lucio y ella empezaron de nuevo. Al principio Flavia se consideró extranjera, pero pronto se sintió reconfortada por el anonimato.

Se entregó a la tarea de que aquella ciudad extraña se convirtiera en su hogar y aprendió a vivir con los recuerdos que habían cruzado el mar junto a ellos.

El apóstol Juan y María habían llegado a FSO unas semanas antes que Lucio y Flavia.

Abandonaron Judea por rutas discretas para evitar llamar la atención. Juan cumplía si la última voluntad del maestro.

Llevarse consigo a la mujer que permaneció junto a la cruz cuando casi todos los demás huyeron muertos de miedo.

Jerusalén guardaba demasiado os peligros para quienes seguían pronunciando el nombre de Jesús.

Flavia se encontró con ellos un dien el mercado, reconoció María entre el ir y venir de tenderos y comerciantes.

El paso del tiempo había plateado algunos mechones de su cabello, pero conservaba el mismo semblante sereno

y aquella mirada profunda que parecía traspasar el mundo real. No vestía como las matronas romanas ni como las ricas mujeres griegas de FSO.

Llevaba la sencilla túnica de Judea sin adornos nejollas. Su aspecto era humilde casi a usted y sin embargo había en ella una dignidad

natural que imponía respeto.

Era la dignidad de quinar conocido el sufrimiento y ha aprendido a soportarlo. Marie sonrió al verla y Flavia se convirtió con su mar.

La sencilla sintió algo inesperado. Por primera vez desde su llegada FSO tuvo la sensación de que una parte de su antigua vida venía a brazarla.

Flavia, le dijo Juan, aquí tienes a tu madre, empleó las mismas palabras que le dirigió Jesús a él desde la cruz y que hizo estensivas a toda la humanidad.

En su último liento, el mesí es había sellado un pacto de amor que ni la muerte podía romper.

Mujer, ahí tienes a tu hijo y a él, ahí tienes a tu madre.

Se instalaron en una casa cercana a la suya que pronto se convirtió en refugio de una historia que no pertenecía a los hombres, sino a Dios.

Dos, la voz de la madre.

Esa noche, una de las más aciagas de mi vida, fue ella, la madre, quien logró infundir un poco de sosiego en mi corazón atribulado.

Su casa, modesta y acogedora, era el único lugar de FSO donde creía que aún podía encontrar con suelo. Si es que existía.

Impulsada por un instinto incomprehensible, fruto del miedo más profundo que puedes sentir una madre, abandoné mi hogar y a través de las calles vacías con el paso apresurado.

La ciudad dormía, sólo algún perro vagabundo me rodeaba entre las sombras y el rumor lejano del puerto que llegaba mortiguado por la noche.

Golpeé la puerta con su habitad. María abrió casi de inmediato. No me hizo preguntas ni pareció sorprenderse de verme allí a aquellas horas.

Simplemente me tomó de las manos y tiró de mí hacia el interior.

Entonces me abrazó.

Permanecí móvil durante unos instantes. Estaba demasiado cansada para corresponder a su abrazo y era incapaz de fingir fortaleza.

Tampoco podía sentir la más mínima emoción. Solo percibía el olor cálido y dulce, apán caliente y flores silvestres que manaba de las colinas de Nazaret.

Una fregancia antigua y eterna que te envolvían lo más hondo. Una roma cálido, familiar y reconfortante.

Como si regresara a un lugar seguro, a un refugio olvidado en mitad de la noche tenebrosa.

María se acomodó frente a mí, llevaba el cabello surcado ya de hebras de plata aunque es peso, recogido bajo el velo azul.

Sus ojos almendrados de un castaño oscuro me enfocaban con firmeza.

Su piel, curtida por el sol y los caminos de Galilea, mostraba rugas finas alrededor de los ojos y de la boca.

No debejez, sino de resistencia a la intemperie.

Quíse verbalizar mi pesar pero no hizo falta. Ella lo conocía bien, tan compasiva como era.

El fuego ardía en un pequeño oyo excavado en el suelo. Su luz temblorosa proyectaba sombras sobre las paredes de a dove y apenas calentaba la estancia.

María se levantó y preparó una infusión de hierbas y miel mientras yo contemplaba la sencillet de aquella vivienda, donde había una mesa baja, dos bancos, algunas vasijas apoyadas contra la pared y una cruz.

Estaba clavada sobre una elevación de piedra tosca que evocaba la forma de una colina, similar al golgota.

Los brazos se abrían hacia arriba formando una y griega imperfecta. El tronco blanquecino era de cipres.

Uno de los brazos tenía el tono amarillento de la palmera y el otro, el color oscuro del cedro.

Las maderas no habían sido pulidas ni igualadas y conservaban las betas, los nudos y las asperezas.

A los pies de la cruz, doblado con exquisito mimo, había un pequeño pedazo de tela cuarteada por el tiempo.

María me siguió con la mirada. Un rato después sentada ante un candil mientras bebía la infusión, me sentí más osegada, aunque el miedo envolvía mi corazón.

La hice yo con mis propias manos. Me dijo a la vez que también daba un sorbo a la infusión de su cuenco.

Y el paño no terminó la frase. No necesitaba hacerlo.

Supén seguida que aquel trozo de tela había tocado la sangre de su hijo.

Tal vez había servido para limpiar sus heridas cuando lo bajaron del madero.

Había permanecido entre las manos de María durante las horas más terribles de su vida.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

¿Cómo puedes mirar cada día el símbolo de la tortura de tu hijo? Pregunté señalando la cruz.

María se mantuvo con la mirada perdida a unos instantes. Las llamas del fuego danzaban en sus ojos.

Para no olvidar que él no salvó a todos.

Aseguró con interesa. Observó la cruz como quien contempla una herida todavía abierta.

Entonces comprendí que María no veía en aquel objeto y mundo un instrumento de tortura,

sino que distinguía en él a su propio hijo.

Quizás recordaba sus manos desgarradas por los clavos.

La sangre resbalando por la madera.

El dolor insoportable de cada respiración.

Y el sonido de los martillazos que atravesaban la carne que ella misma había acunado de niño.

Tal vez seguía viendo el camino empedrado hacia el golgota.

Las veces que él se derrumbó bajo el peso del madero.

Las espinas hundiándose en su frente.

Ninguna madre debería presenciar la muerte de un hijo y mucho menos con la crueldad y las años

a la que fue sometido el de María.

Pero ella permaneció allí hasta el final.

Escuchó sus últimas palabras. Sostuvo su cuerpo sin vida entre sus brazos.

Limpió su sangre. Y sobrevivió para contarlo.

Un ruido procedente del exterior me sobresaltó.

Mi cuerpo y mi mente se pusieron en guardia.

Lucio y sus hombres habían salido dos horas antes.

Será algún animal que busca comida o refugio.

Dijo María.

Se sentó a mi lado y me acarició la mejilla.

El calor de aquel gesto habría aserenado a la bestia más feroz,

pero no pudo con el corazón dolido de una madre.

Me sonrió con dulzura.

La noche iba a ser larga. Ella lo sabía.

Y también sabía que algunas heridas sólo pueden soportarse cuando alguien comparte con nosotros su propia historia.

Te contado alguna vez como eran mis padres.

Dijo para espantar el miedo que invadía la habitación como el humo negro.

Yo negé con la cabeza y di un sorgua a mi infusión.

Se llamaban Joaquiniana.

Tres. Caligula.

Roma 37 después de Cristo.

Callo Julio César Augusto Germánico abrió de repente los ojos.

No voy a morir.

Dijo con voz tremula intentando sobreponerse.

No, ahora.

Su hermana de Rosila se aferaba su mano ardiente.

Los dioses decidirán mi querido calligula.

Rebusó afectada. Siempre lo van hecho.

El sonrió con una hueca torcida.

Solo ella le permitía usar ese apelativo.

Cualquiera que hubiese usado dirigirse él llamándole calligula.

Hubiera muerto al instante.

Muchos lo habían sufrido ya en sus propias carnes.

Los dioses murmuró él.

Siempre he sabido cómo hablarles, pero el problema es cuando callan.

Roma no dormía aquella noche.

En lo alto de la colina, el palatino se alzaba como una fortaleza en reposo.

Allí residía el hombre más poderoso del mundo conocido.

Y allí, ahora, también agonesaba.

El lectú imperial estaba emperenado de un olor agrio a su dor.

Aceites medicinales y un modelanparas.

Las cortinas pesadas aislaban la estancia del pasillo.

Y las alfombras orientales que cubría en el suelo

amortiguaban los pasos de los esclavos.

El emperador respiraba con dificultad.

Cada inspiración le arrancaba un estator del pecho.

La fiebre súbita, violenta.

Acompañada de delírios y contados periodos de lucidez,

lo consumía desde hace días.

Los médicos, griegos, egipcios y libertos formados en Alejandría,

discutían en voz baja.

Algunos hablaban de un mal del cerebro,

otros de un miasma fulminante.

Ninguno se atrevía promunciar una sentencia definitiva.

Tenía 25 años.

Su cuerpo, delgado y por momentos con bulso,

se asemejaba ahora al de una adolescente enfermizo.

El rostro se le había afilado y hundido

y mostraba los pómulos marcados por el desgaste.

Los ojos grandes y claros se abrían de pronto con una carividencia terradora.

El cabello, castaño y ralo se le pegaba a la frente húmeda.

Arratos temblaba, otras veces se reía sin motivo aparente.

La juventud de Brusila, cuatro años menor que él,

contrastaba con la gravedad de su expresión.

Era alta para ser una mujer romana

y vestía una túnica blanca sin bordados ni joyas.

El cabello oscuro, recogido con sencillez,

dejaba ver un rostro de facciones regulares y mirada firme.

No era una belleza ostentosa,

pero imponía por su intensidad.

Cuando ella entraba en cualquier estancia,

el ambiente se ajustaba a su presencia.

Un espasmo recorrió por dentro a Callo Julio César.

Uno de los médicos dio un paso al frente,

pero Brusila levantó la mano indicando que se detuviera.

Nadie se mapeó.

El César ordenó salir a todos,

necesitaba hablar a solas con su hermana.

La fiebre había remitido por un instante

y aprovechó para conversar con una judeza más perturbadora que el del hirio.

No te fíres de los médicos ni de los soldados.

Advirtió a su hermana.

Los pretorianos te son leales, afirmó ella alzando la mirada.

Son leales a quien respira.

Matizó el enojado.

Y ya han empezado a medir mi aliento.

Jiro de espacio la cabeza hacia el contorno del cortinaje

por si alguien pudiera escucharlos.

Macron cree que yo no lo sé,

pero camina por el palatino,

convencido de haber elegido ya a mi sucesora.

Brusila no respondió.

Sabía que se refería al hombre

que había sostenido el poder en la transición

y que ahora seguía controlando las espadas.

Neville Soutorio Macron,

el prefecto del pretorio que envió a su hija adoptivo, Lucio,

a sofocar la rebelión de un insorrecto,

sin contar con que acabaría entregándose a su doctrina.

Ha empezado a mirar al muchacho.

Murmuruel, señor de Roma, en alusiona Macron.

Al heredero, el nieto biológico de tiberio.

Ya tiene 18 años.

Todavía no ha aprendido a mandar,

pero ya sabes esperar.

Gemelo?

Preguntó ella en voz baja.

Tiberio Gemelo confirmó él.

Un nombre cómodo para los cobardes.

Macron es fiel a mi abuelo.

Neron Claudio Druso.

Brusila cerró los ojos un segundo.

Y cuando volvié a abrirlos,

la rabia se reflejaba en ellos.

Incluso después de muerto.

Eso es lo que me preocupa.

Los hombres que aman a los muertos suelen traicionar a los vivos.

Un temblor recorrió el cuerpo de Calígula.

No me miras así.

Continúo.

Cuando un emperador enferma,

Roma empieza a repartir su cadáver antes de que se enfrié.

El mutismo del dormitorio se volvió incómodo.

Fue la palatina seguía en paz,

pero dentro se mascaba ya la conspiración.

Por eso no puedo recorrir a él.

Ayadío Calígula.

Ni a los dioses, ni a los hombres armados con Claudios.

Todos esperan algo de mí.

Incluso mi muerte.

Drusila comprendió.

¡Eo hígido algo!

Pró sigue el emperador atenuando la voz.

Una historia que contó alguien a su regreso dioriente hace años.

Te refiere a ese cuento.

Recordó ella.

No deberías dejarte llevar por rumores y supercherías de charlatanes.

No es un rumor.

Es una posibilidad.

Escuche esa historia de un soldado que presenció la ejecución.

La de aquel que murió como muchos otros y que sin embargo fue distinto a todos los demás.

Hablas de aquel crucificado de no pronuncié su nombre.

Lo de texto.

Aunque hay quien asegura que sigue obrando milagros, incluso después de muerto.

Roma está llena de historias.

Dijo Drusila apretando los labios.

Algunas matan más rápido que esta fiebre.

El soltuna resotada que terminó entonces.

Según contaba, cuando lo atravesaron, se interrumpió para absorber una boca nada de aire.

O ocurrió algo que no debería haber sucedido.

La lámpara chisparoteó y la quietuz invadió la estancia.

Tú puedes conseguirlo.

Aseguro él.

Tú puedes moverte donde ellos no llegan.

Sabes escuchar y sobre todo convencer.

Y si no existe, y es solo una leyenda.

Drusila intentaba disodirle.

Su hermano clavó la mirada en ella.

Roma se gojirna con recursos que no existen.

Presajos, agorios, símbolos, y aún así funcionan.

Se llevó la mano al pecho y continuó.

He hecho sacrificios, he prometido templos,

he consultado a todos los dioses, y ninguno me responde.

Pero esto.

Sus ojos brillaron.

Esto es distinto.

Debes conseguirlo a toda costa.

Una ataque de todos los acudió de nuevo.

Cuando se recuperó, repitió con una hueca.

Tú puedes moverte donde ellos no llegan.

No levantas sospechas.

Los nombres, las heridas, las muertes siempre dejan algo atrás.

Y algunos hombres creen que ese algo puede salvarlos.

Drusila era consciente de que no hablaba de su enfermedad.

Ni siquiera intentó negarse.

Sabía que sería imposible.

Si fracaso, Macron, el perfecto del pretorio,

no necesitará esperar.

Adiertió ella.

Si fracasas, nadie esperará nada.

Sus arroca lícula entornando los ojos.

Y Roma, elegirás en mí.

Drusila comprendió entonces que no se trataba solo de salvar a su hermano.

Si no dio una competición contra el tiempo y el miedo

y contra un perfecto que aguardaba paciente a que el emperador dejara de respirar.

Lo miró una vez más con atención y reconocía que el tono carividente,

el más inquietante de todos, que no surgía del delirio ni de la emoción,

sino del cálculo.

La dama imperial retiró la mano del rostro de cálícula con su habilidad.

Se puso en pie y caminó unos pasos por la estancia mientras observaba

las estatus de Augusto y Tiberio, incluso algunas de dieces extranjeros traídos como trofeos.

Si existe que tengo mis dudas, apóstelió su hermana.

No será fácil localizarlo.

Habrá que hacerlo con mucha discrección.

Nada que valga la pena lo es.

No quiero dormir a Drusila.

No todavía.

La fiebre volvía a sacudirlo ahora con violencia.

Abre lo que pueda, pero no te prometo nada.

Affirmó ella.

Con eso me basta.

Gallo Julio César a Augusto Germánico, conocido como cálícula, dio la conversación por finalizada.

La joven Drusila abandonó el dormitorio imperial y enfiró el corredor del palatino

que se la hizo interminable.

Roma bullía al otro lado.

Agena que la vida de su emperador pendía de un hilo tejido de miedo y superstición.

De un secreto surgido cuatro años antes al pie de una cruz.

Las antorchas proyectaban largas hiluetas sobre los muros.

Sombras que parecien escucharlo todo.

Disponía de muy poco tiempo.

Drusila debía prepararse para viajar a Efezo.

Cuatro.

El Amparo.

Efezo, 37 después de Cristo.

María pareció aquella mañana, como tantas otras, con un cesto colgado del brazo.

No necesitaba excusas que justificaran su visita.

Jamás llegaba con las manos vacías.

Traía a Rina para hacer pan con Flavia, además de unas mazanas que al pequeño Samuel le encantaban.

Su presencia se había vuelto tan habitual en la vida de Flavia, que parecía que siempre hubiera estado asulado.

Samuel jugaba en el patio con un cordero de madera que mantenía una calorada discusión con una piedra.

No puedes pasar.

Decía la piedra por boca del niño.

¡Sí puedo!

Respondía el cordero con un tono más grave.

Cuando via María corrió hacia ella y se abrazo a sus piernas con sus bracitos.

Ella sacó una manzana de la cesta y se la entregó.

El crío sonrío y regresó a su juego mientras degustaba la fruta.

Flavia observaba la estena desde el interior.

Aquella imagen se había repetido tantas veces que ya formaba parte de su vida cotidiana.

Sentía paz.

Una paz sencilla.

Esa que no se reconoce mientras nos pertenece.

María entró en la casa y dejó el cesto sobre la mesa.

Flavia se acercó a ella para brazarla.

También ese gesto se había vuelto habitual.

Ya se había acostumbrado a ella, a su caror extraño y aquel perfume.

Mezcla de rosas y el bestres y pan recién hecho.

Comenzaron a elaborar el pan.

Habían aprendido a moverse alrededor del fuego de lugar sin estarbarse.

Mientras una preparaba la harina, la otra calentaba el horno.

Durante un rato apenas hablaron.

María no solía hacerlo.

Quizá por eso Flavia siempre acababa contándole sus secretos.

Incluso los más ocultos.

A través del patio llegaba el rumor de los juegos de Samuel.

Era su forma de asegurarse de que todo iba bien.

Flavia observó las manos de María hundirse en la harina.

Siempre le llamaron la atención.

No porque tuviera nada destradinario,

sino porque ella se manaba la nobleza de las cosas sencillas.

Era las manos de una mujer que había masado pan,

cosido túnicas, lavada ropa y recogido agua.

Pero también las que sostuvieron y alivieron a Jesús desde su nacimiento.

Y eso le provocaba un sentimiento con Mabedor.

La mayoría de los que conocieron al maestro,

hablaban del como si hubiese llegado al mundo ya convertido en profeta.

Pero María no.

Cuando ella hablaba de él,

lo recordaba riendo, jugando, travieso, creñoso.

Lo recordaba como hijo.

Quizá por eso a Flavia le resultaba tan fácil crearla.

Ella la entendía más allá de ser la madre del maestro.

Más allá de las enseñanzas los milagros y el mensaje.

La entendía como madre.

No se debe trabajar la masa con Ravia.

Le dijo María y puso su mano sobre la de Flavia.

Fue suficiente.

María parecía escuchar los pensamientos que jamás llevaban a verbalizarse.

Lo había hecho muchas veces y en aquella ocasión tampoco se equivocaba.

Conocía el corazón humano mejor que nadie.

Desde que Samuel nació, Flavia se había volcado en ser madre

en aprender a cuidarle, protegerle, educarle y soltarle al mundo con seguridad.

Pero también acudía su pensamiento, su figura como hija.

La maternidad la había obligado a mirar al pasado.

Bastaba una noche de fiebre, una herida en la rodilla de Samuel,

un juego inocente para que se descubriera pensando en ellas.

Enénea y adara.

Sobre todo enénea.

Sin darse cuenta, cuando tenía una duda con Samuel,

recurría sus propios recuerdos, a lo que ella subieran hecho.

Pensaba enénea.

En la que durante años creyó que era su madre,

hasta que supo que su verdadera madre era la esclava adara.

Tenía sentimientos encontrados y ninguna respuesta terminaba de encajar.

Enía la enseñó a caminar, a leer, a comportarse.

Cuando estaba enferma, permanecía asulado y la envolvía en su pecho

con su perfume de mi reina arranjas.

Pero fue adara quien la llevó en su vientre.

Y ni siquiera tenía un recuerdo de ella.

Conocía la historia, el sacrificio que había hecho.

Y probablemente eso la salvó.

Pero había un resquicio en su decisión que seguía sin entender.

Y comprender una decisión no siempre suponía aceptarla.

Samuel y rompió en la cocina en ese momento.

La piedra no deja pasar al cordero.

Dijo con preocupación infantil.

María fingió interés con toda la seriedad del mundo y se he gachado a su altura.

Entonces sabrá que tener paciencia.

Le dijo, ¿cuánta?

La que haga falta.

Samuel aceptó su respuesta y regresó al patio.

Las dos mujeres son rieron.

El silencio volvía a instalarse entre ellas,

pero Flavia dejaba ver su desasociego.

Anela va a tener a Enia su lado desde que se convirtió en madre.

O a Dara para descubrir junto a ella la maternidad.

Sin embargo, tuvo que aprender sola.

Aunque no del todo.

Allí estaba la madre eterna, la madre universal,

la madre amada que llegaba cada día como anzanas para Samuel

y sabiduría para ella.

Allí siempre presente estaba María.

Comprender una decisión no siempre significa aceptarla.

Sentencia María sin perder de vista la masa.

Flavia, que ya no se sorprendía por la intuición de María,

se detuvo, levantó la vista y buscó su mirada.

Sus ojos la encontraron, reflejaban una ternura de seda.

No, respondió.

Vastó con aquella única palabra.

Era un sentimiento complejo, lo sabía.

Pero también sabía que era inútil intentar aplacarlo.

Solo podía aprender a vivir con él, aunque seguía ahí,

como un zumbido incansable.

Samuel volvía para hacer, entró corriendo en la casa,

tropecé de lumbral y cayó de rodillas.

Flavia se incorporó de inmediato.

María también se sobresaltó.

Quizá llevada por algún recuerdo lejano o guardado en su memoria.

algún recuerdo de Jesús niño replicado en sus últimos días.

María se acercó con un paño mojado en agua a modo decorativo para el pequeño.

Flavia se ha gachado y le sapló la rozadura que se había hecho en la rodilla.

Como si aquel aliento pudiera ollentar todo el dolor del mundo.

¿Ya está?

Le dijo sonriente.

Samuel contempló su rodilla asombrado.

Como si de verdad tuviera funcionado y había funcionado.

Ya no me duele.

Esclamó con esa sonrisa celestial de los niños.

Saltó del regazo de su madre y regreso a sus aventuras.

Flavia recordó sus propios juegos de niño y el amor de en y al consolarla.

Habría soplado a dar a sus rodillas, a dar a.

Era lo único que tenía de ella, el nombre.

Nada más.

Pero a saber de su existencia la turbaba más de lo que le gustaría.

A veces creemos que sólo existe una forma de ser madre, dijo María.

Hay mujeres que dan la vida.

Otras las sostienen.

Otras la protejen.

Y otras se enseñan a comprenderla.

Aquella frase se mantuvo resonando entre ambas.

A dar a le había dado la vida.

En y en la había criado.

Y María.

María no reclamaba ningún lugar.

No pedía nada.

Simplemente estaba allí cuando Flavia la necesitaba.

Cuando las dudas comenzaban a pesarle.

Samuel apareció de nuevo.

Llevaba el cordero en una mano y la piedra en la otra.

¡Ya son amigos!

¿Quién es?

Preguntó Flavia.

Samuel alzó la piedra y el cordero de madera.

María sonrío.

Ella observó a su hijo.

Después a María.

Por primera vez en mucho tiempo, la palabra madre le pareció un lugar más grande.

Cinco.

La voz de la madre.

Se llamaba en Joaquin y Ana.

María pronunció sus nombres casi en un su surro.

¿Cómo si te miera romper el silencio?

Yo sostenía la infusión entre las manos.

Apenas la había probado pero el calor del cuenco me daba una extraña seguridad.

Intentaba escuchar a María.

Sin embargo, una parte de mí permanecía alerta en la noche de F.

O donde, como ocurre en las ciudades portuarias,

parece que siempre hay alguien al acecho en la oscuridad de los callejones.

Estaba tensa ante cualquier ruido, cualquier paso,

cualquier crujido de la puerta.

Mi padre no era especialmente guapo como lo fue José.

Con tu vida, no me lo he hecho.

Pero era bueno, una de las personas con el corazón más limpio que he conocido.

Levanté la mirada.

Sus palabras me sorprendieron.

Pensé que me contaría la historia de su lineaje, de las profecías,

de ese orgullo ancestral que siempre terminaba por asomar.

Pero no, se limitó a hablar de la bondad de su padre.

Entonces la escuché con mayor atención.

Mi madre decía que mi padre era incapaz de negar ayuda a nadie.

Recordó con nostalgia.

Si un vecino necesitaba aceite, él se lo daba.

Y si un mendigo llamaba a la puerta, nunca se iba sin pan.

A pesar de mi angustia, casi sonreí.

Mi madre era distinta.

Añadió María y su rostros se reconfortó al ver mi gesto.

Era más práctica, más diligente.

Sus manos pequeñas resolvían lo que otros no podían con la fuerza.

Si mi padre se quedaba contemplando el cielo un rato, en ese tiempo mi madre

ya había organizado todos los que haces de la casa.

El pan, los criados, las ovejas.

No me costó imaginarme, Ana.

La vi como una mujer vivaz, amorosa, impaciente y resolutiva.

Eso me gustó.

Ambos procedían de la misma estirpe.

Prosiguió ahora sí y aludiendo a su lineaje.

El padre de José se llamaba Jacobi y estaba estrechamente emparentado con él mío.

Los nombres se cuidaban mucho en nuestra familia.

No eran un adornos sino una raíz profunda.

La memoria viva de nuestra pertenencia a la casa de David.

Lo dijo sin orgullo, casi compudor como si aquel lineaje tuviera poca importancia.

Y menos aún para ella.

La casa de David, una de las estirpes más antiguas y veneradas de Israel.

Pero mi madre no se enamoró de mi padre por eso.

Yo la mire con curiosidad.

También ella mantenía el cuenco entre sus manos.

Una tarde lo vió regalar su manto a un anciano que temblaba de frío.

Explicó.

Después ella lo recibió en casa, helado y sin manto.

Siempre decía que en ese momento comprendió que era el hombre más bueno del mundo.

Y también que si se casaba con él tendría que vigilarlo para que no acabase regalándolo todo.

Esta vez sí son rey.

Fue un gesto breve y casi me sentí culpable.

El miedo aún me atenazaba por dentro.

Pero María había conseguido abrir una pequeña rendija por donde entraba algo de aire.

Se casaron cuando mi madre tenía 19 años.

Continúa.

Mi padre era bastante mayor que ella.

La boda fue sencilla.

Hubo pan, aceitunas, algo de vino,

alguna canción y poco más.

No necesitaron un gran banquete para sentirse unidos.

Recordé los matrimonios romanos, las alianzas y los pactos,

en los que hombres y mujeres se unían más por conveniencia que por amor.

También aquella parte de mi pasado,

en que estuve prometida a Benicio Quintocelso,

fruto de un acuerdo ventajoso para ambas casas.

Y luego pensé en Lucio.

En el caprichoso destino que había cruzado nuestras vidas desde niños,

sin que ninguno de los dos lo supiera hasta unirlas para siempre.

Aparté en seguida que el pensamiento.

En esos momentos no podía permitirme recordar nada que se pareciera la felicidad.

Fue feliz, Ana.

Pregunte de modo instintivo,

como si las palabras salieran de mi boca a jenas a mi voluntad.

Sí, pero de forma discreta.

Mi madre no era de esas mujeres que hacen chispo rotear el hogar a carcajadas.

Ella era como las brazas ocultas bajo la leña.

No se ven, pero calientan.

María tardó en continuar,

como si necesitara tiempo para ordenar sus palabras.

La imagen de las brazas permaneció conmigo durante un rato.

Al principio la vida les fue favorable.

Pero sí yo.

No eran pobres.

Tenían rebaños, criados, aceite, bajillas, mantos, alfombras.

Pero mi padre insistía en que la abundancia no concede derecho a algunos sobre los demás.

Pensé que sólo un hombre generoso como él y una mujer entregada como Ana

serían capaces de engendrar una criatura como la que tenía ante mí.

Dividían cuanto poseían en tres partes.

Una para sostener la casa, otra para los necesitados, y otra más para el templo.

Esa última parte siempre la llevaba a mi padre a Jerusalén.

Decía que lo prometido a Dios no debía confiarse a manos a jenas.

Mi madre nunca se quejó ni mostró descontento.

Pero sospecho que le molestaba que en esos viajes se demorase hablando con sacerdotes, peregrinos, mendigos o cualquiera que le contase una desgracia.

Entonces comprendí que ya no estaba escuchando a la madre del maestro,

sino a una hija que hablaba con nostalgia del inmenso tesoro que era su familia.

Y la vida, otro modo, había acudido a ella aquella noche,

en busca de sosiego para el dolor más grande que puede sufrir una madre.

Pero encontré a su vez a una hija.

Me conmovió más de lo que esperaba.

Yo misma llevaba demasiado tiempo sin recordar que también era hija.

Mi hermana mayor, María de Eli, nació muchos años antes que yo.

Pero sí yo.

Fue prematura y frágil al principio, aunque luego se volvió fuerte y piadosa.

Me cuidó como una segunda madre cuando yo era pequeña antes de casarse con Cleofas.

Y me dio una preciosa sobrina, María de Cleofas.

Muchas María.

Bromeo.

Pero mi madre siempre decía que así Dios nunca nos iba a olvidar.

Volvía a sonreír, pero el gesto se apagó pronto porque María abajó la voz.

Tener una sola hija no estaba bien visto.

Dijo, las casas vecinas se llenaban de hijos, de nietos, de cunas nuevas, de gritos en los patios.

La de mis padres en cambio permanecía siempre a la espera.

Sus palabras me irieron, aquella noche yo también sabía lo que era esperar con miedo.

Sentían constantemente el juicio de los demás.

Añadió.

A mi madre no la rechazaron de frente.

Nadie dijo que Dios la había abandonado ni les ocupieron a la cara, pero poco a poco dejaron de hacerle sitio en las conversaciones de las mujeres que tenían la casa llena de hijos.

La entendía muy bien.

Las mujeres sabemos reconocer esas condenas silenciosas, las miradas esquivas, las fras espiadosas que esconden desprecio.

Consejos que humillan más que ayudan.

Pensé en Enya, en su esterilidad, en todas las veces que tuvo que sonreír con amargura mientras por centros se moría de pena, por no tener la dicha de un hijo.

Yo creci creyendo que era mi madre, y lo era, pero cuando supe que no me había llevado en su vientre me obligué a guardar los recuerdos de mi infancia.

Seis.

La ampolla.

Efezo, 37 después de Cristo.

Drusila entró en Efezo como lo que era, la hermana del César, no como una viajera ni como una dama romana más.

Desde primera hora, la residencia del Procón Sul, quinto Cornelio, parecía sometir a una vigilancia extrema.

Los esclavos habían limpiado el atrio y renovado las flores de los jarrones.

Los guardias recibieron la orden de no hablar salvo que se les preguntara.

En las estancias principales encendieron las lámparas antes de que nocheciera, y el agua de la fuente del pato interior resbalaba sobre el mármol con un murmullo apenas perceptible.

El Procón Sul la esperaba vestido con la toga ceremonial. No era un hombre vanidoso, pero concedía gran importancia las formas.

En Roma, una diferencia mal ejecutada podía considerarse una insolencia y una mujer como Drusila no necesitaba alzar la voz para ruinar una carrera entera.

Cuando ella cruzó el umbral, el Procón Sul se inclinó. No demasiado para no parecer ser vil, pero sí lo suficiente para mostrar el debido respeto.

¡Dómina! Esclamó. Drusila aceptó el saludo sin detenerse. Vestía una túnica delana finísima, casi blanca, ceñía bajo el pecho por un cinturón estrecha.

Sobre los hombros, llevaba un manto oscuro, sujetó con una cíbula de oro. Lucía pocas joyas, escogidas con esmero. No requería de adornos para imponer autoridad. Su belleza no era posible.

Había en ella algo cortante, casi peligroso, que llevaba los demás a vigilar cada palabra y cada gesto. El Procón Sul le ofreció el asiento principal. Ella lo ocupó como si siempre le hubiera pertenecido. ¿Has recibido mi carta? No era una pregunta.

La recibí, domina, respondió el Procón Sul. Entonces sabrás por qué estoy aquí. Quinto Cornelio mantuvo la cabeza ligeramente inclinada. Sé lo que se me ha permitido saber, domina.

Lucía lo observó con aprobación. Aquel hombre no era brillante, pero conocía los límites de su posición. En tiempos como aquellos, Roma recompensaba más la obediencia que el talento.

Mi hermano podría haber despachado a una escriba, a un político, incluso a un pretoriano. Es su lugar me ha enviado a mí. Dijo a modo de advertencia. Es honra a esta provincia.

Brusila apenas sonrío. El César reclama un objeto que se encuentra en Eceso. Continúa indorando el completo. Una ampolla de cristal. Aquellas palabras estremecieron al Procón Sul.

Quinto Cornelio ya las había leído en la carta, pero en boca de Brusila adquirían un significado diferente. La amisiva podía doblarse y ocultarse en un cofre.

La hermana del César había cruzado medio imperio para pronunciarlas. ¿Se sabe dónde se encuentra? Preguntó quinto Cornelio. ¿Crees que habría venido hasta aquí si alguien lo supiera?

El golpe fue suave casi elegante, pero bastó para que el Procón Sul comprendiera dónde estaba la línea que no debía cruzar.

Si me permite el atrevimiento, mi señora, tenemos alguna pista sobre quién la custodia. Se aventura preguntar.

Gente que aún no comprende lo que significa desafiar a Roma. Respondió ella con Destén.

Quinto Cornelio pensó en los judíos de la ciudad. En sus casas discretas, en sus reuniones privadas y en ciertos rumores que empezaban a circular entre esclavos, mercaderes y viejeros llegados de Judea.

Pensó también de la hija de Macron, aunque se cuido de pronunciar su nombre.

«Efeso es una ciudad grande, »dijo con cautela. En ella conviven pueblos diversos, griegos, romanos, judíos, comerciantes de Asia, carabanas procedentes de Siria, diversos esclavos y peregrinos.

Un objeto pequeño puede perderse entre tantas vidas durante mucho tiempo. Por eso mi hermano exige rapidez. La palabra hermano no sonó familiares sino imperial.

¿Comprendo? No. No creo que comprendas. Se incluido ligeramente hacia adelante.

El César está enfermo y cuando eso ocurre, todos los que le rodean empiezan a escuchar el chérrido de una puerta que aún no se ha abierto.

Los médicos murmuran, los soldados calculan, los senadores desempolvan antiguos favores. Quinto Cornelio permaneció en móvil.

Roma no puede permitirse que ciertos hombres imaginen un mundo sin él. Añadió de Rosila.

El César se recuperará. Eso esperamos todos. Pero el budo en que lo dijo vacía para las palabras de esperanza.

Rosila no mostraba ni un lápice de cansancio, ves en las más de tres semanas de travesía. Su rostro conservaba una severidad casi cruel.

Quinto Cornelio supo entonces que aquella mujer no había viajado hasta FSU para solicitar ayuda en nombre de su hermano.

Estaba allí para asegurarse de que su voluntad se cumpliera. La ampolla debe ser localizada y llegar en tacta Roma.

Dijo ella. ¿Puedo conocer su contenido? No. Nadie debe hablar de esto fuera de esta habitación.

Si alguien más lo descubre, tú responderás por ello. La amenaza no necesito adornos. Así será.

El Procónsul sintió el peso de sonillo de sello en la mano derecha. Lo hizo girar despacio.

¿Cómo solía hacer cuando necesitaba unos instantes para reflexionar? Había servido a Roma durante años.

Había sido testigo de ambiciones, sobornos, pequeñas revueltas, disputas entre ciudades e incluso conflictos religiosos.

Pero aquello era distinto. Una ampolla de cristal había llevada a Rosila desde Roma hasta FSU.

Un objeto pequeño, frágil, sin valor aparente, que había despertado el interés del hombre más poderoso del imperio en uno de los momentos más inciertos de su reinada.

Necesitaré actuar con discrección. Dijo. Necesitarás actuar con eficacia. Ambas cosas, domina.

Rosila aceptó la corrección con una mirada fría. ¿Cómo lo harás?

Quinto Cornelio apenas está don responder. En realidad había tomado la decisión en cuanto le yo la carta.

Tengo a la persona perfecta. Habla mede. Ella. Entonces si lo miró. Apoyó la espalda en el asiento y esperó.

¿Adla venir? ¿Ya está aquí?

Rosila se sorprendió, aunque no lo mostró. Al final, el procón sur de aquel rincon perdido del Mediterráneo, poseía más juicio del que ella le había atribuido.

Sostuvo su mirada. Después sonrío. Por primera vez parecía verdaderamente interesada.

Siete. La voz de la madre.

Mi padre lo veía todo. Dijo María. Pero se refugiaba en la oración. Era su modo de vencer el desánimo.

Mi madre en cambio callaba. Siempre había sido su manera de sufrir.

Aquella frase me alcanzó el lo más hondo. Esa noche habría sido capaz de guardar hasta el más valioso secreto del paraíso, si con ello evitaba el daño.

El peor momento fue en el templo de Jerusalén. Evocó María con voz temblorosa.

Mi padre había subido junto con otros vecinos de Nazaret para presentar sus ofrendas. Pestía su mejor túnica y mi madre siempre contaba que caminaba con una alegría a Serena.

Hizo una breve pausa antes de continuar. Un sacerdote llamado Isaac salió a su paso para reprocharle en público que no hubiera sido capaz de engendrar más hijos.

Después le ordenó retirarse. Mi padre no discutió, ni se defendió. Obedeció y se apartó a orar sólo entre las columnas del templo.

Aquella herida tardó muchos años en cerrarse.

El relato me dejó un poso amargo. Quizá porque esa noche necesitaba escuchar historias de hombres que se enfrentaban a la injusticia.

Quería imaginar que ningún atropello quedaba impune, pero María no parecía juzgar a su padre.

Se apartó de los demás fieles y oró durante horas. Pero siguió. Al tísimo dios eterno con tu mandato vine, el que sirve ante ti me ha despreciado si acaso tengo culpa que recaiga sobre mí esta vergüenza.

María pronunció aquellas palabras con tal certeza que parecían llegadas del aviós de su propio padre.

Mi madre me repetió que ella oración tantas veces que acabea prendiéndola de memoria. Añadió leyendo mi pensamiento.

Cuando regresó a casa ella ya conocía la verdad antes de que alcanzara decir una sola palabra.

Imagine a Joaquín en el umbral con el polvo del camino sobre la túnica y el rostro abatido por la humillación.

Mi madre tenía más de 50 años cuando supo que estaba embarazada de mí. Continuó.

Primero llegó la alegría, después el miedo. Durante años habían rogado al señor que les concediera otro hijo y cuando comprendieron que aquella vida era un don de dios, prometieron devolverse.

Me ha quedado el momento, entregarían al servicio del templo. Mi madre sabía que aquella promesa la llenaría de orgullo pero también de dolor. Una cosa es pedir un milagro y otra aceptar y cumplir con lo que es el milagro exige.

María me preguntó si estaba cansada, negué con la cabeza. ¿Acaso iba a descansar en una situación semejante? Ella tampoco durmió.

A veces tenía la impresión de que el sueño la había abandonado para siempre. Habivó el fuego, el crepitar de las llamas que bró la calma mientras reanudaba su relato.

Poco antes de cumplir yo tres años llegó la hora de honrar aquella promesa. Mis padres me llevaron a Jerusalén.

Me costó imaginar la de niña. María era madre, discipla, una mujer que había conocido el sufrimiento en todas sus formas. Pensar en ella siendo tan pequeña, vestida para una ceremonia cuyo verdadero alcance aún no podía entender, me resultó extraño.

Recuerdo el color azul de mi vestido. Dijo. No sé por qué. Hay detalles insignificantes que el tiempo no logra borrar.

También recuerdo las flores. Mi madre me adornó los antebrazos con ajorcas tejidas de azucenas. Llevaba además flores del mendro, mierto y pequeñas rosas silvestres.

Yo estaba feliz porque sabía que aquel día era importante y lo era, aunque no del modo que imaginaba.

Yo miraba a María y le rogaba en silencio que no interrumpiera su relato. Escucharla era un balsamo. Mientras hablaba, el dolor de esa noche aflojaba y mis pensamientos perdían parte de su fuerza.

Durante el camino, mi padre apenas pronunció palabra. Mi madre me llevaba de la mano y yo ignoraba que aquello era una despedida.

No pude evitar compararme con ella. Al menos María había tenido la oportunidad de despedirse de sus padres, pero enseguida comprendí que aquella comparación no era justa.

Entramos en el templo. Oramos. Presentamos las ofrendas. Veo todavía el humo del incienso elevándose hacia las bóvedas, las voces graves de los acerdotes y la piedra fría bajo mis pies.

También veo unos escalones y las manos de mis padres posadas sobre mi cabeza. Y tuve miedo.

Aquella confesión me convobió. No porque fuera extraordinaria sino porque la hacía más cercana.

Yo estaba acostumbrada a ver en María a la madre es Serena, a la mujer que siempre encontraba fuerzas para sostener a los demás.

Pero esa noche descubría algo distinto. También ella había sentido miedo.

Un sacerdote cortó algunos cabellos de mi cabeza y los arrojó al fuego. Otro depósito incienso junto al altar y la nube me envolvió hasta ocultar la figura de mis padres.

María bajó la mirada.

¿Qué hice llorar? Pero entonces observe a mi madre. Me sonreía aunque tenía los labios tensos y los ojos sumedos.

Sus manos acerraban las mías con una fuerza inusual. Supe que estaba sufriendo.

No entendí por qué. Era demasiado pequeña para comprender que a veces el amor también exige renuncias.

Imaginé a Ana viendo alejarse a su hija. Pensé en las madres que alguna vez habían tenido que abrir las manos y dejar partir aquello que más amaban.

Pensé en la fe que reclamas a cificios imposibles. Pensé en Adara.

Antes de subir los escalones pedí la bendición de mis padres. Vese la mano de mi padre y luego la de mi madre. Ella me retuvo junto así hasta que llegó el momento de separarnos.

Su voz se mantuvo afirme. Después me recibió noemi. Mi maestra en el templo. Era una mujer severa aunque justa. Con ella aprendía a servir.

Una sonrisa somó a sus labios. El templo no era un lugar fácil para una niña. Había trabajo desde la manecer hasta la noche.

Limpiar, barrer, preparar cuanto necesitaba los acerdotes. Yo misma pedía ocuparme de las tareas más humildes. Era la única forma que conocía de agradar a Dios, hacer con amor aquello de lo que los demás se apartaban.

La Mire. Nada de aquello había cambiado con los años. Incluso en Efezo María seguía elegiendo las tareas que otros rechazaban.

Preparaba el pan, la vava la ropa, escuchaba los afligidos y acogía a quienes llamaban a su puerta de noche.

Mientras yo aprendía a vivir dentro del templo, mi madre aprendía a vivir fuera sin mí. Sus ojos descendieron hacia el fuego.

Cada día renovaba la promesa no porque Dios se la reclamara de nuevo, sino porque el corazón siempre intenta recuperar aquello que ama.

Pero jamás vacilo. Comprendí que la fidelidad no evita el dolor. A veces consiste precisamente en avanzar a pesar de él.

Mi padre murió poco después. María pronunció aquellas palabras con una serenidad que apenas lograba disimular la tristeza.

A mis tres años, aún era demasiado pequeña para comprender la muerte pero no para sentir la ausencia. Durante unos momentos contempló las llamas.

Mi madre había entregado a su hija al servicio de Dios y poco después perdió a su esposo. Si llegó adelante como siempre hacía, pero desde entonces se instaló en ella una tristeza que nunca llegó a desaparecer.

Imaginea Ana esperando durante 20 años a otra hija, recibiendo la cuando ya casi había perdido la esperanza, entregándola después al templo y quedándose viuda poco más tarde.

Comprendí entonces que ninguna madre nace preparada para el dolor. Aprende poco a poco. Renuncia tras renuncia. Perdida tras pérdida.

Langústia seguía dentro de mí. Intacta. Pero mientras escuchaba a María hablar de Ana y de aquella niña entregada antes de comprender lo que ocurría, mis propios temores comenzaron a retroceder.

María sabía acompañar el dolor sin invadirlo. Antes de convertirse en refugio para los demás, ella también había aprendido a convivir con la ausencia.

8. La elegida.

Ha sido previsor. Señaló la hermana del César. He aprendido que las órdenes de Roma deben cumplirse antes incluso de ser dadas.

Aquella franqueza del Procónsul no nacea del valor, sino del cálculo. Drusila lo comprendió al instante y lejos de censurarlo lo aprobó para sus adentras.

El miedo, cuando se administra con inteligencia, podía convertirse en una forma de lucidez. El esclavo desapareció tras los cortinajes y la estancia quedó sumida en el silencio.

Un instante después la tela volvió a jitarse. Valeria entró sin anuncio previo. No se inclinó ni ofreció reverencia alguna. Drusila ni siquiera lo consideró una descortesía.

Había algo más perturbador en aquella ausencia de protocolo. La serena certeza de quien nunca había necesitado exhibir respeto para imponerse.

En su caso era evidente. Quinto Cornelio abrió la boca para presentarla. Pero Drusila ya no le prestaba atención. Aquella mujer no se parecía ninguna de las que acostumbraban a rodearla en Roma.

No tenía la fragilidad estudiada de las tamas del palatino ni la complacencia de las diversas ni la sumisión temerosa de las esclavas.

Tampoco compartía la ligereza de aquellas que remedaban los gestos de los hombres con la esperanza de parecer más fuertes.

Tendría alrededor de 30 años, quizá alguno más. Su cabello escuro estaba recogido con severidad en la nuca, sin rizos ni adornos que edulcificaran el rostro.

El dijeramente dostada no se se mejaba a la de una mujer habituada vivir bajo techo. Sus facciones eran afiladas, de una regularidad

austera y los ojos, claros y escrutadores, parecieron capaces de concederse reposo.

Vestía una túnica corta de lana oscura, sañida al cuerpo por un ancho cinturón de cuero trabajado.

En cima, unas sobrevestes sin mangas, reforzaban los bordes práctica y sobría. No se trataba de una armadura, aunque bocaba su misma utilidad, en las muñecas locía brazales de cuero gastado.

Las andalias estaban hechas para caminar de prisa sobre piedra y barro. No usaba joyas, no llevaba perfume, nada en ella había sido dispuesto para agradar.

Y sin embargo, Drusila pensó que era una de las personas más hermosas que había visto jamás, no por sus facciones, sino por el peligro que manaba de ella como un perfume invisible.

Domina dijo quinto Cornelio. Esta es la mujer de la que le hablaba, no pertenece a la administración ni a la milicia, al menos no dio modo que figuran registro oficial alguno, ha servido en cargos delicados lejos de las vías habituales, es la persona adecuada.

Y por qué debo confiar en ella? Porque no necesita ser leal para ser útil. Valeria, incluy una pena es la cabeza, en un gesto tan breve que en otras circunstancias habría parecido en solente.

En ella sin embargo, aquella economía de movimientos no transmitía rogancia, sino la serena conciencia de su propio valor. Drusila se puso en pie mientras Cornelio se extendía en la explicación.

Valeria ha prestado servicios de diversa naturaleza por toda Asia, tiene contactos y conoces rutas, lenguas, costumbres locales, ha resuelto asuntos que no podían confiarse a soldados ni amagestrados.

Es discreta, eficaz y no hace preguntas inútiles. Drusila caminó hacia ella despacio, Valeria no retrocedió y bajó la mirada. En Roma, de afuera por respeto por miedo, pocos si atrevian a sostenerle los ojos durante mucho tiempo.

Pero Valeria mantenía los suyos sin desafío ni su misión, como si la hermana del César no fuera más que otro enigma que debía resolver. Drusila comenzó a rodearla, quinto Cornelio continuaba hablando.

O ha trabajado con mercaderes y con comunidades que no aceptan la presencia de Roma, saben escarse donde otros llamaría la atención.

Pero Drusila seguía sin escucharlo, ahora estaba absorta en las manos de Valeria, tenía los dedos largos y fuertes, sin los cuidados superfluos de una dama.

En la base del pulgar derecho había una cicatriz, otra más fina cruzaba el dorso de la mano izquierda, eran marcas discretas, casi invisibles.

Sin embargo, despertaron en Drusila una emoción extraña, la misma mezcla de temor y fascinación que producen los lugares a los que uno sabe que nunca debería acercarse.

¿Sabes matar?

Preguntó Drusila, si es necesario, respondió quinto Cornelio, no te lo he preguntado a ti.

Les petó sin apartar la vista de Valeria.

Sí. Valeria pronunció aquella única palabra con la misma calma glacial con que habría hablado del tiempo o dión viaje.

Drusila sintía una punzada de placer, no era una sensación pulgar ni cruel.

Se trataba de algo más refinado, la satisfacción de descubrir que su intuición no la había engañado.

¿Y sabes no matar?

Preguntó de nuevo, cuando conviene, contestó Valeria.

La sonrisa de Drusila apenas se formó.

Como ve, mi señora, su utilidad, a Drusila le bastó un leve movimiento de la mano para hacerlo callar.

Quinto Cornelio interrumpió la frase al instante.

¿Sabes por qué estás aquí? Preguntó Drusila, porque Roma retiene de mis servicios.

¿Siempre hablas así?

Inquirió ella, ladeando ligeramente la cabeza, sólo cuando se me pregunta.

Drusila soltó una breve carcajada.

Quinto Cornelio sintió como se le tensaban los hombros.

No sabía si aquella respuesta había complacido la hermana del César o la había irritado.

Y equivocarse al juzgar su estado de ánimo, podía tener consecuencias fatales.

Dos camos, una ampolla de cristal, dijo Drusila.

Valeria mostra una leve sorpresa.

Pequeña, frágil, custodiada por personas que creen servir a algo más alto que Roma.

Todos los necios creen servir a algo más alto que Roma.

Dijo Quinto Cornelio intentando recuperar un lugar en la conversación.

Drusila, no le prestó atención.

Debe llegar intacta a mis manos. Valeria sintió.

Contenido? No necesitas saberlo.

La hermana del César completó otra lenta vuelta a su alrededor, examinándola con una insolencia casi estudiada.

No era la actitud de quien inspecciona un subordinado.

Parecía más bien que intentase averiguar donde terminaba la mujer y donde empezaba el arma.

Valeria permaneció en móvil.

El objeto se encuentra en el entorno de un hombre llamado Lucio Fedro Celer, dijo Drusila al fin.

Quinto Cornelio descendió la mirada.

Lucio fue pretariano, añadió Drusila.

Servía hombres poderosos y conoce los métodos de Roma.

Pero ahora vive en tres os seguidores del Nazareno.

El sobrenumbre salió de sus labios con una mezca de desprecio y cautela.

No es alguien fácil de doblegar. Advirtió Cornelio.

Todos los hombres se doblegan, respondió Drusila.

Sólo hay que encontrar el punto débil.

Un Valeria no dijo nada, pero sus ojos se movieron por primera vez con verdadero interés.

Y Drusila lo notó.

Lo conoces? Preguntó.

Sé quién es. Repuso Valeria.

Eso no es conocerlo. Es suficiente para empezar.

La respuesta agrada a Drusila. Quinto Cornelio Caraspeo.

Lucio mantiene una relación estrecha con Juan el Galiléo y con una mujer.

La madre del Nazareno.

Y es el esposo de Flavia, la hija de Macron.

Esa red de lealtades podría conducirnos al objeto.

Esplicó Valeria con una soltura no mostrada este momento.

No quiero una red, dijo Drusila.

Quiero una grieta.

Regresó a su asiento y la estancia pareció respirar de nuevo, aunque nadie se relajó.

¿Qué haga lo que tenga que hacer? Concluyo dirigiéndose a Quinto Cornelio.

Lo importante es llevar al límite a Lucio Fehdro.

¿Cómo ordene domina?

Dijo el Proconsul, incluidando la cabeza.

Valeria escuchó la frase, pero ni se inmoto.

Le dio igual que la hermana del César hubiera cambiado el foco de su atención.

Ese impasibilidad fue lo que acabó de convencer a Drusila.

Puedes retirarte.

Recibirás instrucciones más precisas a la manecer.

Indicó Quinto Cornelio a Valeria.

Ya había dado media vuelta cuando la voz de Drusila la detuvo.

Espera.

Se quedó quieta un instante antes de girarse.

La hermana del César se levantó y caminó hacia ella.

Sus sandalias apenas se cerraron sobre el mosaico.

Se detuvo a poca distancia.

Luego se incriunó hasta sohido y le dijo algo en voz tan baja que la hermana de El César le dio.

El Proconsul no alcanzó a escucharlo.

Solo vios labios moverse junto a que el rostro impenetrable.

No hubo respuesta.

Tampoco un cambio visilo y despresión.

Sin embargo, durante una fracción de segundo, la mandíbula se le tensó.

Ahora sí puede hacerte.

Valeria abandonó la estancia sin hacer ruido.

Quinto Cornelio aguardo un momento antes de hablar.

¿Lees satisface?

Ella le dirigió una mirada fría.

No lo sé todavía.

Después se acercó al ventanal.

Más allá del palacio,

eso comenzaba a encender sus lámparas.

La ciudad se extendía bajo la colina,

confiada en sus dioses, en sus mercados y en sus secretos.

Ninguno de sus habitantes sospechaba que algo acababa de ponerse movimiento.

Nueve.

La puerta.

El mercado de efezo hervia desde primera hora de la mañana.

Los pregones rebotaban bajo los pórticos de mármol
y se confundían con el estrépito de la rueda sobre las losas.
El rumor inagotable de centenares de voces
y dos rebuznos de las veste de carga.
En el olor del pescado recién desemparcado en el puerto
competía con el del pan caliente,
las aceitunas,
las especias de oriente
y el sudora crede hombres y animales.
Valeria llevaba cinco días entregada
a un estudio minutioso de los seguidores de la zarena.
Observaba sus movimientos,
escuchaba sus conversaciones
y memorizaba intenerarios, horarios y costumbres.
La paciencia también era una forma de violencia.
Lo había aprendido siendo apenas una muchacha
y una forma de violencia.
Lo había aprendido siendo apenas una muchacha.
La mayoría de la gente se precipitaba.
Ella no.

La habían entrenado desde los 13 años

para permanecer inmóvils durante horas.

Recordar rostros cosolo verlos una vez.

Seguire alguien sin que advirtiera su presencia

y descubrir la verdadera naturaleza

tiene persona tras una sonrisa,

una mirada o un silencio.

También le había enseñado a matar.

Pero esa era la opción menos elegante.

Valeria prefería los retos.

Además, un cadáver siempre generaba preguntas.

Una amistad por el contrario,

habría puertas.

A esas alturas,

ya había identificado a casi todos los miembros del grupo,

al menos a los más relevantes.

Lucio Fedro Celer, Flavia, Juan,

a quien consideraba el líder,

y María, siempre rodeada de los suyos.

Había comprobado que se ayudaban entre ellos

con una disciplina que ningún magistrado romano

habría logrado imponer.

Compartía en alimentos, techo y dinero.

Se protegía en unos a otros sin que nadie lo ordenase.

Aquello resultaba más peligroso aquí un ejército.

Un ejército podía ser derrotado.

Una convicción en cambio era casi inespungable.

Lucio fue el primero a quien decidió estudiar.

Suponía el obstáculo más difícil.

Había servido en la Guardia Pratoriana,

sobrevivido a Roma,

y abandonado cuanto conocía para seguir a un hombre

que fue ejecutado en Judea.

Cuando llegara el momento,

tendría que estar preparada.

Y para eso debía hallar su punto débil.

Todos lo tenían.

En los orgullosos era la vanidad,

en los cobardes, el miedo,

en los ambiciosos, el poder,

y en los virtuosos la certeza de serlo.

Aún no sabía cuál era el del Lucio,

pero estaba convencida de que existía,

y acabaría encontrándolo.

Flavia la sorprendió,

observaba mucho y escuchaba más que hablaba.

Incluso cuando sonreía,

parecía reservarse una parte de sí misma.

Valeria reconoció aquella actitud,

compartía que el rasgo con Flavia,

era por un instinto de supervivencia.

Juan tampoco resultaba sencillo.

Tenía apariencia de distraído,

pero nunca estaba desprevenido.

Su rostro reflejaba a juventud,

aunque su mirada desprendía la sabiduría de esos ancianos,

capaces de desmontar al más agarrido,

con una sola frase.

Y María.

María era distinta.

Apenas salía de casa,

y a una silla comunidad entera giraba entorno a ella,

como las estrellas en el firmamento.

Valeria no creía milagros,

pero sí en esa fuerza invisible

que algunas personas ejercían sin proponerselo,

y aquí ya mujer,

poseía más poder que muchos gobernadores.

Decidía hacer uso de su mejor arma,

la paciencia,

optó por abordar al grupo mediante un rodeo.

Buscó un cabo suelto,

una grita,

alguien confiado,

y esa persona fue Sara.

La observó durante un día entero.

Tendría poco más de 20 años.

Sus facciones eran suaves agradables.

No poseía una belleza extraordinaria,

pero sí luminosa.

El cabello escuro escapaba en algunos mechones rebeldes,

bajo el velo claro.

Caminaba con la naturalidad de quien se siente en casa,

allí donde va.

Conocía medio mercado,

y despertaba sonrisas a su paso.

Ayudaba a los ancianos, recordaba nombres,

y compartía fruta.

Y lo más importante,

parecía pensar siempre vienden los demás.

No era ingenua.

Simplemente no concebía ciertas formas de maldad.

Una cualidad extraña en aquellos tiempos,

que a Valeria,

le ahorró días de trabajo.

Aquella mañana la encontró junto a un puesto de hígosecos.

Sara,

examinaba la mercancía con la misma atención

con la que otras mujeres contemplaban las joyas.

Valeria se aproximó de espacio.

Son dulces?

Preguntó señalando los higos.

La joven levantó la vista y sonrió abiertamente.

Aquello confirmó sus sospechas.

Depende del día.

Respondió.

Estos parecen buenos.

Valeria cogió uno, lo probó, y pagó sin discutir.

No eres de por aquí.

Observó Sara.

Tanto se nota.

Dijo con una sonrisa.

Algo ambas rieron.

Llegué hace unas semanas.

¿Por trabajo?

Valeria dejó pasar un instante antes de asentir.

La respuesta era lo bastante ambigua

para despertar interés

y lo bastante vaga para evitar preguntas incómodas.

Durante los minutos siguientes

hablaron del mercado, del puerto,

del precio de la feite y de los barrios de la ciudad.

Se limitó a escuchar y intervenerlo justo,

permitiendo que la charla avanzara al ritmo de la muchacha,

la experiencia le había enseñado que las personas

revelaban más cuando tenían impresión de llevar ellas la conversación.

Efezo recibe muchos viajeros.

Dijo Sara.

Eso he visto.

Aunque no todos llegan aquí por trabajo.

Valeria lanzó la observación con aparente descuido y aguardó.

La curiosidad asomó enseguir al rostro de Sara.

Diré una mirada cautelosa sobre el alrededor.

Como si estuviera punto de revelar algo que no debía decir en público.

¿A qué te refieres?

Preguntó bajando la voz.

Ah, nada.

Se puso en pie, recogió la bolsa y se dispuso a marcharse.

Sara la sujetó suavemente por la muñeca.

Ella tuvo que contener una sonreza.

Todo estaba saliendo, según lo previsto.

¿Qué te preocupa? Preguntó la muchacha.

¿Estás en peligro?

Valeria alzó una ceja, como os y dudara, decidía responder.

Su interlocutor ha sintió con seridad,

dándole entender que podía confiar en ella.

Vengo de Judea.

Dejo que el silencio se prolongara un instante.

Entre sus muchas habilidades, sus dotes interpretativas ocupaban un lugar destacado.

He oído que aquí hay quienes se reunen para recordar a un hombre al que llaman maestro.

La joven se tensó.

Permereció callada durante unos segundos y, de nuevo,

lanzó una rápida mirada a su alrededor.

Jesús de Nazaret.

Respondió en voz baja.

Ella no dijo nada.

Sabía que el silencio era una invitación difícil de rachazar.

Algunos procuramos vivir según sus enseñanzas.

Dijo al fin Sara.

He escuchado historias.

Las historias suelen llegar antes que la verdad.

Aquellas palabras captaron su atención.

No sonaban a fórmulas repetidas ni a convicción prestada.

Era un fruto de una fe auténtica.

Aún así, no podía apartarse del plan.

Debievanzar despacio, midiendo cada paso.

Me muero de hambre.

He visto unos dátiles que tenían un aspecto magnífico en aquel puesto de allí.

Señaló al tendero.

¿Cómo se nota que eres forastera?

Riosara.

Ven.

Te llevare de donde venden los mejores dátiles de todo EFSO.

Recorrieron el mercado entre conversaciones ligeras y una confianza naciente.

Se detuvieron antepuestos de pan, aceitunas, queso,

y gococos dátiles y especies de oriente.

Comieron tortas con miel y bebieron vino aromatizado.

Todo se desarrollaba con una fluidez casi desconcertante.

Demasiados sencillo, pensó Valeria.

Le habría gustado enfrentarse a una presa más difícil.

Por ahora tendría que limitarse a mover las piezas con cautela.

La invitación llegó al final de la tarde, con la naturalidad de quien no sospecha peligro alguno.

Ven esta noche.

Conocerás a los demás.

Aceptó sin vacilar.

La primera puerta acababa de abrirse.

Ahora comenzaba el verdadero trabajo.

10.

El Ágapé.

La reunión se celebró después de la nochecer.

La casa era modesta.

Algunas lucernas de terracota proyectaban un resplandor cálido y tembloroso en la estancia principal.

Sobre una mesa baja habían dispuesto pan, aceitunas, pescado seco, queso y vino mezcado con agua.

Los asistentes llegaban de dos en dos sin llamar la atención sin presas.

Valeria contó 27 personas antes de sentarse.

Memorizó los rostros, las posiciones que ocupaban y los vínculos invisibles que parecien unirlos.

Observó quién hablaba con quién, quién escuchaba y sobre todo quién era escuchado.

Era un hábito imposible de abandonar.

Sara la condujo hasta un lugar junto a la pared y allí vio reunidos por primera vez a casi todos los que figuraban en los informes de quinto cornelio.

Flavia, Lucio, Deborah, Eleazar y muchos otros.

El ambiente la desconcertó.

No porque fuera solemne, sino precisamente porque no lo era.

Aquellas personas reían, compartían la comida y se interesaban unas por otras con una naturalidad imposible de fingir.

Una anciena preguntó por un niño que estaba con fiebre.

Un pescador habló de una mala jornada en el puerto.

Una viuda repartió pan entre los recién llegados.

No parecía una conspiración.

Parecía una familia.

Y quizá por eso resultaba más difícil de destruir.

Flavia alzó la vista y sus miradas se encontraron.

Fue solo un instante, pero bastó para que ambas tomaran la medida de la otra.

Valeria percebió inteligencia y también cansancio.

Algo pesaba sobre aquella mujer, algo reciente.

Algo que todavía no lo grababa ocultar del todo.

Cuando llegó el momento de las presentaciones, Sara habló por ella.

Es Valeria.

Ha oído hablar del maestro y quería conocernos.

Flavia le dedicó una sonrisa fable.

Eres bienvenida.

No hubo interrogatorios ni exigencias.

Aquella confianza seguía pareciéndole imprudente y fascinante.

Durante la comida apenas intervino.

Escuchó, observó y aprendió.

Por eso, cuando la conversación derivó hacia el asunto que realmente le interesaba,

comprendió que la noche había merecido la pena.

María ha pedido que nos reunamos allí.

Anunció de bra.

La estancia quedó en silencio.

Valeria percibó el cambio el instante.

Las palabras importantes siempre alteraban la atmósfera.

¿Será pronto?

Preguntó Sara.

Pero a dieu unos días adoraremos el testimonio.

Valeria no mostró ninguna reacción, pero en su interior se tensó.

¿Lo consideras prudente?

Preguntó el azar dejando el pan sobre la mesa.

Mientras permanezca en manos de Juan estará seguro.

La voz del lúcio era tranquila, aunque transmitía gran firmeza.

No conviene prolongar demasiado su exposición.

Juan piensa lo mismo.

Confirmó de bora.

Valeria tuvo una intuición.

Testimonio, exposición, custodia, discrección.

Las piezas empezaban a encajar.

Todavía no sabía que era exactamente aquel testimonio.

Pero estaba convencida de que seguía el rastro correcto.

¿Qué es el testimonio?

Preguntó con la cautela de quien solo pretende satisfacer una curiosidad inocente.

¿A que yo que permaneció cuando todo parecía perdido?

Respondió el azar.

No puedes explicarse con palabras.

Añadió Sara.

Hay que contemplarlo y protegerlo.

Concluyó el lúcio.

Bajo la mirada y no fórmulo más preguntas.

Sabía que las mejoras respuestas solían llegar cuando los demás no sentían que estuvieran respondiendo.

Pero luego después la conversación derivó hacia otros asuntos.

Fue entonces cuando recibió una invitación inesperada.

Si vas a quedarte unos días en FSO, deberías venir a visitarnos.

Le dijo Flavia con naturalidad.

Alzó la vista.

¿Será un honor?

Sara puede acompañarte.

Correspondió a la invitación con una sonreza.

Cuando abandonó la casa, las estrellas brillaban sobre los tejados de FSO.

Y en apenas una semana ya estaba dentro.

Y aunque todavía ignoraba que era el testimonio,

empezaba a sospechar que los seguidores del nazareno

lo custodieran con el mismo celo, con el que otros protegían una corona.

Aquella noche regresó convencida de una cosa.

Se encontraba más cerca que nunca, de aquello que había ido a buscar.

11.

La custodia.

A pesar de su juventud,

Juan era la cabeza visible de los discípulos de Jesús en FSO.

No había reclamado aquella responsabilidad para sí.

Había llegado hasta él de forma natural.

Tampoco deseaba aquella carga, pero terminó aceptándola.

4 años antes, había sido el más joven de los doce.

Ahora, hombres y mujeres de toda condición,

acudían a él en busca de consejo, dirección o consuelo.

Vio a morir al maestro, y permaneció junto a la cruz cuando casi todos suyeron.

Desde entonces, su palabra poseía la gravedad de quien se había mantenido firme,

mientras el miedo hacia retroceder a los demás.

Y eso le otorgaba una autoridad que ningún hombre podía rebatarle.

Aquella tarde aguardaba la llegada del lúcio federal

en la estancia más recogida de la casa de María de Nazaret,

donde vivía junto a ella.

La luz se filtraba por la estrecha verdura de un muro

y derramaba reflejos dorados sobre la piedra desnuda.

Desde el patio llegaba el chérrido suave de la cuerda

y el rumor del cubo chocando con el agua del pozo.

María tiró de él hasta que somó por el brocal y lo dejó a un lado.

Juan observó durante unos estantes aquella estén adoméstica

y luego volvió a la mirada hacia la puerta.

Lúcio pareció poco después.

Conocía esa casa casi mejor que la suya propia.

Había cruzado aquel humbral centenares de veces desde su llegada aéfeso.

Sin embargo, aquella tarde algo le inquietaba. No era miedo.

Tampoco sabía ponerle nombre.

Era esa sensación que a veces precede a los acontecimientos iminentes.

Había combatido en campañas lejanas, servida a Roma,

espiado para sus superiores y sobrevivido a hombres más fuertes

y más crueles que él.

También había estado allí aquel día.

Notan cerca como Juan al pie de la cruz.

Pero sí lo bastante para que el recuerdo del gol gota,

seguirá visitándolo cuatro años después.

Aquella herida seguía abierta.

Lo único que había cambiado era que había aprendido a convivir con ella.

Síntate, le invitó Juan, se llalándole el banco que tenía enfrente.

Lucio obedeció sin decir palabra.

Durante unos segundos Juan se mantuvo en silencio.

Aquello llamó la atención de su visitante de inmediato.

Pues no era hombre dado a los rodeos innecesarios.

Cuando callaba de aquel modo,

era porque meditaba lo que iba a decir.

No te he llamado por casualidad.

Declaró al fin apoyando ambas manos sobre la mesa baja que lo separaba.

Es por algo importante.

Lucio fronció ligeramente el ceño.

Una atención indefinible comenzó a recorrerle la espalda.

Han llegado rumores desde Roma.

El nombre de la ciudad bastó para despertar recuerdos que nunca terminaban de desaparecer.

Aún conservaba demasiadas imágenes de aquellos años.

Calles, rostros, órdenes sus orradas en la oscuridad

y sangre derramada por razones ya olvidadas.

¿Qué clase de rumores?

Preguntó.

Juan sostuvo su mirada.

Calígula, busca el testimonio.

El aire pareció espesarse.

Lucio desvió su atención hacia el patio,

donde María continuaba con sus tareas a agenda la conversación.

Después desdendió la mirada.

Aquel pequeño recipiente que contenía la sangre recogida al pie de la cruza.

La última prueba material de la pasión

había estado oculto durante cuatro años.

Muy pocos sabían de su existencia y menos aún donde se custodíava.

Precisamente por eso seguías algo.

Tudo había comenzado aquella tarde de la para esquébe.

Cuando los soldados sacudieron al golgota

para acelerar el final de los ajusticiados antes del inicio del sábado.

A los ladrones que agonizaban junto a Jesús

les quebraron las piernas sin contemplaciones.

Los golpes secos de los mazos

resonaron en la colina como ramas desgajadas por una tormenta invernal.

Sin embargo, cuando llegaron al nazareno,

comprobaron que ya había exalado el último aliento.

No le quebraron un sologueso.

Es su lugar, un soldado llamado Longinus,

avance unos pasos y un dio la punta de su lance en el costado de Jesús.

Entonces ocurrió algo que ninguno de los presentes olvidaría jamás.

Del costado abierto, propó dar un sangre llagua.

Juan lo vio con sus propios ojos.

También María y las mujeres que permanecian junto a la cruz inmóviles,

bajo la sombra del madero.

Porque de aquella herida no parecía mandar únicamente sangre llagua.

Sin el último testimonio visible,

dio una vida entregada hasta el extremo.

Aquella escena sería recordada durante años por quienes la presenciaron.

Sin embargo, hubo otro detalle que apenas trastendió,

más allá del reducido círculo de testigos.

Cuando la lanza penetró en el costado del maestro,

algunas gotas de sangre llagua alcanzaron el rostro del propio Longinus.

El veterano combatiente arrastraba desde hace años

una grave dolencia en los ojos.

Las interminables campañas militares,

el polvo de los caminos,

el resplandor inclemente del sol y antiguo aseridas,

habían ido deteriorando lentamente su visión.

Veía cada vez peor y sentía la amenaza de la ceguera.

Aquel mismo día comenzó a notar el cambio.

Las sombras que enturbian su mirada se disiparon poco a poco hasta desaparecer por completo.

Nunca volvió a ser el mismo.

Abandone el ejército,

renunció a antiguo vida,

y se unió a quienes proclamaban la resurrección de aquel hombre,

al que había atravesado con su lanza.

Vivió lejos de Judea,

anunciando la fe que antes había perseguido.

Su historia había despertado antiguos rumores.

Rumores sobre los prodícios atribuidos a la sangre que manó de aquella herida abierta en el golgota,

y sobre una pequeña ampolla de cristal que algunos consideraban la reliquia más valiosa de la tierra.

Alguien está hablando demasiado, dijo finalmente Lucio.

Eso metemos, respondió Juan.

Se levantó y caminó hasta una pequeña arqueta de madera oscura apoyada contra el muro.

Lucio siguió cada uno de sus movimientos mientras se arrodillaba, abría la tapa y extraía la ampolla.

El cristal atrapó un instante la luz que entraba por la ventana.

En su interior, la sangre permanecía suspendida,

agen al paso de los años.

Lucio la contempló.

cuatro años habían transcorrido desde la muerte del maestro,

y sin embargo, seguía líquida, vermeja intacta.

No mostraba señal alguna de corrupción y tenía el mismo aspecto que el día en que fue recogida al pie de la cruz.

No ha cambiado desde entonces.

Dijo Juan.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló.

El silencio parecía habitado por recuerdos.

Collígula, murburó Juan, dejando escaparo suspiro.

Quizá sólo conozca una versión deformada de la historia.

Quizá la considere una superstición.

O quizá alguien de haya convencido de que esta sangre posee algún poder.

No importa lo que crea, repuso Lucio.

Si la desea, enviará sus hombres en su busca.

Juan asintió lentamente.

Sabía del poder de Roma y también de sus obsaciones.

Cuando el imperio quería algo, rara vez se detenía.

Sostuvo la ampolla unos instantes más antes de entregarse la.

Debes protegerla.

Dijo con salemnidad.

Yo.

La sorpresa floró en el rostro del antiguo pratoriano.

Has vivido en Roma.

Conozces mejor que cualquiera de nosotros como piensan los poderosos.

Como buscan, como pressionan y como persiguen aquello que desean.

Lucio observó con detenimiento el pequeño recipiente de cristal, ahora en sus manos.

En unos días habrá una adoración.

Continúa Juan.

Pero después tiene que desaparecer.

Y cuando menos se payó sobre su paradero, mejor.

Lucio pensó en Flavia, pensó en Samuel.

Pensó en la vida tranquila que habían construido durante aquellos años.

Y comprendió que había tocado a su fin.

No fallaré.

Juan sin corporo. Ambo se miraron.

No como maestro y discípulo.

Si no como dos hombres conscientes del peligro que acababan de asumir.

Uno al entregar la custodia.

El otro al aceptarla.

Fuera en el patio, María seguía sacando agua del pozo.

El mundo parecía exactamente igual que una hora antes.

Pero ellos sabían que había empezado a cambiar.

Doce.

La voz de la madre.

José no fue un niño como los demás.

Dijo María sin dejar de trabajar.

Observé sus manos apoyadas sobre la túnica de Juan que se disponía a remendar.

La tela, ajada por los años y gastada a la altura del codo,

había sido reforzada con un retal más oscuro,

como una discreta ticatrid cosida sobre la prenda.

Sus dedos se movían con la serenidad de la costumbre.

Firmes, precisos, afinados por el tiempo y por una paciencia que yo apenas alcanzaba a imaginar.

Por la abertura alta del muro entraba la luz de nueve la luna creciente.

El mundo parecía reducido a la aguja y el hilo que manejaban aquellos dedos,

a la parque su voz avanzaba despacio por los senderos de la memoria.

Su padre se llamaba Jacob.

Pero sí yo.

Era un hombre recto y exigente convencido de que los dones concedidos por el altísimo

debían fructificar en esta vida.

José era el tercero de seis hermanos pero desde muy pequeño, vivió al margen de ellos.

Sus pensamientos viajaron hacia un pasado que sólo ella podía contemplar.

Yo la escuchaba en silencio consciente de que cada vez que vocaba aquellos años,

no lo hacía únicamente para rescatar del olvido lo que el tiempo había intentado borrar,

sino también para ayudarme a soportar el mayor de los dolores.

La casa estaba en las afueras de Belén.

Añadió al cabo de un momento.

Era grande y rebosaba de voces, carreras y risas.

Durante el día colocaban junto al muro a las alfombras donde jugaban los muchachos

y retiraban las esteras que separaban los hábitáculos para que entrasse la aire.

Había juguetes con forma de animales.

Recuerda unos perros de madera que José conservó durante muchos años.

Alzó los ojos de la costura para mirarme.

Era tranquilo.

No hay que confundir la alegría con el ruido.

Dijo casi como una advertencia.

Me detuve en el significado de aquella frase.

María solía decir cosas así, sin solenidad.

Pero dejando dentro una verdad difícil de ignorar.

José aprendía con facilidad, pero jamás presumió de ello.

Mientras sus hermanos corrían, discutían o competían por cualquier motivo,

él buscaba refugio en las tareas más sencillas.

Junto a la casa había un pequeño huerto que le habían permitido cuidar.

Lo trabajaba con paciencia quitando las malas hierbas,

regando los brotes nuevos y observando como crecían.

Sus hermanos no lo entendían.

A veces entraban a escondidas y desacían en unos instantes el trabajo de semanas enteras.

Arrancaban las plantas o pisoteaban los tallos tiernos.

José volvía a sembrar, sin una queja.

La aguja que María sostenía entre los dedos, atravesaba la lana con movimientos tranquilos,

como si las palabras y elilos siguieran el mismo recorrido.

Comprendí por qué no protestaba.

Yo había conocido hombres valientes, cobardes, violentos y justos,

pero nunca alguien capaz de soportar una humillación tras otras y defenderse.

De pronto, evocó un episodio de la infancia de José.

Él solía retirarse a arrezar bajo la columnata del patio,

permanecía allí y largo rato abstraído en sus plegarias,

una tarde, uno de sus hermanos se acercó por detrás y le propionó una patada en la espalda.

Después otra.

José cayó contra la piedra.

Cuando consiguió incorporarse, no respondió.

No buscó a nadie para acusarlo ni trató de devolver el golpe.

Simplemente, se fue a un rincón apartado y continuó arrezando.

Mientras la escuchaba, pensé que esa mansedumbre habría resultado insoportable para cualquier raro.

Sin embargo, quizá aquella fuera precisamente, la fuerza que Dios había visto en él.

Sus padres llegaron a preocuparse por su futuro.

Hablaba de él con un cariño que los años no habían desgastado.

Deceaban verlo convertido en un hombre respetable con un buen oficio y una vida digna.

Pero José parecía indiferente a cualquier reconocimiento.

No aspiraba a ocupar un lugar por encima de nadie ni a recibir elogios.

Le bastaba el trabajo de sus manos, ya que ella conversación silenciosa que mantenía con Dios,

en lo más hondo de su corazón.

A partir de los 12 años comenzó a pasar largas temporadas lejos de su hogar.

Cierta de Belén encontró acogida entre unas mujeres piadosas relacionadas con la comunidad de Seña.

Allí hallaba la paz que le faltaba en su propia casa.

Se entregaba a la oración ni ayudaba a un anciano carpintero que le enseñó el oficio que habría de acompañarle toda su vida.

La imaginé inclinado sobre una mesa de trabajo, dejando que la madera revelar alentamente su forma bajo el filo de las herramientas.

Escuchando a María, me pareció ver al muchacho silencioso que ella describía, absorto en su labor,

y despreciente, atento a cada beta y a cada nudo.

Y pensé que Dios suele preparar lejos de las miradas a quienes después confiará tareas extraordinarias.

María continuó hablando mientras la noche aún arropaba la casa.

José terminó de aprender el oficio de carpintero siendo todavía muy joven y siguió con su vida discreta y apartada.

Había hecho voto de castidad y apenas mostraba interés por las mujeres.

Años más tarde, cuando yo resistía en el templo y esperaba quedarme allí para siempre, varios descendientes de David fueron convocados para discernir quién debía convertirse en mi esposo.

Al recordar aquel día, algo cambió en su voz.

José tenía 33 años, la misma edad que nuestro hijo cuando le llegó su hora.

Dijo atemperando las palabras.

Luego evocó el patio del templo, la luz derramada sobre las piedras y las baras secas que cada candidato sostenía entre las manos.

Evocó también la expectación contenida y el estremecimiento que recorrió a los presentes, cuando la vara de José floreció de pronto.

En los pétalos blancos de los lírios brotaron ante todos y una paloma descendió sobre su cabeza.

Mientras hablaba, tú era la impresión de que María seguía contemplando aquella estena.

José no alzó los brazos ni buscó la mirada de nadie.

Ni siquiera parecía ser consciente de lo que había sucedido.

Yo estaba impresionada.

Dios, acababa de señalarlo delante de todos y él se mostraba un mil de como siempre.

Los acerdotes aceptaron la señal y me lo presentaron formalmente.

Lo saludé con una reverencia y viene a un hombre reservado que no esperaba nada de esta vida.

Comprendía entonces lo que ella sentía al recordarlo.

No era el hombre elegido, sino el preparado, el que volvía a plantar lo que otros destruían.

El que aceptó marcharse sin odio, el carpintero que aprendió a servir sin buscar reconocimiento.

Y entendí que aquella fortaleza templada era la que lo había convertido en el custodio perfecto de los mayores misterios de Dios.

13. El divino.

Roma, 37 después de Cristo.

No era la primera vez que el temblor comenzaba con un ormigué en los dedos.

Calígula observó su mano derecha apoyada sobre el brazo de la silla Kuruld,

de Madere y recubierta de Marfil, con las patas curvadas formando una X.

Apenas se trataba de un estremecimiento, un latido ajeno que no vecía su voluntad.

Cerró a los dedos con lentitud, intentando aplacar aquella leve y su ordenación del cuerpo.

Nadie debía advertirlo. Nadie debía imaginar siquiera que el César era capaz de vacilar.

Un médico había hablado de agotamiento. Otro más prudente había sugerido descanso.

Calígula lo sabía mandado callar con una sola mirada.

El reposo estaba prescrito para hombres de carne y hueso, no para dioses, y él era un Dios.

Aún así, desde hacía días algo en su interior se resquebrajaba, y durante unos instantes,

su mente se refugió en el recuerdo de los tiempos, en los que su cuerpo le ovecía,

y Roma se inclinaba ante el menor de sus deseos.

Había ordenado traer estatuas de las deidades más veneradas para sustituir sus rostros por el suyo.

No era una profanación, sino una corrección necesaria.

Los dioses no se ofendían cuando reconocien a sus iguales.

También había extendido su residencia hasta el foro, apropiándose del templo de Castoripólux.

Así, el santuario se convirtió en la ante sala de su palacio.

Quienes cruzaban el corazón de Roma, estaban obligados a pasar por sombral.

Aquél era, según él, un orden más justo.

Soñaba con que algún día se levantase un templo de su honor.

Se rumoreaba que habías acerdotes consagrados a su culto, víctimas escogidas,

y ceremonias destinadas a vener a su figura.

Cada mañana, vestiría en su estatua con las prendas que él hubiera llevado el día anterior.

Nada era excesivo cuando se trataba de honrarlo divino.

Se fijó en la eficiente dorada que presiría la estancia.

El rostro reproducía sus rasgos con una perfección inerte, más arena que la vida,

más obediente que la carne.

Contempló aquella imagen como si esperase que era respondiera.

Roma podía murmurar.

Los senadores fingir respeto.

Los médicos ocultar diagnósticos tras palabras prudentes.

Pero el mármol no mentía.

El mármol conocía todos sus secretos.

Siendo niño comprendió que el mundo se inclinaba ante quien no vacilaba.

Por eso detestaba que el temblor.

Si fuera dolor podría soportarse.

Tampoco se trataba de fiebre.

Era algo peor.

Una de sobediencia íntima.

Una rebelión nacida dentro de su propio cuerpo.

El poder de Roma alcanzaba provincias, jercitos, templos, senados y vidas ajenas.

Y pese a ello.

No lograba llegar a la carne que lo albergaba.

Apretó de nuevo los dedos, pero el temblor persistió.

En esa estancia del palacio los esclavos caminaban sin hacer ruido.

Las telas delino y seda de oriente apenas se movían con la brisa que llegaba desde los jardines.

El aire conservaba el perfume de los rosales.

Mezclado con el olor de los hunguentos y del vino de ramado horas antes.

Todo a su alrededor, me decía.

Todo estaba dispuesto para sostener un mundo ordenado por su capricho sabolontad.

Todo salvo a su cuerpo.

Regresó a sus recuerdos.

Afloró en su mente la imagen de Incitatus su caballo.

Protegido por soldados para que nadie perturbase su descanso.

Le había construido una cuadra de mármol, un pesebre de marfil y una casa a la altura de recibir invitados en su nombre.

Algunos se burlaban en secreto.

Otros se inclinaban la cabeza y fingían comprender.

Caligula, los despreciaba a todos.

Había conocida cómceles menos dignos que aquel animal.

Al menos Incitatus jamás lo había traicionado.

Los hombres en cambio lo hacían siempre.

Los senadores son rey en demasiado.

Los médicos callaban.

Los soldados bajaban la vista.

Todos esperaban algo.

Todos calculaban.

Caligula lo sabía.

Precisamente por eso no pensaba morir.

Más allá del palatino,

Roma se extendía en un mulmullo que ya no la resultaba tan doce.

La ciudad seguía ahí inmensa, palpitante.

Pero él no ignoraba que el poder sólo existía mientras los demás creyés en su continuidad.

Bastaba una grieta,

un cuerpo que temblaba la vista de los creados.

Un médico que susurraba demasiado cerca de una puerta.

Pensó en aquella historia que trajo un viejo soldado desde Judea.

La del ajusticiado y su sangre milagrosa.

Un rumor así que había sobrevivido un viaje desde Oriente hasta Roma.

Me decía ser escuchado.

Caligula no se dejaba llevar por las fábulas,

pero tampoco despreciaba un poder desconocido.

Al contrario, le atraía como la bagnetita.

Si existía algo que desafiaba la muerte, debía poserlo.

No sólo por los supuestos afectos milagrosos,

sino para demostrar su dominio.

No podía permitir que algo capaz diobrar prodigios,

no le perteneciera.

Eso resultaba intolerable.

Aquella sangre era más que un fluido oscuro.

Era liento, permanencia y misterio.

Los pueblos habían ofrecido siempre sacrificios de sangre.

Intuían en ella la fuerza que sostenía al mundo.

La sangre cerraba pactos, se llava juramentos,

aplacaba las divinidades, consagraba victorias.

Desde los orígenes,

había sido alimento del poder,

y él era un dios.

Al incorporarse, un mareo lo obligó a apoyarse en la mesa.

Nadie debía ver su fragilidad,

ni advertir que durante un instante,

había estado a punto de caer.

Cuando recobró el equilibrio,

contempló la estatua dorada.

El rostro inerte parecía devolverle una certeza.

Reclamaría aquella ampolla por derecho de dominio,

como se reclaman las provincias,

los templos, los cuerpos y las voluntades.

Si la sangre del nazareno tenía algún poder,

debía servir a sus intereses.

Ya había vencido a la corrupción.

También ese poder acabaría sometiéndose a él.

Los seguidores de aquel crucificado,

llamaban testimonio a esa sangre.

Pero él, la convertiría en una posesión.

No existía poder alguno en el mundo,

que pudiera quedar fuera de su alcance.

Sobre la mesa reposaban varios informes traídos de Asia.

Tumentre los dedos el papiro,

en que se mencionaba que el objeto venerable

y lo acercó a la llama de una lucerna.

No lo quemó.

Tan solo dejó que se echaba buscar a uno de sus bordes,

lo suficiente para recordarse que todo cuento Roma sabía.

También podía desaparecer por su sola voluntad.

Después lo depositó sobre la mesa.

La mano aún temblaba,

pero esta vez no la cerró.

La observó con una mezca de odio y fastidación,

como si fuese un enemigo diminuto a íntimo,

oculto bajo su propia piel.

En voz alta, apenas dejó escapar un murmullo,

aunque cargado de una convicción absoluta.

La vida quebró todo ese costado,

jamás desafiará a un Dios.

14. El Umbral.

FESO, 37 después de Cristo.

El Proconsul la escuchó sin interrumpirla.

Su toga blanca cayé en pesados plieges

y el ancho borde púrpura marcaba su autoridad

sin necesidad de hablar.

Rusil estaba sentada a un lado.

No había intervenido.

Observaba Valeria con una atención disfrazada de indiferencia,

aunque sus ojos persistía la misma fascinación que la primera vez que la vio.

Había algo en aquella mujer que no se doblegaba con facilidad

y lejos de incomodarla, esa resistencia, la cautivaba.

Valeria no se detuvo en describir el ágap.

Se limitó a exponer lo único que de verdad importaba.

Se reunirán pronto para adorar el testimonio.

Anunció.

La cita será en casa de María de Nazaret.

No dijeron que es, pero lo protege en con extremocelo.

Quien lucustó dio ahora.

Pregunto el Proconsul distante.

Sigue allí.

El traidor del Húcio Federal aseguró que mientras continúen manos de Juan y de María

estarás albo.

Aunque también advirtió que no conviene mostrarlo demasiado tiempo.

Drusila alzo apenas el mentón a lo ir a que el nombre,

pero continúa sin pronunciar palabra.

Entonces, demén que alguien no esté buscando.

Concluyó el Proconsul.

¿Crees que se trata de la ampolla?

No pude asegurarlo.

Pero por la cautela con la que hablaban,

no se refería a un objeto cualquiera.

Respondió Valeria.

Está bien.

Asintió Cornelio.

Por ahora no necesitamos pruebas.

Nos basta con saber el lugar.

Flavia me ha invitado a su casa.

Añadió Valeria.

El Proconsul arqueó levemente una ceja.

Sin que tú se lo pidieras.

Fue iniciativa suya.

La confianza de los virtuosos siempre resulta con mubeadora.

Ironizó Drusila con una sonrisa cargada de sarcasmo.

Valeria sostuvo sumidadas y responder.

El Proconsul se inclinó hacia adelante en la silla de magistrado,

del respaldo bajo.

Y sus dedos se aferaron al brazo de madera.

Vete entonces.

Observa quién entra y quién sale.

¿Qué preparan?

Y sobre todo, cerció a Tede que lo que custodia en casa de María de Nazaret.

Es lo que buscamos.

A ver, ¿y dónde lo esconden?

Lo haré.

No te precipites.

La advirtió Cornelio mirándola fijamente.

Pero tampoco te demores.

La atención se volvió casi tangible.

Incluso la llama de la lámpara para ciencojarse.

Cuando Caligula espera algo, los retrasos suelen acarrear consecuencias desagradables.

Dijo de Rosila sin elevar la voz.

No era una amenaza pronunciada con furia.

Sin una verdad denunciada con calma absoluta.

Precisamente por eso resultaba más inquietante.

Cornelio bajó a la mirada.

Como si aquellas palabras también fueran dirigidas a él.

La audiencia había concluido antes de que Valeria abandonara la estancia.

Y al salir, tuvo la certeza de que la ciudad ignoraba el precio que tendría que pagar.

Por lo que muy pronto sembraría la discordia.

Se encontró con Sara cerca del mercado.

Como había acordado, cuando el bullicio de la mañana ya perdía intensidad.

Y los comerciantes recogían la mercancía más expuesta al sol.

Sara la vio llegar entre los puestos y le hizo un gesto con la mano.

Flavia se alegrará de verte.

Dijo con su cordialidad habitual.

Valeria inclinó la cabeza con una sonreza discreta.

No quería parecer impaciente ni demasiado agradecida.

Sabía que una gratitud desmedida podía despertar tantas sospechas como la robancia.

Caminaron hasta la casa de Flavia.

Sara hablaba con naturalidad del mercado.

De los precios elevados de algunos productos.

De una anciena que llevaba varios días enferma.

Y de una familia recién llegada de Judea, que necesitaba ayuda.

Valeria apenas intervenía.

Una de las primeras reglas de su oficio era dejar que los demás

y daran los silencios con su propia confianza.

La puerta estaba abierta.

Al reconocer a Sara, Flavia acudió enseguida.

Cuando vio a Valeria, una claridad enesperada iluminó su rostro.

Notando por la recién llegada, como por la satisfacción de ver cumplido el gesto de acogida,

que ella misma había iniciado.

Has vuelto con Valeria.

Celebró dirigéndose a Sara.

No había recelo en su voz, pero tampoco en genuidad.

Flavia tenía muy presente que no había que confiar ciegamente en los desconocidos.

Años atrás, la mujer de Pedro desconfió incluso del ucio y no le faltaba motivos.

Roma dejaba cica 13 difíciles de borrar en quienes había servido a su poder.

Sin embargo, también había aprendido que muchas vidas encontraban un rumpo nuevo.

Gracias a una mano tendida a tiempo.

Si nadie hubiese acogido al ucio cuando más lo necesitaba,

quizá nunca se habría convertido en el hombre que era.

Por eso, recibió a Valeria con los brazos abiertos.

La infitriona, la se invitó a entrar.

La estancia era pequeña y el mobiliario consistía en una mesa baja de madera de olivo,

marcada por cortes y manchas antiguas y tres banquetas toscas de patas rectas y asiento plano.

También había un arca de pino apoyada contra el muro encarado,

con los goznes oscurecidos por el uso y en un nicho en la pared,

una lámpara de barro con la mecha somando en espera de encenderse a la nochecer.

María levantó la vista desde el fondo de la sala.

Saludó con cortesía, aunque su atención se detuvo sobre todo en Valeria.

No había duréza en sus ojos, sino una forma de observar que parecía atravesar las apariencias.

Valeria lo advirtió y desvió la vista al suelo un instante,

lo justo para mostrarse respetuosa.

Incluso, preguntó Sara mientras dejaba la cesta junto a la entrada.

Ha llevado a Samuel al puerto, respondió Flavia.

Con este tiempo suelen arrimarse los mújoles a los muelles y el niño llevaba días empeñado ni la pescar con su padre.

Chiquillo son riosara.

Valeria guardó aquella información sin que uso lo gesto la delatara.

Durante un rato, hablaron de asuntos cotidianos, del bollicio del mercado,

del calor que aún se resistía a ceder y del incesante trasiego del puerto.

Sara sostenía la conversación con su natural desenvoltura.

Flavia intervenía de vez en cuanto y María seguía masando el pan,

pendiente de cuanto ocurría sin dar la impresión de estar escuchando.

Valeria se quedó muy conmovida el otro día,

dijo Sara al cabo buscando la mirada de Flavia.

Me comentó que no siempre se encuentra a un lugar donde las personas sepan escuchar así.

No reunimos para recordar lo que de verdad importa.

Respondió Flavia con una sonrisa agradecida.

Valeria estudió la estancia discretamente sin dar la impresión de estar examinándola.

Ara falta una casa grande para coger a tantos.

Por eso esta vez no será aquí.

Respondió Flavia.

María no sabrirá la suya.

Sara sintió.

Su casa siempre ha sido un refugio muy especial para nosotros.

Afirmó.

María no dijo nada y siguió masando el pan,

pero su mutismo bastó para confirmar lo que Valeria ya intuía.

Todo terminaba pasando por ella.

Y también lo será ahora.

Añadió Flavia.

Sara miró a Valeria con una sonrisa fable.

Si lo deseas, puedes venir con nosotros.

Serás bienvenida.

Valeria recibió aquella invitación con una ligera inclinación de cabeza a la vez que fingía sorpresa.

Tardo un momento en responder.

Lo necesario para que las demás interpretara su silencio como turbación.

La verdad es que no sé qué decir.

Murmuro.

¿Succede algo Valeria?

Preguntó Flavia con preocupación.

Valeria se llevó los dedos al borde del manto y se lo ajustó con Derek Adeza.

No se emocionó de inmediato.

Habría resultado falso.

Dejó que la duda trabajara por ella.

No siempre se tiene un lugar al que regresara.

Sara la miró con compasión, animando la continuar.

Flavia no se movió.

María desde el fondo levantó los ojos.

Valeria inspiró despacio.

Mi padre era recaudador de impuestos en una pequeña ciudad del interior.

Un hombre severo y dado al vino.

Cuando bebía, la casa entera aprendía a callar.

Mi madre murió siendo yo una niña.

Y desde entonces todo se volvió más difícil.

La voz apenas le tembló.

Estaba entrenada para mentir, para inventar una vida que nunca había existido.

No recuerde una sola comida sin temor a llevarle a la contraria.

Proseguió.

Cuando compliquen hace años quiso darme matrimonio a un socio suyo.

Un hombre que me doblaba la edad.

Aquella noche comprendí que si me quedaba,

mi vida dejaría de pertenecerme para siempre.

Sara contuvo duras pene la emoción como vida.

Flavia no apartó los ojos de ella.

Me marché antes de la manecer, sin despedidas.

Durante un tiempo servía en casas ajenas,

cambiando de ciudad cuando el pasado amenazaba con alcanzarme.

Aprendía no preguntar y no ser preguntada.

Hizo una pausa.

Su historia no era del todo inventado.

Las mejores mentiras tienen una raíz verdadera

para no desmontarse ante la primera duda.

Desde entonces he vivido así,

pasando sin dejar rastro.

Por eso, cuando el otro día vi como se escuchabais,

comprendí que hay casas donde el miedo obliga a callar.

Fingió frágilidad.

No sabía cuánto necesitaba recordarlo.

Aquella última frase cumplió su propósito.

Sara alargó la mano y la apoyó sobre la suya.

Flavia no respondió de inmediato.

Pero su expresión si había blandado.

María encambió, seguía observándola con aquella serenidad

que Valeria encontraba difícil de desifrar.

No estás obligada a contar más, dijo Flavia.

Si deseas venir, hazlo.

Pero no por compromiso,

sino porque de verdad lo deseas.

Entonces iré.

Sonrió Valeria.

La conversación dejó atrás el pasado

para ocuparse del presente.

Un vecino enfermo,

una familia recién llegada sin recursos,

la ayuda que había que organizar antes de que lo toño

cerrar a los caminos.

Valeria intervino poco,

lo suficiente para no parecer ajena

y que su presencia empezara a ser aceptada sin reservas.

El tiempo trascurrió sin que se diera en cuenta.

Cuando se levantaron para marcharse,

Flavia las acompañó hasta la puerta.

Venid sin avisar.

Esta casa siempre estará abierta para vosotras.

Luego miró a Valeria.

También para ti.

Labrazó con una naturalidad que esta vez sí la pilló por sorpresa.

No porque no hubiera previsto aquel gesto,

sino porque había algo en su forma de abrazar

que no pretendía retener ni dominar.

Era una cogida limpia.

Antes de despedirse,

Valeria le dio las gracias con una templanza cuidadosamente medida

y Sara prometió volver pronto.

El día ya comenzaba a apagarse y Flavia encendió la lámpara.

María no hizo comentario alguno,

pero la inquietud persistía sus ojos.

Observó la llama a firmarse poco a poco.

Nada había cambiado en la estancia y sin embargo,

ambas tuvieron la impresión de que algo acababa de desplazarse,

rompiendo un equilibrio que esta entonces parecía inalterable.

Sara también se despidió de Valeria con un abrazo

y esta continuó sola hacia su alojamiento.

Estaba nocheciendo y el viento arrastraba los eflubios de los puestos del mercado.

La búsqueda de la ampolla había avanzado más de lo que esperaba con tampoco tiempo.

Primero el lugar.

Ahora la invitación.

No necesitaba forzar nada.

Bastaba con esperar.

La casa de María de Nazaret.

Repitió para sus adentros mientras recorría el marmo al blanco veteado

de la vie de los curetes, que bestendía desde la zona administrativa

hacia el área comercial de la ciudad.

En algún lugar de eceso, bien custodiado,

aquello por lo que tantos velaban seguías albo.

Pero incluso con la vigilancia más ferria,

siempre se habría una fisura.

Cuando Valeria desapareció entre las sombras,

esa brecha ya había empezado a ensancharse.

Quince.

La pesca.

El puerto de eceso estaba tranquilo.

Entre los pilotes del muelle,

el agua golpeaba suavemente contra la madera.

Algunas redes colgaban todavía húmedas

y un olor a sal, algas ybrea,

persistía espeso junto a la Rivera.

Lucio avanzaba despacio, atento al paso corto y vivo de su hijo.

No corras a muel, que te vas a resbalar.

Le advirtió.

El niño vedeció durante tres pasos exactos.

Después miró en derrador con esa expresión de asombro

que le iluminaba el rostro cada vez que descubría algo nuevo.

En los barcos duermen aquí, papá.

Aquí descansan, corregió Lucio,

como los animales después de trabajar.

Samuel meditó aquello muy serio.

¿Cuál es el nuestro?

Todavía no tenemos embarcación.

El niño lo miró sorprendido.

Pues compramos una.

Lucio son río.

Primero tenemos que aprender a pescar.

Eligieron un punto donde el embarcadero se ensanchaba

y permitía sentarse sin estorbar a nadie.

Cerca un anciano,

rementaba una red compaciencia inmunuciosa.

Más allá, dos muchachos discutían sobre el tamaño improbable

de una captura reciente.

Lucio preparó la caña,

una vara de junco flexible

y revisó el sedal antes de atar el anzolo.

Luego, en sarto, con cuidado un pequeño gusano.

Samuel seguía cada movimiento con atención.

¿El pez se pincha ahí?

Sólo se muerde el cebo.

Les picó Lucio.

El niño reaccionó con sorpresa.

¿Y por qué la muerde?

¿Por qué cree que es comida?

Entonces, la engañamos.

Su padre, dudón instante,

es lo que hacen los pescadores.

Samuel aceptó la respuesta, aunque no muy convencido.

Lucio lanzó la caña.

El sedal describió un arco breve antes de que la afuelo

si un diera en el agua.

Esperaron, pero Samuel, no tardó en balancear los pies.

¿Ya?

Todavía no.

Ahora?

¡Tampoco! ¡Y ahora!

Lucio dejó escapar una sonrisa.

Los peces no tienen prisa.

Yo sí.

Respondió el niño.

Se inclinó hacia el agua

y su padre apoyó una mano firme en su hombro,

atento lilo que se perdía en el mar.

Quieto, no te vayas a caer.

Samuel señaló el agua con los ojos muy abiertos.

Estamos aquí.

Una gabiota descendió con rapidez

y volvió a elevarse al cielo con algo plateado en el pico.

Samuel la seguió con la vista.

Es así que sabe pescar.

El crío se quedó callado unos segundos,

algo poco habitual en él.

¡Papa!

Dime.

Si no viene el pez, decimos que era muy grande.

Lucio lo miró de arreojo y sonrío.

Eso hacen muchos pescadores.

Samuel pareció satisfecho.

De pronto la varas estremeció.

Lucio lo notó a instante y en derazó la espalda.

Quieto ahora.

La caña se tensó y Samuel se acercó tanto que su padre tuvo que apartarlo.

¡Tira!

Lo animaba el pequeño.

El peso al otro lado era mayor de lo esperado.

Lucio se levantó y empezó a recoger el sedal con cuidado,

manteniendo la tensión.

Retrocedió un paso para fianzarse mejor.

La sandalia pisó una zona de piedra húmeda y el pierres való.

Intentó recuperar el equilibrio, pero fue demasiado tarde.

Calló de espaldas con un golpe seco que resonó en la madera.

La var escapó de sus manos, remotó una vez y se fue al agua.

El sedal se tensó un instante más y se unió.

El niño miró el lugar donde había estado su padre

y señaló el agua con el índice.

Después, sin previo aviso, estalló encarcajadas.

¡El peste ha pescado a ti!

Esclamó.

Lucio seguía atendido, mirando el cielo en busca de alguna explicación razonable.

Su hijo apenas podía sostenerse de la risa y se incorporó con la mayor dignidad posible.

Ayuda me anda.

El chiquillo le ofreció su mano de minuta con una firmeza inesperada.

Y el antiguo pretoriano la tomó.

¿Dres más fuerte de lo que parece Samuel?

El niño influó el pecho, se asomó el agua, pero no había enerrastro de la caña.

¡Se ha escapado!

Victamino.

El sol descendía hacia las colinas y el puerto ya se tenía de cobre

y cuando Lucio le pasó la mano por el cabello,

desprinándola aún más y lo alzó en brazos.

El niño apoyó la cabeza en su hombro con un gesto confiado.

Caminaron un trecho sin hablar.

Alucio se le conoció por la mente que hoja la la vida fuera siempre tan sencilla como aquella tarde.

El mar en calma, la risa de su hijo,

ninguna prisa por regresar.

Otro día lo pescaremos.

Murmuró el niño medio dormilado.

Sí, otro día.

Samuel luchaba contra el sueño, pero a cada poco levantaba la cabeza para señalar todo lo que veía.

Una cuerda enroscada como una serpiente,

un perroflaco que usmeaba junto a unas ánforas,

la sombra largada di un mástil sobre las losas.

Su padre respondía con calma,

acomodándolo mejor contra su pecho cuando notaba que el cuerpo del niño se vencía hacia un lado.

Al llegar a su calle, Samuel se espaviló,

quizá por reconocer el honor del pan, la piedra tibia

y el pequeño patio donde dejaba sus juguetes.

Se removió en brazos de su padre.

Flavia los vió a aproximarse desde el umbral.

Los esperaba con una mano apoyada en la puerta y el manto recogido sobre un brazo.

En seguida distinguió la túnica húmeda de lucio,

el caballo revuelto de su hijo y su expresión de triunfo.

¿Qué ha ocurrido?

El pequeño habló antes de que su padre pudiera ordenar la versión de los hechos.

¡El pespezco a papá!

Soltó.

Flavia setapó los labios con la mano sin lograr ocultar la sanresa.

¿De verdad?

Lúcio dejó al niño del suelo con cuidado.

El embarcadero conspiró contra mí.

Parece mentira que un antiguo pretoriano acabé derrotado por una piedra resbaladiza.

Era grande, muy grande.

Gretava Samuel mientras tiraba de la túnica de su madre.

¿Cómo de grande?

Así de grande.

Exageró abriéndonos brazos todo lo que pudo.

Ya veo, dijo ella, mirando a su marido.

Samuel se echó a raíz otra vez.

Flavia se ha gachó para quedar a su altura y le apartó un mechonúmedo de la frente.

¿Y tú? ¿Ajudaste tu padre?

Sí, le dí la mano.

Afirmorgulloso.

Entonces lo salvaste.

En la contemplóverplejo, como si aquella posibilidad no se le hubiera ocurrido.

¿Yo? Claro.

Samuel buscó la mirada de su padre.

Te salvé.

Te devolavida.

Respondió Lúcio y se inclinó ante el confingida gravedad.

El pequeño pareció crecer un palmo.

Será mejor que entre antes de que trasfriés.

Dijo Flavia palpando la tela mojada de la túnica delúcio.

En el interior de la casa, la luz de la tarde caía oblicuas sobre el suelo.

La estancia olía a pan, aceite y lana limpia.

Flavia tomó un paño seco de larca y se lo entregó alúcio.

Pero antes de que pudiera usarlo, Samuel se lo arrebató con sus pequeñas manos

y empezó a frotarle la manga mojada con una concentración absoluta.

Gracias, dijo Lúcio, dejándose hacer.

Flavia observó la estena.

Había una seriedad con movedora en aquel gesto.

El pequeño no se caba la túnica, sino que cuidaba de aquel aquel aquín que va a rescatar.

Lo hacía con la torpeza solemne de los niños, convencido de que con un paño y su empeño

podía reparar cualquier daño.

Cuando terminó, Flavia le ofreció un trozo de pan con miel.

Samuel lo tomó con ambas manos y se sentó en el suelo junto a su cordarito de madera

sin dejar de mirar a su padre.

Como si aun te miera que el pez regresara por él.

Flavia se acomodó al lado delúcio que ocupaba el banco más cercano al fuego.

Durante un existantes, los tres quedaron bajo la misma luz.

El niño en el suelo con el pan entre las manos.

El padre inclinado hacia él, la madre observándolos con ternura.

¿Cómo me has dicho que era de grande el pez, Samuel?

Preguntó Flavia.

¡A-S-T!

Extendió a través de los brazos mientras sujetaba el trozo de pan con la boca.

Flavia no pudo contener la resa.

Aquella alegries encilla y doméstica iluminó la casa más que cualquier lámpara.

Lucio la miró y ayó descanso en su rostro.

Algo que no siempre lo grababa encontrar.

Nada parecía reclamarles más allá de aquella estancia.

Samuel se levantó de pronto y se acercó a su madre.

Le ofrecio el último pedazo de pan con miel, ya ha mordido por un lado.

¡Tama!

Flavia lo aceptó como se recibiera un obsequio preciosa.

¡Gracias, mi amor!

El niño regresó junto a Lucio y apoyó la cabeza en su rodella.

La tarda se retiraba y el mundo entero para cierre de conducirse a aquel pequeño círculo de calor.

Con las migas de pan en la mano, Flavia los contemplaba en silencio.

No había nada extraordinario en aquella estena.

Un padre empapado, un niño sobnoaliento.

Y sin embargo, encerraba una belleza difícil de nombrar.

Era como si durante unos momentos la vida, con sus peligros y sus pérdidas,

si hubiera detenido para mostrarle aquello que debía proteger.

Pensó sin saber muy bien por qué que los días más serenos serán también en los que antes se desvanecían.

16.

El desconocido.

El barco se mantenía en una quietud extraña.

Durante horas, la bodega había crujido como un animal encerrado en sus entrañas.

Sonaban pasos hordos sobre la cubierta.

Cuerdas que gemían al tensarse.

Han fueras arrastradas hacia la primera luz de la manacera.

Ahora solo se escuchaba el roce del agua contra el casco.

Un pulso lento y constante que acariciaba la nave mientras la noche aún resistía.

Espero.

La impaciencia era la forma más torpe de la tarce.

Con todo espacio las respiraciones, una tras otra, hasta que las voces se apagaron del todo en la cubierta.

Por fin se abrió la trampilla y el aire bajó como una marea fría, con olor a salbre arreciente y madera húmeda.

Asamó la cabeza y distinguió el puerto de fesón bajo la luz incierta de la horora.

La claridad que haya delado y alargaba sobre el agua encalma, las sombras de los mástiles de las naves mercantes, los barcos costeros y las galeras dijeras.

Destendió cuando todos habían desembarcado ya para no despertar sospechas.

A esa hora los marineros sólo atendían a la carga y a quienes respondían por ella.

Nadie reparó en el hombre corpulento que avanzaba con paso tranquilo.

Mezclado entre quienes acababan de descender por las carerillas.

No volvió la vista atrás.

El embarcadero cobra la vida toda prisa.

Mercaderes que cerraban tratos con premura.

Esclavos con la espalda doblada bajo los sacos de grano.

Carroteros y irritados por el atasco de las ruedas.

Más allá se alineban los almacenes portuarios, macizos y sinadornos, levantados para resistir el incesante trasiego del comercio.

Se dejó arrastrar por la corriente de quienes abandonaban el muelle.

Antel se abría la gran avenida que penetraban la ciudad, ancha y recta, a un fresca bajo la luz temprana.

Al olejo se alzaba la curva inmensa del teatro y de sus gradas saldría más tarde un murmullo continuo.

Semejante uno le haje contenido que no llegaba a romper.

No reduejo el paso.

Los espacios abiertos obligaban a exponerse ante demasiados ojos.

Antes de alcanzar el álgora, se desvió por una calle lateral donde el pavimento empezaba a gritarse y los soportales conservaban aún del relente de la noche.

Bastaron unos minutos para que la ciudad mudara de piel.

La calle se estrechó y los edificios casi se tocaban sobre su cabeza robándole la luz.

De una cuerda colgaban túnicas mojadas que goceaban y desde una ventana alguien arrojó a Huaturbia que salpicó la piedra.

Un muchacho pasó corriendo junto a él con una bolsa apretada contra el pecho.

Detrás, un hombre lanzaba amenazas sin esperanza de alcanzarlo.

Nadie intervino.

Sigue avanzando.

En una esquina, dos hombres forcejeaban por un puñado de monedas, mientras un anciano bebía apoyado en un muro y un perro os me aban entre los desperdicios.

Aquel barrio también era fesado.

El aire se percebía más sofocante conforme la mañana se adentraban la ciudad.

Faltaba un para el medio día y la luz alcanzaba los callejones con dificultad, absorbida por los muros altos.

En un cruce, un hombre sujetaba otro por la túnica mientras lo registraba con dedos expertos.

El asaltado se mantenía estático.

Sabedor de que resistirse, sólo prolongaría el tormento.

Pasó junto a ellos sin alterar el paso.

Un pórtico bajo daba acceso a un patio regular cercado por cuartos de Alquerer.

Allí se detenían quienes no hacían preguntas y también preferían no responderlas.

La mujer que llevaba las cuentas trazaba cifras sobre una tablilla encerrada.

Le bastó una mirada para medir al recién llegado.

Quedaba un lecho libre. Compartido. Le basta.

Ella sintió.

Dos a ses por noche.

Dejó las monedas de bronces sobre la mesa.

Nadie desconfiaba de quien pagaba sin discutir.

Tienes campaña.

Grito la mujer hacia el interior del cuarto.

No era más que un rectángulo.

Dos lechos de paja apoyados contra muros desnudos.

Un arca coja, una mesa estrecha y una lámpara enegrecida que apenas vencia la penombra.

El aire estaba estancado.

Su otra ocupante estaba sentada de espaldas.

Concentrada en limpiar con un paño la hoja corta de un cuchillo.

No era un gesto distraído.

No me gustan las sorpresas. Dijo sin volverse.

Ambea y tampoco.

Replicó él al descubrir que su compañera de habitación era una mujer.

Se roncas duermes en el patio.

Ella alzó la vista. Su mirada fue rápida, inquisitiva.

Ahora él lo posible por evitarlo.

Ella reaccionó con un gesto de desconcierto.

Quizá decepcionada por no haber escuchado una respuesta más áspera.

De donde sales.

Del mar.

Todos llegan de allí.

Él no respondió.

Ella dejó el cuchillo sobre la arca.

Aquí cada cual guardara suyo.

Nadie tocó a jeno.

No he venido a buscar problemas.

Se sostuvieron la mirada.

Desde el patio llegó un golpe seco, seguido de un cajido.

Nadie acudió.

Valeria se sentó en el borde de la mano.

El cuchillo del lecho.

Procura no estarbar.

Encendió la lámpara.

Y la llama tembló unos instantes antes de afirmarse.

La luz reveló el rostro sereno de la mujer.

Y arrancó de estellos metálicos al cuchillo que descansaba sobre la arca.

El hombre seguía en móvil.

La penumbra ocultaba buena parte de sus facciones.

Pero la amplitud de sus hombros.

Resultaba imposible ignorar.

Parecía ocupar más espacio

que la habitación podía concederle.

Dejo su bolsa junto al hecho libre.

Tu nombre?

Hubo una pausa mínima.

Valeria.

Ella sintió.

Ella no se molestó en preguntarle al suyo.

No le hacía falta.

Le bastaba con recordar su rostro

por si algún día le causaba problemas.

Y aquella cara no la iba a olvidar.

17.

El latido.

Samuel jugaba en el suelo con su cordelito de madera.

Lo hacía avanzar entre las patas de la mesa baja.

Lo detenía junto a una piedra.

Y luego le empujaba de nuevo,

murmurando palabras para sí mismo.

Estaba cansado.

Pero no quería irse a dormir.

Cada vez que el sueño le hacía cabecear,

habría muchos los ojos y retomaba el juego.

Lucio se había sentado cerca de la lombra.

Observaba su hijo con esa calma que a veces lo transformaba por completo.

Flavia de pie junto a la mesa preparaba la cena.

Colocó que sofrezco en un plato

y dispuso unas hierbas sobre un cuenco de aceite.

Luego se puso a cortar el pan.

Sin saber por qué,

aquella cena le parecía una celebración.

Durante un rato, nadie dijo nada.

Y Flavia agradeció a aquel momento de paz.

Se volvió hacia Lucio para comentar algo,

pero una súbita punzada de malestar le cerró la garganta.

La mano que sostenía el cuchillo quedó suspendida sobre el pan.

El aroma del queso, el aceite y las hierbas

se volvió de pronto demasiado intenso.

Trago saliva intentando dominar la nausea.

Pero el cuerpo respondió ante esquella

y tuvo que apoyarse en la mesa.

Flavia preguntó Lucio mientras cruzaba la estancia.

No es nada.

Dijo si mirarlo

y se encaminó hacia el vano de la puerta para tomar aire.

¿Samuel dejó el juguete en el suelo?

¿Mama?

La llamó a su estado.

Flavia respiró despacio antes de responder.

Tranquilo, mi amor.

Sóles un poco de mareo.

Lucio se cerco a ella y lo observó con atención.

Como si en su rostro pudiera encontrar la respuesta que no haya

sus palabras.

Ella buscó su mirada

y él descubrió en sus ojos un leve rastro de preocupación.

Pero también una alegría contenida que disipó de inmediato su inquietud.

Les obtuvo la mirada convencido de que aún faltaba algo por decir.

Entonces ella apoyó una mano sobre su vientre.

El gesto fue pequeño, casi involuntario, pero bastó.

Lucio tardó apenas un latido en comprenderlo.

Habrió los ojos sobrecogido.

Desde cuando?

Ella no contestó enseguida.

Llevaba varios días intentando no dar forma a aquella sospecha.

Pero el cuerpo acaba revelando sus cambios por mucho que se quiera ignorarlos.

¿Estás segura?

Precundo el embod baja.

Creo que sí.

Asintió Flavia y lo miró con una mezcla de temor, pudor y alegría.

Samuel los observaba desde el suelo desconcertado por aquella grabedad repentina

que no alcanzaba comprender.

Él alzó una mano hacia la mejilla de Flavia y la dejó suspendida nestante,

como si te mira quebrar algo demasiado frágil.

Después se la acarició con infinita delicadeza.

Otro hijo, murmuró.

Esperamos otro hijo.

Cerró los ojos tan solo un segundo.

Cuando los abrió de nuevo, la alegría iluminaba su expresión.

La abrazó con cuidado con una ternura protectora.

Flavia apoyó la frente en su hombro y se abandonó aquel abrazo.

Recordó la vez anterior, cuando empezó a sospechar que Samuel crecía dentro de ella,

cuatro años atrás.

Entonces, todo le parece inmensa.

Ahora ya comprendía mucho mejor el alcance de aquella noticia.

Él se apartó un poco para mirarla.

¿Estás bien?

Preguntó si soltarla del todo.

Sí, sólo ha sido una nausea.

Síntate, lo ocio.

Hazme caso.

Insistió con una firmeza contenida.

La condujo hasta el banco y ella se dejó a cuidar.

A veces le costaba aceptar aquella ternura,

pero esa tarde no quisó resistirse.

Samuel se acercó despacio, sujetando el cordarito por una pata.

Flavia abrió los brazos.

Véne aquí.

Los sentó sobre sus rodillas.

El niño la miraba con atención.

Intuía que algo estaba ocurriendo.

Lucio se gachó frente a ellos y apoyó un mano sobre la rodilla de su hijo.

Tenemos que contarte algo.

Samuel miró a su padre, luego a su madre,

y después al cordero de madera, por si también él estaba incluido.

¿Vas a tener un hermanito o una hermanita?

Samuel parpadeó.

¿Dónde está?

Aquí.

Flavia tomó su mano y la posó con su vida sobre su vientre.

El niño brió los ojos de par en par.

Después apoyó la oreja en el vientre de su madre.

¿Está dormido?

Flavia y Lucio intercambieron una mirada llena de felicidad.

Comprendieron que acababa de comenzar un interrogatorio cuyo final era imposible de adivinar.

Todavía es muy pequeño, afirmó su madre.

¿Más pequeño que mi cordero?

Mucha más.

¿Más que una fe y túna?

Lucio fingió pensarlo.

Miró primero a Flavia y luego al niño.

Quizá aún más pequeño.

¿Puedo jugar con él?

Todavía no.

Cuando nascas.

Respondió a Flavia.

¿Y cuando nacerá?

Aún falta.

Tiene que crecer.

¿Y come?

De algún modo así.

Respondió ella con una sonrisa, acariciéndole la mejilla.

Y luego la vista hacia su padre en busca de una explicación convencente.

¿Le damos pan?

Todavía no puede comer pan, dijo Lucio.

¿Pobrecito?

Urmuró el niño, compadeciendo se de su hermano invisible.

Cuando nascas, podrás enseñarle muchas cosas.

Dijo Flavia estrechándolo contra su pecho.

Le enseñaré mi cordero de madera.

Apoyó el juguete sobre el regazo de su madre.

Muy cerca de donde imaginaba que se escondía el bebé.

Mira.

Su sorro hacia el viente.

Beee.

Lucio y Flavia esbozaron una sonrisa.

Samuel hizo avanzar el cordero con su mocuidad.

¿No habla?

Aún no. Respondió Flavia.

Me oye.

Ella buscó los ojos de Lucio antes de responder.

Tal vez.

Samuel se inclinó un poco más.

Soy Samuel.

Lucio bajó la cabeza.

Se habían enfrentado a hombres armados, tormentas, traiciones, incluso a la muerte.

Pero aquel niño presentándose a un hermano que todavía no había nacido.

Lo dejó sin palabras.

Flavia tampoco dijo nada.

Se limitó a acariciar la espalda de su hijo.

La cena quedó olvidada durante un rato.

Luego él se incorporó y tomó el cuchillo que estaba junto al pan.

Me ocuparé yo.

De mejorado con los años.

Flavia respondió con una expresión en la que se mezclaba el humor y la gratitud.

Preparó la mesa con una torpeza cuidadosa.

Terminó de cortar el pan.

Sirvió un poco de vino arrabajado con agua y le acercó el cuenco de aceite.

Gracias.

Muy muro.

Comieron despacio.

Samuel apenas provó el queso.

Estaba demasiado ocupado mirando el vientre de su madre,

como si esperase descubrir algún movimiento arrepentino.

Ella le dejaba mirar.

A veces les honreía.

Otras al observarlo.

Encontrave sus ojos una mezcla de curiosidad y recelo.

La noche terminó de adoñarse de la casa.

Lucio encendió la lámpara de la ornacina y la estancia se llenó de una luz cálida.

Samuel le empezó a cabecear junto al fuego,

aferrado todavía su cordero de madera.

Su padre lo tomó en brazos y él apoyó la cabeza en su hombro.

Ya no protestó.

Al contemplarlos,

Flavia pensó en aquella familia santa de la que María le había hablado tantas veces.

Por primera vez, no la imaginó como algo lejano,

sino como una escena sencilla y profundamente humana.

18. La voz de la madre.

La llama del candil tembloo cuando una corriente de aire se coló por debajo de la puerta.

El fuego crepitaba con su habilidad en el pequeño hogar.

Habían pasado varias horas y sin embargo,

el sueño no parecía querer acercarse a mí.

María no me preguntó que me ocurría.

Ni intentó arrancarme palabras que yo no estaba preparada para pronunciar.

Simplemente permanecía allí, amilado.

Saber esperar era una de sus mayores virtudes.

Durante un rato contempló las llamas sin decir nada.

Después sonrió.

Mis padres creían que mi vida pertenecía al señor desde antes de que yo naciera.

Dijo.

Yo pensaba que aquella entrega se limitaba al templo hasta que comprendí que no era así.

Todo comenzó el día en que el ángel vino a buscarme.

La escuché sin apartar la vista de ella.

No hablaba como quien recuerda sino como quien regresa al instante que cambió su vida.

Yo era joven.

Continuó mucho más que tú cuando tuviste a Samuel.

El nombre de mi hijo encontró la grita que yo llevaba horas intentando ocultar.

Desvía la mirada hacia el cuenco vacío que sostenía entre las manos.

Ella fingió no advertirlo.

José ya había empezado a trabajar en la casa donde viviríamos.

Siempre había algo que reparar,

alguna madera que pulir o una herramienta que mejorar.

Decía que una vivienda debía levantarse despacio igual que una familia.

Me la imaginé muy joven, casi una muchacha.

No como la madre del maestro ni como la mujer que tenía delante.

Una joven de Nazaret que soñaba con una vida tranquila.

Aquellas palabras despertaron algo en mí.

La felicidad sólo revela su fragilidad cuando sabemos que puede acabarse.

Era un día como cualquier otro.

Los vecinos hacían sus tareas.

Los animales buscaban las hombres y las mujeres acudían al pozo como de costumbre.

El mundo no se detuvo para anunciar lo que estaba a punto de suceder.

Hizo una pausa de unos segundos antes de continuar.

Y entonces apareció.

No había alas ni fulgores ni truenos ni señales fabulosas.

Sólo la certeza de que algo inmenso acababa de entrar en mi vida.

Su mirada ya no estaba conmigo.

Había regresado aquella humilde casa de Nazaret,

donde una muchacha recibió la visita que cambiaría para siempre la historia de los hombres.

Tuve miedo, flabia.

Confeso.

No porque dudara de Dios,

sino porque comprendí que a partir de ese momento mi vida ya no me pertenecía.

Sentí un estremecimiento.

Cuando uno es joven y no me pertenecía,

me pertenecía a los jóvenes,

imagina muchas veces la vida que les espera.

Creé que podrá ordenarla a su manera,

pero que el día entendí que los hijos no llegan para cumplir nuestros planes.

No sólo hablaba de sí misma, también de mí.

Había leído mi pensamiento.

Bajé la mirada y apoyé una mano sobre mi vientre.

Me pegó casi instintivo.

Recordé la otra vez que la incertidumbre me acompañó durante los primeros días,

antes de saber con certeza que esa muel crecía dentro de mí.

La sensación era ya tan lejana que parecía pertenecer a otra mujer.

Yo también tuve miedo,

mezclado con una alegría difícil de explicar,

como si el corazón hubiera comprendido la nueva realidad antes que la razón.

Escuchaba a María mientras veía el rostro de Samuel.

Sus manos pequeñas, la forma de aferrarse a mis dedos cuando estaba aprendiendo a caminar

y cómo buscaba mi mirada cada vez que algo le inquietaba.

Acepté mi destino, pero no fue tan sencillo.

La confianza no elimina el miedo.

Asentí sin darme cuenta. Conocía esa verdad.

A veces creemos que las personas elegidas por Dios reciben respuestas.

En realidad, cargan con más preguntas que nadie.

Yo no sabía qué sería de mi vida,

como podría explicar algo que ni siquiera yo alcanzaba a comprender.

Pensé que aquella era la mayor prueba que Dios me había puesto,

pero me esquivocaba.

¿Cuál fue entonces?

Precunte.

María sostuvo a mis ojos unos instantes.

La mayor prueba fue comprender que mi hijo nunca me pertenecería.

Ese fue el verdadero aprendizaje de mi vida.

Aceptar que él vino al mundo para cumplir una misión que yo no podía controlar.

Aquellas palabras echaron raíces en mi corazón.

Mi madre también tuvo que aprenderlo.

Añadió. Ella creyó que entregándome al templo cumplía la voluntad de Dios.

A veces pienso que la maternidad consiste precisamente en eso.

En entregar. Permaneci largo rato en silencio.

Entregar. No poseer.

No retener. No exigir.

Quizá en día me había entregado su vida sin haber me dado la sangre.

Quizá dará me había dado la sangre sin poder acompañarme.

Quizá ambas habían sido madres a su manera.

Y quizá por eso María se había convertido en algo parecido a una madre para mí.

Porque me entregaba comprensión, justo lo que más necesitaba en esa noche oscura.

Ninguna mujer está preparada para convertirse en madre.

Dijo casi en un su surro.

Ni siquiera aquellas que llevan toda una vida creyendo que lo están.

La Mirea es sin responder.

Esa noche comprendí que la maternidad no consistía en poseer a un hijo.

Si no enamarlo incluso cuando el corazón presente que no podrá protegerlo.

19. El testimonio.

Desde la distancia el sender apenas era visible.

El paso de los años lo había abierto entre la maleza a fuerza de pesadas.

Solo la cercarse a aparacianas piedras alineadas hasta la gruta.

Era en de Marmol Blanco, pulido por la intemperia.

En sus laterales podían leerse leyendas hebreas, grabadas sin ornamento alguno por una mano paciente y firme como la de María.

Letras hondas, trazadas para resistir la lluvia y el tiempo.

Juan se detuvo ante la primera piedra y pasó los dedos por la inscripción.

Jesúa cargó con el madero.

Le llue en voz baja.

Nadia habló.

El grupo se había detenido detrás de él con una obediencia nacida de la costumbre.

No era una procesión numerosa.

Tampoco pretendía hacerlo.

Aquellos hombres y mujeres avanzaban sin estandartes, sin proclamas, sin más fuerza que la memoria compartida,

como lo hacían desde el principio los seguidores del maestro.

Había noído de Jerusalén.

Se había dispersado por Judea, Calilea, Siria y Asia, llevando consigo palabras, gestos,

relatos repetidos al color de una lámpara.

Fragmentos de una verdad que Roma y el Saladrin creían haber enterrado en el gol gata.

Pero había algo que no se había perdido, el testimonio.

Más adelante, otra piedra recordaba la primera caída de Jesús bajo el peso de la cruz.

Una tercera conservaba la súplica dirigida a las mujeres de Jerusalén.

No lloréis por mí.

La última, situada antes de que la gruta se ensinó a senten los motorrales,

evocaba la sangre y el agua que brotaron del costado de Cristo tras la lanzada.

Era la memoria de María tallada en la roca.

No una memoria creada por sacerdotes ni protegida en los templos,

sino nacida de la fricción de una madre que se había negado a dejar que el mundo olvidara.

Todos llevaban una está de madera, rematada por una pequeña cruz simpulir, aspera todavía,

recién desprendida del tronco.

Delante de cada hito, la encajaban en la entidura del mármol y se quedaban un rato callados.

Nadie daba instrucciones.

Nadie necesitaba recebirlas.

Algunos apoyaban la frente sobre la madera.

Otros callen de rodillas.

Hubo quienes incridaron a estar tocar el suelo con las manos,

no por sentirse derrotados, sino porque hay dolores demasiado grandes para permanecer heridos.

Valeria imitó los gestos con discreta gravedad.

Se arrodilló, bajó la cabeza cuando todos callaron y su rostro adoptó la sombra justa de recogimiento.

Pero mientras los demás se recordaban, ella estudiaba el entorno.

Con todas las piedras, midió la distancia entre una y otra.

Calculó cuánto tardaría en recorrer a que se enteró en la oscuridad

y advirtió que en algunos tramos la malesa estrechaba el paso y obligaba avanzar de uno en uno.

Se fijó también en las lámparas protegidas con pequeñas cubiertas de barro.

En quienes caminaban cerca de Juan y en la posición del ucio, siempre atento sin para hacerlo.

Cuando la última oración se extinguió, varios hombres cubrieron las piedras con esteras tejidas con hojas de palma datillera.

Al extenderla sobre el mármol, las fibras secas emitieron un susurro.

De lejos solo se veían sender abandonado junto a unas grutas sin importancia.

Nada de la taba, que allí se custodía a una devoción nacida al pie de una cruz.

Entonces Valeria vio a María. No salió de la gruta.

Debía de estar allí desde antes de que todos llegaran y en móvil junto a la entrada,

como una figura surgida de la penumbra.

Hasta ese momento, parecía que nadie había advertido su presencia.

Después, uno a uno, todos bajaron la mirada.

Llevaba el sobrevestido de las grandes solemnidades, verana oscura, sin brillo,

que absorbía la luz y caía enplíguese veros hasta los pies.

Un broche de bronce, apenas mayor que una moneda, cerraba la tela bajo el cuello.

El cintrón recogía la prenda sin señirla.

El gorro amarillo ocultaba sus cabellos y de él descendía un velonegro hasta los hombros.

Era la misma indumentaria que había llevado cuatro años antes,

cuando seguía su hijo por el camino del calvario.

Algunos contuvieron el aliento, Flavia, que caminaba junto a Sara, apretó los labios.

Lucio inclinó levemente la cabeza.

Juan cerró los ojos un instante, como si aquel atuendo,

reviviera un recuerdo que ninguno podía evocar si destremecerse.

María avanzó sin prisa.

Su porte se mantenía intacto, sostenido por una calma que decía callar los presentes.

Valeria sintió un desasosigo breve, ante aquella mujer que radiaba una autoridad extraña.

Nacida de haber permanecido en pie cuando toda su alrededor se había derrumbado,

apartó aquella idea.

Las emociones eran una licencia que no podía permitirse.

Entraron en la gruta.

El interior estaba iluminado por lámparas de aceite colocadas en huecos abiertos en la roca.

La luz no vencía del todo a la penumbra, pero la volvía cálida, casi dorada.

El suelo estaba nivelado con arcilla aprendzada y cubierto por esteras.

Algunas ancianas se sentaron en taburetes bajos.

Los demás permanecían de pie muy juntos,

como si el reducido espacio lo obligara a respirar al unésano.

Al fondo, si alzaba una mesa sencilla de madera de sicomoro,

cubierta por un paño de linos sin tenir.

Sobre ella, descansaba una pequeña arca enegrecida por aceite.

Juan se acercó acompañado por María el Úcio.

Durante unos instantes, nadie se movió.

Valeria escrutaba cada detalle.

Juan llevaba una llave de bronce sujeta al cinto o cultaba bajo el pliegue del manto.

La rozó con los dedos antes de rodillarse.

Fue un gesto rápido, casi imperceptible, pero Valeria se percató.

María mantenía la mirada fija en arca, no en la llave.

Luz ciden cambio, observaba los presentes.

Juan abrió el cierre y levantó la tapa.

Sobre un lecho del hino reposaba la ampolla de vidrio soplado.

Era transparente y regular.

Con pequeñas borbujas atrapadas en el cristal,

no parecía valiosa por su forma ni por su factura, y sin embargo,

todos contuvieron la respiración al verla.

El contenido era oscuro, surcado por reflejos rojizos, sangre y agua.

El último testimonio físico de la muerte del maestro.

Valeria sintió que el pulso se le aceleraba, aquello existía.

No se trataba de un rumor extendido por esclavos, ni de una fábula que surgió en los puertos.

No era un relato repetido por creyentes necesitados de señales.

Estaba allí, antes sus ojos, pequeño, frágil, tangible.

Un objeto capaz de arrastrar a drusir a desdarroma y de inquietar al procón suelte hacia.

Un objeto por el que calícula, enfermo y encerrando su delirio de divinidad,

estaba dispuesto a remover cielo y tierra.

María alzó las manos y habló, «Dios mío, tu eres mí Dios.

A ti te busco desde el alba. Mi alma tiene ese de ti, como tierra seca agotada y sin agua.

Sin levantar la voz, sus palabras alcanzaron cada rincón de la gruta.

Todos la repetieron en voz baja y sonraron como una súplica ancestral.

Valeria movió apenas los labios para no llamar la atención.

Juan se inclinó ante la arca.

Bendito sea el santo que nos permitió ver lo que nuestros ojos no merecían.

Dijo.

Bendito sea quien conservó entre nosotros lo que lo dio quiso borrar.

Bendito sea el hijo entregado por amor con cuya sangre dio testimonio cuando los hombres quisieron imponer el silencio.

Un murbullo recorrió la gruta. Algunos lloraban sin ocultarse.

Otros permanecían firmes con los dedos entrelazados sobre el pecho.

Sara se cubrió la boca con una mano. Flavia pretó los ojos para contener la emoción.

Lucio no apartaba la mirada de la ampolla, pero su mandíbula se había atensado.

Después uno a uno fueron pasando por delante de arca, aunque ninguno os ha tocado.

Algunos se arrodillaban. Otros se inclinaban la frente como si no estuvieran ante un objeto, sin ante una presencia.

El azarte emplaba tanto que Juan tuvo que sujetarlo.

Una anciana extendió las manos sin llegar a razar la madera y murmuró algo que Valeria no consiguió destiflar.

Sara lloraba en silencio. Flavia permaneció más tiempo que los demás con las manos recogidas sobre el viento.

Valeria fue la última. Abanzó despacio, se arrodilló, inclinó la cabeza, pero mantuvo los ojos abiertos.

Así pudo ver el interior del arca, el grosor del vidrio, la forma exacta del cierre y la distancia entre la mesa y el armario nescavado en la parez izquierda.

Adciertió también que Juan tenía la llave consigo y no la saltaba. Eso era importante.

Cuando la adoración terminó, Juan tomó la ampolla con ambas manos. El silencio se hizo un más denso.

La sostuvo a la altura del pecho y vendíjo a la comunidad con ella. Nadie se atrevió a acercarse.

Después la depositó de nuevo en el arca, cerró la tapa y la llevó a estalar marium.

El pequeño rectángulo, con una portezuela de madera oscura reforzada con una placa de bronce, estaba al fondo de la gruta.

Juan introdujo la llave, la hizo girar con esfuerzo y colocó dentro el arca.

Luego volvió a cerrar y comprobó dos veces que había quedado bien asegurado. Valeria seguía atenta cada movimiento.

La llave regresó al cinto de Juan o culto abajo al manto. Lucio fue el último en abandonar la gruta.

Antes de cruzar el umbral, se giró un instante hacia el armarium. Valeria advirtió al gesto, aunque no supo interpretarlo.

Cerró la puerta exterior de la gruta con una segunda llave y se le entregó a Juan que la guardó a su vez entre los plegas del manto.

Dos cerraduras, dos llaves y ambas quedaban en manos de Juan.

El grupo inició el camino de vuelta en silencio. El sol estaba a punto de ocultarse y la sombra de los arbustos se alargaba sobre la tierra.

Valeria caminaba cerca de Sara, pero su atención permanecía fija en Juan.

El bulto de las llaves se eliminaba bajo el manto. Avanzaba con una lentitud cansada, protegido por Lucio escasa distancia.

Amitada el sendero, Sara le razon brazo. ¿Estás bien? Valeria tardó lo justo en responder.

Sí, sólo que no esperaba algo así. Nadie lo espera la primera vez. Respondió Sara, todavía con movida.

Cuando los demás se dispersaron, Valeria se despidió de Sara y antes de marcharse les dio las gracias a Flavia y a María por haberle permitido asistir a Reito.

Mientras se alejaba, repasó mentalmente cuanto había visto. El sendero, las lámparas, el armarium, las dos llaves. Ya tenía todo lo que necesitaba.

20. La llave. Al llegar al recodo donde el muro de la casa proyectaba una sombra espesa. Valeria se detuvo.

Agin no alcanzaba la luz de las lámparas. Desde que el punto podía ver la entrada, parte del patio y el vano interior donde Juan solía dormir.

Permaneció pegada la piedra, cubierta con el manto oscuro que se confundía con la noche. Las voces tardaron en apagarse.

Dos hombres se despidieron junto a la puerta. La lámpara del que se marchaba, desapareció por el callejón. Después, nada.

La casa quedó en penumbra, con la puerta entornada para que corriera el aire. Valeria guardó largo rato hasta que el silencio se instaló del todo.

Solo entonces avanzó. Se deslizó por el lateral del patio, rozando el muro con la punta de los dedos para orientarse. Descargaba el peso sobre el borde exterior del pie, deteniendo si un instante con cada cambio de superficie antes de dar el siguiente paso.

Dentro, Juan dormía. Valeria se situó junto a la verdura y escuchó. La respiración de la posto era lenta, pero no pesada.

Aquello lo obligó a extremar la prudencia. Había personas que incluso dormidas permanecían muy cerca de la vigilia. Juan era una de ellas. Valeria entró.

El banco donde descansaba el manto quedaba tres pasos del lecho. No podía acercarse de frente.

El suelo estaba cubierto por una estera demasiado seca. Una pisada en falso bastaría para que las fibras de la tana su presencia. La bordió, deslizando la mano por la pared para mantener el equilibrio.

Una estilla le abrió la palma, pero ni siquiera prestañéo. El dolor era un precio insignificante. Juan se movió. Ella contuvo el aire.

El apóstol giró la cabeza sobre el jergon y dejó escapar un urmullo ininteligible. Después, un brazo emergió de la manta y la mano quedó colgando al borde del lecho a menos de un palmo del banco.

Habría los ojos. Valeria permaneció inerte. Notó el pulso golpeándole en las sienes pero no se dio a la ugencia. Contó una respiración, luego otra.

La mano de Juan terminó por relajarse. Entonces, sincrinó el cuerpo con una lentitud exasperante. Introdujo dos dedos entre los pliegas del manto.

Encontró primero la llave grande y le asojetó para que no golpeara la hervilla. De bajo estaba la pequeña, unida por una nilla de bronce.

El metal estaba frío. Lo alzó muy despacio hasta liberarlo del peso del manto. De pronto, Juan inspiró andó y Valeria cerró el puño sobre las llaves.

No se retiró enseguida. Un ladrón en experto habría huido en ese mismo estante. Ella sabía que el verdadero peligro comenzaba cuando uno quería haber terminado.

Esperó. El silencio volvió a sentarse. Esa era el momento de iniciar la retirada. Retrocedió por el mismo camino, esquivando la estera, las tablas del suelo y está el roce del manto contra su propia túnica.

Al salir al patio, la noche ne devolvió el aire. No aflojó el paso. Cruzó la calle con la misma serenidad con la que había llegado.

Dobló el recodo y tomó el sendero que conducía la grota. Abanzó oscuras. Había contado los pasos durante la ira.

Sabía donde la tierra accedía bajo los pies. Donde una raíz atravesaba el camino y donde las piedras ocultas entre la maleza podían hacerla perder el equilibrio.

Solo cuando la espesura la envolvió por ambos lados, extrajo la pequeña lámpara que llevaba bajo el manto.

Proteció la mecha con la palma del mano y la encendió. La llama nació como un suspiro. Llegó a la entrada de la gruta.

La llave grande encajó con dificultad. La giró de espacio y sintió la resistencia del cierre. La madera se dio con un leve gemito. Valería se detuvo.

Escuchó. Nada. Solo el viento deslizando entre los arbustos y el rumor lejano de la ciudad armida.

Accedió y interno a la puerta sin llegar a cerrarla.

El aire olía aceite, arcilla húmeda y piedra fría. Valería sintió que aún conservaba el aliento de la reunión celebrada unos horas antes.

El recuerdo de las voces. El lugar donde cada uno había doblado las rodillas.

La mesa cubierta por el paño del inno. Abanzó con la lámpara protegida junto al pecho.

El armarium aguardaba en la parecia izquierda. Introdujo la llave pequeña. Giró. El cierre o vedeció.

Sintió un frío recorrarle el cuerpo. No era alivio. Era la certeza de haber vencido hasta ese instante.

Había borrado la vigilancia de la comunidad, la atención del ucio, la prudencia de Juan y la mirada de María.

Roma estaba un solo paso de obtener la ampolla.

Brusila tendría aquello por lo que le habían enviado y nadie imaginaría de qué manos lo había recibido.

Habrió la portezuela. El hueco estaba vacío. Acercó la lámpara, incrédula.

El arca no estaba. Tampoco la ampolla.

Sobre la piedra, solo quedaba el paño del innoplegado con cuidado, un dido en el centro por una teno en marca circular.

La huella era reciente. Allí había reposado un objeto pequeño, redondo. Allí había estado la ampolla.

Ya no. Valeria se quedó inmóvil con la mano a una apoyada en la madera.

Durante un instante se negó a aceptarlo. Después registró el interior como movimiento rápido y precisos.

Recorrió los laterales, el fondo, la parte superior. Busca una cavidad oculta, una tabla falsa, una grita en la roca. Nada.

La luz de la lámpara solo encontró la piedra desnuda y el paño abandonado.

Entonces lo comprendió.

Tudos habían visto a Juan guardar el testimonio y quedarse con las llaves.

Pero alguien había regresado después. Y ella no se había percatado.

Repasó cada uno de sus movimientos desde que finalizó la ceremonia.

Sara la detuvo en el sendero con unas palabras intrasdendentes.

Durante aquellos instantes su atención se había desviado.

Y Juan se demoró con luz y en el umbral de la gruta. Ella creyó que sólo comprobaban el cierre.

No era eso. Habían vuelto a entrar.

Mientras ella se alejaba convencida de que la ampolla secía allí, ellos la estaban poniendo a salvo.

Valeria apretó los dientes. Un error así no era propio de ella.

No había fracasado por falta de habilidad.

Sino por qué había subestimado a quienes tenía adelante.

Lucio Fedro, no era un devoto cualquiera. Había servido en la guardia pretoriana

y conservaba en instinto de quien ha aprendido a sobrevivir entre trampas.

Y Juan, bajo aquella apariencia de más edumbre, había caminado demasiado a años junto a un maestro al que Roma había perseguido hasta la muerte.

Cero el armarium con el mismo cuidado con que lo había abierto.

Después salió de la gruta, encajó la puerta y giró la llave exterior.

No podía permitirse que descubrieran su visita antes de tiempo.

Aún debía devolver las llaves al manto de Juan.

Regresó de prisas y volver la vista atrás, conteniendo la rabia.

La ampolla existía, la había visto, pero ya no descansaba en la ornacina.

Eso sólo podía significar una cosa. Alguien se le había adelantado.

Si el testimonio había sido trasladado, entonces existió nuevo escondite, otra custodia, otro secreto por desentrañar.

Pensó en quinto Cornelio, en Brusila, en Calícula, aguardando una salvación que tal vez no llegaría jamás.

En Roma, los errores no se perdonaban, y mucho menos cuando logro había estado alcanza de la mano.

La frustración fue enfriándose hasta transformarse en una determinación fría y metódica.

No regresaría con las manos vacías.

Mientras se alejaba, Valeria comprendió que aquella noche no sólo no había terminado la búsqueda, sino que se había vuelto mucho más peligrosa.

Quienes custodieran el testimonio, sabían más de lo que dejaban entre ver. Habían ocultado la ampolla, y eso los convertían adversarios formidable.

Por primera vez, desde su llegada a FSO, son Río Sinfinger.

21. La Astilla.

Al llegar a su habitación alquilada, Valeria se detuvo ante la puerta. Escuchó.

No yo voces ni pasos al otro lado. Solo el rumor lejano del mar y el roce del viento entre los árboles.

Empujó despacio la hoja de madera y entró sin hacer ruido. La luz de la luna ambastaba para preferir el interior de la estancia.

Los dos gergones de paja, la mesa estrecha, la lámpara pagada y el pequeño arcón arrimado al muro.

Al fondo, sobre el segundo lecho, dormía que el hombre, el compañero de habitación que se había visto casi obligada a aceptar.

Cerro y colocó la tranca de madera. Se mantuvo en móvil hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

No era extraño que en una casa de alquiler los viejeros compartieran un cuarto, pero si resultaba insólito que alguien ocupara media habitación el solo.

Era gigantesco. Incluso atendido, su cuerpo parecía demasiado grande para el jergon.

Rosaría los siete pies de estatura, quizá lo superara, y sus sombros en pequeña cien cualquier puerta.

La manta apenas le cubría esta la cintura y dejaba el descubierto unos brazos poderosos, unas manos grandes y no dosas, marcadas por antiguas cicatrices sobre una pieroscura africana, distinta de la que el sol curtía en romanos y griegos.

Un parche negro le cubría lojo izquierdo, el derecho estaba cerrado, Valeria lo observó sin moverse, su corpolencia no la intimidad.

Al contrario, los hombres de tal en vercadura confiaban el exceso en su fuerza y tardaban en comprender que ni el músculo, ni los huesos, detenían una hoja de acero manejada con precesión.

Pero qué nombre no respiraba como un borracho ni como un soldado desprevenido, tenía una respiración lenta, con un ritmo tan uniforme, que resultaba difícil saber si dormía de verdad o si esperaba.

Valeria dejó el manto sobre el arcon y se sentó en su propio lecho sin quitarse la ropa, sólo entonces su mirada se desvió hacia el zorrón de cuero, apoyada junto al jergon del desconocido.

No era grande, pero estaba bien cerrado. La herilla era sencilla y el cuero mostraba desgaste en los bordes.

No parecía el equipaje de un mercader, ni de un soldado, tampoco el de un mendigo.

Había en el unor de impractico, casi severo.

Volvió la vista hacia el hombre para comprobar que seguía profundamente dormido.

Se levantó sin hacer ruido, avanzó hasta la bolsa y se rodeyó junto a ella.

Examinó la hibilla, la correa y la solapa que protegía el cierre.

Después, la abrió para echar un vistazo.

En el interior encontró vendas enrolladas, un paño limpio, un pequeño stuche de madera, dos frascos estrechos y varios envoltorios delino atados con cordel.

Al mover uno de ellos, uno lo raspa, pero vegetal y amargo escapó de la tela.

Valeria, lo identificó a instante.

Sabía de hombres que tomaban el velaño para dormir después de resultar heridos y de mujeres que lo mezcaban con vino para soportar dolores que no tenían cura.

También había visto lo que podía hacer una dosis mal medida.

Ojos abiertos sin ver, palabras sin sentido, una furia repentina o un sueño tan profundo que parecía la muerte.

No era una sustancia que una persona prudente dejara al alcance de cualquiera.

Sostuvo el envoltorio entre los dedos.

Entonces, el hombre se despertó.

No sin corporó con torpeza ni se sobresaltó, giró de golpe, con una giridad impropia de un cuerpo de su tamaño y su mano presó la muñeca de Valeria como una trampa.

La fuerza de la carne habría bastado para romper los huesos de alguien menos preparado, pero ella estaba entrenada.

No intentó liberarse tirando hacia atrás.

Se dejó arrastrar medio palmo, giró el hombre hacia adentro y clavó la ratilla del borde del Jérgón para cambiar el eje de su cuerpo.

Con la mano libre, desenvainó el cuchillo que llevaba bajo la tónica.

La hoja apareció del cuello del desconocido antes de que él pudiera utilizar el otro brazo.

Los dos se quedaron parados.

Él me dincorporado sobre el Jérgón con la muñeca de Valeria una presada.

Ella, inclinada sobre él, con el filo apoyado bajo su mandíbula.

Suelta me dijo Valeria.

El hombre no miró el cuchillo, sino que fijó en ella su ojo derecho.

Era oscuro, atento, mucho más sereno de lo que se esperaba.

Después, descendió hasta la mano con la que había abierto la bolsa.

La leve en chazón que la astilla le había dejado en la palma, mientras buscaba el testimonio, a un resultado visible.

Os he estado registrando mis cosas.

¿Y tú fingías dormir? Reprico Valeria.

Querías saber con quién compartió el cuarto. Valeria presionó ligeramente la hoja.

Un hilo de sangre descendió por el cuello del desconocido.

Será mejor que no pongas a prueba mi paciencia.

Él aflojó despacio la mano y liberó el brazo de Valeria, pero ella mantuvo el cuchillo firme junto a su garganta.

Habla, ¿qué llevas en la bolsa?

El hombre desvió un instante y la mirada hacia los envoltorios abiertos.

Remedios, hierbas, un cuentos, cosas para curar.

El veneno también puedes condersen un frasco.

Y un remedio mal empleado puede matar igual que un veneno.

La hoja volvió a tensarse contra su cuello.

Aprendía a prepararme divinas y a tratar heridas de que mejor las conocía.

Mi padre.

Si me permite esmoverme, te enseñaré lo que llevo.

Puedes hacerlo sin carreter el cuchillo.

Una sombra apenas perceptible de cansancio cruzó el rostro del hombre.

Será bastante más difícil.

Valeria lo observó con atención.

Había algo en él que contrastaba con el tamaño de su cuerpo.

No vio desafío en sus ojos.

Tampoco miedo.

Solo una calma contenida, como si midiera el peligro antes de exhibir su fuerza.

No supo por qué, pero no le pareció nombre cruel.

Y eso la irritó, apartó la hoja hondedo.

Despacio.

Le advirtió Valeria.

Él asentió.

Se incorporó sin brúsquedad y mostró las manos antes de inclinarse hacia el torrón.

Ella retració medio paso.

Lo justo para permitirle moverse sin relunciar a la ventaja.

La hoja permaneció firme entre sus dedos.

El hombre abrió la bolsa con cuidado y sacó el envoltorio que ella había manipulado.

Veleño.

Sileve para alviar dolores intensos y para dormecer a quien no soportaría una cura despierto.

Lo dejó sobre la mesa y tomó otro paquete delino,

endrecido por restos de racina.

Aloé para tratar las quemaduras.

Sauce para la fiebre.

Y esto?

De esta ponte, pequeño frasco.

Esto es mira.

Te vendrá bien para esa estilla de la mano.

Primero tendrás que sacarla.

Valeria bajó a la vista.

Solo entonces advirtió el escuador que le recorría la palma, pero no dijo nada.

Después aplica unas gotas.

Evitará que la herida se infecte.

Aquel gigante hablaba con la misma naturalidad con la que otros empuñaba una espada.

Sin pedir permiso, tomó un punzón tan fino como una aguja.

Ella retiró la mano por instinto.

Confía.

Dudón estante.

Al final le dejó hacer.

Él sujetó su palma con firmeza y en un instante la estilla quedó entre sus dedos.

Era sábil.

Amitió ella.

Él es bozona sonrisa.

Lo he visto hacer muchas veces.

Aplicó una gota de mierda sobre la herida.

Seguro que tú también eres buena en lo tuyo.

Sea lo que sea.

Valeria les estuvo la mirada.

Hace dicho que sabes dormir a un hombre antes de abrirle la carne.

Eso no se aprenden cualquier parte.

La sonrisa desapareció.

Eso estenida muchos mientras los curaban.

Algunos llegaban destrozados después de un castigo.

Otros apenas podían mantenerse en pie.

Cuando uno presencia tanto padecimiento termina aprendiendo.

En su rostro hubo un amago de sonrisa, aunque se desvaneció antes de llegar a sus labios.

La tensión seguía allí, pero ya no era la misma.

Ella regrasó a su jérgón sin volverle la espalda.

Él cerró el zorrón y lo dejó apoyado junto al muro un poco más lejos que antes.

No volveré a registrar tus cosas.

Y yo no volveré a sujetarte la muñeca.

Más te vale.

Él inclinó levemente la cabeza aceptando la advertencia.

Después se tendió de nuevo sobre el jérgón.

Ella mantuvo los ojos abiertos hasta que la luz comenzó a extinguirse.

Apagó la lámpara.

La estancia quedó envuelta en una penumbra azul, acariciada por el resplandor de la luna que se coraba por la ventana.

El armario invacío regresó a su mente.

También la ampolla desaparecida.

Sin embargo, entre una idea y otra, se habría pasado una imagen en esperada.

Esas manos enormes que un momento antes la habían reducido sin esfuerzo.

Y que con la misma facilidad, había extraído una diminuta estilla de su palma.

No sabía qué clase de hombre era.

Y la encertidumbre le resultó mucho más incómoda que cualquiera amenaza.

Por primera vez en mucho tiempo, el sueño llegó antes que el modo de acabar con la vida,

del hombre que dormía a unos pasos de ella.

22. La voz de la madre.

Antes de que naciera mi hijo, el pueblo ya había decidido quién era yo.

María pronunció aquella sentencia al volver del patio con las manos apoyadas en una vasija que acababa de llenar de agua.

Fue era, sólo se oía el roce de una rama contra el muro.

Durante meses salía la calle sabiendo lo que sucedería en cuanto me vieran.

Pero sí yo. Algunas mujeres apartaban a sus hijos al cruzarse conmigo.

Otras acuerdaban a que me hubiera alejado para condenarme en voz baja.

No siempre alcanzaba distinguir lo que decían.

A veces bastaba el silencio que dejaban atrás de mí.

No la interrumpí. Había en su voz una calma desnuda sin rastro de amargura, que hacía el recuerdo más verdadero.

En Nazaret, una muchacha que concevia antes de vivir con su esposo, llevaba la sospecha marcada en el cuerpo.

La ley podía ser severa, pero la condena de quienes se creían justos lo era todavía más.

Me llamaron impura. Otros emplearon palabras más crueles.

Sin embargo, lo que terminó por herirme no fueron aquellos insultos,

sino la certeza con la que tantos aseguraban conocer la voluntad de Dios mejor que el propio Dios.

Sus dedos rodearon el borde de la vasija. José notardó en saberlo.

Era un hombre justo y me amaba. Por eso su dolor me resultó más difícil de soportar que cualquier acusación.

No quiso denunciarme. Decidió apartarse de mí en secretos sin exponerme al juicio de todos.

Lo que muchos interpretarían como un abandono fue en realidad la única forma que encontró de protegerme.

Vajé la mirada. Pensé en la soledad de María. En su embarazo vigilado por los ojos de un pueblo pequeño,

en las puertas que se cerraban una tras otra se inacerruido.

Hasta entonces había pensado en la anunciación como un acontecimiento luminoso.

El ángel del Señor le habló a José en sueños. Continúa.

Le dijo que no te miera recibirme porque lo concebido en mí venía del Espíritu Santo.

Cuando se despertó, José vino a buscarme. No me pidió explicaciones ni reclamó pruebas.

Se quedó a mi lado y aquello requería más fe que cualquier palabra.

De pronto el viento cruzó el patio y se oyó el balanceo de la cuerda atendida entre dos clavos.

Pero Nazarendo olvidó. Mi vientre crecía y con él crecía en los murmullos.

Yo iba al pozo, amasaba el pan, barría la casa, hacía lo mismo que antes, pero ya nada era igual.

Las calles parecían más estrechas y las personas que conocía desde niña se habían vuelto lejanas.

Hubo días en que anhelé una vida sencilla, sin señales, sin temor, sin la carga de ser contemplada como un escándalo.

Pero no había modo de volver atrás. Había dicho sí y aquel sí comenzaba a cobrar cuerpo dentro de mí.

A lo ir la mi mano se deslizó casi sin darme cuenta hasta mi vientre.

Puedo ir un gesto pequeño, pero María lo advirtió. No dijo nada.

Sus ojos se posaron primero en mi mano y regresaron después a mi rostro con una ternura que me dejó sin defensa.

Retire el a mano. No estaba preparada para hablar de aquello ni siquiera conmigo misma.

Fue entonces cuando llegó el édicto. Roma quería contar a los suyos, hombres, casas, tierras, apellidos.

Todo debía quedar inscrito bajo la autoridad del César. Al pertenecer a la casa de David, José tuvo que viajar a Belén, la ciudad de sus antepasados para registrarse en el censo.

¿Y tú fuiste con él? Quise saber.

Sí, embarazada. Asintió y guardó silencio. Pude imaginar lo que aquella decisión significaba.

Un viaje así no era poca cosa para una mujer en cinta. Suponía varios días de camino.

Había que atravesar aldeas, laderas pedre cosas, cauces secos. Tramos donde el polvo se pegaba la garganta y otros donde el frío descendía en cuanto se ocultaba el sol.

José no quería que caminara. Dijo al cabo.

Él prefería dejarme al cuidado de algún aparente hasta su regreso, pero yo sabía que si se marchaba sin mí, Nazaret terminaría por devorarme.

No demás, mi lugar estaba junto a él. Habíamos aprendido ya que la obediencia no siempre se comprende antes de dar el paso.

María sonrió al recordar los preparativos del viaje y cómo José revisó la cincha del asno una y otra vez.

Necesitaba mantener las manos ocupadas. Atabas, desatabas, ajustaba y volvía a comprobar.

No mostraba su preocupación ni hacía demasiadas preguntas, pero sus gestos hablaban por él.

Por un momento tuve la impresión de que frente a mí sólo estaba el cuerpo de María y que su voz brotaba de aquel tiempo remoto, casi 40 años atrás.

Salimos de Nazaret antes de que amaneciera del todo cuando las puertas aún estaban cerradas y algunas miradas entre abrían apenas para vernos partir.

José caminaba a mi lado, sujetando el asno y ayudándome los tramos más difíciles. Durante la primera jornada intenté mantenerme firme, pero el peso del niño empezó a vencerme al caer la tarde y cada paso me incendiaba la espalda.

Lo dijo a sinverguenza, a sabiendas, de que aquellas cosas formaban parte de la vida.

Por las noches nos refugiábamos donde podíamos, en alguna casa, bajo un cobertizo o junto a otros viajeros.

El édicto del César había llenado los caminos y Galilea estaba más concurrida que nunca.

Calló un instante, el recuerdo de la marcha no sólo le devolvía imágenes sino también el cansancio y la angustia de aquellos días.

Una tarde, poco antes de llegar a Belén, sentí las primeras contracciones.

Eran distintas de todas las molestias anteriores. Me senté sobre una roca, mire a José y vi el temor en su rostro.

Los dos comprendimos que el parto se había adelantado aunque ninguno lo dijo en voz alta.

Recordé el día en que nació esa muel. Solo Lucio estaba amilado, poco después apareció Sara a quien conocía que el mismo día y desde entonces se convirtió en alguien imprescindible en mi vida.

Luego el malestar remitió y continuamos hacia Belén, prosiguió María.

Confiábamos en que alguien pudiera cogernos pero aquellos días la ciudad estaba desbordada por el cienso.

Las contracciones regresaron cuando ya divisábamos las primeras casas.

Llegamos a una posada y José contó lo que nos sucedía.

La casa de huespedes está llena, no queda sitio. Nos aseguraron.

La mujer lo miró con compasión pero nada podía hacer.

Mi esposa está punto de dar a Lucio y insistió José.

El hombre miró hacia el interior de la casa. No había dureza en su expresión, sólo la impotencia de quien no tiene dónde acomodar a nadie.

Entonces dijo, ¿hay un lugar abajo? No es digno para una parturienta pero al menos está resguardado.

Allí recogemos los animales por la noche, la roca protege del viento.

José buscó mis ojos. En ellos debió de encontrar la respuesta.

Además, mis manos sostenían mi vientre y me costaba mantenerme en pie.

Lo aceptamos resolvió.

María aguardó un instante antes de continuar.

Era la parte inferior de la casa, excavada en la roca, donde los animales pasaban la noche.

Olía a Heno, a Lana Úmeda y a Esciércola.

En un rincón había un pesebre de piedra con restos de paja.

Un boy levantó la cabeza al vernos entrar y siguió rumiando con tranquilidad.

Cerca una mula golpeó el suelo con una pezuña.

Traté de imaginar un parto en aquellas condiciones con la única ayuda de un marido inexperto

y dos bestias de carga cuyo aliento apenas mitigaba el frío.

No recuerdo todo con claridad, confeso.

El dolor ocupa demasiado espacio en la memoria.

Hay momentos nítidos y otros que se desvanecen.

Lo que sí recuerdo es que nunca había visto a José tan asustado.

Sonrió con una ternura que parecía intacta después de tantos años.

Yo la escuchaba sin pestañar.

Solo las mujeres sabemos lo que significa un dolor de parto y todas creemos que el nuestro ha sido el peor.

Sin embargo, lo que contó María me hizo comprender que el nacimiento de mi hijo había sido mucho más llevadero.

Pensar en Samuel hizo que una punzada me atravesara el pecho.

Había aceptado la voluntad de Dios pero era mi cuerpo o él que debía cumplirla.

Necesitiera un ángel puede ocupar el lugar de una mujer en el momento de dar a luz.

Y cuando por fin nació, no hubo estruendo alguno, no tembló la tierra a ni se abrieron los cielos sobre nosotros.

Solo escuché su llanto.

Se hizo un silencio durante el cual no me atrevía a moverme.

Era pequeño, caliente y resbaladizo.

Los trechez contra mi pecho. Abrió la boca y buscó vida.

Dios había entrado en el mundo pero necesitaba que lo cuidaran.

Eso fue lo que más me sorprendió. Su fragilidad.

El hijo del altísimo respiraba como cualquier recién nacido.

Su voz se había transformado en un susurro.

José lo tomó con un cuidado infinito y lo acostó en el pesebre sobre una tela doblada.

Cuando lo vi allí comprendí que no existía trono más digno.

Dios había querido permanecer junto a los pobres no lejos de ellos.

Y se llamaría Jesús como había anunciado el ángel.

El César podía sensar a los hombres pero aquel niño jamás sería suyo.

María Pestañe hoy pareció regresar a la casa de Efezo.

Durante un instante, tuve la impresión de que aún sostenía su hijo contra su pecho.

El nacimiento del maestro no había estado rodeado de prodigios sino de pobreza y humanidad.

Entonces, me miró con aquella certeza suya que tantas veces me desarmaba.

Lo sabes ya, ¿verdad?

Lo queré decir.

María no apartó la vista de mí. Sus ojos descendieron hasta mi bien,

antes de regresar a los míos.

Llevas otra vida dentro.

Tengo miedo. Admiti.

También yo lo tuve.

Pero tú eras la elegida por Dios. No.

Solo era una muchacha de Nazaret, más asustada, aunque tú.

Apreteco los dedos la tela de mi túnica.

Siempre había pensado en ella como la madre del maestro.

La mujer que permaneció al pie de la cruz.

Nunca como una joven vencida por el miedo ante lo desconocido.

No te más todavía flavia.

Cada hijo llega acompañado de su propia incertidumbre.

23. La sospecha.

Ese día, Efe su había manecido con una luz limpia.

En las calles que descendían hacia el puerto,

se escuchaban el rodar de los carros, los pregones de los vendedores

y el golpe tío metálico de los talleres que ya habían abierto sus puertas.

La ciudad comenzaba a moverse con esa mezcla de prisa y costumbre,

que ciertas horas hacían posible distinguir a los vecinos de los viajeros.

Flavia caminaba junto a Sara, que sujetaba contra su pecho

una cesta de miembre todavía vacía.

Si llegamos tarde, no quedará nada decente, dijo Sara.

Las mejores telas desaparecen antes de la hora tercia.

Flavia sonrío.

Eso mismo dijiste la última vez y volviste con más de lo que necesitabas.

Una cosa es necesitar y otra aprovechar una ocasión.

Sara hablaba con esa naturalidad que volvía sencillas las pequeñas preocupaciones domésticas.

Era una mujer de movimientos tranquilos y mirada franca.

No llamaba la atención a primera vista.

Pero bastaba compartir con ella un tramo del camino para descubrir una firmeza discreta,

forjada en las tareas cotidianas, en la crianza de los hijos

y en el cuidado de un hogar donde nunca sobraba demasiado,

y sin embargo, casi siempre había algo a que ofrecer.

Su marido, Matías, trabajaba la madera en un taller cercano a la calle de los cortidores.

Fabricaba arcones, taburetes y webles para las casas más humildes.

De vez en cuanto, recibía algún encargo mejor pagado de familias acomodadas.

No eran ricos, pero en su mesa no faltaban el pan, el aceite ni una buena conversación.

Al doblar hacia el lagoora, el bullicio se hizo más intenso.

Bajo los pórticos se alineban los tendretes, protegidos por telas tensadas,

que tamizaban la luz en todos los cálidos.

El aire olía la narcienteñida, acuero curtido,

a especies en los sacos abiertos y a fruta madura.

Un mercader agitaba una túnica color azafran, mientras pregonaba una y otra vez,

que provenía de mileto.

Sara, se detuvo sin el menor disemulo.

Sao la miraremos. Flavia sonrío.

No es verdad, pero siempre queda bien decirlo.

El tendero desplegó varias piezas.

Lino claro, la anacina y mantos con franjas discretas.

Sara eligió una túnica para matías, sobria, sin adorno alguno.

Mientras el hombre la dolaba, Flavia reparó un cinturón de cuero oscuro,

reció, con una hibilla de bronce mate.

Días antes, Lucio había comentado que el suyo empezaba a agretarse.

Yo me llevara este. Dijo condenen las manos.

Sara la miró de arreojo. Para Lucio, Flavia no respondió.

La sonrisa que floró a sus labios bastó como respuesta.

Siguieron caminando entre puestos de sandalias, velos y bolsas de viaje.

Dos mujeres discutían el precio de un manto.

Un niño lloraba a ferrado una granada y un grupo de marineros hablaba agrito

en una lengua que Flavia no reconoció.

Durante un buen rato, se dejaron llevar por aquella vida cotidiana.

Por esa engañosa sensación de normalidad, que yacía pensar que el mundo

podía sostenerse únicamente sobre compras, saludos y pequeñas bromas.

Cuando abandonaron el ángora, el bullicio quedó atrás.

Tomaron una calle más estrecha, donde las casas proyectaban sombras sobre las piedras

y la aire corría más limpio entre los muros.

Abanzaron unos pasos sin hablar. Al cabo de un momento, Sara rompió el silencio.

Quería comentarte algo. Es sobre Valeria.

Flavia volvió la cabeza. ¿Qué pasa con ella?

En ese instante pasaban junto a una taberna, donde un hombre descargaba ángforas

y su compañera esperó dejar atrás aquel trasiego antes de responder.

Ojalá me equivoque. Pero desde la noche del ágap, hay algo que no me deja tranquila.

Flavia la miró con atención. ¿El qué?

Su mandera de preguntar por el testimonio.

Al principio, me pareció la curiosidad natural de alguien que acaba de llegar

y no entiende nuestras palabras. Pero después, no sé, era como si cada respuesta

le sirviera para ordenar algo dentro de su cabeza.

Flavia se quedó pensativa.

Regresó a su memoria la imagen de Valeria durante la reunión.

El rostro inescrutable, su silencio preciso y la forma en que escuchaba sin intervenir apenas.

Hay personas que preguntan porque desean comprender, prosiguió Sara.

Y otras lo hacen para descubrir por dónde entrar.

Aquellas palabras sin acomodar una flavia más de lo que quiso admitir.

Valeria ha sufrido. Tal vez por eso observa tanto.

Lo sé, y no quiero jodgarla por ser reservada.

Muchos llegan a nosotros heridos y casi todos traer una parte de sí cerrada bajo llave.

Pero lo de ella es distinto.

Se detuvieron para dejar pasar un carro cargado de sacos.

Las ruedas levantaron una nube de polvo y ambas apartaron la vista.

Cuando vió la ampolla, retomó Sara bajando la voz.

No reaccionó como los demás.

Era la primera vez que contemplaba algo así, precisamente.

Quienes la ven por primera vez no saben dónde mirar.

Unas lloran, otros bajan la cabeza, otros se quedan paralizados

porque no entienden lo que están sintiendo.

Ella no. Observaba como quien intenta grabar la forma exacta de algo.

Flavia, sin tíunes que lo frío. ¿Estás segura?

No. Y eso es lo que más me pesa.

No puedo acusarla de nada.

Sólo son pequeños detalles, pero demasiado.

Reanudaron el camino.

La calle descendía suavemente y al fondo, una franja de luz se derramaba sobre las losas.

Primero observé la arcon.

Después la ampolla.

Luego a Juan y por último, el lugar donde guardó la llave.

Apenas fue un instante, pero lo vi.

Flavia meditó aquellas palabras.

Quizá estaba impresionada.

Dijo aunque ya sin convicción.

Sara la miró con tristeza, no con reproche.

También yo quise creerlo.

Fui yo quien la llevó a la gape.

Fui yo quien habló bien de ella.

Si esa mujer oculta algo, parte de la responsabilidad será mía.

No digas eso.

¿Y qué quieres que diga?

Repuso incapaz de ocultar su inquietud.

Estaba sola, era extranjera y necesitaba compañía.

Me pareció una de tantas personas a las que el maestro habría escuchado.

Pero durante la adoración, tuve la sensación de que no estaba arrazando,

sino aprendiendo el camino.

¿Se lo has dicho a alguien más?

Preguntó Flavia.

A nadie no quería sembrar sospechas sin fundamento.

Pero tampoco podía callármelo.

Por eso te lo comento a ti.

Sin darse cuenta, los dedos de Flavia se aferaron a la asa de la cesta.

Dentro, el cintrón del ucio parecía pesar más que antes.

Tuvo otro detalle.

Añadió su amiga.

Cuando le azar dijo que el testimonio era aquello que permaneció cuando todo parecía perdido,

Valeria bajó la mirada.

Pensé que se había emocionado, pero después me fijé en sus manos inmóviles,

de más yeto quietas, como si todo su cuerpo estuviera representando un papel.

Eso no basta para condenar a alguien.

Lo sé. Admitió con abatimiento.

Solo digo que no la perdamos de vista.

Durante un buen rato caminaron sin decir nada.

La ciudad seguía latiendo a su alrededor,

pero que ella vida cotidiana parecía descorrir muy lejos de ellas.

Estaremos atentas.

Dijo por Fion Flavia.

Hablaré con lucio.

Sara sintió, aunque no parecía haberse tranquilizado del todo.

No quiero hacer daño a una inocente.

Lo sé.

Flavia se detuvo y la brazo,

y se quedaron un momento más de lo necesario, un junto a la otra.

Después, reanudaron el camino sin hablar.

Mientras avanzaban, Flavia volvió a pensar en Valeria.

En sus preguntas,

en la intensidad con la que había contemplado el testimonio,

y en aquella inquietud que ahora empezaba a cobrar sentido,

comprendió entonces que las sospechas,

rara vez nacen de un gran descubrimiento.

Suelen abrirse paso poco a poco,

alimentándose de detalles tan pequeños que por separado.

Cuálquiera estaría dispuesto a ignorarlos.

La Greta.

El vapor velaba los contornos del caldarium cuando Valeria entró.

Quinto Cornelio nos ejiraba hacia ella.

El calor se le adirió a la piel como una segunda tónica.

Bajo el suelo, el perfume respiraba con un aliento de fuego constante

que mantenía viva la sala.

Su mejida está el pecho.

El progón sul parecía emerger del agua ondulada.

La luz acaricía a sus hombros anchos.

Una vieja cicatriz le cruzaba el hombre izquierdo,

desvaira por los años.

Solo el lento movimiento de un brazo alteraba la superficie,

mientras junto al borde,

un joven esclavo de asie menor,

aguardaba con un cazo de bronce entre las manos.

Tenía el cabello oscuro, cortado sin cuidado,

y la piel curtida por las interminables horas en las salas húmedas.

Valeria se detuvo a la distancia justa.

El sudor le afloró en la nuca,

pero permaneció inmóvil.

Habla ordenó el progón sul.

Estado con ellos,

celebraron la adoración del testimonio,

respondió con aparente serenidad.

¿Lo viste? ¿Viste la ampolla?

Quinto Cornelio no cultó su expectación.

La vie estaba allí.

Un silencio breve, aunque tenso,

se aduñó del caldarium.

Entonces, ¿por qué no la trae contigo?

Porque cuando regresé a buscarla, ya no estaba.

El progón sul no respondió de inmediato.

El esclavo invertió agua caliente sobre su hombro,

y el vapor se le vo en una lenta boca nada.

Juan la guardó en un armario excavado en la roca,

dentro de la gruta.

Escondió la llave y conseguí robársela.

Pero cuando fui a buscar la ampolla,

el hueco estaba vacío.

Explícate.

Exigió con frías de veridad.

Estuvo allí.

El paño conservaba la huella de la ampolla.

Pero alguien arratiró después de la adoración

y antes de que yo llegara.

Quinto Cornelio la miró a los ojos.

En su mundo, las palabras eran indicios,

y los indicios exigían conclusiones.

¿Quién la tiene?

Mi sospecha recae sobre el ucio-fedro.

El progón sul desplazó lentamente un brazo.

El pretoriano murmuró con destén.

Fue el que estuvo en Jerusalén.

Valeria sintió.

También es uno de los enviados del Galileo.

Sabe cómo moverse, cómo vigilar,

y cómo esconder lo que no quiere que otros encuentren.

En sus palabras no había burla, pero tampoco respeto.

Cornelio dejó que el silencio se sentara en la estancia.

No hablará, dijo con fastidio.

El esclavo volvió a inclinar el cazo.

El agua resbaló por la piel del progón sul.

Podría hacerlo.

Conozco métodos que han doblegado a hombres más duros.

Affirmó ella.

El nego de espacio.

El martirio quiebra los débiles.

Los hombres de fe suelen resistir.

Sobre todo cuando creen que el sufrimiento los acerca a su Dios.

Hizo una pausa y tomó aire, disfrutando del calor.

Y visto a legionarios mordarse la lengua antes de gritar.

Y también he visto esos cristianos avanzar hacia la muerte con una serenidad

que no conviene subestimar.

No desperdicié tiempo con tormentos.

Entonces habrá que encontrar otra vía.

Respondió ella, sosteniendo la mirada.

Siempre la hay.

Todo hombre guarda una grita.

Encuéntrala.

El cazo volvió a verter agua,

que resbaló en nilos brillantes por sus hombros anchos,

siguiendo relieve de la vieja cicatriz.

Valeria permaneció inperterrita,

aunque sabía que la misión acababa de complicarse.

En Roma esperan.

Y la paciencia de Caligula no es eterna.

Añadió Cornelio.

El Proconsul conocía demasiado bien aquella verdad.

El capricho de un solo hombre podía rastrar provincias enteras.

El esclavo apenas se removió.

El nombre de Caligula pareció quedar suspendido entre el papor y el mármol.

El César andesea es asangre.

No puedes fallar, Valeria.

No hizo falta mencionar la enfermedad.

El calor del caldarium se volvió más focante.

Ella realizó una leve inclinación de cabeza.

No fallaré.

Eso mismo dijiste antes de encontrar vacío el armarium.

Repricuel Proconsul condueza,

un diéndose un poco más en el agua.

Recuerda que Roma no vence solo por la fuerza.

También sabe dónde presionar.

Roma exija resultados.

El esclavo sostenía una toalla abierta,

aguardando una orden que aún no llegaba.

Valeria no respondió y salió si mirara atrás.

El vapor la envolvió un instante antes de desbanecerse tras ella.

25.

La voz de la madre.

Seguíamos en su casa rodeadas de penumbra.

Yo permanecía asentada en el banco con las manos juntas sobre el regazo.

María no me pidió explicaciones.

Tampoco me dijo que descansara.

Se sentó frente a mí y dejó que el silencio hiciera su trabajo.

Había en ella una forma de acompañar que no invadía.

No preguntaba antes de tiempo.

No llenaba el aire con palabras inútiles.

Solo estaba allí.

Cuando supe que el hijo que crecía en mí venía de Dios,

dijo al fin.

Necesité buscar a alguien capaz de entender lo imposible.

Levanté la mirada.

María tenía los ojos fijos en la pequeña lámpara.

Pensé en Isabel.

Añadió.

Había habido aquel nombre otras veces.

La prima anciana de María.

La mujer que después de una vida marcada por la esterilidad.

Había concebido un hijo cuando ya nadie esperaba nada de su cuerpo.

El arcángel Gabriel me había dicho que ella llevaba seis meses en cinta.

Isabel, a su edad.

Todos la habían compadecido y juzgado.

Y durante años soportó miradas semejantes a las que luego recibiría yo.

Sus ojos buscaron los míos.

Supe que debía verla.

Imaginea María estremecida por la visita del arcángel.

Su secreto era demasiado grande pero no podía compartirlo con nadie sin que derivase en un escándalo.

José tenía que subir hacia Judea.

Decidía acompañarlo una parte del camino.

Aún no le había contado todo.

El día luchaba bastante por comprender lo que sucedía entre nosotros.

Esbozó una leve sonrisa como si reviviera aquellos días.

El camino se me hizo largo.

Pero lo más duro no fue andar sino que mi cuerpo estaba cambiando antes de que mi corazón alcanzara a entenderlo.

Aquellas palabras me atravesaron de un modo extraño.

Bajé la vista hacia mis manos.

El gesto no pasó desapercibido para María, pero no hizo ninguna observación.

Pensaba en mi madre y en Isabel.

Mujeres que habían esperado un hijo contra toda esperanza.

En nuestro pueblo la ausencia de hijos era motivo de sospecha casi una señal de castigo.

La escuché con una atención distinta.

Ana. Isabel. Y María.

Tres mujeres unidas por la espera, por el juicio de los demás,

y por una maternidad que llegó de un modo difícil de explicar.

Las tres en apariencia imposibles.

Tres promesas cumplidas por Dios cuando todo parecía perdido.

Isabel me comprendería.

Dijo, hay dolores que solo los entiende quien ha experimentado algo semejante.

María volvió los ojos hacia la llama.

Cuando llegué, ella salió a mi encuentro.

Estaba en cinta y al ver la amestre mecí.

Entonces comprendió todo y me llamó bendita entre las mujeres.

No recitó aquellas palabras con su lemnidad.

Las dijo con la sencillet de quien se sabe alcanzada por ese milagro.

No pude contener las lágrimas.

Quizá lloraba por mi embarazo, por el relato de María,

o por todo lo que estaba sucediendo esa noche.

A lo ir a Isabel comprendí que Dios no me había dejado sola frente a la incompreensión del mundo.

Me había regalado a alguien capaz de creer antes incluso de que yo encontrar a las palabras.

María dejó que el recuerdo respirara un instante.

Ella me abrazó y en aquel abrazo descansé por primera vez.

Pensé en todas las veces que una mujer necesita que otra pronuncia aquello que ella aún no es capaz de decir.

Pensé en enía, en adara y en María.

En ese cuidado que no evita el sufrimiento pero sin pide que aún algo atraviesa estando completamente sola.

Yo sabía cuánto alivio le daba una madre tener un lugar donde no tuviera que defenderse.

Un instante en el que nadie la juzgara ni la cusara ni la obligara a explicar por qué amaba,

por qué temía o por qué temblaba.

Isabel me invitó a entrar y quiso que descansara,

pero el verdadero descanso fue descubrir que alguien comprendía aquello que yo ni siquiera sabía explicar.

Sus palabras no hablaban ya de un recuerdo sino de un refugio que seguía vivo en su interior.

Me quedé con ella.

Tejimos juntas una colcha para el niño.

Lavamos los paños, ordenamos los testos, volimos el grano.

Yo la ayudaba en todo lo que podía.

En su rostro asomó una sonrisa.

Dos bien tres fecundos bajó un mismo techo,

dos promesas de Dios creciendo al mismo tiempo.

Contempló sus dedos como si todavía sintiera en ellos la aspereza de la lana y el roce de aquellos paños.

Una madre queda abierta después de dar a luz, no sólo su cuerpo.

También su alma.

Y esa herida ya nunca se cierra.

Los hijos no nos pertenecen flavia,

sólo se nos confían por un tiempo.

No quise aceptarlo.

Una parte de mí deseaba revelar,

segredar que un hijo sí pertenece a su madre,

pero permaneci cayada.

Isabel había esperado a Juan durante casi toda su vida,

pero siguió María.

Y aún así tuvo que aprender que también él pertenecía una misión más grande que ella.

Comprender lo dolía, pero el dolor no desmiente el amor.

Lo purifica.

La casa quedó en silencio.

Fue la noche seguía deslitándose sobre efeso.

Me pareció que hasta los muros escuchaban.

La lámpara, el aire, la oscuridad.

Todo retenía aquellas palabras.

Cuando regresé a Nazare, ya no era la misma.

Nada había cambiado a los ojos de los demás.

Mi vientre seguía creciendo y las miradas seguían buscándome.

Pero Isabel me había dejado una certeza.

Dios sabe poner a la persona necesaria en nuestro camino cuando el corazón

ya no puede sostenerse sólo.

No encontré respuesta.

María tomó mi mano entre las suyas.

A veces Dios no responde con prodigios, sino con presencia.

Con una casa que abre sus puertas, con unas manos que trabajan junto a las tuyas,

con un abrazo que devuelve la paz.

Sentí el calor de sus dedos y comprendí que esa noche

yo estaba recibiendo el mismo regalo que ella había recibido años atrás.

Dios, también me había conducido hasta la mujer que necesitaba.

26. La deuda.

El niño fue lo primero que atrajo la atención de Valeria.

No porque hicieran nada extraordinario, sino porque no dejaba de moverse.

Samuel avanzaba a ferrado a la mano de Sara entre los puestos del mercado,

aunque a cada poco intentaba soltarse para mirar un cesto de granadas,

una hilera del ámbar a Estebarro, o una jaula con dos palomas que se agitaban al paso de los compradores.

Tenía esa manera de andar propia de los niños pequeños,

a medio camino entre la confianza y el tropiezo,

como si el mundo entero existiera para ser descubierto.

Sara lo sujetaba con paciencia.

Se inclinaba hacia él, le decía algo a lo hido y volvían a derezarse con acesta apoyada en la cadera.

No era su madre, pero lo cuidaba con el mismo careño.

En su actitud no había vigilancia, sino afectó.

Precisamente por eso estaba más pendiente de él,

aunque también era más vulnerable. Flavia caminaba unos pasos por delante.

Valeria, la reconoción seguida,

la esposa del ucio-fédero avanzaba entre los tendretes con una bolsa del inocrudo en la mano.

Se detenía a elegir elementos, preguntaba precios,

rechazaba con una sonrisa lo que le parecía caro,

y volvía la cabeza menudo para comprobar que Samuel seguía cerca.

No lo hacía con temor, sino por costumbre.

Una madre miró a su hijo incluso cuando crees que no lo está vigilando.

Valeria se quedó junto a un puesto de manzanas,

cubierta con un velo claro que le oscurecía parte del rostro.

Compró una pequeña medida que no pensaba comer

y dejó unas de bronces sobre la tabla del puesto.

Algo más?

Pregunto el vendedor.

Degó con la cabeza, recogió las manzanas,

se apartó unos pasos y siguió observando.

El mercado de FSO ofrecía demasiados movimientos para quien no supiera leerlos.

Gente entrando y saliendo bajo los pórticos,

bendidores llamando a los clientes,

animales que se cruzaban,

esclavos cargados con ánforas,

niños impacientes que corrían sido veacer.

Pero Valeria no veía desorden.

Veía intervalos, huecos, repeticiones.

Flavia dedicaba más tiempo a los puestos que vendían alimentos.

Sara encambió, desviaba la atención

cuando se encontraba con alguna conocida.

Samuel se distraía con cualquier objeto brillante.

Tres personas unidas por el afecto y la costumbre,

convencidas de que una mañana de mercado

no exigía precauciones.

Ahí estaba la oportunidad.

Valeria han guardado la distancia.

Sara se ha gachado junto al niño para limpiarle con el pulgar

una mancha de fruta que tenía la comisura de la boca.

Samuel protestó.

Un instante después,

descubrió una bandeja de dulces de miel

e intentó acercarse.

Sólo puedes mirar.

Le dijo Sara, sujetándolo de la mano.

El niño asintió con la seguridad

de que ya estaba pensando en desabecer.

Flavia estaba al lado,

en un puesto de lentejas y volvió a la cabeza.

No le compres nada todavía.

Luego no que racomer.

No lo haré.

Samuel alzó la vista hacia su madre.

Salam, mira.

Valeria no necesitó oír más.

Sabía demasiado de las madres.

Había comprobado que una mujer podía vigilar

y aún así.

Tener un descuido precisamente cuando creía que no existía peligro.

Nadie era capaz de mantenerse siempre en guardia.

Samuel soltó la mano de Sara para señalar un pequeño perro de barro

que vio junto a unas figurillas de soldados.

Sara le permitió apartarse dos pasos.

Flavia pagó las lentejas

y la moneda repiqueteó sobre la tabla del puesto.

Una mujer se interpuso entre ella y Samuel con un cesto de cebollas.

Apenas un instante, casi nada.

Valeria lo midió.

Dos pasos del niño a Sara.

Siete de Sara a Flavia.

Un puesto entre ambas.

Mucho ruido.

Una salida lateral hacia los convertizos.

Un carro detenido en la sombra.

Suficiente.

Pero no hizo nada.

La impaciencia era propia de los torpes.

Ella necesitaba conocer antes de actuar.

Saber que hacia Samuel cuando lo llamaban,

si obedecía una voz extraña,

si aceptaba la mano de alguien a quien había visto antes,

si rompía llorar en cuanto perdía de vista a su madre,

o si la curiosidad era más fuerte que el miedo.

El niño tomó la figurilla de barro,

un perro dosco de patas cortas.

Mira, Sara.

Es como uno de verdad.

No lo toques si no vamos a comprarlo.

Valeria apartó la vista antes de que su interés

en llamar a la atención de alguien.

Se desplazó hasta un puesto de lámparas

y fingió examinar una de las piezas.

Desde allí dominaba mejor la calle estrecha

que salía del mercado por el lado oriental.

No era la ruta principal.

Los compradores la utilizaban para evitar el gentío

cuando regresaban cargados

y ciertas horas estaba casi desierta.

Flavia se acercó entonces a Sara

y tomó al niño de la mano.

Vamos.

Todavía tenemos que comprar pan.

Y miel.

La miel puede esperar.

Samuel la miró con expresión suplicante.

Sólo un poco.

Es para papá.

Flavia no pude evitar su enreír.

Valeria observó aquella escena sin emoción visible.

El progón su le estaba en acierto.

Todo hombre tiene una debilidad

y la delucio federal, lo mismo que la de Flavia,

se llamaba Samuel.

Dejó la lámpara en su sitio y volvió a seguirlos.

No demasiado cerca.

Tampoco demasiado lejos.

Clambiaba de puesto antes de que alguien pudiera divinar

una intención en sus pasos.

Compró unas aceitunas,

preguntó el precio de una tela que no pensaba comprar
y se detuvo a beber un poco de agua de una fuente.
Todo ello sin perder de vista el ritmo de los tres.
Flavia caminaba ahora más despacio.
De cuando en cuanto se llevaba la mano al bien
treno un gesto fugad que quizá ni ella misma advertía.
Sara cargaba la mayor parte de la compra
y por esa misma razón no tenía una mano libre
para sujetar a Samuel.
El niño aprovechaba cualquier ocasión para arrazgarse.
Se quedó mirando un hombre que hacia girar pequeñas
pianzas de madera sobre una tabla.
Después se agachó para recoger una piedra lisa y redonda
que apretó en el puño como si hubiera encontrado un tesoro.
Más adelante, introdujo medio cuerpo tras una hilera de ánforas
para observar a un gato escondido entre dos testos.
Aún no era el momento.
Antes debía elegir el lugar, la ruta,
y averiguar si había guardia cerca de la casa,
silucio acompañaba alguna vez a su familia.

La barilla recibió al niño por las tardes

o si era Sara quien solía llevarlo al mercado.

Un rapto podía improvisarse, el suyo, no.

Valeria tomó el camino a los olivares,

necesitaba comprobar la ruta.

El niño no debía morir, al menos no todavía.

Caligula quería la ampolla,

Cornelio exigía resultados,

y ella debía causar al ucio-fédero y aflavia,

una herida capaz de quebrarlos.

Pocas alcanzaban tanondo, como la desaparición de un hijo.

27. La gruta.

Valeria regresó a la ladera cuando el sol empezaba a hundirse entre los olivares.

No tomó el camino principal.

Rodió la ciudad por una senda estrecha poco marcada,

de esas que sólo frecuentaban los pastores

y quienes preferían no cruzarse con nadie cuando el día de que naba.

Llevaba el manto recogido sobre un brazo

y una bolsa de cuero colgada al hombro.

Caminaba sin apresurar el paso.

La prisa siempre dejaba un rastre invisible en la mirada de los demás.

La abertura de la roca apenas se distinguía desde el sendero.

Unas retamas crecidas junto a la entrada,

inclinadas por años de viento,

ocultaban la negra de la cavidad como si la propia montaña quisiera guardarla.

Valeria se detuvo antes de apartarlas.

Escuchó.

Nada.

Sólo el funbido obstinado de los insectos.

El roce apagado de las hojas de los olivos y muy lejos.

El rumor difuso de feso.

Entonces levantó las ramas y entró.

El aire conservaba el frío de la noche.

Olía tierra húmeda, piedra encerrada y raíces arrancadas.

La gruta era pequeña, precisamente por eso servía.

Allí cada movimiento tenía un límite.

Ningún cuerpo podía desaparecer en las sombras ni ocultaron gesto inesperado.

Dejó la bolsa en el suelo y recorrió el interior con una mirada lenta, calculadora.

Retiró primero las piedras más afiladas,

las que podían abrir una herida si un niño se despertaba desorientado.

Después recogió las ramas secas que se acumulaban en un rincón

y las sacó una por una con cuidado de no partirlas.

Una rama quebrada, una oya reciente, una entrada demasiado limpia.

Qualquiera de esas señales bastaba para despertar la curiosidad de quien supiera mirar.

Los impacientes siempre cometían el mismo error.

Preparaban un escondite tan perfecto que terminaban delatándose.

Cuando hubo terminado, extendió una manta basta junto al muro más seco de la cavidad.

La dobló sobre sí misma paraislarla del frío que resumaba la roca.

Después encajó un pequeño odre en una indadura natural,

donde difícilmente pudiera volcarse y dejó asulado un pedazo de pan envuelto en lino y un puñado de higosecos.

Todo quedó dispuesto con la descripción de quien no preparó un refugio sin a una espera.

Lo observó desde la entrada.

Manta, agua, comida y sombra.

Suficiente para unas horas, no para más.

No convenía que la espera se alargara.

El miedo era útil cuando vecía el cálculo.

Después se volvía a torpe, ruidoso y difícil de manejar.

Valeria no necesitaba desesperación.

Necesitaba que el mensaje llegara intacto al lugar adecuado.

Sacó de la bolsa un pequeño trozo del ino y lo desplegó.

Dentro guardaba una esponja seca arrancada al mar, ligera y porosa.

Aún no estaba impregnada.

Lo estaría cuando llegara el momento.

Ve leño.

La dosis justa para dormecera un niño sin poner en riesgo sopida.

Lo había visto en la bolsa del hombre del parche.

Su descuido había hecho el resto.

Envolvió de nuevo la esponja.

Todavía no habría amenazas.

A adelantarse sólo serviría para poner en guardias o enemigos.

Primero desaparecería el niño.

Después hablaría Roma.

Mientras descendía hacia la ciudad repasó cada detalle.

Las manos ocupadas de Sara, el cansancio de Flavia.

La curiosidad de Samuel.

La salida lateral, el cobertizo, la gruta.

Todo encajaba.

Y sin embargo, no sonrió.

Había algo en aquel niño que se resistía convertirse en un instrumento.

Quizá la naturalidad con que ocupaba el mundo.

Como si estuviera convencido de que nada malo podía alcanzarlo.

Quizá la confianza con que regresaba cada vez que hoy a la voz de su madre.

Valeria sofoca que el pensamiento antes de quechara raíces.

La confianza era precisamente.

El arma que pensaba emplear con ellos.

28.

El límite.

El despacho de Quinto Cornelio ocupaba el alo oriental del edificio administrativo.

Sobre pero impregnado de autoridad.

Tras la mesa de local, un sitio al curul evocaba la majestratura que ostentaba en nombre de Roma.

En la pared del fondo, un signo militar, unos fases y un busto de tiberio completaba en la estancia.

Aún no había allí imagen alguna de cálícula.

Los retratos oficiales del nuevo emperador tardarían en llegar a la provincia de Asia.

Quinto Cornelio permanecía de pie cuando Valeria cruzó el ombral.

Habla.

Ella apenas inclinó la cabeza, sólo lo imprescindible.

Había aprendido a medir el respeto sin parecer sumisa.

Todo está preparado.

Cornelio no respondió de inmediato.

Apolló una mano sobre la mesa y la observó con detenimiento.

Parece que lo tienes todo calculado.

Continúa.

Valeria avanzó un paso.

Los he seguido durante varios días.

No siempre salen juntos, pero creen que la costumbre los protege.

Compran en los mismos puestos.

Suelen regresar por las mismas calles y evitan el gentío cuando el sol cae con fuerza.

La rutina.

La rutina y la ternura vuelven torpes a los prudentes.

El progón suele alzó los ojos.

Lucio, feo, no es torpe.

No.

Por eso no hay que atacarlo donde espera ser atacado.

Cornelio rodeó lentamente la mesa.

No tenía prisa.

En él la lentitud formaba parte del mando.

Explícate.

Encontrado su punto vulnerable.

Una leve satisfacción asomal rostro del progón sol.

Bien.

Alguien prescindible golpea donde le ordenan.

En cambio, alguien útil en descubre donde duele,

incluso antes de recibir la orden.

La valería aceptó el ojo sin alterar el gesto.

No debe haber ruido ni sangre.

Al menos al principio.

Roma no exija ruido.

Exija resultados.

Cornelio se acercó al gusto de tibereo y lo giró unos grados casi por costumbre.

Evitaba así que los ojos del antiguo emperador miraran de frente cuando él debía tomar decisiones

que pertenecían al presente.

También era una forma discreta de recordarse que hasta los hombres más poderosos

acababan convertidos en piedra.

Y el lugar fuera de la ciudad entre los olivares,

una gruta pequeña o culta desde el camino.

He dejado allí lo necesario para que la espera no se convierta en un problema.

¿Cuánto tiempo?

El suficiente para que el mensaje llegue y lucio fedro entienda que no tiene margen.

Y si no lo entiende, lo entenderá.

Valeria les obtuvo la mirada sin vacilar.

Cornelio regresó despacio hasta la mesa.

La cicatriz de su mentón pareció endurecerse.

No subestime su nombre que ha servido en la guardia pratoriana.

Saben desconfiar de su propia sombra.

Por eso no le frecere una sombra.

Le ofreceré una certeza.

El proconsul guardó silencio.

De Roma le habían llegado rumores de acusaciones recompensadas,

de amistades que desaparación a la manacer

y de nombres borrados antes de que nadie pudiera desvendirlos.

Calígula había sobrevivido, pero la enfermedad no lo había vuelto más templado.

Al contrario, todo en él era más urgente, más inflamable,

más inclinado a confundir el deseo con el derecho.

Cornelio lo sabía.

También sabía que de Rosila no perdonaría un fracaso en Efezo,

si llegaba oídos de su hermano.

La paciencia del César es como una cuerda,

y cada día que pasa se tensa un poco más.

Desea esa sangre no por fe ni por reverencia,

sino porque cree que todo cuando desafía la muerte le pertenece.

Si un objeto así existe fuera de su dominio,

por él es una ofensa.

La tendrá a firmar Valeria.

No me interesa las promesas, sólo los hechos.

Luzcio, fedro, debe recibir un golpe que lo parte de todos,

sin tiempo de pedir ayuda.

Así será.

Hay límites que un hombre ignora hasta que alguien lo pone a prueba.

Valeria siente un fugaz dudo en el pecho.

Se deciso tan deprisa como había surgido.

Nunca le había pasado.

No era compasión.

Era la certeza de haber cruzado un umbral,

del que ya no se regresaba.

Dudos preguntó Cornelio.

Ninguna.

Quiero la ampolla.

Y quiero que Luzcio comprenda que se intenta engañarme.

Perderá aquello por lo que respira.

Las palabras quedan sus pendidas en el aire,

con la fría aldad de una sentencia.

Valeria inclinó la cabeza.

Así será.

Preparate.

Después de esto no habrá marcha atrás.

Al salir del despacho,

descendió los escalones en prisa.

La ciudad mantenía su ritmo,

ajen a lo que acababa de decidirse.

Durante un instante, recordó la voz de Samuel en el mercado.

No, correo.

Camino de prisa.

Y por todo su memoria.

Se cubrió con el manto,

y se perdió entre la multitud.

29.

La voz de la madre.

Permanecí sentada frente a María

con las manos descansando sobre el regazo.

Había intentado irlar un poco de lana,

pero el uso se me había caído dos veces

y terminé dejándolo a un lado.

La fría no me reprendió,

simplemente acercó la lámpara un poco más.

Jesús era un niño inquieto y travieso.

Dijo al fin.

La mayor parte del tiempo jugaba.

Se escondía,

se ensuciaba con el barro y ayudaba a José.

Aunque este protestaba

porque le desordenaba las herramientas.

Igual que Samuel,

pense.

Hacía muchas preguntas.

Algunas me arrancaban una sonrisa.

Otras no sabía cómo responderlas,

pero hubo un día en que ya no pude verlo solo como un niño.

El rostro de María adquirió la seriedad

de los recuerdos que conservan intacta su primera herida.

Ibamos todos los años a Jerusalén por la Pascua.

Subíamos con parientes y vecinos.

El camino era largo,

pero nunca lo hacíamos solos.

Las carabanas tenían su propio orden.

Los hombres caminaban delante o detrás.

Las mujeres conversaban juntas

y los niños iban y venían entre unos y otros.

Corrían, se cansaban,

desaparecían durante un rato y volvían cuando tenían hambre.

Intenté imaginar a Jesús con 12 años.

Ya no era un niño pequeño,

pero tampoco un hombre.

Esa edad en que los hijos empiezan a alejarse unos pasos

sin pedir permiso

y las madres aprenden a buscarlos un poco más lejos.

A que el año yo lo miraba de otro modo?

Pero siguió,

seguía siendo mi hijo,

el muchacho que comía pan en nuestra mesa,

que ayudaba a José,

que se dormía con el cansancio prendido en las pestañas.

Pero había comenzado a caminar por un lugar

al que yo ya no podía acompañarle.

No la interrumpí.

Durante los días de la fiesta,

vivía pendiente de cuanto ocurría su alrededor.

Salmos, sacrificios,

los maestros que enseñaban la ley bajo los pórticos,

escuchaba con una atención impropia de su edad.

Yo lo llamaba para comer y tardaba en acudir,

no por desobediencia,

sino porque alguna palabra parecía retenerlo.

María fijó la vista en un lugar indeterminado pensativa.

El último día,

cuando emprendimos el regreso,

creíamos que venía con la caravana,

era lo normal.

Los muchachos iban de un grupo a otro entre familiares y vecinos.

Ninguna madre cuenta los pasos de su hijo

cuando crees saber dónde está.

Hizo una breve pausa.

Caminamos un día entero.

Al caer la tarde lo buscamos entre los nuestros.

Primero sin mucha inquietud.

Después, compliza.

Luego, con ese miedo que empieza haciendo un susurro

y termina ocupándolo todo.

Pregunté a una prima,

a unos vecinos de Nazaret,

a los hijos de una familia que iba acerca de nosotros.

Nadie lo había visto desde que salimos de Jerusalén.

Su voz se hizo apenas un hilo.

En aquel momento comprendí que podía verlo perdido.

Sentí un nudo en la garganta.

Recuerdo el rostro de José cuando los dos entendimos lo mismo

sin necesidad de decir una palabra.

Miró el camino por el que habíamos venido.

Nunca olvidaré aquella mirada.

En ella cabían todas las preguntas de un padre

y ninguna respuesta.

La habitación quedó sumida en un silencio tan profundo

que casi podía oír el peso de aquel recuerdo.

No esperamos a la manecer.

Nos dimos la vuelta.

Preguntamos a cuántos nos encontrabamos.

Yo repetí su nombre tantas veces

que pasó de ser una palabra a convertirse en una herida.

Jesús.

Jesús.

Pranunció su nombre una y otra vez

hasta que dejó de sonar como tal

y se transformó en un clamor.

Jesús.

Jesús.

Así durante tres días.

Tres días pueden contener una vida entera cuando se busca un hijo.

Jerusalén empezó a aparecerme un laberinto.

Cada calle prometía un encuentro o escondía una decepción.

Entravamos empatios, llamábamos a las puertas,

recorriamos los lugares donde habíamos estado durante la fiesta.

Miraba el rostro de todos los muchachos,

incluso el de aquellos que no guardaban el menor parecido con él.

Una madre haces esas cosas.

Sabe que no es su hijo y, aún así, vuelve a mirar.

Pensaste que...

Empecé pero no fui capaz de terminar.

María sintió despacio.

Pensé...

Todo lo que puede pensar una madre incluso aquello

que jamás quisiera imaginar.

Jerusalén era una ciudad santa pero no dejaba de ser una ciudad.

Había callejones, soldados, mercaderes y hombres dispuestos

a aprovecharse del descuido ajeno.

Conocía demasiado bien el mundo para temerlo peor.

Y cuanto más lo buscábamos más crecía ese miedo,

ya no se trataba solo de ignorar donde estaba.

En mi imaginación lo encontraba una y otra vez en el lugar más terrible.

Sentía un extramedimiento.

María era la mujer elegida por Dios, pero esa noche

yo solo veía una madre recorriendo Jerusalén con el corazón desgarrado

llamando a su hijo entre una multitud que nunca respondía.

Al tercer día volvimos al templo.

Continuó.

No sabría decir por qué.

Quizá porque ya no nos quedaba otro lugar donde buscar.

O quizá sin poder explicarlo al goz dentro de mí me condujo hacia allí.

La llama de la lámpara temblo como si también escuchara aquel recuerdo.

Lo encontramos sentado entre los maestros.

Aquellas palabras salieron en vueltas en un alivio que ni los años

habían conseguido borrar.

No estaba escondido.

Ni siquiera parecía un niño extraviado.

Permanecía sentado en medio de ellos escuchando y preguntando.

No hablaba para deslumbrar ni para demostrar que sabía más.

Primero escuchaba.

Después preguntaba.

Y cuando respondía, los maestros se quedaban pensativos antes de contestarle.

Lo imaginé allí.

José y María entrando en el recinto después de tres días de búsqueda,

tratados con el miedo oprimiéndoles el pecho.

En medio de aquellos doctores de la ley, Jesús,

a un pequeño entre hombres de cabello blanco,

pero dueño de una serenidad impropia de su edad.

Todos estaban admirados, pero siguió María.

Algunos se inclinaban para escucharlo mejor.

Otros intercambiaban miradas sin encontrar explicación.

Pero yo no fui capaz de compartir ese entusiasmo.

El alivio llegó abrazado al reproche.

Casi pude ver la abrirse paso entre los maestros para acercarse a su hijo.

Le pregunté que ¿por qué había hecho aquello?

Le dije que su padre y yo lo habíamos buscado angustiados.

La palabra padre adquirió un nuevo valor.

Y él quise saber.

María es bozó una leve sonrisa con una ternura travessada por la memoria.

Me miró como sólo él sabía hacerlo.

No había frialdad en sus ojos, tampoco rebeldía.

Había una certeza que yo aún no alcanzaba a barcar.

Bajo la voz, me respondió. ¿Por qué me buscabais?

No sabías que debó ocuparme de las cosas de mi padre?

No lo comprendí. Admitió.

Yo sabía quién era.

Sabía lo que el ángel me había anunciado.

Sabía que aquel hijo no me pertenecía como los hijos pertenecen a sus madres.

Pero ¿sabéra algo no impide que duela cuando empieza a cumplirse?

Aquellas palabras fueron abriéndose camino dentro de mí.

Dios me lo había confiado para crearlo entre mis brazos.

Continuó.

Yo lo había alimentado, vestido, lavado, curado cuando se hacía una herida,

buscado cuando se alejaba demasiado por las calles de Nazare.

Pero aquel día comprendí que existía un rincón de su alma donde sólo el padre podía entrar.

Y aceptar eso también forma parte de ser madre.

Me quedé sin respuesta.

Después regresó con nosotros a Nazare,

descendió del templo, volvió al taller de José,

al pan a más adocada mañana, al trabajo humilde de cada día.

Vivió obediente a nuestro lado, creció ante nuestros ojos.

Pero yo sabía que aquel muchacho que había dejado maravillados a los maestros

seguía caminando hacia un destino que no me pertenecía.

Hizo una breve pausa.

Entonces yo no podía imaginarlo, pero muchos años después, aquella búsqueda,

volvió a repetirse.

Volvi a perderlo.

Volvió a recorrer un camino en el que mis manos ya no podían alcanzarlo.

Y otra vez tuve que esperar.

Sus palabras me bocaron la imagen de una mujer desesperada,

recorriendo las calles de Jerusalén en busca de su hijo de 12 años.

Y luego pensé en ella al pie de la cruz,

sin poder hacer nada por retener a ese mismo hijo.

María buscó mi mano y la estrechó con su vida.

Flavia, una madre no siempre puede evitar que su hijo se aleje de su mirada,

pero nunca deja de llevarlo en el corazón.

Terrelo, ojos.

No encontré con suelo en aquellas palabras, sino algo más necesario.

La fuerza para seguir esperando.

Permanecimos largo rato sin hablar.

La llama de la lampa para vacilo de nuevo, pero no llegó a apagarse.

30. La demora.

Roma, 37 después de Cristo.

La decisión no se enuncio en voz alta.

Reclinado entre almodones de seda,

Caligula le adictó con una indolencia que no lograba ocultar el deterioro de su cuerpo.

La enfermedad le enfriaba la piel, le afilaba la mirada,

y le convertía incluso la respiración en un esfuerzo irritante.

Que se haga ahora.

Dispuso.

No mencionó el nombre, pero nevió su torio macro, lo comprendió en instante.

Cuando provenían del poder absoluto, las órdenes más breves

solían ser también las más irrevocables.

Inclinó la cabeza y se retiró sin añadir palabra.

En aquella estancia,

cualquier gesto podía interpretarse como una muestra de resistencia a la voluntad imperial.

El nombre no había sido pronunciado, pero lo conocía de sobra.

Tiberio gemelo.

Durante un tiempo, aquel muchacho enfermizo había encarnado la continuidad de la sangre de Tiberio.

Algunos lo veían como un contrapeso para el nuevo reinado,

pero el imperio no admitía dos focos de legitimidad.

La sangre no siempre protegía, a veces señalaba su víctima.

Desde que Calígulas tendió al trono, gemelo fue despojado de sus honores,

acusados sin pruebas, y condenado sin posibilidad de defensa.

Apenas había dejado atrás la edad en que necesitaba un tutor,

cuando entendió que en Roma, hasta el nieto de un emperador podía morir por ser un simple estorbo.

Mecron descendió los escalones de mármol del palatino con paso resuelto.

La mañana conservaba un el frío de la noche,

y el aire raspaba la garganta a respirarlo.

Hizo llamar a un tribuno de confianza y detrásmitió las instrucciones precisas.

Los pretorianos se pusieron en marcha de inmediato.

No hubo preguntas.

Su suora presencia bastaba para sofocar cualquier palabra.

Las puertas se entornaban, y quienes cruzaban los corredores se apartaban sin volver la cabeza.

Nadie en Roma ignoraba lo que anunciaba que el despliegue.

Tiberio gemelo, no puso resistencia cuando fueron a detenarlo.

Tal vez lo esperaba.

En la corte, se aprendía pronto a reconocer el instante,

en que el propio destino dejaba de pertenecerle a uno.

El emperador ordena que pongas fina a tu vida.

Le comunicó Macron al tiempo que le entregaba un puñal.

Gemelo miró el puñal como si no terminara de comprender que hacía en sus manos.

Cuando al fin lo empuñó, sus dedos temblaban con una torpeza casi infalible.

¡Adlo!

Orden a Macron.

Gemelo vaciló un momento, pero finalmente, obedeció.

Macron vio como la hoja si un día con dificultad bajo las costillas,

arrancándole un leve jadeo que lo hizo doblarse hacia adelante.

La sangre empezó a oscurecer la túnica.

Sus rodillas se dieron poco a poco y el puñal resbaló de sus dedos.

La respiración se volvió irregular, cada vez más corta, hasta reducirse a un débil aleteo del pecho.

Cuando el último aliento se extinguía,

Macron impartió las órdenes necesarias sin alboroto.

En Roma, desapareceré una forma de disciplina.

Caligula escuchó la informe sin alterar el semblante, tenía una mano apoyada del brazo del sitio.

Un leve estremecimiento le recorrió los dedos, que fue dominando poco a poco, hasta cerrarlos por completo.

¿Os he ido rápido?

Sí, César.

Caligula alargó la mano hacia una copa de cristal de roca.

Pero el pulso perdió firmesa antes de alcanzarla.

Retiró el brazo con un gesto seco y volvió a dejarlo en reposo.

No habrías sabido reinar, dijo Alfin.

Y un poder inseguro siempre termina el sangre.

Nunca lo olvides, Macron.

Roma, no perdona a quien gobierna con miedo.

Hablo sin ira, con una claridad calente por completo de moción, mientras una punzada le atravesaba el costado.

Decidió esperar a que remitiera sin avisar a nadie.

Brusilla me escribe con frecuencia.

Macron permaneció en silencio.

Enéceso, siguen demorándose.

El emperador rozó la mesa de mármol con la llema de los dedos.

La ampolla de vidrio no podía retrasarse un día más.

La necesitaba con una urgencia que ya no sabía disemular.

No era solo deseo. Era una cuestión de dominio.

Roma toleraba la debilidad mientras fue sin visible.

Y la ampolla debía llegar como prueba de que la voluntad del César seguía alcanzando los confines del imperio.

Cada día de demora habría una fisura y las fisuras, si no se se llaban a tiempo.

Permidaban por partir incluso la piedra más dura.

Caligula sintió una oleada de fatiga y la contuvo irguiéndose de golpe.

Detestaba que el cuerpo lo de la tara delante de un testigo.

No me gusta esperar. Mi hermana no me fallaría.

La frase sonor rotunda. Macron apenas alzó la mirada.

Caligula sonrío, pero aquella sonrisa no consiguió sovizarle el rostro.

Drosilla sabe lo que desea antes de que tenga que ordenárselo.

Siempre lo has sabido.

Pero hasta la mayor fidelidad puede verse rodeada de manos torpes.

Sin corporó con esfuerzo. Durante un instante, la estancia pareció estilar a su alrededor,

obligándolo a apoyar los dedos en el borde de la mesa.

Espero aquel vértigo remetiera.

Cuando volvié a hablar, su voz había recuperado la firmeza.

Quinzo Cornelio ha dispuesto de tiempo suficiente.

Si la ampoya existe, ha de estar en mi poder.

Dijo síntito vea. Respondera por cada día perdido.

Debe aprender que la lejanía no lo protege de mi autoridad.

Caligula caminó despacio hasta el mapa extendido sobre una mesa situada en un lateral.

Sus ojos siguieron la ruta que unía Roma con la costa de Asia hasta detenerse en ejeso.

Aquella ciudad era demasiado remota para permitirse desafiarlo y demasiado importante para admitir una derrota.

Un acceso de todos lecerró la garganta.

Se llevó el puñalos labios hasta que cedió, aunque el esfuerzo le dejó un sudor frío en la nuca.

Poco después, los dedos volvieron a treicionarlo con una leve sacudida.

La orden ya ha llegado.

Sí, César.

Macron inclinó la cabeza por última vez y abandonó la estancia sin apresurar el paso.

Con la certeza de que el emperador seguía cada uno de sus movimientos, incluso después de darle la espalda.

Cuando se quedó solo, Caligula aguardó de pie ante el mapa.

Durante meses, el nombre de tiberio gemelo había circulado en sus urros por los corredores del palatino.

Para unos, representaba una posible salvación.

Para otros, un peligro que convenía borrar cuanto antes.

Apenas era un muchacho, pero la sangre que corría por sus venas bastaba para convertirlo en una amenaza.

Ahora, ya era un recuerdo.

Sin embargo, en Eceso, seguía existiendo algo que escapaba la voluntad del César.

Caligula clavó la mirada en el punto que señalaba la ciudad.

Y dejó reposar un dedo sobre ella.

Por ahora.

31.

El Apóstol.

Eceso, 37 después de Cristo.

Aquella mañana, Lucio Federal salió hacia el mercado con una inquietud que no había logrado dejar en casa.

Desde hacía días, la prudencia empezaba para hacerse demasiado al miedo.

Las reuniones se celebraban con más cautela.

Algunos bajaban la voz al pronunciar el nombre del maestro.

Y la custodia del testimonio había convertido cada puerta en motivo de recelo.

Comprendía la necesidad de proteger la ampolla.

Pero no quería que aquella vigilancia terminara enterrando también la fe.

Conocí lo suficiente de Roma para saber cómo empieza el silencio.

Primero se acepta por prudencia.

Luego se justifica por cansancio.

Al final, nadie recuerda cuando dejó de hablar.

Cruzó las primeras calles sin apresurar el paso.

El aire de la mañana traía olor a sal, fruta abierta, cuero húmedo y pescado fresco.

Los mercaderes alzaban la voz desde los puestos.

Las monedas callan sobre las mesas con un sonido seco.

Y los marineros descargaban ánforas mientras discutían en lenguas que se mezclaban sin llegar a entenderse del todo.

Por encima de los tejados de barro y las azoteas planas,

el templo de Artemisa se alzaba al fondo con una grandeza casi ofensiva.

Sus crumbas blancas recogían al ozo brico de la manacer,

y muchos al pasar dirigían hacia él una mirada aprentida desde la infancia.

No siempre era de voción.

A menudo era solo costumbre, y precisamente por eso resultaba más difícil arrancarla.

Un curtidor que lo había habido hablar otras veces,

lo reconoció antes de que llegara al centro de la plaza.

¿Otra vez tú?

Murmuro, algún día nos saldrás entero de aquí.

Se detuvo en instante.

No busco hacer daño nadie.

Eso dicen todos los que traen problemas.

El hombre volví a su trabajo, aunque no dejó de observarlo.

Lucio avanzó hasta un lugar donde el tránsito se estrechaba,

entre los puestos de aceite y los vendedores de pequeñas figuras de plata.

No tuvo que hacer mucho la voz.

Vastó con situarse allí, firme, para que algunos repararan en él.

No vengo a traeros otro Dios para añadirlo los vuestros, dijo.

Vengo a hablaros del Dios vivo, que no se encierra en la piedra

ni necesita manos humanas para sostenerse.

Varios cabezas se giraron.

Otros siguieron su camino, acostumbrados a filósofos ambulantes

y profetas orientales y charlatanes que prometían salud, fortuna o salvación

a cambio de unas monedas.

Continuó sin endurecer el tono.

Es ese Dios se acercó a nosotros.

Camino entre los hombres, tocó a los enfermos, levantó a quienes nadie quería mirar.

Perdonó a los que ya se creían condenados.

Murió en una cruz y aún así, la muerte no pudo arratenarlo.

Un vendedor de amuletos soltó una reza seca.

Otro judío hablando de muertos que viven.

Algunos celebraron la burla.

Él esperó a que las rezas se pagaran.

Yo lo vi morir.

Vi cómo perdonaba a quienes lo estaban matando.

Ningún hombre habla así cuando la vida se les escapa, si Dios no está con él.

El pequeño corro se abretó un poco.

Una mujer que llena a un cesto de granadas dejó de escoger la fruta.

Dos aprendices fingieron ordenar unas telas para seguir escuchando.

Un marinero con las manos manchadas de brea se queda media distancia, desconfiada.

Nos enseñó a no devolver mal por mal, prosiguió.

A amar incluso cuando lo dio parece más fácil.

A no temer a quienes sólo pueden herir el cuerpo.

Aquello provocó un murmur muy inquieto.

Desde un puesto cercano, uno de los artesanos que vendían pequeñas artemisas de plata,

dejó sobre la mesa la figura que estaba poliendo.

¿Qué dices de la señora? Preguntó.

No hizo falta nombrar la de otra modo.

Enéceso todos sabían que se refería a artemisa.

Lo miró sin apartar la vista.

Digo que ningún Dios fabricado por manos humanas puede dar la vida.

El artesano paledeció primero.

Después enrojeció.

Me yde tus palabras.

Las mido.

Entonces, retíralas.

Luzcio dio un paso hacia él.

No como quina amenaza.

Sino como quien desea ser escuchado de cerca.

No hablo contra tu casa ni contra tu pan.

Mi pan sale de esas manos que desprecias.

El hombre señaló las figuras de plata lineadas en el puesto.

Tenían todas la misma forma, el mismo brillo.

La misma promesa de minuta.

No despreció tu trabajo.

Respondió.

Desprecio la mentira que te obliga a creer que eso puede salvarte.

El murmullo cambió de naturaleza.

Ya no era curiosidad, sino el arma.

Alguien pronunció el nombre de artemisa con la gravedad de una acusación.

Otro lo repitió más alto.

Un joven se adelantó entre la gente.

¡Blasfemo!

Luzcio no retracedió.

No vengo a destruir vuestra ciudad.

Vengo a anunciar un reino que no se levanta con espada ni tributo.

Un reino donde el último no es despreciado y el poderoso no compra su absolución.

¡Cállate!

Gritó el artesano.

Varias manos empezaron a empujarlo.

Sintió un golpe del ombro.

Otro le alcanzó por la espalda.

Se giró con rapidez por aquel antiguo instinto de soldado.

Y durante unos segundos no vio rostros.

Solo cuerpos que avanzaban, brazos alzados, una menace inmediata.

Un hombre corpulento lo agarró por la túnica.

¡Vas a aprender a respetar a la señora!

Luzcio le sujetó la muñeca, lo hizo sin pensar.

El gesto fue preciso demasiado rápido.

Nacido de aquellos años, en los que dudar, significaba caer.

El hombre soltó un quejido cuando le torció el brazo.

Alrededor, varios retrocevieron con una mezca de sorpresa y furia.

¡Miradlo!

Grito alguien.

Predica manse d'umbre, pero se defiende rompiendo huesos.

Aquella ecusación lo golpeó con más fuerza que los empujones.

Aflojó la presa, pero el hombre aprovechó para lanzarse de nuevo contra él.

Esta vez, Luzcio cerró el puño.

Todo su cuerpo se tensó.

Los reflejos del pretoriano que fue,

respondían a la provocación,

a la humillación de verse acorralado por una multitud.

Estaba a punto de descargar el puño cuando una mano enorme se cerró sobre su antebrazo.

No lo hizo con violencia, pero bastó para inmobilizarlo por completo.

No.

Dijo una voz grave a su espalda.

Giro la cabeza.

El hombre que lo sujetaba era más alto que todos los presentes.

La piel oscura.

El torso ancho bajo la túnica sencilla.

Y el parche negro que le cubría el ojo izquierdo lo ha cierra inconfundible.

No había ir rompido en la estena.

Daba la impresión de haber estado allí desde el principio,

aguardando el momento de intervenir.

Era Caled.

32.

El reencuentro.

Durante un instante,

Lucio no supose de verdad veía Caled,

o si el gol perrecibía en la sien le hacía tener visiones.

Suelta a mí.

Cuando aflojas el puño.

Lucio miró su mano.

El puño se había cerrado.

Frente a él, el artesano respiraba con dificultad,

dispuesta a convertir a que el gesto en una prueba contra todos ellos.

Ya lo habéis oído.

Dijo Caled, sin apartar la vista de los hombres del mercado.

Ahora, dejadlo marchar.

Un joven tomó una piedra del suelo.

Caled lo miró sin decir una palabra.

Vastó.

El muchacho dejó caer la mano.

No por miedo.

Sino por la rápida intuición de que aquel desconocido

podía partirle un hueso antes de que lograra lanzar la piedra.

Algunos murmuraron.

Otros dirigieron los ojos hacia el templo, incómodos.

Como si todo aquello hubiera despertado una inquietud

que prefería no afrontar.

El artesano dio un paso al frente.

Pero un mercader le puso la mano en el hombro.

Déjalo, no merece la pena.

Nadie deseaba que llegara a oídos de los funcionarios del Proconsul

que se había producido un altercado religiosa.

Poco a poco, el corro se fue abriendo.

Algunas mujeres recogieron deprisas sus compras.

Los aprendices regresaron a los puestos

y el marinero de las manos panchadas de prea.

Escupió al suelo antes de alejarse sin volver la cabeza.

El ucio tenía la ceja abierta y un nilo de sangre le extendía hasta el pámolo.

Le dori el hombro donde había recibido el primer golpe.

Pero lo que más le pesaba no era el cuerpo.

Sino la certeza de haber estado a punto de contradecir con los puños.

Cuanto acababa de predicar con la boca.

Una mano firme lo guió hacia una calle lateral.

Camina, él obedeció.

Dejaron atrás los puestos, las voces, el horor a pescado y lo me da del puerto.

No hablaron hasta llegar a un callejón estrecho,

junto a un muro encalado donde la sombra todavía resistía el empuja del sol.

Entonces, Caleb, se detuvo.

Siéntate, no necesito que te sientes.

La seguridad de aquella voz no admitía discusión.

Lúcio se dejó caer sobre una piedra baja.

Caleb permaneció frente a los unos instantes.

Después se acuclilló y abrió la bolsa que llevaba con zada el hombro.

Sacó un pañolínpio, una pequeña ampolla de vino,

un hodere de agua y una tira del inocuidadosamente doblada.

Ninguno habló.

El silencio bastó para que Lúcio comprendiera que no estaba soñando.

Levantó la vista.

Allí seguía.

El mismo cuerpo poderoso.

La piroscura curtida por el sol.

El parche en el ojo izquierdo.

Tan real como el dolor que le latía en la sien.

Por el dios verdadero, ¿qué haces aquí?

Curarte de momento.

Te anavierto la ceja.

Ume decidió el paño y limpió con cuidado la sangre seca.

Después, vertió unas gotas de vino sobre la herida.

Lúcio cerró los ojos cuando el escorle a través del rostro,

pero no se apartó.

Creí que estabas en Judea.

Judea...

Dejó de ser un lugar seguro para quienes seguimos al maestro.

Terminó de curarle la ceja como y miento seguros.

Lúcio lo dejó a trabajar.

Sigue esteniendo buena mano.

Caleves pasó una sonrisa.

Y tú sigue siendo un soldado.

Le puso un ventaje.

Compró que quedara firme y levantó la vista.

He venido porque quería estar con vosotros.

Con Juan, con María, contigo, con Flavia.

Con los que aún recuerdan su voz.

En Judea todo está bajo sospecha.

Vigilan las casas y cada reunión puede costar demasiado.

Y además, os echaba de menos.

Dijo al fin.

Caleves anodó el lino alrededor de la frente sin apretar demasiado.

Lúcio sintió que su cuerpo recuperaba la calma.

Una alegria enesperada lino un do el pecho.

El escorzor de la herida, el daño del ombro y el recuerdo de la pelea.

Quedaron de pronto muy lejos.

Sin pensarlo, lo abrazo con fuerza.

Caleves respondió con la misma naturalidad.

Habían compartido demasiado caminos, peligros y pérdidas

para necesitar palabras.

Cuando se separaron,

Lúcio le dio una palmada en el ombro.

Flavia va a alegrarse mucho de verte.

Y aún hay alguien aquí no conoces.

Caleve arqueó una ceja.

Samuel, mi hijo.

Asintió Lúcio.

Por primera vez,

el gigante dejó que la sorpresa aflorara a su rostro.

Entonces,

mejor será que vayamos cuanto antes.

Echaron andar.

Lúcio caminaba despacio.

Como si todo bien necesitara convencerse,

de que Caleves iba realmente a su lado.

Otras quedaban el mercado,

los gritos y la violencia.

Se dirigían a su casa,

donde por unas horas,

podrían volver a sentirse una familia.

33.

La voz de la madre.

El vino de la llanura del caístrome supo distinto.

Apenas me humedé tí los labios cuando una nausea me revolvió el estómago

y me obligó a apartar la copa.

La posee sobre la mesa con cuidado.

Como si cualquier golpe pudiera quebrar algo dentro de mí.

María levantó los ojos pero no dijo nada.

Su silencio fue una forma de amparo.

Me llevé la mano al viente.

No era sólo el cansancio ni el miedo,

que aún me acompañaban en esa funesta noche.

Era una certeza más antigua que las palabras.

María siguió mi gesto.

No bebas más.

Retiro con su habidad la copa de mi alcance.

Cojió la bandeja donde limpiava unas lentejas y se la puso sobre las rodillas.

Durante un rato, fue apartando las pequeñas piedras oscuras de los granos.

En leve chasquido al caer en el barro del plato,

llenó la estancia de una calma doméstica que me tranquilizó más que cualquier palabra.

José no sabía estar sin hacer nada.

Dijo el fin María.

En una noche como esta,

se habría levantado,

habría buscado una tabla y se habría puesto a trabajar.

Un hombre silencioso,

una pieza de madera entre las manos

y la preocupación convertida en oficio.

Me vino a la mente lucio y el peligro que corría.

José pensaba mejor mientras estaba atariado.

Continuó María.

Si algo le inquietaba,

revisaba una puerta que ya cerraba bien,

ajustaba una herramienta

o repasaba el canto de un banco aunque no le hiciera falta.

Yo lo sabía.

No necesitaba que me contara nada.

En Nazaret el taller no era grande,

pero bastaba.

Tenía el suelo de tierra pisonada y una puerta abierta a la calle.

Al mediodía, el sol calentaba las virutas hasta llenar el aire

de un olor vivo, limpio,

como si cada tabla conservara algo del árbol del que había nacido.

Cuando María hablaba así,

su mirada parecía llenarse de años.

José era actectón,

un artesano,

abricaba puertas, llugos,

arados, bancos, vigas y mesas sencillas.

Todo lo que se requería en una casa o en el campo

acababa pasando por sus manos.

Jesús aprendió a su lado.

Primero barría, recogía las virutas, llevaba agua y le acercaba las herramientas.

A veces esto robaba más de lo que ayudaba, pero José nunca se lo recriminó.

Más tarde,

aprendió a manejar la sierra de Oja Estrecha.

Al principio se le desviaba,

los brazos se le cansaban y la madera no obedecía.

José se colocaba detrás,

le guiaba al moverla y le decía,

no fuerces, la madera tiene su tiempo.

Si la empujas mucho, se quiebra.

Aquellas palabras se me quedaron grabadas.

También el cuerpo tenía su tiempo.

También la esperanza podía desaparecer,

si una intentaba dominarla antes de que hubiera echado raíz.

Una vez, José recibió el encargo de hacer un llugo

de un boe y joven,

debía quedar perfectamente equilibrado porque un llugo mal ajustado acaba iriendo al animal.

Jesús no calculó bien uno de los brazos,

era apenas un dedo de diferencia, pero bastaba.

José no lo reprendió, le pidió que se lo apoyara sobre los hombros.

Jesús sobe decio y comprendió en seguida su error.

Regresó al banco de trabajo y empezó otra vez con el ceño fruncido.

Hice una mago de sonrisa.

En ese instante, la casa de María pareció alejarse de efeso y de esa noche.

Deje de ver la amenaza que pesaba sobre nosotros y el rostro de Samuel,

asustado en algún lugar que yo desconocía.

En mi cabeza veía Nazaret,

un taller pequeño, José inclinado sobre una madera.

Jesús, aprendiendo que los errores podían corregirse,

pero sólo cuando se aceptaban con humildad.

A Jesús le gustaba promedar, continuó María.

A veces entraba cubierto de serrín y sacudía la túnica junto a la puerta sólo para oírme protestar.

Samuel haría algo así, murmuré.

El nombre de mi hijo me irió y me sostuvo al mismo tiempo.

María me miró con dulzura pero no interrumpió el recuerdo.

José nunca trató a Jesús con dureza.

Confirmeza sí, no es lo mismo.

Haz cada cosa como si fuera para tu propia casa y si no queda bien,

vuelve a empezar, nadie debe cargar con tu descuido, le repetía.

La mire, como tantas otras veces, adivinó lo que cayaba.

Mi marido sabía lo que Dios le había confiado.

Amó a Jesús como se ama a un hijo, dándole pan, un oficio, un techo y paciencia.

Eso también era fe.

Aquellas palabras me conmovieron en lo más profundo.

María me estaba enseñando que la santidad también podía tener olor a madera recién cortada,

que un hombre que habría cada mañana su taller y enseñaba a un niño a seguir la beta de una tabla,

estaba sirviendo a Dios con la misma fidelidad que quien alzaba una oración.

A veces me sumaba al taller solo para contemplarlos.

José inclinado sobre una pieza, Jesús pendiente de sus movimientos, el golpe de la masa,

el rumor con pasado de la sierra.

Había una paz difícil de explicar.

Entonces no pensaba en lo que vendría, solo veía un padre y un hijo trabajando juntos.

La nauta había desaparecido.

En su lugar quedaba una calma frágil, casi tímida.

Por primera vez, desde que supe lo que ocurría en mi cuerpo, me olvidé del peligro.

Pensé en una cuna, ensamuel inclinándose sobre su hermano o su hermana

y la suerte sacuriosidad limpia de los niños.

María volvió a tomar la bandeja de lentejas, apartó otra pequeña piedra y la dejó en el plato.

El gesto era mínimo. Sin embargo comprendí que toda maternidad comienza así.

Retirando una a una, las asperezas que podrían herir la vida antes incluso de que n'adca.

Y mientras la observaba, supe que Dios prepara el corazón de una madre del mismo modo.

En silencio, con infinita paciencia, apartando piedra a piedra, todo aquello que no fue ese amor por un hijo.

34. La familia.

Lucio regresó con Caleb cuando la tarde empezaba a derramarse sobre Efezo.

Flavia abrió la puerta y su sonrisa se desvaneció en instante.

Lucio.

Su marido tenía la túnica manchada de sangre seca, la ceja vendada y la había abierto.

Samuel dejó caer su corderito de madera y corría hacia él.

Papa, ¿qué te ha pasado?

Lucio sonrió para tranquilizarla, sólo un golpe, nada que no ocurre un buen plato de lentejas.

El niño alzo su mano y razon con infinito cuidado a la venda de la ceja, como si te mira hacerle daño.

Solo entonces descubrió el hombre que acompañaba a su padre. Flavia también levantó la vista.

Durante un instante, se quedó inmóvil.

Caleb?

La sorpresa dio paso a una alegría tan grande que Flavia cruzó el umbral sin pensarlo y lo abrazó con fuerza.

Caleb?

Mendito seas. ¿Qué haces aquí?

El gigante soltó una carcajada.

Paseaba por el mercado y encontré a tu marido en peñada en discutir el solo con media ciudad.

Lucio levantó las manos con gesto resignado. No exajeres.

No exajero. Si no llego a aparecer, seguías allí intentando convencerlos.

Flavia, negó despacio con la cabeza.

Algun día aprenderás a medir tus fuerzas.

Eso mismo le he dicho yo.

Añadió Caleb.

Samuel observaba las tenas condido tras la túnica de su madre.

No apartaba los ojos de aquel hombre inmenso.

Para mirarle al rostro tenía que levantar tanto la cabeza que casi parecía buscarlo en el cielo.

Caleb terminó por agacharse hasta quedar a su altura.

Así que tú eres Samuel.

El niño asintió a sin quitarle el ojo de encima.

Yo ya te conocía.

Caleb, arquea una ceja.

Así?

Mis padres hablan mucho de ti.

Aquella respuesta desarmó al gigante.

Sonrió con una ternura en esperada.

Busco dentro de su bolsa y sacó un arbarico que seco.

Entonces, esto es para mi viejo amigo.

Samuel lo aceptó con las dos manos como si recibiera un tesoro.

La casa olía pan recién hecho, se boya y lentejas con yerbas.

Flavia puso otro cuenco en la mesa, mientras lucio se acomodaba junto al muro.

Por un momento, ninguno habló. No hacía falta.

Habían pasado demasiadas cosas desde la última vez que compartieron techo.

Jerusalén, la cruz, el miedo, las huidas.

Todo parecía caber en aquellas miradas.

Fue Samuel quien rompió el silencio.

Y tú ojo.

Flavia suspiro.

Samuel.

Déjalo.

Caleb sonrió al niño.

No me duele.

Nunca?

Hace mucho que dejó de dolerme.

Samuel aceptó la explicación con naturalidad y volvió a concentrarse su cordarito.

Comíeron despacio.

Después de varias cucharadas, lucio levantó la vista.

¿Cómo están las cosas en Judea?

El rostro de Caleb perdió parte de su alegría.

Agarró con las dos manos el cuenco de barro, que parecía diminuto entre aquellos grandes dedos curtidos.

Allí no me quedaba casi nada.

Después de ya sabes, unos escondieron, otros suyeron y otros aprendieron a vivir vigilando siempre sus espaldas.

Suspiro ha fejido.

Yo lo intenté.

Pero todos los cambios terminaron llevándome al mismo vacío.

Jerusalén pesa.

Dijo Flavia en voz baja.

Sí, pero más pesa su ausencia.

Caleb se quedó pensativo mirando el cuenco.

Lo he hecho tanto de menos.

A veces, cuando camino entre la gente, tengo la impresión de que voy a escuchar su voz llamándome por mi nombre.

Luego, recuerdo que ya no está.

Y el corazón vuelve a quedarse vacío.

Aunque sé que está allí arriba.

Flavia extendió la mano y la posó sobre aquellos nudillos enormes,

enderecidos por el trabajo y la estica 13.

Entonces, Samuel rompió de nuevo la solemnidad.

Papá?

Sí.

Mañana vamos al mercado.

Lucios, voz una sonresa.

Por hoy, ya he tenido bastante mercado.

¿Para qué quieres volver?

Samuel señaló muy serio a Caleb.

Para comprarle un ojo a nuevo.

Durante un segundo, nadie dijo nada.

Después, la casa entera estalló encarcajadas.

Y Caleb, mientras contemplaba aquella familia, reunida alrededor de la mesa,

comprendió que la paz también tenía un sonido.

Era exactamente aquel.

35.

El deseo.

El Palacio del Procónsul.

No tenía la magnificencia del palatino.

Pero había sido concebido para recordar en cada columna y cada mosaico.

Que Roma no necesitaba estar presente para imponer su autoridad.

Aquella hora, los funcionarios ya se dirigían a sus estancias.

Los escribas cruzaban los corredores contablillas bajo el brazo,

mientras algunos clientes,

aguardaban en los patios inferiores el momento de ser recibidos.

La casa administrativa despertaba con un orden que no era doméstico, sino político.

Brusila no esperaba nadie.

Por eso la interrupción la sorprendió.

Claudio Lentula apareció por el fondo de la galería,

acompañada de una nodriz a y dos niños pequeños.

El menor dormía sobre el hombro de la esclava envuelto en una tela clara.

El mayor de nomas de tres años avanzaba a Ciudad de la Cera.

El mayor de tres años avanzaba a cerrado a la mano de su madre,

contemplando cuanto la rodeaba con una curiosidad imposible de contener.

No toques nada.

Les usó roclaudia.

Brusila sonrió a la ver a los pequeños.

Claudio Lentula alzó la vista y se inclinó con la cortesía precisa ante la hermana del César.

Domina.

Claudia.

Apenas la separaba un año de edad, pero Claudia irradia a una plenitud

que no procedía únicamente de su lenaje.

Era la serenidad de las mujeres que han dado hijos a una casa

y con ellos un por venir a su esposo.

Veo que has venido acompañado de tu pequeño ejército.

Brameo.

Roma.

Se conquista primero en casa.

Respondió con una sonrisa tranquila.

No lo dijo con la rogancia.

Era más bien, uno de esas frases que una joven matrona

podía permitirse cuando llevaba un hijo de la mano

y otro dormía su lado, custodiado por una esclava.

El mayor soltó los dedos de su madre y avanzó un paso.

Se detuvo al descubrir los del fin esti encelados en plata de la fíbula que sujetaba la estola de drosila.

Claudia fue ratenerlo, pero ella la detuvo con un gesto.

Déjalo.

Lo invitó con la mirada a tocar la joya.

El niño la arrozó con la llema de los dedos.

¡Birilla!

Algunas cosas brillan para que olvidemos lo que pesan.

El pequeño no entendió el significado de aquellas palabras ni la importó.

Su curiosidad se desbanación seguida y regresó junto a su madre.

Drosila lo siguió con la mirada.

Te veo bien, Claudia.

La maternidad no te ha restado a belleza.

Claudia desvió en instante los ojos hacia el niño dormido en brazos de la nodería.

Su pongo que le ha transformado.

Drosila se mantuvo en móvil.

Como si aquella respuesta exigiera una réplica que no estaba dispuesta con ceder.

Desde el patio llegó el rumor del agua golpeando el mármol.

El mayor se parece a su padre.

Sí, es igual que él.

A lo herque hablaban de él, el niño se escondió a medias tras la túnica de Claudia.

Ella le acarició la cabeza con un gesto distraído.

Los dioses han sido generosas contigo.

Y yo les he ofrecido los sacrificios de vidas, dámina.

Drosila, miró hacia la galería abierta.

Abajo, la vida del palacio seguía con el incesante ir y venir de sandalias.

órdenes contenidas y portas que se abrían antes de que alguien llamara a ellas.

Todo pareció obedecer a una lógica firme.

Todo salvo su propio cuerpo.

A veces me pregunto si Roma a pertenece a quienes la gobernan o a quienes la continúan.

Dijo.

Claudia no respondió.

No estaba segura de que hubiese sido una pregunta.

El niño tropezó con el borde de una losa y estuvo a punto de caer al suelo.

Drosila dio un paso instintivo pero Claudia llegó antes.

Los estuvo sin aspavientos, lo alzó, besó su frente y volvió a dejarlo en el suelo.

Fue un gesto mínimo.

En Roma, miles de madres lo repetían cada día sin que nadie repararan ello.

Sin embargo, Drosila sintió algo cercano al vértico.

En el imperio, ningún hijo pertenecía del todo a quien lo engendraba.

Bastaban una acusación, unas fiebres, una intriga o un susurro para solar una casa.

La maternidad era una fuerza así.

Pero también habría del cuerpo una brecha por la que el mundo podía herir sin necesidad espada.

La nodriza como tal niño dormido.

Claudia comprendió que el encuentro tocaba su fin.

Que los dioses te sean propicias, Tamina.

Y a tus hijos le deseo Drosila.

Claudia se alejó por la galería con la nodriza detrás.

Su hijo mayor volvió una vez la cabeza.

No ha sido interesado ya por una columna jaspiada,

que por la mujer que acababa de permitirle tocar la plata de su fíbula.

Después desaparecieron tras el ángulo del corredor.

Drosila permaneció allí unos instantes.

El pasillo quedaba cío.

Solo entonces apoyó una mano en la balaustrada.

La piedra estaba fría.

Y se preguntó cómo un cuerpo podía estar tan rodeado de símbolos.

Y aún así, quedaba reducido a una ausencia.

Caminó hasta una estancia lateral,

reservada para ella desde su llegada FSO.

El palacio había puesto a su disposición telas, muebles, esclaves y perfumes.

Pero nada de aquello le pertenecía.

Tod era prestado por Roma, como los sonores,

las alianzas y las promesas.

Pensó en los enlaces que otros habían decidido por ella.

En la facilidad con que habían sido dispuestos y desechos,

como si ella fuera una pieza que movían manos ajenas sobre un talero.

Pensó en los médicos llamados con discreción,

en las matronas que recomendaban infusiones,

en los augures consultados sin verdadera fe,

en las miradas que descendían hacia su vientre,

antes de regresar demasiado de prisa a su rostro.

Se decía que una mujer sin hijos

era una promesa detenida,

que Roma necesitaba continuidad

y que el imperio no sabía esperar.

Ni siquiera la hermana del César

se libraba de aquella medida antigua y cruel.

Roma podía cubrirla de honores,

llamarla Augusta,

inclinarse a su paso, levantar estatuas

o pronunciar su nombre en los actos públicos.

Pero ningún título llenaba una cona.

Cruzó la estancia hasta el pequeño larario,

dispuesto en un nicho de la pared.

No era ostentoso.

Sol unas figurillas,

un cuenco de ceniza y restos de incienso consumido.

Entre los láres se alzaba también el genis familiar,

protector invisible de la fecundidad de la casa,

con una cornucopia apoyada contra el pecho.

Drusila,

tomó un grano de incienso

y lo dejó caer sobre las brazas.

El humo estendió en una hebrafina.

Si hay culpa,

decidme cual.

Mor moró.

No fue una súplica,

tampoco una oración.

Sonó más bien como una exigencia dirigida a los dioses,

a su propia cuerpo y a sí misma.

Se quedó allí,

hasta que el incienso empezó a apagarse.

36.

El preludio.

Valeria,

el higien lugar apartado del trásito principal del puerto.

No era más que un cuarto de servicio, junto a los almacenes,

con una mesa estrecha, dos bancos,

y una verdura alta por la que entraba la luz obrico a la tardecer.

Fuera,

los marineros apuraban la descarga de las últimas ánforas.

Los carros crujían sobre la tierra endurecida

y el horor abrea,

sal y red de sumedas, se pegaba la ropa.

El hombre entró por la puerta trasera.

No saludó al llegar.

Cerró tras de sí

y permaneció de pie apartado de la luz.

Tenía el cuello ancho,

los brazos desnudos bajó una túnica sin tenir

y una cicatriz mal cerrada junto a la ceja izquierda.

No parecía fuerte por afán de aparentarlo,

sino por costumbre.

Era de esa clase de hombres que cargaban sacos,

y se llevaban cuerpos o arrojaban bultos al agua

con la misma naturalidad con la que otros respiraban.

Valeria, apenas lo miró.

Vienes solo?

Sey.

Te siguieron?

Nadie.

Núbamos comprobaciones.

Si mentía, ya estaba muerto, aunque hondo lo supiera.

Valeria dejó sobre la mesa una bolsa de cuero.

El sonido de las monedas no fue estridente,

pero en la estancia reverberó con una nitidez casi tangible.

Cien denarios.

El resto, cuando me lo entregues,

dijo con la seguridad que exigía su oficio.

El hombre miró la bolsa y después a ella.

¿A dónde la llevo?

Recogió el dinero y lo cultó bajo su túnica sin molestarse en contarlo.

Ya había sido advertido.

Conocía la naturaleza del encargo,

y también que en ciertos trabajos,

preguntar demasiado era la forma más estúpida de acordar la vida.

Al almacén del muelle sur,

la puerta vencida,

el sello viejo de Mileto.

El hombre asintió.

Por allí entraban y salían mercancías,

sin que nadie llevara la cuenta.

Era un lugar útil precisamente porque parecían de su uso.

Lo dejarás dentro.

Después ya no será asunto tuyo.

Lo será hasta que cobre.

Cobrarás cuando sepa que está allí.

Replico valería.

El hombre aceptó con un leve movimiento de la cabeza.

Del exterior llegó una orden lanzada a voces

y el golpe seco de una cuerda contra un mástil.

Por el puerto, seguían desfilando hombres exhaustos,

fardos, ánforas y carros que entraban y salían.

Valería apoyó los dedos sobre la mesa.

Sin marcas, sin gritos y sin testigos, me encargaré.

No pareció fendirse por la insistencia.

Valería lo evaluó como quien examina una herramienta

antes de ejecutar un trabajo delicado.

No era impulsivo.

Eso encaracía sus servicios,

pero también lo hacía más fiable.

La mujer que la acompaña lo vigila bien.

Añadió Valería.

Todas las cuidadoras lo hacen.

Está más.

No hubo más explicaciones.

Él había visto mujeres defender un saco de grano con las uñas.

A madres enfrentarse a hombres armados

y ancienas gritarlos oficientes para detener una calle entera.

Jamás subestimaba a nadie que caminara junto a un niño.

Una rázaga entró por la verdura alta

y movió la llama de la lámpara.

El cuarto olió con más intensidad a madera húmeda y agua estancada.

Valería sacó una pequeña ficha de hueso,

gastada por el uso y con una línea negra trazada en una de sus caras.

La dejó sobre la mesa.

Cuando la veas, sabrás que es el momento.

El hombre la recogió

y la hizo desaparecer entre los dedos.

Cuando será.

Pronto.

No preguntó más.

Había quien desnacitaba saber la hora exacta para sentirse seguros.

Él no.

Prefería aprovechar la ocasión cuando se presentaba

y acabar antes de que nadie entendiera que había ocurrido.

Valería dio la conversación por terminada.

Si algo se tuéce, desapareces.

Es lo que haría, aunque no me lo dijeras, respondió el hombre.

Y si hablas, no hablo cuando se me paga bien.

Les obtuvo la mirada por primera vez antes de dirigirse hacia la puerta trasera.

Cuando iba a abrir ser de tuvo.

Debe tener miedo?

Valería tardó un instante en contestar.

Debe llegar.

El hombre abrió y salió sin despedirse.

Sus pasos se confundieron al instante con el rumor del muelle.

Valería guardó un momento hasta asegurarse de que no regresaba.

Después apagó la lámpara con los dedos húmedos.

La estancia quedó en penombra.

Fue era aún había algo de luz para que en el puerto siguieran feendo.

Todo conservaba la apariencia de siempre.

Eso era exactamente lo que necesitaba.

Que todo mantuviese su aspecto habitual hasta que pronto.

Alguien faltara.

37.

La voz de la madre.

Los silencios de María, su paciencia y su afecto me sostenían esa noche.

Cada sonido me golpeaba por dentro.

Cada pausa me obligaba a imaginar lo que no veía.

Eso me llevaba una y otra vez a Samuel.

Su cuerpo pequeño.

Su forma de hacerse el valiente cuando algo lo asustaba.

Su costumbre de preguntar antes de llorar.

Como si necesitara conceder al mundo una última oportunidad antes de rendirse al miedo.

Un hijo no deja de ser hijo porque no podamos tocarlo.

Dijo María de pronto.

Pero yo necesitaba estrechar a Samuel entre mis brazos.

Sentir su peso.

Oír su respiración.

Comprovar con mis propias manos que seguía entero.

Ella, sin embargo, hablaba desde un lugar que no pertenecía al consuelo aprendido.

Había en su voz el eco de una pérdida que había comenzado mucho antes de la cruz.

Cuando Jesús empezó a pasar tiempo fuera de casa.

Dijo al fin.

Al principio no lo entendía.

Salía temprano y regresaba tarde con polvo en las andalias y la túnica marcada por los caminos.

A veces venían a buscarlo hombres enfermos,

alguna madre con un hijo consumido por la fiebre,

o un vecino que había oído hablar de él y no se atrevía a entrar.

Yo los observaba desde la puerta y conservaba la esperanza de que todo volviera a la normalidad.

Pensaba que aquel fervor pasaría, que Jesús regresaría al taller a los días sencillos.

Hizo una pausa antes de añadir.

No es que yo negara lo que Dios sobraba a través de él.

Lo veía, como no iba a verlo.

Los enfermos se levantaban de sus esteras.

Los hombres que habían vivido atenazados por la culpa respiraban de otro modo después de escucharlo.

Las mujeres a quienes nadie miraba volvían a alzar la cabeza.

Pero una madre tarda en comprender que aquella quien ha llevado en su seno termina escapándose de sus brazos.

Sentí que algo se contraía en mi interior.

Recordé a Samuel de recién nacido, dormido contra mi pecho con la mano cerrada sobre mi túnica.

Esos primeros meses creía que mientras pudiera sostenerlo así, nada malo iba a sucederle.

Después creció, aprendió a andar, a esconder piedras en los pliegas de la ropa, a soltar mi mano para correr hacia cualquier cosa que brillara en el suelo.

Cada paso suyo me obligó a entregarle un poco más de mundo.

Pero aquello era distinto.

Samuel no tenía ninguna misión, no estaba predestinado ni había elegido alejarse.

Lo habían arrancado de mi lado, de mi vigilancia insuficiente.

Un día Jesús volvió con varios de los suyos, prosiguió María.

Pedro hablaba demasiado alto y Andrés intentó templarlo con una mirada.

Juan escuchaba a Jesús como si quisiera guardar cada frase, temiendo que pudiera perderse para siempre.

Venían con hambre, cansancio y una alegría difícil de contener.

La casa se llenó de voces, yo había preparado pan, aceitunas y un poco de pescado, pero no era bastante para tantos.

Y sin embargo siempre parecía alcanzar.

La vi y sirviendo agua, partiendo el pan, apartando una jarra antes de que alguien la volcara.

No como una figura sagrada, sino como una mujer que descubre casi sin darse cuenta, que su casa ya no pertenece sólo a los suyos.

María, que había llevado a Jesús en su vientre, lo contemplaba ahora rodeado de hombres que lo llamaban maestro y esperaban de él palabras, sentido, vida.

Al principio yo buscaba mi lugar. Digo, ellos lo seguían por los caminos, le preguntaban, discutían entre sí, lo necesitaban.

Yo podía ofrecerles comida y una casa donde descansar, pero comprendí que ya no era la única que lo esperaba cuando salía ni que temía por él cuando tardaba.

Su vida se había abierto ya aunque me llenaba de alegría, también me hería.

María no ocultaba el lado afilado de su maternidad, no disimulaba que a Mara Jesús había significado aceptar una pérdida lenta.

Nunca me pensó que lo amaran al contrario. Lo difícil fue asumir que mi manera de quererlo tenía que cambiar.

Durante años, dí por hecho que debía alimentarlo, darle abrigo, curarle las heridas cuando se caía y guardar silencio cuando lo veía pensar.

Pero llegó el día en que ya no podía protegerlo de aquello que lo llamaba. Aprendía permanecer cerca sin retenerlo, a escucharlo como lo hacían otros, a acompañarlo cuando era posible y a esperarlo cuando no.

Permanen herter, casi en retenerlo. Yo era incapaz de imaginarme así con Samuel.

María pareció adivinar mi resistencia porque bajó aún más la voz. No digo que te resignes a perder a Samuel. A un hijo arrebatado se lo buscaba hasta que la esperanza duela.

Pero esta noche, mientras los hombres recorren las calles y tú no sabes dónde está, sigue siendo su madre aunque no puedas tocarlo, ni oírlo, aunque ignores si está llorando.

La idea de que mi maternidad se había que brantado, de que había fallado como madre se instaló en mí desde el instante de su desaparición, pero María hablaba de otra clase de pérdida.

Con el tiempo comprendí que la familia de Jesús se había hecho más grande. Nunca dejó de ser mi hijo pero había hombres y mujeres que empezaban a vivir porque él los miraba.

Como iba yo a cerrar la puerta quién es él mismo se la habría. Yo les contaba lo que sabía. Se acercaban a mí para preguntarme cómo había sido de niño. Si dormía mucho, si hablaba así desde pequeño, si ya entonces miraba de aquella manera.

No era curiosidad. Puscaban acercarse a él por el único camino que yo conocía desde el principio, el de una madre.

María entró en la nueva vida de su hijo llevando consigo la memoria del niño, la de Nazaret, la de las manos pequeñas, la del sueño confiado.

De pronto se oyeron unos pasos, me incorporé con brusquedad y el banco raspo el suelo. María volvió la cabeza hacia la puerta.

Los pasos se alejaron hasta perderse en otra calle. Me dejé caer de nuevo. Cada ruido me engañaba y al mismo tiempo me mantenía viva.

Si dejaba de escuchar era como si renunciara a la posibilidad de que el siguiente sonido trajera a Samuel de vuelta.

Cuando Jesús empezó a usentarse por las noches, continuó María, aprendía a distinguir sus pasos.

Los de Pedro eran más pesados. Juan entraba casi sin hacer ruido.

Jesús, en cambio, siempre se detenía un instante antes de cruzar la puerta como si dejara fuera el cansancio.

La primera noche que intenté convencerme de que ya no era un niño, que sabía caminar y que Dios lo guardaba, me di cuenta de que el cuerpo de una madre no razona con tanta facilidad.

El mío tampoco. Mi cuerpo seguía esperando a Samuel. Mis brazos estaban preparados para recibirlo. Mi oído buscaba su voz entre todas las voces.

A veces creemos que entregar es perder. Añadió, pero no siempre es así.

Entregar también puede ser acompañar, aunque de otro modo.

Puede ser permanecer. Dejar una luz encendida para que el hijo sepa donde volver.

No podía arrancar a Samuel de donde estuviera solo con mi deseo, pero si podía mantenerme firme, impedir que el miedo decidiera por mí.

Podía seguir siendo el lugar al que él pertenecía.

Repite su nombre. Me dijo. Tienes que guardarlo entero.

Samuel. Mi voz salió rota. María insistió. Otra vez. Samuel no se en tipad ni consuelo.

Pero algo exhausto dentro de mí encontró fuerzas para seguir adelante. Y mientras pudiera pronunciar su nombre, Samuel seguiría teniendo un lugar al que volver.

El día de la noche.

38. La espera.

Flavia estaba sentada bajo el pórtico pelando unas frutas. Sus movimientos se habían vuelto más pausados. Acórdes al nuevo ritmo de su cuerpo.

El viente todavía discreto apenas tensaba la tela de la túnica. De vez en cuando posaba la mano en él, como si necesitará confirmar aquella vida.

Sara cia obvillos del an a junto a la mesa baja. Sus dedos enrollaban el hilo con una paciencia prendida a lo largo de toda una vida.

Aunque su mirada se desviaba de tanto en tanto hacia la puerta. No por inquietud.

Si no con esa atención propia de las mujeres que cuidan sin dejar de trabajar.

Samuel jugaba cerca de la fuente con su cordelito de madera.

Le había estado un hilo y lo guiaba por el borde húmedo del pilón, dándole órdenes con gran ternora.

Espera, espera, que te vas a caer.

Flavia levantó la vista y sonrío. ¿Hablas con el cordelito? Samuel respondió con un gest afirmativo.

Dile que no se aleje demasiado. El niño meditó aquella orden con absoluta seriedad.

Mi madre dice que no te alejes.

Sara escondió una sonrisa mientras dejaba otro billón del sexto. La casa era un refugio.

Todo en ella, el agua, los sigos secos, la lana, la voz del niño, obedecía un orden sencillo.

Fue la calle y permanecía tranquila.

En ese momento pasaba un vendedor de pan con la cesta lombra.

Más lejos, un carruaje avanzaba despacio, levantando un rumor leve que en seguida se apagó entre las fachadas.

El hombre apareció poco después, con zonas de la cera opuestas sin detenerse.

Vestía como tantos otros, túnica basta, sandalias gastadas y llevaba un tramo de cuerda enrollado en la mano.

Nada en él llamaba la atención, caminaba con la indiferencia de quienes atraviesan un lugar, sin dejar recuerdo en nadie.

No miró directamente a la casa. Al llegar al umbral, redujo apenas el paso.

Fue una variación mínima, imperceptible para cualquiera que no les tuviera esperando.

La puerta permanecía entornada. Desde la calle, sólo se veía una parte del patio, la fuente, un extremo del pórtico y la silueta de flavia inclinada sobre la mesa.

O yo la voz del niño, después siguió caminando.

Samuel había abandonado el cordelito de madera y observaba una hilera de hormigas junto al borde del patio.

Se ha gachó hasta casi tocar el suelo con la nariz.

Llevan pan.

No es pan. Respondió Sara. Son semillas.

Samuel, negó con convicción.

Para ellas, es pan.

Flavia, enrío por lo bajo.

Sara sin corporó para recoger una jarra vacía.

Voy a traer agua del patio trasero. Notar des.

Sara entró en la casa y desapareció tras la cortina.

El hombre regresó entonces.

La cuerda seguía enrollada en la muñeca, como si formara parte de su cuerpo.

Esta vez se ha gachó pegado al muro para ajustarse una sandalía.

Desde allí podía observar sin levantar sospechas.

Sara ya no estaba en el patio. Flavia continuaba bajo el pórtico de perfil, ocupada junto a la mesa.

El niño jugaba demasiado cerca de la puerta.

Samuel alzó la cabeza. No había habido nada distinto.

Aún así la calle parecía adquirir un peso diferente.

Mirá hacia la puerta con ese inquietud fogad con la que los niños perciben una presencia antes de comprenderla.

¿Qué haces? Preguntó su madre.

El niño vacilo. ¿Nada?

Se acercó a ella y apoyó una mano sobre el banco, muy cerca de su brazo.

Flavia le acreció el cabello y siguió con lo que estaba ciento.

Samuel regresó junto a las hormigas, aunque esta vez evitó dar la espalda a la calle.

El hombre se incorporó. Ya tenía información que había ido a buscar.

Sabía que la puerta permanecía abierta mientras se hacía las tareas.

Que Sara entraba y salía sin cerrarla atrás de sí.

Que Flavia acudía de inmediato cuando el niño la llamaba, aunque su cuerpo respondía con una lentitud nueva.

Y también sabía que Samuel todavía confiaba en el mundo lo suficiente, como para acercarse al umbral sin adivinar el peligro.

No necesitaba más.

Aún así no actuó.

El niño no estaba lo bastante apartado.

La madre podía verlo con solo levantar la cabeza.

Sara podía regresar antes de que él hubiera alcanzado la esquina.

Bastaía un error para echar por tierra el encargo.

Samuel volvió a la fuente y cogió su cordelito de madera.

Él y los se le han redorado entre los dedos.

Tiró de él con empaciencia, pero sólo consiguié apretar más el nodo.

Miro a su madre con preocupación.

Flavia dejó un lado lo que tenía en las manos.

Trae.

El pequeño corrió hacia ella.

Flavia deshizo el nudo con cuidado.

Sara regresó con la jarra llena y la dejó junto a la mesa.

El cordelito tiene problemas.

A venir un lodo.

Explico el niño.

Siempre aparecen lobos cuando tú juegas.

El pequeño sonrió satisfecho con aquella observación.

Entonces una mariposa blanca cruzó la puerta desde la calle.

Tenía las alas moteadas de gris y un buro torpe vacilante.

Se posó un instante sobre el quicio.

Abrió y cerró las alas y volvió a salir.

El niño se quedó inmóvil.

Samuel, no te alejes.

Le advirtió Flavia.

Solo voy a verla.

Abanzó un paso.

Luego otro.

No salgas.

Añadió Sara.

La mariposa se detuvo en la parada exterior donde daba el sol.

Samuel cruzó el umbral con esa lentitud absorta de los niños.

Cuando todo su mundo cabe en algo tan pequeño como una mariposa.

El hombre aguardaba junto a la esquina.

Desde allí observó salir al pequeño.

Flavia levantó la cabeza.

Sara avanzó hacia la puerta sin la menor inquietud.

Midió la distancia exacta entre aquella confianza y el instante en que podría convertirse en un grito.

El niño alzó la mano hacia la mariposa pero está remontó el vuelo.

La siguió con la mirada decepcionado.

¿Cás le atoco?

Las mariposas no se tocan.

Respondió Flavia con dulzura.

Solo se miran.

El hombre abandonó la esquina antes de que Sara pudiera advertir su presencia.

No había sido el momento.

Destendió hacia el puerto por una calle estrecha.

Al llegar al cruce, no volvió la cabeza.

Le bastaba con recordar cuando quedaba abierta la puerta.

Quien tardaba unos instantes en acudir.

Y hasta donde podía alejarse el niño antes de que alguien pronunciara su nombre.

Era suficiente.

39.

La hora séptima.

La comida se sirvió en una estancia fresca de la palacio.

Abierta un pati interior donde la agua murmuraba sin descansar una fuente baja.

No era un banquete.

Sin una reunión discreta para tratar asuntos que no convenía confiar demasiado soidos.

Sobre la mesa había panreciendo orneado, hace túnas, higos que sofrezco y pescado aderezado con yerbas.

Quinto Cornelio, aguardó que los esclavos llenaran las copas.

Podó ir retirados.

Les ordenó al zando una mano.

Cuando la puerta se cerró con un golpe suave,

Brusila dejó la copa sobre la mesa sin probar el vino.

Habla.

Valeria, sentada frente a ellos.

Tampoco había probado la comida.

La casa está vigilada.

Sabemos cuando se abre la puerta, quién entra y quién sale.

Y cuanto tarda cada uno en advertir una ausencia.

Cornelio, entrelazó despacio las manos.

No quiero un tumulto.

No lo habrá.

Si actuamos en el momento aportuno.

Y el niño.

Será apartado sin sangre y sin sufrir daño alguno.

El proconso lo inspiró lentamente.

La desaparición de un niño romano nefeso.

No es un asunto menor.

No desaparecerá ante Roma.

Transpondió Valeria, Serena.

Desaparecerá ante su padre.

Brusila sostuvo su mirado con interés desafacto.

Lucia Fedre acudirá.

Si ama su hijo, si.

La frase dejó malestar difícil de disimular sobre la mesa.

Y Flavia preguntó Cornelio.

No será convocada.

Eso no significa que vaya a quedarse quieta.

No.

Pero el mensaje será claro.

Valeria, deslizó una tablilla hacia el centro de la mesa.

La cera estaba intacta.

Aunque el contenido parecía decidido desde mucho antes.

A la hora séptima, muye sur.

Que acuda Lucia Fedre.

Solo.

Eso lo simplifica.

Brusila tomó un pedazo de pan y lo partió con estudiada calma.

Quiero la ampolla.

No, otra excusa.

La tendrás.

Cuando.

Cuando Lucio comprenda que ya no negocia por si mismo.

El Procorsul desvió la mirada.

No hables como si se tratara de una mercancía.

Si pensamos que es un niño dudaremos.

Si dudamos fallaremos.

Y si fallamos, todos quedaremos expuestos.

Deja el actuar.

Dijo de Brusila mirando fijamente Cornelio.

Valeria asintió con un leve gesto.

Mañana no recibirá el mensaje.

Nadie era un solo movimiento hasta que yo lo ordene.

¿Por qué?

Preguntó Cornelio.

Porque mañana observará una casa en la que todavía crees estar a salvo.

Entonces procura que no lo crea demasiado tiempo.

Valeria se levantó.

Inclinó la cabeza con la medida exacta de respeto

y abandonó la estancia sin volver la vista.

Cuando la puerta se cerró,

Quinto Cornelio tomó la copa y la vacío de un trago.

Brusila miró hacia el patio.

Los hombres siempre teméis el escándalo.

Pero rara vez teméis el fracaso.

En el patio, el agua continúa murmurando con la misma indiferencia,

a agenda, a la decisión que acababa de sellarse.

40.

El golpe.

La atinaje estaba casi vacía.

Sara le inclinó con cuidado y escuchó el chasquido suave del agua contra el barro.

Después volvió a colocar la tapa y miró hacia el patio,

donde la luz caía limpia sobre las losas.

Habrá que llenar la antes de que apriete el calor.

Flavia elzó la vista.

El aire estaba quieto.

Desde cía días,

cualquier tarea sencilla

para cierre clamarle más esfuerzo del que su cuerpo admitía.

Aunque se resistía reconocerlo.

Apolló una mano en su vientre a un discreto bajo la túnica.

Puede ir contigo.

Le dijo a Sara.

No vas a cargar con el cántaro lleno.

Reprico ella.

Samuel sentó cerca de la puerta,

de tuvo su cordelito de madera en mitad de una carrera invisible.

Con tres años,

escuchaba las conversaciones de los adultos como si fuera una más.

Ya voy.

Flavia sonrío.

La puerta estaba entornada para dejar pasar algo de aire.

Desde la calle llegaban ruidos dispersos.

Nada parecía distinto de cualquier mañana.

Sara salió con el cántaro vacío.

Samuel se levantó de inmediato y la siguió a esta lombra.

No pases de ahí.

Le adiertió Flavia.

Él ove decía,

aunque sacó medio cuerpo para ver cómo se alejaba Sara.

En la esquina,

un hombre apoyaba un hombro contra el muro,

mientras observaba el ir y venir de los transseguantes.

Nadie habría reparado en él.

Su rota no llamaba la atención

y llevaba la cabeza protegida por un paño claro.

Cuando Sara pasó junto a él, no alzo la mirada.

Tampoco lo hizo cuando el niño se asomó para verla mejor.

Samuel,

lo llamó su madre.

Estoy aquí.

Pues entra ya.

El pequeño regresó al interior con el cordelito de madera en la mano,

aunque dejó la puerta abierta.

El hombre de la esquina se incorporó y hecho andar sin prisa.

Le bastó con medir la entrada,

la distancia hasta el primer recodo

y comprobar que Flavia llamaba al niño sin abandonar el hombral.

Al pasar por delante, no miró hacia dentro.

La voz de Samuel, pequeña y confiada,

llegó hasta él mientras daba ordenes a su cordelito.

No volvió la cabeza.

Sara regresó poco después con el canta rolleno.

El peso le tensaba los brazos, pero no pidió ayuda.

Flavia se levantó de todos modos.

Déjalo junto al muro.

Síntate.

Respondió Sara.

No pesa tanto.

Flavia se dio cuenta, pero no existió.

Samuel volvió al hombral.

Había colocado el cordelito en el suelo

y lo hacía avanzar por una línea del pavimento.

El cordelito va al puerto.

Que vuelva antes de la cena.

Dijo Sara mientras dejaba el canterón.

Valverá rápido. Es muy valiente.

Flavia sonrío.

Sin saber por qué levantó la vista hacia la calle.

No vio nadie.

Solo la esquina vacía, la luz derramada sobre la pared

y la sensación de que algo acababa desaparecer.

El estruendo llegó entonces.

Un carro tirado por un voy, volcó a pocos pasos de la puerta

y levantó una nube de polvo.

Samuel se quedó observando con el cordelito entre los dedos.

Dentro Sara soltó un grito breve.

Flavia ya estaba en pie.

¿Qué ha sido?

Sara ya corría hacia la puerta.

El carro había quedado la deado invitada la calle.

Una rueda giraba en el aire torcida sobre su eje.

En la calzada, un hombre bajo y ancho de hombros

forcejeba como si tuviera la pierna trapada.

Junto a la carga, una muela de molino.

Sujeta con cuerdas gruesas amenazaba con desgrizarse.

¡No la dejéis caer!

Grito el hombre.

Quieto, no te muevas.

Sara salió sin pensarlo.

Se ha gachó para comprobar donde podía apoyar el peso.

En ese instante, otro hombre apareció por la esquina

y arrimó el hombro al carro para sostenerlo.

¡Aquí!

¡Aflójas, acuerda!

Todo tenía el desor de un propio, de un accidente.

El voy resoplaba, la rueda chirriaba

y el supuesto herido maldeciente dientes.

Sara concentró toda su atención en la cuerda.

Flavia avanzó por el corredor,

más despacio de lo que deseaba,

con una mano apoyada del muro.

Samuel observaba desde el hombral.

No había miedo en su rostro.

Solo una tristeza desconcertada.

¡Se ha roto!

Murmuró mirando la rueda del carro.

Había un tercer hombre, pero no parecía la armada.

Vestió un manto claro.

Llevaba la barba corta.

Un acicatriz le endurecía la mejilla izquierda,

aunque su rostro era inespersivo.

No miró a Sara ni al carro.

Se detuvo frente a Samuel y abrió un pequeño envoltorio.

Dentro había una torta de miel.

¡Tama! Es para ti.

Samuel miró el dulce.

Después volvió los ojos hacia el carro.

El hombre no insistió.

Espero.

La torta seguía entre los dos.

Olía a Arina recién tostada y miel caliente.

Samuel dio un paso fuera de la casa.

¡S Samuel!

Lo llamó Flavia desde el corredor.

El niño giró la cabeza.

Después tomó la torta.

Le dio un mordisco.

El dulzor llenó su boca.

Durante un instante no ocurrió nada.

Luego, el brillo de esos ojos comenzó a apagarse.

El cordelito de madera reesvaló entre sus dedos.

Y cayó al suelo con un golpe.

Samuel intentó decir algo.

Quizá llamara su madre.

Pero la lengua dejó de obedecerle.

El hombre de la cicatriz los ostuvo antes de que se desplomara.

Sara levantó la cabeza demasiado tarde.

El supuesto herido retiró la pierna de debajo del carro

con una agilidad imposible para un hombre asidentado.

El hombre que sostenía el bastidor lo soltó.

Y el que estaba junto a la puerta

desplegó un manto y envolvió al niño.

Todo ocurrió con una precisión ensayada.

Cuando Flavia alcanzó la puerta,

la calle seguía siendo la misma.

Solo faltaba Samuel.

41.

La ausencia.

Flavia vio el carro enderezado.

A Sara de pie junto la rueda

y al hombre bajo, apoyando con cautela la sandal en el suelo,

como si comprobará que no tenía una lesión seria.

Vio también al del la cicatriz,

subir a la parte trasera del carro con un bulto cubierto entre los brazos.

¿Qué ocurre?

El hombre bajo respiro con dificultad antes de responder.

La rueda accedió al girar.

Ya está.

No ha sido nada.

Tenemos que apartarlo de la calle.

Añadió el otro.

Sara recorrió con la mirada la rueda, la cuerda

y al hombre que hasta cierra un momento parecía incapaz de moverse.

Algo no encajaba.

Sin embargo, todo se recomponía con una naturalidad inquietante,

como si el accidente jamás hubiera existido.

El carro crujó y comenzó a lejarse.

Flavia buscó a Samuel con la mirada.

Primero junto a la puerta, después dentro de la casa,

luego otra vez en la calle.

Samuel!

No vos respuesta.

El cordarito de madera, ya ciego carriba en el suelo.

Flavia no se ha gachado.

Si lo tocaba, aquella ausencia terminaría de volverse real.

Samuel!

Estaba aquí.

Acertó de Firsara.

Samuel!

Grito a Flavia.

Su bodo golpeó las fachadas y regresó vacía.

El carro en Ya doblaba la esquina.

Una mujer cerró una contra ventana.

Un vendedor continuó su camino sin sospechar que en aquel preciso estante,

el mundo acababa de desmoronarse para una madre.

Samuel!

Sara giró sobre sí misma, escrutando a los extremos de la calle.

Entonces, reparó en una tablilla apoyada contra la jamba de la puerta,

medioculta por la sombra.

Le dio aquellas pocas líneas grabadas en la cera

y sintió que la sangre abandonaba su rostro antes de entregarse la flavia.

A la hora séptima, muelle sur, que acuda lucio-fedro, solo.

Le dio el mensaje una vez, después otra.

El aire en desaparación de sus polmones, como si la calle entera,

se lo hubiera rebatado.

Instintivamente, se llevó la mano al viento.

Una punzada breve y seca la atravesó.

Pero permaneció herguida.

No reclamaban dinero.

No pedían clamencia.

Querían alucio.

Alzó la vista hacia la esquina por donde había desaparecido el carro.

Ni rastro de los hombres, ni del way, ni del polvo levantado por las ruedas.

La calle había recuperado su apariencia habitual,

portas abiertas, muros encalados y sombras cortas bajo el sol de mededía.

Solo el cordelito de madera seguía atendido en el umbral.

Mientras el pánico empezaba extenderse por la ciudad,

el carro, descendía hacia el puerto, mezclado entre otros carruajes

en repletos de mercancías, bajo el manto.

Samuel respiraba con una cadencia pesada.

Nadie prestó atención a aquella carga.

En el embarcadero,

aguardaba un mercante de casco ancho con las amarras tensas.

Bajaron al niño a la bodega antes de que el sol comenzara de clinar.

Había un jergón junto al manparo, un cuenco de agua y una lámpara de aceite cuya llama,

apenas vencía la oscuridad.

Sobre el jergón descansaba una pequeña figura de madera.

Era un perro.

Cuando retiraron el manto,

Samuel abrió los ojos a medias.

El sueño impuesto seguía pesando en los párpados

y sentía la lengua espesa.

Intentó incorporarse.

No tuvo fuerzas.

La trampilla volvió a abrirse poco después.

Valeria descendió sin apresurarse.

Observó al niño desde cierta distancia

y descubrió en sus ojos el miedo desnudo.

Es que ninguna adulto es capaz de fingir.

Le acercó el cuenco.

Bebe.

Samuel miró a su alrededor.

No reconoció el honor de la madera húmeda que crujía dentro de la bodega.

Ni la lámpara.

Ni el balanceo casi imperceptible del barco.

Ni aquella mujer.

¿Dónde está mi madre?

Valeria guardó silencio.

En la cubierta,

resonaron unos pasos.

El roce de unas cuerdas y varias voces.

Sin dejar de mirar al niño, preguntó.

¿Hos hab visto alguien?

No.

Respondió una voz desde la escalera.

Valeria sentió.

Cuando os curezca, lo moveremos.

Dijo, antes de volver a subir,

la trampilla se cerró.

Samuel tomó la pequeña figura de madera.

La sostuvo entre los dedos,

como si por un instante,

pudiera transformarse a su cordelito.

Sobre su cabeza,

continuaron oyéndose pasos, golpes hordos, voces.

Levantó de espacio la vista hacia la oscuridad de la trampilla.

Apreto del perro de madera contra su pecho.

Mamá.

Nadie respondió.

42.

La voz de la madre.

De lo advertiste.

Me dijiste que no perdiera de vista, mi hijo.

Dijo en tres oyosos.

No supe cuidarlo.

Era pequeño.

Se distraía con cualquier cosa.

Tenía que haberlo llevado de la mano.

Ya no quería pronunciar el nombre de Samuel.

Si lo hacía asentía que la noche se abriría bajo mis pies

y acabaría por engullirme.

María se acercó y tomó mis manos entre las suyas.

Flavia no diga eso.

Lo perdí.

Buscó mis ojos.

Yo había dejado de llorar

todo mi ser que dosus pendido en el mismo instante

en que Samuel desapareció.

¿Crees que no supiste protegerlo?

Preguntó con infinita dulzura.

¿Crees que una madre debería divinar el mal antes

incluso de que ya me asupuerta?

No respondí.

Aquella era precisamente la herida que me estaba desangrando.

Yo también estuve a punto de no poder proteger a Jesús

y no porque me faltara amor Flavia.

Amor me sobraba.

Lo que nunca tuve fue poder sobre la maldad de los hombres.

Entonces me contó la historia de Herodes.

Herodes era rey pero temía que un niño le usurpase el trono.

Los hombres que desean poseerlo todo no ven a las personas

sólo ven amenazas.

Una noche José me despertó antes de la manecer.

Un ángel le había ordenado huir a Egipto porque Herodes buscaba

nuestro hijo para matarlo.

Recogimos lo imprescindible y partimos sin despedirnos de nadie

con Jesús apretado contra mi pecho para que ni siquiera su llanto pudiera

delatarnos.

Sobo hacer apenas un susurro.

Mientras salíamos de Belén pensaba en las madres que aún dormían.

En los niños que respiraban tranquilos junto a ellas sin sospechar que Herodes

ya había firmado su sentencia.

Sentía un escalofrío.

Podía imaginar las puertas de arribadas los patios invadidos por soldados,

los cristos, los brazos vacíos.

Los upimos después.

Pero siguió María.

Entraron en las casas y arrancaron a los niños de los brazos de sus madres

para Herodes no eran hijos de nadie.

Solo eran el obstáculo que se interponía entre él y su poder.

Exhaló a pesadundrada.

Durante mucho tiempo me pregunté ¿por qué mi hijo había vivido?

Mientras que tantos otros habían muerto.

María había aprendido que la inocencia no siempre detiene la crueldad

y que ni siquiera una madre puedes salvar por sí sola a su hijo.

Entonces ¿qué puedo hacer?

Pregunté desesperada.

Buscarlo.

Permanecer despierta.

No dejar que el miedo decida por ti.

En ese instante se escuchó un golpe en el exterior y me incorporé de un salto

convencida durante un latido de que lucio aparecería con Samuel en brazos.

Pero el sonido se perdió cayabajo.

Cuando huimos de Belén creí que bastaba con estrechar a mi hijo contra mi pecho.

Después lo comprendí.

Dios me había hablado a través del sueño de José y me había mostrado el camino antes de que llegara a los soldados.

A ti tampoco te ha dejado sola.

Durante un largo rato no volvimos a decir una palabra.

Yo permanecía atenta cuando llegaba desde la calle.

Un paso lejano, el crujido de una puerta, el viento rozando el umbral.

María continuaba sosteniendo mis manos entre las suyas sin intentar aliviar mi culpa con más palabras.

No había fallado por amar demasiado poco.

Me había hirido precisamente allí donde más amaba y mientras Samuel siguiera vivo,

no pensaba entregarme a la misma.

43. La cuenta atrás.

Lucio Feodero regresó cuando la tarde comenzaba a caer sobre los tejados de la ciudad.

Las calles ascendían desde el puerto hacia las laderas del Wonte Prión, estrechas, de aspera pendiente,

con el salítre prendido en las piedras.

Otras casas como las suyas y arzaban angostas, con la caldés conchada en algunos muros,

apiñadas unas contra otras, buscando abrigo del aire húmedo que subía desde los muelles al caer la noche.

No era la feso de los mármores y las terrazas cubiertas de mosaycos,

sino la de los talleres y los almacenes, donde el aceite y el pescado se mezclaban con el humo agrio de las cocinas.

Allí la vida no brillaba, resistía, llegó con el cansancio adherido a la piel y el porbo del día pegado las andalias.

Antes de empujar la puerta, se detuvo al verla entornada.

No fue un ruido lo que lo alertó, sino algo más difícil de nombrar.

La casa respiraba de otro modo, entró despacio.

Sara estaba junto a la mesa, con las manos apoyadas en el tablero, rígidas, como si aquel gesto fuera lo único que aún las os tuviera.

Tenía el rostro descompuesto y los ojos inchados,

de tanto llorar. ¿Qué ha ocurrido? Preguntó Lucio en voz baja.

¿Se el van llevado? No borradeos. La frase no dejaba espacio para el error. ¿A quién?

Pensé en un mal entendido, en una exageración en nacida del miedo.

Su mente se aferró a cualquiera explicación que no condujera a lo irreparable.

Miró hacia el patio, esperando ver aparecer a Samuel desde el Gun Rincón.

Quizá jugaba esconderse, con esa sonrisa capaz de desarmarlo.

Pero el patio seguía vacío.

¡No! ¡Murburó! ¡No puede ser!

¡Se han llevado a Samuel!

Lucio mudó el gesto. Recordó la estancia con la mirada,

como si esta pudiera frecarle una respuesta.

Recordó el modo en que su hijo corría hacia él a lo ir sus pasos en la calle,

sin medir nunca la fuerza de la brazo.

Aquellas carreras impetuosas le habían parecido a veces una pequeña molestia.

Ahora daría cualquier cosa, por sentir una sola de nuevo.

Habéis mirado en la calle, en la esquina, en casa de los vecinos.

Lo hemos buscado, no estaba respondió Sara.

¿Qué ha pasado? ¿Contesta? ¿Bramolucio?

Sara cerró los ojos un instante, obligándose a ordenar los hechos.

Un carro se detuvo frente a la puerta, transportaba una muera de molino.

El eje se soltó o fingieron que se soltaba.

Eran tres hombres.

Escuché los gritos, uno de ellos pidió ayuda y salí solo un momento.

No trató de justificarse.

Sabía que aquel instante, tan breve que casi no había existido,

la acompañaría el resto de su vida.

Samuel jugaba aquí.

Dijo señalando el suelo.

Cerca de lumbral, cuando me volví, ya no estaba.

Lucio, sigue la dirección de su mano.

Junto a la pata de la mesa, descubrió el cordelito de madera de Samuel.

Se ha gachado y lo recogió con cuidado.

Y Flavia, en la alcova.

Se llevó los dedos a la boca para contener otro soyozado.

No podía respirar.

Se golpeaba el pecho y quería salir a buscarlo.

Teme que se hiciera daño o que se lo hiciera al niño que lleva dentro.

Le dio unas gotas de dormidera en agua templada.

Du don instante.

Ay, algo más.

Sara señaló la mesa.

Lucio manzó despacio.

Todo su cuerpo se preparó.

Sobre la mesa había una tablilla decera.

A la hora séptima, muelle sur, que acuda Lucio Federo.

Solo.

Durante unos segundos no se movió.

Ya no escuchó nada más.

No se trataba de un robo ni de una pérdida ni de una rebató fortuito.

Todo había sido calculado.

El carro, los hombres, la distracción, la hora,

y el lugar.

No buscaban dinero.

Había niido por Samuel.

Se dirigió al dormitario.

Flavia yacía sobre el gergón, pálida.

Con algunos mechones oscuros pegados a las sienes.

Las manos descansaban sobre su vientre, protegiendo por instinto la vida que la tiene en su interior.

Incluso dormida, parecía librar una batalla invisible.

Como si una parte de ella,

seguirá recorriendo las calles de fe su embúsca de Samuel.

Lucio se arrodió a su lado.

La contempló largo rato.

La dormida era abía calmado su cuerpo, pero no su angustia.

Tenía los párpados inchados, la boca entrevierta,

la respiración irregular y de vez en cuando.

Murmuraba algo que nunca se convertía en palabras.

Él apartó con cuidado un mechón de su frente.

Lo traeré de vuelta.

Susurró.

Flavia se revolvió sobre el gergón.

Lucio apoyó la mano sobre la de ella,

allí donde protegía su vientre.

Durante un instante,

sintió el peso insoportable de las dos vidas que dependían de él.

Se inclinó y vésosos frente.

Después, regresó a la estancia principal.

Sara seguía junto a la mesa, incapaz de sentarse.

¡Fue culpa, mía!

¡No!

Respondió Lucio con una dureza que no iba a dirigida a ella.

¡Luz dejé solo y!

La voz se la rompió.

Aquella frase no admitían con suelo fácil.

Lucio lo sabía.

Pero también sabía que si se dejaba rastrar por la ficción,

perdería la lucidez que necesitaba para recuperar a Samuel.

¿Viste hacia dónde fueron?

Hacia la calle baja.

Afirmó Sara sin dudar.

Un vecino creyó ver que el carro torcía hacia el puerto.

Pero no está seguro.

Todo ocurrió muy deprisa.

El puerto.

Lucio volvió a mirar la tablilla.

Muelle sur.

No era sólo una cita.

Era una confirmación.

Quédate con Flavia.

¿Por de no?

Lucio se guardó el cordelito de Samuel bajo el pliego de latónica.

Si quieren verme sólo, me verán sólo.

¡Murmuró!

Sara aquí se responde, pero no encontró palabras.

Había algo en el rostro de Lucio que nunca había visto a él.

No era ira ni siquiera miedo.

Era una determinación seca, cerrada.

La diun hombre que acababa de dejar una parte de sí mismo,

detrás de una puerta.

Lucio bajó a la pequeña estancia, donde guardaba la ampolla de cristal.

Encendió una lámpara.

La llema vacilo antes de afirmarse,

y su resplandor dorado, iluminó el nicho abierto en el muro.

Allí estaba la sangre oscura, suspendida en el pidrio.

Se arredilló en ella.

El frío de la piedra atravesó la tela desotúnica.

Durante años, Juan y ahora él habían custodido a que él se iba a hacer.

La mía se ha llegado a la sangre como un don que a nadie pertenecía.

La habían protegido de la codicia, del miedo,

y de los hombres que buscaban en los sagrados,

una herramienta para salvarse a sí mismos.

Pero en ese momento, por primera vez, Lucio la miró como un padre

y no como un custodio.

Señor, de abuel de Meló.

No pidió gloria ni justicia ni una señal para el mundo.

Solo pidió a su hijo.

Pero la ampolla continuó inerte, fría y muda.

Al argo la mano y razó el cristal con la llema de los dedos.

Las viesos tenido tras veces con reverencia.

Aquella noche le pesó como una sentencia.

Retiró la mano, se levantó,

debía acudir al muelle y traerse a Samuel con vida.

44. La elección.

Lucio no dormía aquella noche.

Cada vez que la casa crujía, creía escuchar el estrépito del carro,

los gritos y el accidente cuidadosamente preparado para arrancar a Samuel de Lombral.

Flavia descansaba intervalos, vencida a un porlador midera.

Incluso entonces mantenía las manos afarradas a su vientre,

como si te miera perder tan bien aquella vida escondida.

Sara permanecía junto a su lecho agotada.

Con los ojos fijos en la puerta.

Poco antes de la hora séptima,

Lucio se asomó sin hacer ruido.

No la deje sola.

No lo haré.

Salió de casa y se dirigió al puerto,

que esas horas hervia con una actividad frenética.

Mercantes de bien treancho, cabecía van contra los pilotes.

Las amarras gemían al tensarse y el aire olía sal, abre a y agrano derramado.

Hombres cargados con sacos cruzaban de un lado a otro, concentrados en su tarea.

Lucio atravesó aquel bullicio sin detenerse.

El muelle sur se habría más despejado que el resto.

Una nave cuya madera se veía desgastada por el mar,

se balanceaba junto al embarcadero, sujeta por gruesas sogas que vibraban con el movimiento del casco.

Valeria estaba allí.

Lucio se detuvo.

Se detuvo.

Durante un instante, la sorpresa pudo más que la ira.

La vió herguida junto a unos fardos cubiertos con lonas, tranquila,

vestida con la misma sobriadad de siempre.

Nada en ella recordaba la mujer que había entrado en su casa,

que había compartido mesa con ellos,

que había escuchado hablar del maestro con los ojos bajos

y una atención que ahora comprendía calculada.

Tu.

¿Has venido solo?

Inquirió Valeria sin emotarse.

¿Dónde está mi hijo?

Preguntó avanzando hacia ella.

¿Has salvo?

Quiero verlo.

Lo verás cuando Roma tenga lo que le pertenece.

Aquella frase bastó para que todo encajara.

La curiosidad medida para acercarse a Sara.

Las preguntas durante la gape.

La escucha silenciosa ante cada palabra relacionada con el testimonio.

Sientió que la sangre le subía la cabeza.

El testimonio.

Dijo en voz baja, aunque lo bastante alto para que Valeria lo oyera.

Ella sonrió con sorda.

Aquella sonrisa terminó de desatar su ira.

En un impulso se abalanzó sobre ella.

Pero Valeria fue más rápida.

La glada yusa pareció en su mano con un destello limpio.

Y la punta se detuvo bajo las costillas de lucio.

Un paso más y tu hijo muere.

Dijo mirándola a los ojos.

Lucio se quedó parado, respirando con violencia.

Y en otras circunstancias habría podido desarmarla.

Había sido pretoriano y conocía aquella distancia.

Aquel filo, aquél ángulo.

Pero Valeria sabía lo que hacía.

No empuñaba la espada como amenaza vacía,

sino con la seguridad de quien estaba acostumbrada a utilizarla.

¡Hos estado en mi casa!

Dijo con una voz que apenas reconoció como suya.

¡Lo vos viste a jugar!

¡Sí! ¿Está vivo?

¡Lo está! ¡Júramelo!

No desperdiciaría una garantía antes de cobrar el botín.

¡Muerto! ¡No me sirve de nada!

Dijo Valeria, sin apartar la mirada.

Lucio, sin tionáuseas.

Aquella mujer no odiaba Samuel.

El niño no significaba nada para ella.

Solo era una pieza útil para ejercer la presión exacta,

sobre el único lugar donde podía obligar a un padre.

El César quiere la ampolla.

Entonces, los rumores que llegaban desde Roma eran ciertos.

El César estaba enfermo.

Y la superstición de los poderosos despertaba siempre

y por le recordaba que también eran mortales.

Lucio lo había visto demasiado a veces.

Hombres que despreciaban a Dios hasta que la muerte se sentaba al borde de su lecho.

Gobernantes, capaces de considerar sagrado cualquier objeto

si creían que podía prolongarles la vida.

No sabes lo que estás pidiendo.

No me corresponde saberlo. Replicó ella. Mentira.

Tú siempre sabes más de lo que dices.

Por primera vez, algo se alteró en el rostro de Valeria.

No fue culpa ni duda.

Solo una fugaz sombra de fastidio.

Mañana, aquí, a la misma hora, trae la ampolla.

Y tú, trae a Samuel.

Ven solo.

Si le hacéis daño, Valeria adelantó un poco más la gladios.

No estás en posición de amenazar.

Roma te ha elegido bien.

Roma siempre acaba encontrando aquí en necesita.

Lucio, nego de espacio.

No.

Roma encuentra a quien está dispuesto a venderse.

Ella no respondió.

Retiró la gladios con lentitud sin dejar de vigilarlo

y retrocedió hacia la nave.

No intenté seguirme.

No busques al niño por tu cuenta.

No avises a nadie.

Si haces lo que te digo, recibirás una prueba de que sigue vivo.

La amenaza quedó suspendida entre ambos.

Valeria se interno entre los fardos donde dos hombres la guardaban junto a la pasarela.

En el muelle, los marineros gritaban.

Las hogas se tensaban bajo el baiven de las naves.

Los mercaderes discutían el precio de la carga.

Nadie reparó en el hombre que permanecía quieto,

con los puños cerrados y la certeza de que el mundo acababa de estrecharse

hasta dejarle sólo dos opciones imposibles.

Entregar el testimonio o arrisgar la vida de su hijo.

45.

El dilema.

El dilema.

Lucio regresó a casa con el rostro endurecido.

Cada calle le parecía más larga que la anterior.

Al llegar, Sara lo esperaba junto al patio

y un cuanto sumirada se cruzaron.

Entendió que volvía sólo.

Flavia está despierta.

Pregunta por ti.

Dijo en voz baja.

Se dirigió a la alcova.

Ella seguía tumbada en el jergon, pálida.

Con el cabello arreguelto y los ojos abiertos de un modo que le desgarró el ánimo.

La dormidera había perdido su efecto y le había dejado una agitación casi febril.

¿Dónde está?

Preguntó antes de que él pudiera decir una palabra.

Lucio se sentó a su lado y le tomó las manos.

Está vivo.

Ella suspiró, pero la livió apenas duró en instante.

¿Lo has visto?

No.

Entonces, ¿cómo lo sabes?

Tardó unos segundos en responder.

No quería alimentar una esperanza que se sostenía en la palabra de Valeria.

Pero tampoco arrebatarle la única que les quedaba.

Me lo ha dicho la persona que lo tiene en su poder.

¿Quién? Valeria.

Vastó a que el nombre.

Lo comprendió en instante.

Él se lo confirmó con un leve asentimiento.

El dolor fue dejando paso a la ira.

Sara, nunca confió en ella.

Yo tampoco debía hacerlo.

Quiere la ampolla.

Comple órdenas del César.

Flavia apartó la mirada.

Roma volvía a entrar en su casa como un viejo enemigo.

Ya les había arrebatado demasiado.

Ahora pretendía doñarse también de aquello que no pertenecía ningún hombre.

Cambio de Samuel.

Se llevó la mano libre al viente.

La otra seguía sujeta al lado de su esposo.

No puedes entregarse la.

Tampoco puedo dejar que maten a nuestro hijo.

Esas palabras cayeron entre ambos con el peso de una sentencia.

Ninguno habló durante unos segundos.

No existía una salida que no exigiera un terrible sacrificio.

Cuando.

Mañana.

En el huello sur.

Hora séptima.

A Flavia se le aceleró la respiración.

Intentó incorporarse, pero el dolor lo obligó a detenerse.

Apreto los labios y se reflego en sí misma.

Él las hostuvo por los hombros.

No puedes quedarte aquí.

No voy a esconderme mientras Samuel.

Lucio.

No podía permitir que el miedo la lanzara a la calle.

No se trata de esconderse.

Se trata de proteger al hijo que llevas dentro.

Ve a casa de María.

Espera a mí allí hasta que regrese.

Lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

Traé melo.

Él apoyó la frente contra la suya.

Lo intentaré con todo lo que soy.

No basta.

Lo sé.

Su sinceridad fue más dura que cualquier promesa.

Busco su mano una vez más.

Y la ampolla.

Lucio, de morora respuesta.

Seguirá dónde está, hasta que no quedé otra salida.

Ella comprendió que la decisión no estaba tomada.

Pero el tiempo empezaba a cerrarse sobre ellos.

Ve.

Susurró.

Él se incorporó y cruzó a la estancia sin mirar atrás.

Al salir, la luz oblicua de la tarde.

Se derramaba sobre los muros de efeso.

He hecho andar en busca de la única persona.

Capaz de ayudarlo de verdad.

Cuando se detuvo, la pensión de Caleb estaba ante él.

46.

El precio.

Lucio regresó al muelle sur antes de la hora séptima.
La píspera se había marchado de allí,
sabiendo que no entregaría la ampolla,
aunque esa decisión pudiera costarle la vida a Samuel.
Desde entonces, no había logrado cerrar los ojos.
No existía descanso para un padre obligado a elegir,
entre custodiar la sangre de Jesús,
o salvar al hijo que Dios le había confiado.
El puerto buye como de costumbre.
Las naves se me cien contra los pilotes,
las gárcias gemían bajo la tensión del viento.
En el aire se mezclaba el aliento del mar,
con la abrea caliente,
y los descargadores seguían con su trasiego.
Nadie parecía advertir que en aquel rincón del muelle
estaba a punto de decidirse un destino.
Abanzó hasta el extremo del embarcadero sin volver la cabeza.
Sabía que Caleb permanecía cerca.
Oculto entre los hombres que transportaban sacos de grano
hasta uno de los almacenes.

Habían acordado no cruzar una sola mirada,

bastaba el menor indicio para que Samuel

pagar las consecuencias.

Cuando Caleb la distinguió abriéndose paso entre la multitud,

el desconcierto luego le golpeó con fuerza.

Era la mujer con la que compartía techo

y cuya mano había curado.

La misma que dormía es casos pasos del cada noche.

No entendía nada, pero conocía el ocio.

Si había decidido callar,

era porque existía un razón de peso.

Solo debía vigilar.

Y si aquella mujer suponía una amenaza para su amigo,

no la perdería de vista.

Ella avanzaba con la misma calma que el día anterior,

aunque sus ojos revelaban una vigilancia aún más fría.

No escrutaban únicamente al ocio.

También los rostros que la rodeaban,

calculaban las distancias, las rutas de escape.

El tiempo ya empezaba a correr en su contra.

Cada hora que transcurría sin tener la ampolla en su poder, alejaba a Caligula de aquello que Roma ansiaba.

Se detuvo frente a él.

¿Has venido a solo?

Sí, como pediste.

Lo examino sin decir palabra.

Después, dejó resbarar la vista hasta sus manos.

La trae?

No.

Ella no pestañó.

¿Estomado tu decisión?

Sí.

Entonces, no has reflexionado los oficientes.

Pasaron unos segundos en los que el puerto siguió latiendo con absoluta indiferencia.

Un marinero arrastraba una gruesa maroma empapada.

Dos estivadores discutían junto a una hilera de ánforas.

Más allá, una gabiota rebató un despojo de pescado antes de perderse sobre las aguas con un granito seco.

No habrá intercambio.

La mandíbula de Valeria se tensó.

¿Comprendes lo que estás haciendo?

Entraste en mi casa.

Compartiste nuestra mesa.

Escuchaste nuestras oraciones, mientras buscaba su otra cosa.

Buscaba la ampolla.

Afirmó con frialdad.

Y encontraste a mi hijo.

Era la única manera de obligarte a decidir.

Lucio acordó la distancia que lo separaba.

No alzó la voz.

Me adoptó una actitud desafiante.

La miró a los ojos con una serenidad que solo existía en apariencia.

Conozco Roma mejor de lo que imaginas.

Conozco sus órdenes, sus amenazas

y los juramentos que solo duran mientras conviene.

De visto hombres inclinar la cabeza ante los dioses durante el día

y comprar sangre o cultos en la noche para salvar su propia vida.

Ella es bozada apenas una sorpresa.

Entonces sabes cómo funciona este mundo.

Precisamente por eso maniego.

La respuesta quedó flotando un instante.

Muchos hombres creen ser inquebrantables

hasta que escuchan a su hijo llamarlos desde la oscuridad.

Dijo Valeria, sin alterar el gesto.

La frase atravesó a Lucio como una lanza.

Vió a Samuel solo, aterrado,

llamándolo con aquella voz a un torpe

que apenas empezaba enlazar las palabras.

Tuvo que obligarse a respirar.

Está vivo.

Por ahora.

Lucio cerró los ojos un instante.

Cuando volvió a abrirlos,

ya no quedaba en ellos la menor vacilación.

No entregaré la ampolla.

Valeria, mostró una sonrisa helada.

Tu fe exige más crueldad de la que imaginaba.

No hables de fe. Replicó él.

Después de lo que has hecho,

una sombra fugaz

cruzó el rostro de la mujer.

Pero desapareció antes de que pudiera convertirse en emoción.

Mañana lo lamentarás.

Tal vez lo lamenté toda mi vida.

Tu hijo no dispone de toda una vida para esperar.

Lucio no pudo responder.

Ya no quedaba nada que decir.

Cualquier palabra habría debilitado la decisión que acababa de hallar.

Ha selejido.

San Joella antes de darse la vuelta.

Después se alejó sin mirar atrás.

Lucio no se movió hasta que ella se perdió entre los cuerpos que iben y venían por el muelle.

Sólo entonces su rostro se contrajo.

Como si acabara de recibir un golpe

y el dolor recordiera todo su cuerpo.

A unos pasos de allí

Caléba había permanecido junto la almacén aparentando ser un descargador más

con un saco alombro.

Nadie reparó en él cuando lo dejó en el suelo

y hecho andar tras la mujer,

manteniendo una distancia prudente.

Ella no caminaba de prisa.

Precisamente por eso resultaba más peligrosa.

Se detenía junto a los puestos,

se via el paso a un grupo de marineros,

giraba un poco la cabeza para leer cuento ocurría a su alrededor

sin de la tarque está valerta.

Él conservó la distancia,

ocultándose primero tras un carro de salazones

y después junto a una hilera de ánforas apiladas.

Ella dobló hacia una calle lateral que conducía al mercado.

Haceleró lo justo para no perderla, sin llamar la atención.

La bió cruzar bajo el pórtico de una almacén

y detenerse ante una pila de bronce llena de agua.

No se inclinó para beber.

Contempló el reflejo de la superficie.

Coléve comprendió demasiado tarde lo que estaba haciendo.

No buscaba agua.

Buscaba a quien pudiera seguirla.

Se desvió hacia un grupo de hombres que descargaban telas,

pero ella ya había reanudado la marcha.

La distinguió un instante junto a un vendedor de cestos.

Entonces, un palanquín se interpuso entre ambos.

Cuando logró rodearlo, había desaparecido.

Buscó por la derecha.

Después, recorrió el callejón de los curtidores

y la salida que llevaba al puerto.

Nada.

Sólo rostros desconocidos, espaldas, mercancías, velos y polvo.

Si había desbanecido.

Coléve se detuvo unos instantes,

reconstruyendo mentalmente cada movimiento.

No había sido casualidad.

Lo había conducido hasta allí para perderlo.

Regresó al muelle con el gesto endurecido.

Lucio seguía junto al embarcadero,

contemplando el agua oscura que golpeaba los pilotes.

No hizo falta pronunciar una sola palabra.

Bastó una mirada.

Había fracasado.

Lucio alzó los ojos hacia la ciudad.

Hacia que el laberinto de calle estón de quizá.

Samuel permanecía encerrado.

Debía dar con él, antes de que fuera demasiado tarde.

Tenemos que encontrar otra manera.

Dijo con voz firme y rápido.

Si ha conseguido esquivarte en el puerto.

También habrá borrado el camino hasta Samuel.

Coléve, asentió.

Lleva a mi lugar donde ocurrió.

47.

El rastro.

Lucio se detuvo unos segundos.

Observó la calle con atención.

El tramo de piedra donde Samuel había jugado aquella tarde.

reconstruir cada paso, cada respiración, cada instante de que lo ror.

Le revolvía el estómago.

Pero Coléve tenía razón.

No podían seguir buscando ciegas.

Sarah estaba sentada junto al muro.

Al verlos se incorporó de inmediato.

Coléve fue directo a ella.

Necesito que me lo cuentes otra vez.

Ya lo he contado.

Lo sé.

Pero ahora cuéntame lo despacio.

No mitas nada.

Sarah buscó los ojos de Lucio.

El respondió con un asentimiento tan firme como triste.

Entonces comenzó de nuevo.

El falso accidente.

El carro detenido frente a la puerta.

La enorme muera de molino.

Los tres hombres.

El eje aparentemente vencido.

El huey inquieto, los gritos.

La petición ya ayuda.

Todo había sucedido en un suspiro.

Samuel jugaba junto al umbral.

Ella apartó la vista tan sólo un momento.

Cuando volvió a buscarlo, ya no estaba.

Coléve escuchaba con la cabeza ligeramente inclinada.

Como si recomposiera una estena cuyas piezas ya conocía.

Solo intervenía con preguntas breves.

El huey tiraba hacia la calle o hacia la casa.

Sarah se concentró tratando de bocar la estena.

Hacia la calle.

¿Quién gritó primero?

El hombre que sujetaba la rueda.

Y los otros dos.

Dudó.

No estaba con el animal.

El otro no lo recuerdo.

Creo que detrás del carro.

Coléve, de juez capar el aire lentamente.

No necesitaba ni ayuda.

Necesitaban vuestras miradas.

El silencio cayó sobre la calle.

Mientras observaba y se el carro,

nadie vigilaba al niño.

Lucio apoyó una mano en el marco de la puerta.

Tenía un nudo de la garganta.

Toda había sido preparado con rigurosa precisión.

Se volvió hacia Coléve.

Vamos.

Colé avanzó despacio con una concentración casi animal.

No observaba solo el suelo.

También me dié distancias, puertas, esquinas,

la altura de los muros.

Lugares donde un hombre podía esperar sin ser visto.

Se agachó junto al umbral

y pasó los dedos por la tierra endurecida.

Aquí estaba Samuel.

Lucio sintió un golpe seco en el pecho.

Coléve, se desplazó unos pasos hacia la calle

y se inclinó junto a una hendedura apenas visible.

Y aquí forzaron la rueda.

El surco no sigue la dirección natural del carro.

La rueda no cedió.

Y fieron que mordiera la piedra.

Deslizó el pulgar por la marca antes de alzar la vista hacia la puerta.

Volcaron el carro justo donde les convenía.

Ni demasiado cerca,

ahora no levantar sospechas, ni demasiado lejos,

para obligar a Sara a salir.

Lucio apretó la mantíbula.

Coléve se incorporó

y recorrió con la mirada el tramo de calle que descendía hacia el puerta.

Tres hombres bastaron.

Añadió.

Uno provocó el accidente.

Otro dominó al animal

y el tercero se llevó al niño.

Pero aún falta una pieza.

¿Dónde estaba ella?

Se refería a Valeria.

Comenzaron a preguntar.

El carpintero recordaba el estruendo de leje al golpear el suelo.

Una mujer aseguró que había apartado de un tirón azuneta

para evitar que el animal de carga arrollara.

Un curtidor dijo haber visto una de los hombres

a gacharse junto a la rueda.

Aunque no supo describir su rastro.

Todo se había mirado el carro.

Todo se había noído los gritos.

Nadie había visto a Samuel.

¿Aciedón de fue el carro?

Pero con toca lebe.

Las respuestas se contradecían.

Uno aseguraba que hacia el puerto.

Otro juraba que había girado en dirección a los almacenes.

Una mucha cha creía recordar

una lona oscura cubriendo la carga.

Aunque no estaba segura.

El curtidor insistía en que la muela de Molino

era demasiado grande para que el carro.

La mujer de la esquina en cambio

no había visto ninguna muela.

Solo unos tablones mal cubiertos.

Calev escuchó cada versión con una calma sombría.

Debaciadas pistas.

Meditú unos segundos antes de continuar.

Cuando alguien huye de verdad,

deja algún rastro.

Un objeto caído, una huella clara,

una dirección evidente.

Aquí ocurre justo lo contrario.

Hay demasiados caminos,

demasiados detalles,

demasiados testigos mirando hacia lugares distintos.

¿Quieres decir que han dejado rastros falsos?

Pregunto, Lucio.

Calé, resistió.

Quiero decir que algunas pistas fueron sembradas

para que la siguieramos.

Lucio volvió la vista hacia la calle.

Aquello era peor que no saber nada.

Cada posible camino podía dejarlos de esa muela.

Continuaron hasta la calle baja.

Junto a un puesto de ánforas,

Calev descubrió una marca reciente en la pared.

Como si una rueda hubiese rozado la argan masa.

Más adelante,

cerca de un canal de deshagué,

encontró restos de paja hómeda.

Después, en un cruce que conducía los almacenes del puerto,

ambos vieron una tira de cuerda cortada con un tajo limpio.

Lucio se ha gachó.

La recogió entre los dedos y la examinó.

Esto puede ser suyo.

No lo creo.

Dijo Calev al zándola.

El corte es demasiado preciso.

Nadie cortaría si una cuerda en plena huida.

Entonces, ¿qué tenemos?

Preguntó Lucio, sintiendo que la paciencia empezaba a goatárselé.

¿Qué sabían cómo actuaría un hombre desesperado?

La respuesta lo atravesó.

¿Por qué era cierta?

El habría seguido cualquier marca, cualquier huella,

cualquier palabra de un vecino con tal de avanzar.

Habría convertido una rueda, una sombra o esa cuerda en esperanza.

El gigante siguió hasta el extremo de la calle,

donde una pequeña pendiente descendía hacia los almacenes.

Allí se detuvo.

Desde aquí podían separarse.

El carro pudo continuar hacia el puerto para que todos lo recordasen.

El niño pudieron sacarlo en brazos o culto bajo una manta

o llevarlo primero a una casa cercana antes de trasladarlo de nuevo.

Lucio recorrió la calle con la mirada.

Cada puerta cerrada se convertía de pronto en una amenaza.

Pudo estar aquí o en cualquier otro lugar durante unos minutos.

Eso era precisamente lo que buscaban.

Concluyó Calev.

Regresaron sobre sus pasos e interrogaron otra vez a quienes ya habían hablado.

Cambiaron el orden de las preguntas.

Obligaron a la memoria a girar sobre sí misma.

Nada terminaba de encajar.

O quizá encajaba demasiado.

Cuando volvieron a la casa de María, Flavia supola respuesta antes de que Lucio pronunciara una sola palabra.

Sin corporó despacio con una mano sobre el viente.

Cerró los ojos.

María sentada junto a ella bajo la mirada, pero tampoco dijo nada.

Durante un largo rato, nadie habló.

Fuera, la ciudad empezaba a recogerse bajo la noche hacer.

Se cerraban puertas, si apagaban ornos.

Los mercaderes retiraban sus puestos.

En algún lugar, Samuel seguía lejos de ellos.

Quizá dormía, quizá lloraban silencio.

Quizá guardaba con la fe intacta de un niño

a que su padre encontrar el camino verdadero entre todos los caminos falsos.

Calev apoyó la espalda contra el muro.

Volveré al puerto.

Alguien tuvo que verlo.

Voy contigo, dijo Lucio.

Calev, negó con la cabeza.

No.

Tu eres el cebo.

Yo puedo preguntar sin atraer demasiadas miradas.

Lucio estuvo a punto de responder, pero cayó.

Había aprendido que la desesperación no siempre era valentía.

V, y encuentra lo.

Dijo Flavia, tomando su mano.

No era una súplica.

Era lo único que aún podía ordenar.

Lucio entrela a todos los dedos con los de ella.

Lo haremos.

Sin embargo,

sabía que ya no bastaba conallar un rastro.

Antes tendrían que descubrir si había sido sembrado para conducirlos al error.

Y si se equivocaban una sola vez,

quizá nunca,

volvieran a ver a Samuel.

48.

La fractura.

Iba con una mujer, pero no era su madre.

Lucio dejó de respirar.

El funciono estaba sentado a la entrada de una casa baja,

con un cuenco de citunas sobre las rodillas

y una manta de lanas intenir cubriéndole los hombros.

Sin embargo, su rostro,

surcado por las rogas finas y sus ojos pequeños y hundidos,

conservaban una bebeza impropia de sus años.

Caled se inclinó hacia ella.

Estaba segura.

La mujer asintió despacio.

Los niños no caminan así cuando van con su madre.

Tiraba del brazo, como si quisiera soltarse.

Algo se desgarró dentro de Lucio.

¿Yoraba?

No, pero estaba asustado.

Lancía, volvió la vista hacia la calle.

Como si la escena estuviera pasando ante sus ojos.

No hablaba con sobresalto,

sino con el pesar de quien comprendía demasiado tarde,

lo que había presenciado.

La mujer lo llevaba cubierto con un manto.

Demasiado cubierto para el calor de esa tarde.

Pensé que el niño estaría enfermo.

Le oyó decir algo.

Preguntó a Caled.

Esta vez no respondió enseguida.

Bajó la mirada, rebuscando la memoria.

Creo, creo que dijo que quería volver.

El mundo se redujo esas palabras.

Caled apoyó una mano en el hombro de Lucio.

No para consolarlo,

sino para impedir que echara a correr.

Si lo hacía,

la única pista verdadera que tenían,

desaparecería para siempre.

Oye, ¿dónde fueron?

Preguntó.

La mujer alzó el brazo

y señaló en dirección a las últimas casas,

donde las calles estaban pasas senderos de tierra rojiza.

Allí terminaba la ciudad ordenada

y comenzaban los corrales miserables.

Los olivos retorcidos por el viento

y las propiedades abandonadas que ya nadie reclamaba.

Lucio no necesitó ir más.

He hecho andar con tal ímpetu

que Caled tuvo que sujetarlo del brazo.

Despacio.

Mi hijo estaba vivo cuando esa anciana lo vio.

Y seguirá estándolo.

Si no anunciamos nuestra llegada.

Lucio moderó el paso.

Caled tenía razón.

El sendero descendía entre tapias agritadas

y pequeños huertos mal cuidados.

Algunas casas habían quedado vacías

con las puertas vencidas y los patios invadidos por la maleza.

La ciudad,

con sus voces y su bullicio,

fue apagándose a su espalda

hasta convertirse en un rumor lejano.

Solo si oí al roce de las sandalias sobre la tierra

y el zumbito de los insectos entre los matorrales.

Caled avanzaba unos pasos por delante

no seguía un rastre evidente,

sino las pequeñas alteraciones del terreno.

Una rama quebrada,

una huella incompleta,

tierra removida junto a una piedra.

De vez en cuando se detenía

y escrutaba a los alrededores

comprobándose alguien los seguía.

Por aquí pasaron varias personas.

Lucio bajó la vista,

incapada distinguir lo que su amigo veía con tanta claridad.

¿Cuántas?

No lo sé,

pero la mujer no iba sola.

Siguieron hasta una propiedad apartada,

casi oculta tras dos sigueras resecas.

La casa se inclinaba ligeramente hacia un costado.

Parte del tejado se había desplomado

y la puerta colgaba de un quicio carcomido.

Desde fuera,

daba la impresión de llevar años abandonada.

Caled se detuvo antes de acercarse.

Si hubieran querido esconderse unas horas,

ese lugar les habría servido.

Samuel,

pudo estar aquí.

Murmuralucio.

Alzó la vista hacia las ventanas oscuras.

Ningún movimiento,

ningún rostro.

La puerta se dio con un empujón leve.

En el interior olía polvo,

a humedad antigua,

y algo más difícil de identificar.

Un dolor agrio,

ha derido las paredes como si formara parte de ellas.

La luz se filtraba por los huecos del tejado

y caía en largas franjas oblicuas

sobre el suelo de tierra pesonada.

No era una casa abandonada del todo.

La gente no había barrido hacia poco.

Una manta vieja permaneció extendida en un rincón.

Había un cuinco con restos de comida

y una jarra volcada junto a una pared.

Nada de aquello hablaba de una estancia prolongada,

sino de un refugio improvisado,

de una espera breve y cuidadosamente calculada.

Estuvieron aquí,

dijo Lucio.

Caled se agachó junto al cuinco,

roazó los restos de comida con la llema de los dedos,

y asintió,

no hace mucho.

El corazón del Lucio comenzó a golpearle el pecho

con una violencia desconocida.

Por fin dejaban de perseguir una sombra.

Aquellas señales,

pertenecían a alguien real,

a unas manos,

a unos pasos,

a una vida que había ocupado a que era espacio.

Samuel,

llamó en voz baja.

Caled giró la cabeza de inmediato

y la mano,

silencio.

Si había alguien cerca,

podían de la tarce.

Entraron en la segunda estancia.

Allí la tierra era más oscura.

En una esquina,

quedaban los restos de una hoguera pagada,

ramas partidas,

madera enegrecida,

y ceniza plastada por varias pisadas.

El humo había dejado manchas en la pared hasta media altura.

Caled examinó el círculo sin tocarlo.

Aquí encendieron fuego,

hace poco.

Lucio siguió avanzando.

La siguiente habitación

recibió una luz muy pobre.

Una verdura en el muro

dejaba pasar una claridad mortecina

que no alcanzaba el suelo.

Al principio no distinguió nada.

Salvo a polvo y fragmentos de teja.

Entonces, la vio.

Junto a una piedra.

Me dio cubierta por una fina capa de ceniza.

Se rodeó despacio.

Era una sandália.

La tomó con un cuidado casi reverencial.

La suela estaba enegrecida.

Y una de las tiras, si había encogido a causa del calor.

No necesito examinarla mucho más.

El mismo había ajustado aquella evilla,

decenas de mananas mientras Samuel protestaba con impaciencia.

Porque querías salir corriendo.

El aire.

Desapareció de sus pulmones.

Es suya.

Calves se acercó.

Lucio giró la sandal entre los dedos.

Como si buscara una señal

que desmintiera lo que acababa de afirmar.

La evilla conservaba la pequeña muestra

que le hizo meses atrás para sujetarla mejor al pie de Samuel.

Aún así,

si aferró una posibilidad desesperada.

Quizás se le había caído durante la huida.

Quizá los ecuestradores le habían arrojado allí para despistar.

Quizás Samuel había escapado descalzo.

Era una esperanza tan frágil que apenas se sostenía.

Entonces, Caleb levantó la cabeza.

No había huido un ruido.

Era otra cosa.

Un silencio distinto, más pesado.

Como si la casa ocultara algo

que todavía no les había mostrado.

Cruzó la estancia lentamente

y empujó una puerta baja que daba acceso a un pequeño almacén.

La madera estaba chamoscada por la cara interior.

Se dio con un crujido seco.

El olor los alcanzó antes que la imagen.

Caleb entró primero.

Abanzó dos pasos.

Se detuvo.

No mires.

Dijo.

Pero Lucio ya había cruzado el umbral.

Contó el muro del fondo.

Ya sí el cuerpo calcinado de un niño.

El fuego.

Lo había reducido una figura contraída

y reconocible sin rostro.

Sin rasgo alguno,

capaz de devolverle un nombre.

Era del tamaño de Samuel.

Lucio no grito.

No cayó de rodellas.

Ni siquiera fue consciente de que había dejado de respirar.

Se quedó paralizado

con la sandalía entre los dedos.

Caleb retrocedió un paso.

Había visto la muerte demasiado a veces

en los campos de batalla,

en las calles y en las cárceles.

Pero aquello era distinto.

No había honor.

No había combate.

Solo una crueldad imposible de comprender.

Se acercó despacio

y apoyó una mano en el hombro de Lucio.

Él.

No parecied advertirlo.

Seguía con la vista fija

en el pequeño cuerpo calcinado.

No necesitaba reconocer un rostro.

No podía equivocarse.

Recordó a su hijo corriendo descalzo por el patio.

Es contiendo los pies entre risas

para impedir que le pusiera las sandalias.

Recordó sus quejas cuando una piedra ser clavaba

en la planta del pie.

Recordó su voz llamándolo desde el huerto.

Los retazos del pasado

emergieron todos a la vez.

Después, ya no hubo ninguno.

Solo aquella habitación.

Aquel olor.

El silencio y el pequeño cuerpo tendido junto al muro.

Sus dedos se aceraron con fuerza sobre la sandalía.

Samuel.

Y jo mío.

Está muerto.

Segunda parte.

49.

La tregua.

Flavia no gritó cuando Lucio regresó con la noticia.

Permaneció sentada sobre el jergon

con las manos apoyadas en su vientre,

contemplando la sandaria chamuscada

que él sostenía entre sus manos

sin atreverse a acercarse más.

No hizo falta que pronunciara una sola palabra.

Lo le yo en su rostro.

Y en la forma en que Calep se mantenía detrás de él

con la cabeza inclinada.

Samuel.

La casa de María quedó suspendida en un silencio real.

De repente,

Flavia se dobló sobre sí misma.

Como si su cuerpo hubiera dejado de pertenecerle
su pecho, brotó un gemido desjarnador
que el olasangre de cuantos estaban allí.
Ayúdame a recostarla y trae agua.
Sara o pedeció sin demora.
Cruzó el patio, llenó un cuenco, regresó
y salió de nuevo a por más agua.
Cada trayecto la libraba,
aunque sólo fuera por unos instantes
de quedar sin posible ante la desgracia.
Mientras acomodaban a Flavia,
María descubrió una mancha de sangre
sobre el lino.
Calep!
El hombre entró de inmediato.
Dejó en el suelo la bolsa de remedios
que siempre llevaba consigo.
Se arrodyó juntos lecho,
tomó la muñeca de Flavia
y apoyó la otra mano sobre su vientre.

Flavia.

Mirame.

Ella mantenía los ojos abiertos,

pero su mirada vagaba perdida.

Samuel.

Susurró.

Lucio bajó la vista hacia la pequeña sandalia

de la que no se había desprendido.

Calében rozó la frente de Flavia

y percibió la rigidez que tenazaba todo su cuerpo.

María lo comprendió incluso antes de que la blada.

Está a punto de perderlo.

El dolor la estaba enciendo.

Hay que calmarla.

La criatura corre peligro.

Lucio dio un paso hacia el lecho,

pero María, alzó una mano para detenerlo.

Ahora no Lucio.

Cualquier sobresalto puede costarle la vida a ella

y al niño.

Luego señaló la sandalia.

Saca eso de aquí.

Sara regresó con los paños.

Al inclinarse sobre Flavia,

vio que la sangre seguía abriéndose paso sobre la tela.

Se le hizo un nudo en el estómago.

Calé.

Prepara una infusión de malva

y añade un poco de miel.

Después, le daré una gota de adormidera.

Lo justo para relajar el espasmo.

María sintió que el tiempo se estrechaba.

Sara se presuró hacia logar.

Agradecía tener algo de lo que ocuparse.

Flavia respiraba con dificultad.

Tenía una mano aferrada a la manta

y la otra hundida sobre el vientre.

Como si intentara retener en su interior,

la vida que aún no había nacido.

Lucio retrocedió hasta el muro.

No podía ayudar.

Nunca se había sentido tan inútil.

Había sido soldado.

Había conocido la violencia.

Había obedecido y desobedecido

órdenes capaces de cambiar una vida.

Pero allí, frente al sufrimiento de su esposa,

no existía enemigo alguno

contra el que alzara un arma.

La infusión estuvo lista enseguida.

Mientras Calé sostenía la cabeza de Flavia.

María le hablaba loído.

Bebe un poco hija.

Ella abrió los ojos.

Apenas logró tragar un sorbo.

El resto del líquido

la arras való por la barbilla

y Sara lo secó con el borde de un paño.

El dolor regresó poco después.

Una nueva contracción la dobló sobre sí misma

y un gemido agudo escapó de su garganta.

Calé volvió a palparle la frente.

La infusión aún necesitaba tiempo para sortir efecto.

Pidió más paños calientes.

Entre él y María la cambiaron de postura,

mientras ella procuraba

conpasar la respiración

al sonido de aquella voz serena.

A veces parecía escucharla.

Otras se perdié en un lugar muy lejano.

Allí, donde la certeza de la muerte de Samuel

lo cubría todo.

La siguiente sacodida fue más violenta.

Los demás cruzaron una mirada de impotencia.

Calé ya había votado los remedios

que no ponían en riesgo la vida de la madre o del niño.

Sara lloraba en silencio.

Lucio comenzó a recorrer la estancia de un lado a otro

incapaz de encontrar una salida.

Entonces María volvió el rostro hacia él

con una determinación que no admitía réplica.

Trae la ampolla.

Lucio no reaccionó.

No acertaba comprender.

La otra aela.

Orde no María alzándola voz.

Las dudas eran tan densas

que casi podían palparse.

María se acercó él

y cuando estuvo a su altura,

la tranquilidad había regresado a su voz.

No aban, ¿dónez la vida? ¿Qué todavía respira?

Desde el jergon llegó un cajido más débil.

Lucio asintió.

Decidió hacer lo que María le pedía, pero no por fe.

Si no por miedo a perder a toda su familia,

salió la calle, oscura y casi desierta

y caminó de prisa hasta su casa.

Cuando entró,

el silencio le pareció más cruel que cualquier otro sonido.

Allí estaban las cosas de Samuel.

Su manta, una pequeña jarra de barro.

El rincón donde solía jugar.

Todo parecía guardar a un niño que ya no volvería.

Bajó a les condite con una lámpara.

El testimonio seguía en su sitio, envuelto en sombras.

Lucio se rodeyó ante la ampolla

y tardó unos instantes en tocarla.

Había protegido aquella sangre con reverencia.

Pero esa noche le pesaba como una losa.

No sé qué más quieres de mí.

Murmuró.

Envolvió la ampolla en un paño

y regresó a la casa de María.

Flavia respiraba con calma,

aunque el sufrimiento continuaba dibujado en su rostro.

Caled permanecía junto a ella.

Sara calentaba más paños.

Aquí está,

de jurocio.

María se levantó y la recibió con su mucuidado.

Luego regresó junto al jérgón.

Sin solebnidad a alguna,

apartó la manta y acercó el cristal al vientra de Flavia.

No te suplico que desaparezca al dolor.

Sólo que esta vida no se apague con él.

María sostuvo la ampolla en silencio.

El cuerpo de Flavia se tensó,

aunque con menos violencia

y su respiración comenzó a estabilizarse.

No volúz ni prodigio,

ni una paz que inundara la estancia.

Sólo un cansancio profundo

que terminó por vencer a la agitación.

Está sucediendo,

dijo Caled.

María observó a Flavia antes de asentir.

Ha resistido.

Sara se cubrió la boca con los dedos

y Lucio intentó la cabeza,

un capaz de distinguirse a que yo era livio,

gratitud, o una forma nueva de padecimiento.

Flavia se dormió casi a la manacer,

aunque no cayó en un sueño plácido.

De cuando en cuando se le contraía el rostro

y murmuraba el nombre de Samuel.

Pero la mancha de sangre sí había detenido

y su cuerpo había dejado de combatir contra sí mismo.

Caled se apartó por fin del Jérgón.

Debe descansar.

Nada desfuerzos ni sobresaltos.

María dijo que se quedaría un rato azulado.

Los demás salieron.

Sara preparó una infusión que Lucio arreacía en silencio.

El funeral.

Murboró de pronto,

pensando en Samuel.

50.

El vestigio.

Cuando Flavia se despertó,

se llevó una mano al vientre y bajó la mirada.

Como si pidiera perdón por no recibir aquella vida con la alegría que merecía.

Tengo que despedirme de mi hijo.

Lucio no encontró palabras para contradacirla.

Se limitó a tomarle la mano.

Su esposa seguía viva.

La criatura también.

Samuel esperaba a Sepultura.

No era una victoria.

Apenas una pausa frágil.

Una tregua en mitad de tanto sufrimiento.

El pequeño cuerpo descansaba ya del interior de la casa,

envuelto en un lino limpio.

María y Sara lo habían dispuesto todos mientras Flavia dormía.

Nadie se había planteado siquiera que ella contemplara lo que el fuego le había rebatado.

María la ayudó a incorporarse.

Estaba tan pálida.

Que Lucio te mío verla desplomarse antes de alcanzar la puerta.

Sin embargo, permaneció herguida.

Sostenida por una fuerza nacida del dolor más profundo.

Una fuerza que no necesitaba permiso.

El hulto era diminuto.

Estaba envuelto por completo y sujeto con sencillas tiras del inno.

En uno de los extremos, sobre salía la sandalia chamoscada que Lucio había rescatado entre las tenizas.

Aquella prueba bastaba para aniquilar cualquier esperanza.

Flavia se detuvo a unos pasos.

Está bien cubierto.

No tienes que verlo.

Su su romería.

Vería poder hacerlo.

Nadie respondió.

Aquella era la crueldad infinita.

No solo había perdido a un hijo.

Sino que se veía privada del último gesto de una madre.

Calebs se inclinó para coger el pequeño cuerpo.

Pero Lucio se adelantó.

El discípulo lo observó un instante.

Duydó de que pudiera soportarlo.

Ningún hombre estaba hecho para cargar un peso semejante.

Aunque el final dio un paso atrás.

Lucio lo alzó entre sus brazos.

Era demasiado ligero.

Muchísimo más de lo que recordaba cuando Samuel

se quedaba dormido sobre su pecho.

Muchísimo más que sorrisas.

Que sus carreras por el patio.

Que el incesante torrente de preguntas con el que llenaba la casa.

El lino cultaba sus rostros y sus manos.

Aún así, Lucio lo sostuvo como si todavía pudiera hacerle daño.

Flavia avanzó un paso hacia él.

María la sujetó por la cintura y Sara se situó al otro lado.

Calé permaleció cerca.

Atento al menor signo de desfallecimiento.

Salieron cuando el cielo empezaba a clarear.

Juan y el Eazar aguardaban en el patio.

El cortejo caminó en silencio por las calles bajas de efezo.

Lucio iba adelante.

Juan marchaba a su lado, murmurando una oración.

Detrás iban Flavia y los demás.

La ciudad ya se estaba despezando.

Una puerta se abrió.

Alguien vació una jarra de agua en el patio.

Más abajo, resoraba el crujido de los primeros carros.

La vida regresaba a su cauce con una indiferencia abstena.

Flavia no apartaba los ojos del pequeño bulto que su marido llevaba entre los brazos.

No lloraba.

Abanzaba con una rigidez que pareciais sostenerla por pura fuerza de voluntad.

Dejaron atrás las últimas casas y tomaron un sendero que conducía a un grupo de olivos jóvenes.

En un paraje apartado, donde la comunidad enterraba los suyos sin llamar la atención.

La fosa ya estaba abierta.

El esposo de Sara matías y el Eazar se había encargado de prepararla.

Era estrecha y la tierra húmeda se amontonaba un lado.

Flavia se detuvo alberla y sujetó con fuerza al brazo del lucio.

Aquel sosurro no iba dirigido a nadie.

Se enfrentaba la tierra a la mañana, a lo hueco que guardaba su hijo.

Caler miró alucio y este descendió a la fosa.

Durante un instante estrechó el pequeño cuerpo contra su pecho.

Después se arrodilló y lo depositó en el fondo con infinito cuidado.

No habría inscripción.

Solo tierra sobre un día en Zoblanco.

Lucio apoyó la mano sobre la tela.

¡Yjo mío!

No consiguió añadir una sola palabra más.

Todo cuanto podía decir un hombre era insignificante ante aquella pérdida.

Recordó a Samuel Riendo, corriendo, llorando después de una caída, dormido junto a él.

El recuerdo estuvo a punto de quebrarlo.

Caler le tendió la mano para ayudarlo a salir.

El primer puñado de tierra que arrajo el lucio golpeó el lino con un sonido sordo.

Flavia se estremeció y dio un paso hacia la fosa.

Pero María la retuvo con delicadeza.

No puede exija.

Flavia la miró con una incomprensión casi infantil.

Lucio se acercó y le abrazó.

¡Dime que no es Samuel!

Le suplicó ella con desesperación.

A Lucio se le lo elcorazó.

La rodeó con los brazos y apoyó la frente sobre su cabello.

Dímelo, aunque se ha mentida. Díme que no es él. Díme que no es él.

Repitió aquellas palabras una y otra vez.

Mientras golpeaba el pecho de Lucio con los puños tarrados, hasta que el llanto acabó deshaciendo la última resistencia que le quedaba.

Juan recitaba una oración.

Cada palada parecía sellar una puerta que ninguno de los presentes estaba preparado para ver cerrarse.

Caled terminó de cubrir la fosa.

El lino desapareció bajo la tierra y sólo quedó un pequeño túmulo entre los olivos.

El viento agitaba las ramas y el primer sol ya se derramaba sobre el terreno recién removido.

Flavia cayó de rodillas.

Caled dio un paso para sujetarla, pero María le razon el brazo, pidiendo la insilencio que la dejara.

Flavia un dio la mano en la tierra hómeda.

El barro se linkrustó bajo las uñas y le manchó el antebrazo.

Cerró el puño con fuerza, como si hubiese rescatado una parte de Samuel,

un último vestigio que siguiera pertenaciéndole.

No puedo volver sin él.

Lucio la brazo y lloró con ella.

No puedo ser el madre de un hijo muerto.

Sí, puedes. Dijo María su espalda.

Flavia volvió la cabeza, en el rostro de María, encontró el reflejo de su propio desgarro.

Solo ella conocía el pésen soportable, de sobrevivir a un hijo.

El vacío que dejaba aquella emputación del alma.

Se levantó como pudo y caminó hasta ella con las manos cubiertas de barro y el rostro desfigurado por el llanto.

¿Cómo puedes seguir seguir respirando? Susurró.

María quiso responder, pero las lágrimas se lo impedieron.

Lucio abrazó de nuevo a Flavia y permanecieron un húmedo sobre aquella tierra,

mientras Juan concluía la oración.

Y Sara lloraba con el rostro culto entre los pliegas del manto.

Debemos regresar. Le pedió Lucio. Flavia no respondió.

Contempló la fosa una vez más.

Vendré mañana.

No hablaba con los demás. Se dirigía a Samuel.

Luego, emprendió el camino con la mano oncerrada, guardando que el puñado de barro como si fuera la reliquia más preciada del mundo.

En Efe sólo sornos ya si ven encendido.

Las voces llenaban del mercado y los animales cruzaban las calles. Nada había cambiado.

Y sin embargo, cada piedra, cada casa y cada sonido.

Perteneció un mundo en el que Samuel ya no estaba.

Cuando entraron en la casa de María, Flavia se derrumbó sobre el jérgona.

Nadie pronunció una palabra.

Nadie se atrevió invocar el paso del tiempo como consuelo.

Abrió despacio la mano. El barro seguía allí.

51. La voz de la madre.

Llevaba dos días sin lavarme la mano. La tierra de la fosa se había secado entre mis dedos.

La tenía bajo las uñas y formaba una costra oscura y tirante sobre la piel.

Sara me trajo un cuenco con agua templada y un paño limpio, pero fue incapaz de acercar la mano.

Si permitía que el agua arrastrara a que el barro desaparecería lo único que había podido tocar de Samuel.

María se sentó a mi lado.

Sara, déjanos solas un momento.

Ella vacilo un instante pero obedeció.

La oí moverse al otro lado de la puerta recogiendo paños, apartando cuencos,

ocupando las manos contareas para no quedarse quieta.

Yo seguía contemplando mis dedos.

No pude tocar su cuerpo.

Murmore.

Ni mirarlo. Ni prepararlo.

Lo envolvisteis vosotras yo solo caminé detrás.

La voz me salió a espera.

Quisse llorar pero todas mis lágrimas se habían quedado en la fosa mezcladas con la tierra.

No fuis su madre al final.

María acercó sus manos a las mías sin rozar siquiera la costra de barro.

Fueis de su madre y lo serás siempre.

Entonces advertía algo en su expresión.

Un dolor remoto reconocía el mío sin necesidad de palabras.

Yo también pensé en eso.

Cuando bajaron a Jesús de la Cruz.

La frase quedó suspendida entre las dos.

María tardó unos segundos en continuar.

Comprendí que no estaba evocando un recuerdo sino abriendo una herida que nunca había terminado de cerrarse.

José de Arimatea y Nicodemo pidieron el cuerpo a Pilato.

Llegaron con lienzos, escaleras y esencias cuando aún quedaban soldados en el Golgota.

Algunos tenían prisa.

La tierra había temblado y la roca se había abierto.

Apreté la mano sucia contra la túnica.

Antes de retirar los clavos pasaron unos lienzos por debajo de su cuerpo.

Después soí los martillazos.

Era el mismo sonido.

Los mismos golpes que habían desgarrado el aire cuando lo clavaron a la Cruz.

Por un momento volví a sentir cada martillazo atravesando su carne indefensa y también la mía.

María inspiró hondo y continuó hablando.

Sacaron primero los clavos de las manos, el de los pies costomas.

Cuando por fin se dio los lienzos y los brazos de aquellos hombres sujetaron su cuerpo.

Después lo bajaron.

Me lo dejaron aquí.

María se llevó la mano al regado.

Sus dedos, pequeños y gastados descansaron sobre la tela como si aún sintiera que el peso inerte.

Me estremeció pensar que aquellas mismas manos habían sostenido el cuerpo sin vida de su hijo.

La cabeza cayó hacia un lado.

Continuó.

La sangre le había endurecido el cabello.

Las espinas le habían desgarrado la frente y abierto heridas bajo él.

No sabía por dónde empezar.

Lo había visto moriría aún así cuando lo tuve entre mis brazos.

Sentí que aún debía hacer algo.

Aquellas palabras me atravesaron.

Me dio miedo a cariciarlo.

Confesó al cabo de un instante.

Tenía que mis manos terminaran de confirmar lo que mis ojos ya sabían.

La mire es incomprender.

Miedo.

Asintió despacio.

Sí.

Había aceptado su muerte pero recorrer su rostro con mis dedos.

Detenerme en su serida a ser admitir que ya no quedaba vida en él.

La habitación pareció encogerse a nuestro alrededor.

Pero lo hice.

Le aparté con cuidado el cabello que tenía pegado en la frente.

Con el borde del bello limpía la sangre que le descendía por las sienes.

Después acerqué mis labios a su frente helada y la besé.

Nada de aquello podía devolverlo a la vida.

Pero seguía siendo mi hijo.

En esos momentos no pensaba en la resurrección, sólo en su muerte.

El llanto volvió a mis ojos aunque esta vez no me paralizo.

Descendió despacio, agotado como un río que ya había rebasado todo cuanto podía arrastrar.

Samuel también sigue siendo mi hijo.

Dije sorprendida por la firmeza de mi propia voz.

Lo serás siempre.

Pero yo me derrumbé y una madre debería sostenerlo todo.

Ninguna madre es capaz de sostener algo así flavia.

No hubo reproche en sus palabras.

Solo una certeza nacida de la fricción.

También otros prepararon a Jesús.

José, Nicodem o las mujeres.

Yo estaba allí pero no pude hacerlo todo.

Pero tú lo tuviste en brazos.

Sí.

No intento suavizar la respuesta.

Pero había cosas que escapaban a mis manos.

No pude cerrar sus heridas.

No pude borrar de su cuerpo la crueldad de los hombres.

No pude devolverle el aliento.

Se inclinó hacia mí.

Sus ojos sumedecidos por el recuerdo.

Sus tuvieron los míos con una serenidad que sólo nace después de haber atravesado el dolor hasta el fondo.

No pude salvarlo.

Sentí que la iria abandonaba a mis pulmones.

Yo tampoco.

Susurré.

Pudiste ir.

Afirmo.

Pudiste caminar hasta la fosa aunque tu cuerpo te sostenía con dificultad.

Pudiste pronunciar su nombre, posar la mano sobre la tierra y no apartarte.

No fue suficiente.

Nada habría sido suficiente.

Aquello no me consolo, pero dejó de desgarrarme.

María tomó el cuenco de agua y me lo acercó sin obligarme.

Si me lavo ahora sentire que lo suelto.

Entonces, espera hasta que comprendas que limpiarte la mano no es abandonar a esa vuelta.

Mire el agua y un día la punta de los dedos.

El barro empezó a blandarse y me asustó ver con qué facilidad se desprendía.

Retire la mano.

No puedo.

La tierra seguía derida a mi piel, pero ya no era sólo la prueba de mi fracaso.

También era la huella de que había permanecido con él hasta el final.

María bajó un instante la mirada.

¿Qué hiciste después?

Pregunte.

Lo entregue.

Lo hicieron mis manos, pero una parte de mí seguía sosteníéndolo.

Luego vino la sepultura, la casa cerrada y el silencio.

Y el dolor añadi.

María asintió de espacio.

El dolor no desapareció porque alguien me dijera que Dios tenía un designeo para mi hijo.

En aquel momento esas palabras eran demasiado pequeñas.

Me sorprendió la sereñidad con que las pronunciaba.

Entonces, ¿qué quedó?

¿qué dos seguir?

Permanecer.

No significaba estar curada, ni aceptar, ni dejar de preguntarme por qué.

Significaba caminar con el cuerpo roto sin permitir que el dolor se transformara en rincor.

Bajé la vista hacia mi vientre.

No sé cómo amara este hijo sin sentir que traición o asamuel.

En ese instante percibí un leve movimiento.

El amor de una madre no se reparte como el pan cuando escasea.

Al contrario, se multiplica.

Aprenderás.

El tiempo te lo mostrará.

Apertó con su habitado un mechón rebelde de mi frente.

Al otro lado de la puerta Sara hablaba en voz baja con Juan.

Lucio caminaba despacio por la casa como si también él te miera perturbar a aquel momento.

María permaneció a mi lado.

No me dijo que el dolor pasaría.

Tampoco me pidió que fuese fuerte ni buscó una explicación para lo sucedido.

Continuó allí, junto a mí.

Y, por primera vez, desde que regresamos de la fosa,

no me sentí culpable por seguir viva.

52. La carta.

Flavia pidió una tablella.

Sara se la llevó sin hacer preguntas, junto con un estilo y una pequeña lámpara de aceite.

Luego se quedó un momento en el umbral, como si te mira dejar la sola.

Está y bien. Dijo Flavia.

No era verdad, pero Sara aceptó la mentira con un leve movimiento de cabeza y salió.

La casa de María guardaba un silencio contenido.

Lucio había regresado de la fosa con las manos cubiertas de tierra.

No había querido hablar.

Ella tampoco habría podido hacerlo.

Entre ambos seguía alzándose un cuerpo envuelto en lino y una tumba que ninguno sabía aún como nombrar.

Apoyó la tablilla sobre las rodillas y permaneció largo rato inmóvil.

Buscando unas palabras que parecien negarse existir.

El punzón descansaba entre sus dedos mientras recordaba enía.

Su rostra posible, sus manos arreglándole el cabello cuando era eneña.

Su madre siempre repetía aquí una mujer romana, debía aprender a dominar el dolor.

Antes de que el dolor acabara dominándola ella.

La bella firme, hermosa.

Duña de sí misma, también inclinada sobre su lecho cuando ella la consumía la fiebre.

Obligándola beber aquellas infusiones amargas que tanto detestaba.

Al fin un diel estilo sin la cera.

Madre, Samuel ha muerto.

Con tu volar respiración.

La frase la sustó por su desnudas en sillet, por su carácter irrevocable.

La leyó una y otra vez esperando que la cera la rechazara.

Que su mano hubiera escrito otra cosa.

Que el nombre de Samuel no pudiera convivir con la muerte.

Pero nada cambió.

Volvió a escribir.

No conociste su risa ni lo viste dormir con la boca entre abierta.

Ni correr hacia el ucio cuando y a sus pasos en la calle.

No supisteis como pronunciaba algunas palabras.

Ni como se escondía detrás de mí cuando se robó y estaba.

No estuveis teis cuando nació.

Y tampoco habéis estado en su muerte.

Flavias esforzó en retener las lágrimas.

Se llevó la mano temblorosa al viente.

Allí seguía la tienda otra vida,

Agenal desconsuelo que la esperaba al otro lado del nacimiento.

Sintió culpa por la ternura que despertaba en ella que lijo

Mientras escribía sobre el que acababa de perder.

Prosiguió.

No te escribo para reprocharte lo que no pudiste impedir.

Te escribo por qué hoy he comprendido que una hija también puede quedar se vuérfan a de padres vivos.

Os he necesitado.

A ti a él.

Y también a ella.

A Dara.

Aunque nunca la conocí.

Aunque sólo supe de su existencia siendo ya una mujer.

Guardaste y silencio sobre ella.

Y eso me iría.

Pero sé que tenía y his vuestras razones.

Tomó aire despacio.

De la exterior le llegaban las voces apagadas de Sara y María.

La vida seguía moviéndose por aquella casa de puntillas.

Procurándonos despertar un dolor que ya nunca volvería a dormirse.

Flavia desvió la vista hacia la estancia donde descansaba Lucio.

Sabía que él también estaba roto y que no existía vendaje capaz de cerrar aquella pérdida.

Lucio y yo seguimos enéfeso.

Otra vida crece dentro de mí.

Aunque todavía no sé cómo recibirla sin sentir que traiciono al hijo que acabo de enterrar.

María me acompaña.

Calé benvela por mi salud.

Sara no sea parte de mi lado.

Aunque la culpa la persigue como una sombra.

Juan sostiene cuanto a un poder sostenerse.

Pero hay un lugar junto a mí que os pertenece y se encuentra vacío.

Se detuvo en asistantes antes de grabar las últimas palabras.

Venid si podéis.

No vencais por Samuel.

Él ya llega a estar de.

Venid por mí.

Dejo el estilo a un lado.

Se quedó contemplando la tablella.

Aquello no eran simples letras, sino el dolor de heridas abiertas.

Quizá estaba siendo injusta.

Pero el dolor no enéfego.

Si esperaba escribir una carta sosegada, jamás la escribiría.

Cuando Sara entró en la alcova, la encontró inmóvil, con una mano sobre el vientre,

y la otra descansando sobre la tablella.

¿A dónde quieres enviarla?

Preguntó con Dolzura.

Arroma.

53.

¿Qué es?

¿Qué es?

¿Qué es?

¿Qué es?

53.

La espada.

Volvieron a casa el tercer día.

María le pidió a Flavia que se quedara con ella una noche más,

y Caled apoyó su petición.

Su cuerpo seguía débil, y cualquier esfuerzo podía devolver el dolor al vientre.

Pero Flavia necesitaba regresar.

Lo dijo con tanta firmeza, que nadie se atrevía contra decirla.

Tengo que verlo.

Lucio comprendió que hablaba del lugar donde pio a su hijo por última vez,

del umbral del que fue arrancado, de las pequeñas cosas que un esperaban a un niño,

que ya no volvería jamás.

Caminaron despacio.

Sara quiso acompañarlos, pero Flavia prefirió que permaneciera en casa de María.

Necesitaba afrontar aquella sola, junto a Lucio.

Sara vedeció sin insistir.

La culpa seguía de herida ella como una sombra.

Había dejado de pedir perdón.

Sabía que no existían palabras, capaces de deshacer aquel descuido frente al carro.

Aquella vuelta de cabeza.

Aquel vacío donde esa muele había estado jugando.

Lucio tardó en abrir.

La llave entró mal en la cerradura, o quiceran sus dedos los que ya no respondieran.

Cuando al fin empujó a la puerta, una boca nada de aire de enso le salió al encuentro.

La casa olía madera, aceite apagado y ausencia.

Nadie había encendido lugar ni heirado las mantas.

Seguía tal como la dejaron.

Detenida de un instante preciso en que todo se vino abajo.

Flavia cruzó el umbral y se detuvo.

A los pies de la mesa había una nuez que se amuela a cierro dar por el suelo,

como si fuera la rueda de un carro.

Todo resultaba insoportable.

Se agachó y rozó la nuez con la llema del dedo.

Parece que esté escondido.

Lucio pensó lo mismo.

Sabó el tener a costumbre de cultarse, dejándome de acuerdo a la vista.

Commencido de que así nadie podía encontrarlo.

Se escondía detrás de la arca, bajo la mesa, o junto al ánforo del patio.

Después rompía a reír antes de que lo descubrieran, incapacia aguantar oculto mucho tiempo.

Lucio vio el cordelito de madera encima de la mesa.

Pasó la mano por la superficie, alizada por los dedos de Samuel.

Recordó la mañana en que se lo reparó, y como el pequeño, esperaba con impaciencia para recuperarlo.

Después no supo que acercó en él.

Si lo guardaba en el arca, era como enterrarlo otra vez.

Si lo dejaba en el suelo, parecía que Samuel iba a regresar.

Al final, volvió a posarlos sobre la mesa, junto al ánforo.

Entraron en la estancia principal.

El silencio habitaba la casa.

Si había instalado en las paredes, en los rincones, bajo la sombra imperterrita del patio.

Flavia deslizó la mano por el borde de la mesa, donde Samuel, tan burileaba con los dedos cada vez que pedía pan.

Después dirigió la mirada hacia su alcova.

Sobre el jergon descansaba andoblada, su manta azul, con la franja desilachada por el uso.

No puedo entrar ahí.

Murmurulucio, deteniendo a ese lumbral.

En el suelo, el suelo de la mesa se desvalló.

En el suelo, murmurulucio, deteniendo a ese lumbral.

En el suelo, ya hacía una tablilla de cera, cubiertra detrás de estos torcidos.

Samuel decía que escribía como Juan, aunque apenas arañaba la superficie con el estilos.

Entonces la rabia rompió en lucio, con una violencia que casi le hizo perder el aliento.

Alguien había penetrado en aquella vida cierna para destruirla.

para destruirla. A alguien había contemplado a su hijo y solo había visto una herramienta,

y él que había sido soldado, que sabía perseguir con batir y matar, había acabado de rodillas

ante una fosa. Recogió la tablilla y la pretó con tanta fuerza que la cera cedió

bajo sus dedos. Custudía la ampolla, las condió cuando debía esconderla, la protegí

cuando vinieron a buscarla. El exgino entregarla. Las últimas palabras se desicieron en su

garganta. Flavia se acercó despacio. Conocía demasiado bien la lucha que se libraba

del corazón de su esposo. También había pensado en los momentos más oscuros que quizás

todo habría sido distinto si la ampolla hubiera desaparecido para siempre. Pero al mirarlo,

comprendió que lo que sentía era más peligroso que la culpa. Era una grieta abierta en su

fe. En su rostro apareció una dureza que Flavia reconoció a instante y que la llenó de

terror. No era la del padre que acababa de enterrar a su hijo. Era la del hombre que Roma

había forjado antes de que el maestro entraría en su vida. Alguien que encontraba el culpable

y le hacía pagar. Flavia apoyó una mano sobre su hombro. No quiero que Roma me devuelva

que el hombre que el maestro consiguió arrancar de sus manos. No quiero que el dolor por Samuel

nos arrebate también lo que el maestro nos regaló. Lucio cero los ojos. Samuel siempre lo esperaba.

He chaba correr hacia la puerta incluso antes de verlo aparecer. Aún podía oír su voz.

El golpe te ha presurado de sus pies descalzos y luego se lanzaba a brazarlo, aunque él regresara

exausto. Ahora habría entregado con topo a seía por escuchar una vez más a aquella carrera.

La tablilla rasvaló entre sus dedos y cayó sobre el jargon. Flavia apoyó la frente su pecho.

Al principio Lucio se quedó en móvil. Después la rodeó con los brazos muy despacio como si todavía

te miera hacerle daño. Permanecieron abrazados en aquella casa poblada de recuerdos y de una

ausencia demasiado grande. Y por primera vez desde la muerte de Samuel la rabia dejó de buscar

una espada. Comprendió que si volvía al hierro, su hijo no iba a regresar. Sería él quien terminaría

de perderse. 54. El peligro. Valeria no salió de fezo. Dejó pistas falsas que les situaban en

Esmerna, en las posadas del puerto, entre los comerciantes que partían hacia Sardes y en las

naves que guardaban un viento favorable. Sabía cómo trabajaba Roma. Cuando quería encontrar

alguien, primero miraba los posibles rutas. Después buscaba el dinero y a los hombres que cobraban

por cerrar los ojos. Pero ella no tomó ninguna ruta. Se escondió una misma ciudad donde la querían

muerta. Pasó la primera noche en un almacera abandonado, cerca de los talleres de los cortidores.

El olor de las pieles, la cal y el agua estancada. Se le metió una garganta hasta arrancarle la

tóx. Ningún hombre de Roma entraría allí sin cubrirse la nariz. Durmío poco sentada contra una

parez dúmeda, con el cuchillo culto bajo el manto y la espalda pegada a la piedra. Cada ruido le

parecía un paso, cada sombra, una mano que avanzaba hacia su cuello. A la manecer se desplazó al

barrio de los jornaleros. Una ciudad podía contener muchas cidades. La de los mármoles, la de los

templos, la de los comerciantes, la de los soldados, la de las mujeres que iban a las fuentes

con cántaros al hombro. Y luego estaba la otra, la que Roma casi nunca miraba, la de los

patios interiores, casas mal cerradas, niños sin hombre y gentes dispuestas olvidaron rostro

por unas monedas. Allí podía escondarse. Compró un velozcuro a una viuda que vendía

ropa usada. No regateo el precio. La mujer apenas se prestó atención y se guardó las

monedas entre los pliegas de la túnica. No me has visto. La mujer asintió. Era de las que

comprendía la pordencia sin necesidad de explicaciones. El resto del día lo pasó en una

instancia que estaba en la parte trasera de una taparna miserable, donde servían vino agrio

a los descargadores del puerto. El dueño a la conocido de tiempo atrás, aunque no por

su verdadero nombre, le debía un favor y le prestó el cuarto si de hacer preguntas. Valeria

dejó sobre la mesa dos monedas de plata. Solo una noche. El hombre por su una jarra de agua

junto a la puerta antes de marcharse. De buscan. Muy muro. Han venido? Dos hombres.

Preguntaban por una mujer sola, bien vestida, aunque intentara pasar por una jornalera.

Ojos claros. Un ácica trice en la mano derecha. Valeria cerró despácilos dedos bajo el

momento. ¿Qué les dijiste? Que aquí sólo entran borracho y rameiras cansadas. ¿Te

creyeron? No lo sé. Por eso te irás antes de que os crezca. No les sorprendió que Roma

hubiera empezado a estrechar el cerco. Caligula. No perdonaba el desacierto. Quinto

Cornalio tampoco. Si aún conservaba poder suficiente para salvarse, se llalando a otro.

Valeria conocía aquella ley mejor que nadie. Cuando una orden imperial fracasaba, alguien

debía cargar con la culpa. A veces era el incompetente. Otras el testigo. Aquella vez

le había tocado a ella. Al principio no le importó, cuando se trataba de sobrevivir,

quedaba poco espacio para el miedo. Pensó en rutas, escondites, nombres falsos, hombres

sobornables, salidas alternativas. Pensó en matar antes de que le mataran, y en alcanzar

una nave sin registrar, cargada de aceite o de lana, y desaparecer antes de que el puerto

maneciera. Pero cada vez que su mente intentaba ordenar la huida, aparecía el niño. No

el cuerpo calcinado. Ni la casa abandonada, ni lumo. Todo eso podía soportarlo. Lo había

hecho demasiadas veces. Lo que no conseguía borrar era la mano de Samuel cerrandose sobre

la suya. Apenas había sido un instante. Un niño asustado se aferra cualquier mano, incluso

a la de quien lo aleja de su casa. Y Valeria seguía sintiéndola, pequeña, tibia, obstinada.

Una mano incapaz de odiar. Se levantó de golpe y camina por el cuarto. No lo había hecho

por odio. Lo había hecho por obediencia, por cálculo, por supervivencia. Por una vida

entera soportando el peso de los hombres, que decidían al destino de los demás. Samuel

había sido una garantía. Nada más. Un instrumento para doblegar al ucio. Eso era precisamente

lo que la irritaba. Una garantía. Nada más. Se repitió una y otra vez. Pero aquella mano

no pertenecía Roma. Pertenecía a Samuel. Al caer la tarde, abandonó la taberna por

la puerta trasera. Se mezcló entre las mujeres que regresaban de las fuentes y los esclavos

cargados con cestos de mazanas y granadas. En una esquina distinguió uno de los hombres

de Cornelio. No vestía uniforme. Pero reconoció enseguida aquella forma de boverse. La costumbre

de no fijarla vista en ningún lugar. Y al mismo tiempo, no dejar de observarlo todo. Valeria

bajó la cabeza y se desvió antes de que pudiera detectarla. Unas calles más allá

entró en un patio donde un anciana desgranaba la entejas sobre un lienzo. Buscuadamaris.

Era el nombre que le dieron años atrás para pedir refugio en aquella zona de FSO. Aquí

no viven ninguna damaris. Valeria dejó una moneda de plata junto a la tela que cubría la

mesa. Entonces, esperaré a que regrese. La anciana contempló la moneda. Después, al

sol a vista hacia el velo que ocultaba el rostro de la desconocida.

Una noche. La habitación era estrecha, con una estera en el suelo y una vertura alta

por donde apenas lograba acolarse la luz. Olía cebolla, polvo y leche agria. En un rincón

dormía una niña pequeña, con los rizos pegados a la frente. Valeria sostuvo la mirada

sobre ella unos segundos de más. No habla despiertes, dijo la anciana. No pensaba hacerlo.

La ospedera entreceró los ojos. Las de tu clase siempre traen desgracias. No sabes

quién soy. Sé que has pagado por esconderte y que llevas a un cuchillo. Conezame basta.

La mujer cerró la puerta. Valeria se sentó en el suelo, lejos de la niña. Durante

un rato, escuchó el rumor de la casa. Unos pasos en el corredor. El parlotio de una vecina.

El llanto de un bebé en el pático antiguo. Aquellos sonidos domésticos. Le resultaron

más peligrosos que una patrulla. Le devolvíen el recuerdo de la casa de Lucio, de la mesa

compartida, del pátio, de Sara, de Flavia, apretó los dientes. La pequeña se removió

sobre la estera. Valeria contuvo la respiración. La niña briló los ojos un momento, todavía

ropada por el sueño y la contempló sin miedo. Después volvió a corrucarse. Valeria sacó

el cuchillo y lo apoyó sobre sus rodillas. Pasó el pulgar por el mango gastado. El hierro,

una ruta de oída y una mentira preparada eran las únicas tartezas que aún le pertenecían.

Cerca de la medienote o yo pasó en el pátio. Eran dos hombres. Uno se detuvo junto a la puerta

y el otro habló en voz baja. Valeria apagó la lámpara con los dedos y se levantó sin hacer

el menor ruido. La niña seguía dormida. Al otro lado, la anciana respondió con una

retaila de reproches sobre mujeres decentes y horas indecentes. Valeria se pegó a la

pared. Si entraban, mataría el primero. Quizá también al segundo. Después, saldría por el

corredor del fondo. Cruzaría el pátio y desaparecería. Lo calculó todo con la misma frialdad

de siempre. Y sin embargo, mientras se aguardaba con el cuchillo en la mano, comprendió que ya

no luchaba únicamente por salvar la vida. Había obedecida a Brusila. Pero también había algo

que no lo grababa nombrar. Los pasos se lejaron. Lanciana mascuyó una maldición y echó la tranca.

Valeria permaneció un rato sin moverse. Notaba cada latido hasta en los dientes. Después

guardó el cuchillo. Se cubrió con el manto. Y esperó la llegada de la manacera. Ignoraba cuánto tiempo

podrías seguir escondida en efeso. Ni quien la encontraría primero. Si Roma, Calev, Lucio,

o los hombres que yo os meaban por los pátios de los pobres. Solo sabía que había una verdad

centerrada bajo otra verdad y que tarde o temprano, alguien vendría a desenterrarla.

55. La obsesión

Roma 37 después de Cristo

Caligula quiso mostrarse en terroroma antes de que los médicos se atrevieran a proclamar su curación.

Lo hizo envuelto en una toga blanca con el rostro un marcado por la fiebre y los ojos

en sentidos por un brillo inquietante. En el palatino, el pueblo lo recibió con vitores.

Algunos lloraron. Otros alzaron las manos hacia los dioses. Hubo sacrificios, guiernaldas,

vino derramados sobre los altares y promesas de prosperidad. Caligula son ríos desde

el alto de la escalinata. El cuerpo había regresado, más delgado, más pálido, con un leve

tembore en los dedos que ocultaba cerrando el puño bajo los pliegas de la toga. Pero algo

en su mirada había quedado al otro lado de la enfermedad. No era sólo agotamiento. Era una

desconfianza, una necesidad serod de someter cuantos escapar a su voluntad. Cuando los vitores

extinguieron y las puertas se cerraron tras él. La sonrisa desapareció de su rostro.

Han rezado por mí. Nadie respondió. Un secretario aguardaba junto a la mesa con varias tablillas

selladas. La estancia oría la orel, a un huentos y a la sangre reciente de los sacrificios.

No temían perder mi a mí. Prosigió Caligula. Temían quedarse sin césar.

El secretario le entregó la primera tablilla. Caligula partió el sello con la uña.

Era noticias de Asia. Brusila le comunicaba que la ampolla seguía fuera de su alcance.

Los seguidores del Nazareno continuaban ocultando aquello que el imperio reclamaba.

Le dio el mensaje una vez y otra. Solo entonces dejó caer la tablilla sobre la mesa.

Un antiguo pretoriano murmuró casi para sí.

Un hombre alimentado por Roma, formado por Roma, salvado más de una vez por el poder de Roma.

Quinto Cornelio informa que la presión ejercida no ha bastado.

Añadió el secretario. Quinto Cornelio informa de su fracaso.

Correjió el césar. Se alejó hasta una pequeña fuente.

El agua resbalaba sobre el mármol con un murmullo uniforme que terminó por irritarlo.

Nadie deja de pertenecer a Roma. Solo cambia la manera de servirla.

Tomó la segunda tablilla. Le dio el nombre de Lucio. Después el deflavia.

También la noticia del niño muerto y la obstinación de aquella comunidad

que veneraba un crucificado como si una gota de su sangre fue se más valiosa que la voluntad del emperador.

Sus dedos se cerraron despacio. La tablilla crujió y por primera vez,

desde que había vencido la enfermedad. Calígula pensó que ya no le bastaba con gobernar el imperio.

Necesitaba que este último hombre aprendiera a temerlo.

Cornelio les ha dado tiempo para creer que podían resistir.

Se pueden enviar nuevas órdenes. Se atrevió a sugerir el secretario. Calígula es vozona sonrisa.

Las órdenes ya fueron enviadas.

El hombre no logró ocultar su desconcierto.

Mientras estuve enfermo, todos fingía servir a Roma.

Los médicos sudaban más que yo. Los sacerdotes prometían sacrificios.

Los senadores mandaban mensajes de lealtad con mano temblerosa y al pronunciar mi nombre en público.

Se preguntaban en secreto quién ocuparía mi lugar cuando yo muriese.

El secretario permaneció atento.

Eso no ha terminado.

Pró siguió el emperador. Solo acaba de empezar.

Se acercó una mesa donde habían dejado uvas, pan de miel y vino aguado.

Tomó una uva entre los dedos. La observó y la reventó con una leve de presión.

En Asia, un puñado de judíos, mujeres y esclavos, custodia una ampolla que según dicen,

contiene la sangre de una justiciado.

Un objeto ridículo, si se mira con ojos romanos,

cristal, sangre seca y una historia de una madre al pie de una cruz.

Se limpió los dedos con un paño.

Y sin embargo, un antiguo pretoriano prefiere perder a su hijo antes que entregarme la.

Eso es lo intolerable. No, la ampolla, sino la lealtad.

Si ese hombre le eniega algo al cesar porque obedece a una justiciado de Judea.

Entonces Roma, no gobierna del todo.

Su voz, destendió esta quedar casi en un murmullo.

No hay nada por encima de Roma.

Los dioses aceptan templos, sacrificios y nombres grabados en mármol.

Es en azareno, en cambio.

Exige una obediencia que no pasa por el senado, ni por las legiones, ni por mi mano.

Eso no es una religión, es una rebelión.

Pidió otra tablilla, aunque ni la miró.

Ya conocí el nombre que contenía.

Aún lo serviría marcelo, partirá hacia EFSO.

El secretario levantó la vista.

En sustitución de Cornelio?

Cornelio, ya no sirve.

¿Qué órdenes llevará serviría?

Caligula se cercó a la ventana.

Desde allí contempló los jardines, losetos recortados, las estados impecables,

la apariencia perfecta del poder.

Lampoya, debe pertenecer a Roma.

Y Lucio Fédero Celero.

Caligula, tardónosis tantes en responder.

Lucio Fedro, debe aprender la diferencia entre silencio y resistencia.

Se volvió.

En su rostro había una calma más inquitante que la ira.

Necesito a un hombre que no se con hueva antiguina madre, ni ante un niño,

y ante la memoria de un soldado repentido.

Un hombre que entienda que todo individuo es una puerta.

Y que toda puerta acaba por abrirse si se presiona el lugar adecuado.

Y si aún así no entrega la ampoya.

Preguntó el secretario sin apenas levantar la cabeza.

El emperador lo miró con una paciencia cruel.

La entregará.

El silencio inundó la estancia como un dolor venenoso.

Fuea, en Roma seguía celebrando la recuperación del César.

En los Altares, ardían los restos de los sacrificios.

En las calles se hablaba de prosperidad del favor de los dioses,

de un joven emperador devuelto a su pueblo.

Caligula apoyó una mano sobre la mesa.

Ya no quería la ampoya para curarse,

sino porque alguien había usado negársela,

que servilió parte cuanto antes.

No quiero excusas ni historias de niños que tiemblan,

soldados que olvidan quién es el señor o va a decir,

o hombres que esconden su rebeldía detrás de una ferrédícula.

Así será, respondió el secretario.

La mirada del César regresó a las tablillas llegadas de Asia.

A ampoya será de Roma.

La fiebre ha llevándonos su cuerpo.

La obsesión acababa de ocupar su lugar.

56. El relevo.

Feso, 37 después de Cristo.

La noticia llegó a la ciudad antes que le enviado de Roma.

No hubo anuncio en el foro ni acusación pública contra quinto Cornelio.

Roma prefería a veces esa forma de violencia administrativa,

hasta que el hombre señalado comprendía que había sido despojado del suero que pisaba.

Primero llegó la orden de entregar los sellos de Asia.

Después, la retirada de los hombres que aún estaban bajo su mando.

Más tarde, una carta breve, escrita con la cortesía helada de quienes no necesitaban explicar una condena para imponerla.

Cornelio había despuesto de tiempo suficiente.

No había conseguido la ampoya, no había quebrado aluccio febro

y había permitido que un grupo de seguidores del Nazareno

conservara en su poder un objeto reclamado por el César.

En Roma aquello, se llamaba fracaso.

Brusila le dio la orden en la Residencia Oficial de Feso.

Conocía demasiado bien a su hermana.

Desde la enfermedad, Calígula hablaba menos y ordenaba más.

La fiebre no le había restado poder, sino paciencia.

Había regresado al mundo con una sospecha nueva hacia todo aquello que no se sometiera a sus deseos.

Si envía a otro hombre, era porque Cornelio ya no resultaba útil

y en ese caso ella tampoco se encontraba salvo.

Dejó la tablilla sobre la mesa, no sintió compasión por el porcónsol.

Cornelio había sido torpe, ambicioso

y había confiado demasiado en que la autoridad de Roma

podía ejercerse sin mancharse las manos, pero su caída lo complicaba a todo.

Un hombre nuevo miraría con otros ojos,

preguntaría por el motivo de los retrasos, por las habitaciones terradas,

por las criadas que recibían órdenes directamente de ella.

Aulos Hervilio Marcelo llegó pocos días después.

No entró enéceso como un magistrado deseoso de ser admirado.

Lo hizo al homo de un caballo castaño oscuro, musculado, de cuello grueso y crines cortadas al ras.

Una costumbre de campaña para evitar que se enredaran en las riendas

o fuera empresa fácil del enemigo.

Les seguía una escolta reducida, suficiente para imponer respeto sin mostrar ostentación.

Servilio, no necesitaba muchos hombres para que su poder fuese palpable.

Bastaba el modo en que miraba la ciudad.

Drusila, que lo recibió en la puerta de la residencia oficial, lo vio desmontar.

Se apió despacio, midiendo la pierna izquierda antes de apoyar todo el peso.

No hubo gesto de dolor, ni siquiera una sombra.

Un hombre así no negaba sus heridas, la incorporaba a su disciplina.

Servilio, la saludó con el ademán correspondiente.

Dómira.

Proconsul, cuando avanzó hacia ella,

Drusila advirtió mejor la irregularidad de su andar.

Era leve, una fracción de segundo en la pesada, pero constante.

La huella de una lanza germana, quizá.

Una herida antigua que no lo había apartado del mando,

sino que parecía haberlo vuelto más severo.

Tenía 44 años, el cuello ancho, la espalda recta,

y una cicatriz obrícua bajo la oreja izquierda.

En su rostro no se percibía brutalidad inmediata, sino paciencia,

algo mucho más útil para Roma.

Y también, la seguridad de quienes capazan de localizar la grieta exacta,

antes de introducir el hierro.

He ordenado revisar los informes de Cornelio.

Dijo él, apenas ha llegado.

Por eso mismo.

Drusila se encaminó hacia el interior y él la siguió.

Los esclavos apartaban la mirada su paso.

Los soldados destinados en la asidencia.

Observaban con atención disimulada.

Todo en aquella casa empezaba a recolucarse alrededor del nuevo poder.

Tu antecesor desatendió una orden concreta.

Dijo Drusila.

Lo sé.

No basta con saberlo.

Drusila se detuvo en el atrio,

el agua de la fuente caía sobre el mármulo con una cadencia ajena a la conversación.

Eneceso existe un objeto que pertenece a Roma.

Y lo que Roma reclama debe entregarse.

Affirmó servilio.

La frase habría complacido a Caligula.

Drusila no.

En aquel hombre no había fervor, solo disciplina.

Y eso lo hacía más peligroso.

Un fanático podía confundirse con su propio ardor.

Servilio.

No parecía confundirse con nada.

Lucio Fedro Aceler.

No es un ciudadano cualquiera.

Advirtió ella.

Fue pretoriano.

Conocé bien cómo actúa Roma.

Entonces sabrá que Roma caerá sobre él.

No quiero torpezas.

No lo sabrá.

Drusila perfibeó en él.

Cierto desagrado ante su presencia.

No porque ignorara quién era.

Sinoprecisamente porque lo sabía.

Los hombres de campaña soportaban mal que una mujer.

Incluso una por cuyas venas corría la misma sangre que la del César.

Vigilar a sus movimientos.

A servilio le habría resultado más cómodo

recibir una orden clara y una provincia libre de ojos imperiales.

Yo permaneceré en Eceso.

Añadió Drusila.

Eso.

Ondra a la provincia.

Respondió él con la mandíbula rígida.

Mi hermano desea resultados.

Los tendrá.

Cornelio también os prometió.

Cornelio buscó la ampolla como quien busca una joya perdida.

Yo busco un resquicio.

Luzio no hablará.

Ya perdida su hijo.

No te resultará fácil.

Le advirtió sin apartar la mirada

y sintió que algo se tensaba dentro de ella.

Entonces sabrá que todavía puede perder más.

Aquella respuesta confirmó sus temores.

Servilio no venía reparar los errores de Cornelio.

Venía imponer la fuerza para dejar claro quién era el César.

Todos deseamos que la ampolla llegue a Roma.

Nada impedirá que así sea.

Affirmó Servilio inclinando la cabeza.

¿Dónde está Cornelio?

Esperando instrucciones para abandonar Eceso.

Servilio no preguntó nada más.

Se retiró por el corredor.

Le acompañaban dos hombres de su escolta.

Su paso irregular se alejó sobre la piedra.

Todo cuero y rigor.

Herida y mando.

Brusila permaneció junto a la fuente.

No se movió hasta que dejó de oírlo.

Quinto Cornelio no había abandonado sus aposentos desde que llegó la orden.

Le habían retirado los sellos,

las tablillas oficiales y a la mayoría de los hombres.

Conservaba sin embargo la túnica limpia, una copa de vino sin tocar,

y la dignidad obstinada de quien todavía confiaba en que la desgracia

se iba a limitar a un relevo.

Cuando Servilio entró, Cornelio se puso en pie.

Pro-consul.

Le saludó, aunque le costó pronunciar esa palabra.

Servilio recorrió la estancia con la mirada.

Baúles cerrados, documentos apartados.

Una lámpara prendida antes de tiempo.

El poder cuando inicieva su retirada,

dejaba siempre el mismo olor acera, sudor y miedo contenido.

Quinto Cornelio.

He entregado los sellos.

Los sé.

Mis informes están completos.

También los sé.

Cornelio miró los dos soldados que permanecian junto a la puerta.

Entonces, no comprendo esta visita.

Servilio avanzó hasta la mesa.

Por eso fracasaste.

Hice lo que podía hacerse con los medios disponibles.

Respondió, entreciendo el gesto.

Lucio Fedro.

No es un comerciante asustado.

Es un antiguo pretoriano.

Su comunidad protege el ampolla.

Las mujeres mienten.

Los esclavos callan.

Es posible que ya ni siquiera esté, donde creemos.

Has permitido que una orden del César

se convirtiera en una disputa local.

Servilio tomó la copa de vino y la olio.

Pero no bebía.

Presioné donde debía presionar.

No.

Hiciste ruido.

Ten cuidado.

Aún tengo amigos en Roma.

Le amenazó Cornelio sin éxito.

Servilio dejó la copa en la mesa.

Los hombres con amigos no esperan solo en una habitación

después de perder los sellos.

Esas palabras significaban más que un insulto.

Entonces Cornelio lo entendió.

Miró hacia la puerta.

Luego hacia la ventana alta.

No había salida.

Calígula.

No puede ordenar esto sin un juicio.

El César.

No necesita ordenar todo lo que sea.

Respondió servilio con una sonrisa rijaosa.

Cornelio trago saliva.

Me reemplazas.

Bien.

Padlo.

Pero no creas que la sangre de ese crucificado

es lo único escondido en esta ciudad.

Aquí todos guardan algo, incluso la casa imperial.

Servilio lo observó con más atención.

¿Qué quieres decir?

Digo que el fracaso quizá no fue solo mío.

Un hombre que fracasa suele buscar compañía en su caída.

Advertió servilio.

Y un hombre nuevo suele creer que el suelo bajo sus pies es firme.

La mano de Cornelio fue a coger la pequeña daga en descritorio.

Más por instinto que por esperanza.

Servilio estaba preparado.

Le sujetó a la muñeca.

La dobló con una precisión seca y lo trajo hacia sí.

El puñal entró bajo las costillas.

Limpio.

Rápido.

Sin rabia.

Cornelio abrió la boca sorprendido.

Servilio lo sostuvo un instante casi con cortesía.

Hasta que las piernas ya no lo ve decieron.

Luego lo dejó caer al suelo.

La sangre empezó extenderse bajo la mesa.

Los soldados no se bobieron hasta que servilio les dio la orden.

Retiradlo antes de que anochezca del todo.

Cuando alguien pregunte diréis que quinto Cornelio partió en fermo hacia la costa.

Y murió por el camino.

Sí, pero con suelo.

Asintió uno de sus hombres.

Y quemada sus informes preciosa.

Y quemada sus informes privados.

Salió de la estancia sin volver la vista atrás.

En la galería poco después.

Drusila vio pasar a los soldados con un cuerpo cubierto.

No tuvo duda de que se trataba de Cornelio.

Servilio iba detrás con las manos limpias y el rostro intacto.

Al llegar a su altura inclinó la cabeza y siguió su camino.

Auló servilio Marcelo ya se encontraba en Asia.

Y su primer acto no fue buscar la ampolla.

Si no eliminara a nombre que no había logrado conseguirla.

57.

El registro.

A media mañana el caballo de servilio se detuvo frente a la casa.

Lucio yo el golpear de los cascos sobre la piedra.

Y la cadencia dio una escolta que no pretendía pasar el advertida.

Cuero y erro frenos tensos.

Hombre se acostumbrados a clas puertas si abrieran antes de llamar.

Flavia estaba sentada la mesa y rodeaba con sus manos el cordelito de esa muela.

Necesitaba tenerlo cerca, pero sin tocarlo.

Como si te miras que el tiempo dejar abuela en él.

No abras.

Lucio miro hacia la puerta.

Si no abro la derribarán.

Entonces que la derriben.

Flavia no tenía fuerza ni tan siquiera para responder al miedo.

Lucio se acercó a lombral.

Antes de levantar la tranca volvió la vista hacia ella.

Quédate detrás.

No voy a esconderme mi propia casa.

Lucio abrió.

Auloservilio Marcelo se encontraba al otro lado.

Todavía con la mano sujetando las rendas.

No llevaba la coraza de campaña.

Pero todo en él irradiaba disciplina militar.

La espalda recta.

La mirada detenida.

La pierna herida midiendo el suelo antes de cargar el peso.

Detrás aguardaban seis hombres armados.

Servilio no vio a un padre deluto.

Sin una puerta abierta.

Lucio Pedro Celer.

Ya no uses ese nombre.

Roma.

No pide permiso a los nombres.

¿Qué queréis?

Lo que el César reclama.

Flavia aparecía su lado.

Servilio la miró lo justo para registrar su palidez.

La mano sobre el vientre y el modo en que sostenía el juguete de madera.

Tu esposa debería sentarse.

Mi esposa decide por sí misma.

El proconsul aceptó la respuesta con una leve inclinación de cabeza.

No pareció molesto.

Eso inquietó Lucio.

Quinto Cornelio se había mostrado al tibo, impaciente, visible en su desprecio.

Servilio era otra cosa.

No empujaba primero.

Medía.

Registrar la casa.

Ordeno.

Los soldados se descieron.

No actuaron con furia, lo cual resultaba más violento.

Abrieron arcones, levantaron esteras, apartaron bancos, vacieron cestos,

revisaron las gritas del muro y los huecos bajó las losas.

Uno salió de la estancia donde dormía Samuel con la manta azul entre las manos.

Flavia dio un paso, pero Lucio la sujetó por el brazo.

El soldado la dejó caer el suelo, como si no fuera más que una tela vieja.

Flavia contuvo la respiración un instante.

Servilio no tocaba nada.

No parecía buscar nada en concreto, caminaba despacio por la casa, observándolo todo,

como quien quiere conocer una vida antes de romperla.

Miró el hogar apagado, el jergon, el patio, las repisas bajas donde reposaban algunos objetos de Samuel.

Una tabella de cera, una noez, una tira de cuero, que había usado para rastrar su cordelito de madera.

Tenía su hijo, dijo.

Lucio sintió que Flavia se tensaba asulada.

Tenía.

Servilio sostuvo un instante al silencio.

Lamento la pérdida.

No te atrevas a nombrarlo.

Las palabras salieron antes de que Lucio pudiera contenerlas.

De nuevo, servilio. No pareció fendarse.

La muerte reciente vuelve imprudentes a los hombres.

Y a otros les da permiso para entrar en casas ajenas.

El procón suele sintió, satisfecho con respuesta.

Cornelio te judo mal.

Lucio no respondió.

Pensó que bastaba con despojarte de lo que amabas.

No entendió que un hombre puede resistir mucho, si cree que su dolor tiene sentido.

Observó el cordelito en manos de Flavia.

Yo prefiero averiguar primero que sentido le da a su dolor.

Flavia lo miró con una fieldad que contrastaba con su debilidad.

Mi hijo está enterrado.

Si venís a ver más heridas, habéis llegado tarde.

Para las heridas, nunca estarde.

Aménazó servilio.

Lucio dio un paso a ciel.

Los soldados se pusieron en guardia.

Una mano se cerró sobre la empuñadura de una gladiós.

Servilio levantó todos dedos, apenas un gesto.

Y todos continuaron con el registro.

No he venido a pelear contigo en tu patio.

Procón suele.

Le llamó uno de sus hombres desde la parte baja de la casa.

Habían descubierto la cripta.

Servilio descendió sin prisa y Lucio lo seguió.

Flavia quiso bajar también, pero él negó con la cabeza.

El aire que se respiraba en la cripta era frío.

Las ornacinas fueron examinadas una a una.

En la repisa central, la piedra conservaba una marca circular más clara.

Era el lugar donde había reposado la ampolla.

Lucio la había cambiado de sitio después del funeral.

Cuando entendió que Roma no renunciaría ella y que el dolor no bastaba para protegerla.

Servilio pasó el pulgar por el contorno de la huella.

Aquí había algo hasta hace poco.

Lucio guardó silencio.

Servilio no pareció contrariado, más bien complacido.

La ausencia de la ampolla le proporcionaba una información muy valiosa.

Esperabas mi visita.

Subieron de nuevo.

La casa estaba más desordenada que antes.

Una arca abierta, ropa en el suelo.

Arina de ramada junto al molino.

La manta de Samuel pisada por una sandalia militar.

Flavia fue agacharse, pero el bien tretyró de ella con una leve punzada.

Lucio se adelantó, tomó la manta y se la entregó.

Un soldado salió de la alcova interior con un pequeño cofre de madera.

Flavia lo reconoció enseguida.

Eso no.

El hombre miró a servicio.

Abrelo.

Orden el pro-consul.

El soldado vedeció y fue vaciando su contenido.

Había una cinta de boda, un trozo de tela bordada,

una cíbulas en silla,

y la bula que ella le había entregado al bucio tiempo atrás.

Un colgante que representaba más que una vida y una promesa.

No era sólo una joya.

Era Roma y su ira de Roma.

Era Macron. Era ennia.

Era Lucio ofreciéndole algo que no supo decir de otra manera.

Era la muchacha que había sido antes de aceptarlo.

Eso es mío.

Protestó Flavia.

La bula no tenía valor para Roma.

No era oro suficiente, ni documento, ni prueba de conspiración.

Servílio, la observó un instante.

Como quien comprende que algunos objetos pesan más por la herida que abren,

que por el metal que contienen.

Aparentadlo.

Ordeno.

El soldado colocó la bula junto a otros objetos requisados sobre una tela oscura.

La fíbula, la cinta, la tela bordada.

Una tablella sin importancia.

Nada de aquello parecía peligroso.

Nada de aquello podía conducirlos a la ampolla.

Pero Flavia sintió que le estaban quitando una parte de su vida delante de los ojos.

Es una bula. No sirve para nada.

Entonces, no tardará en ser de vuelta.

La mentira fue tan descarnada.

Que Lucio dio un paso hacia él.

Flavia le sujetó por el brazo antes de que cayera en la trampa.

Servílio vió el gesto y pareció satisfecho.

No había encontrado la ampolla, pero había tocado donde dolea.

¿Te vuelve la hora?

Bramo Lucio.

Flavia le apretó el brazo.

No para detenerlo por miedo a Servílio.

Pero por miedo a lo que Lucio pudiera hacer.

Servílio suan río.

Había conseguido lo que esperaba.

Que el antijo pretoriano enseñara los dientes delante de todos.

Que el duelo, la humillación y el robo,

convirtieran su casa en una prueba de culpabilidad.

Una sombra de aprobación cruzó su mirada.

Tienes disciplina.

Y tú, soldados que roban.

Servílio no resumida.

Espondió.

Caminó hacia la puerta y se detuvo en el ombral.

La luz de la calle recortó su perfil.

La ampolla no está aquí.

Eso significa que la has escondido bien.

Lucio sostuvo su mirada.

No sé de qué hablas.

Sí, los sabes.

Miró un instante, Flavia.

Nos veremos de nuevo.

Sus hombres salieron tras él.

El último cerró la puerta con una brusquedad innecesaria.

El silencio que dejaron tras así,

fue peor que al ruido.

58.

La voz de la madre.

No llore por la pérdida de la bula,

hasta que llegue a casa de María.

Mientras los soldados permanecían allí, no les concedía ese triunfo.

Vi cómo aquel hombre habría el cofe.

Cómo removía mis cosas, cómo tocaba lo que no sabía nombrar.

Vi su mano cerrarse en torno al colgante y comprendí que no volvería a verlo.

Lucio también lo presenció.

No se lanzó sobre ellos.

Tal vez porque yo se lo impedí.

Tal vez porque servilio esperaba precisamente eso.

Tal vez porque dentro del lucio aún quedaba bastante dominio

para no convertirse delante de ellos.

En el antiguo soldado que Roma conocía también.

Se llevaron el colgante y con él algo más que un objeto.

Cuando Sara me ayudó a sentarme junto al hogar,

sentí por primera vez la pérdida entera.

Samuel ya se encontraba bajo tierra.

Mi casa había sido profanada.

La manta de mi hijo había sido pisada por una sandalia militar

y también se habían llevado la bula.

Aquel pequeño amuleto que había cruzado conmigo demasiado asvidas.

Me la dio en día cuando yo aún creía saber quién era.

Luego la perdí y cuando la recuperé,

ya estaba unida al Lucio, a Roma, a nuestra huida,

a una promesa que no había necesitado demasiadas palabras.

No se trataba solo de una pieza de mi pasado.

Era una señal de que algo podía sobrevivir a la violencia

y convertirse en amor.

Sara había salido en busca de calé porque Lucio quería que me acompañara esa noche a casa.

Yo no podía volver a cruzar la ciudad sola.

María estaba sentada frente a mí.

No les ha bastado con Samuel.

Tenían que robarme también mis recuerdos.

Dije con furia.

La bula pertenecía mi vida anterior pero también a esta.

La guardaba con la cinta de nuestra boda,

con pequeños restos de lo que fuimos salvando

y ahora se la han llevado.

Roma todo lo convierte en botín.

Sentí que la criatura se movía en mi bien.

Entre o quizá fue solo un temblor mío.

María miró hacia la puerta abierta.

La tarde caía sobre el patio con una luz baja,

dorada en propia de aquellos días.

Pedro me contó vuestra boda.

Sonrió con la margura.

Eso me recuerda la boda en canada de Galilea a la que acudimos Jesús y yo.

Conocía bien aquella historia.

Para mí canada pertenecía a esa parte luminosa

de la vida de Jesús que tan alejada parecía de la sangre,

las cruces y los entierros.

No tenía ganas de oír hablar de fiestas pero no dije nada.

La casa estaba llena de parientes,

vecinos, mujeres entrando y saliendo con bandejas.

Hombres que hablaban demasiado alto,

niños jugando a esconderse donde no devían.

Había música, olía a pan recién hecho y acarme a sada.

Su mirada cambió al recordar.

No mostraba regocijo pero sí era más clara.

En una boda todo parece promesa.

Dos familias se miran, se miden, se entregan algo.

Los jóvenes creen que comienzan solo su una vida nueva,

pero todos a su alrededor saben que una casa se sostiene con muchas manos.

Pensé en mi boda con lucio en la bendición de Pedro.

No tuvimos aquella abundancia.

Fue otra clase de unión marcada por huidas,

secreto, miedo y una esperanza que nos costaba pronunciar.

Pero también allí hubo promesa.

Yo conocía la familia, pero siguió.

Por eso advertía antes que otros lo que ocurría.

El vino se estaba acabando.

Y en una boda eso es muy grave,

no porque el vino sea más valioso que el amor,

sino porque esa es caset, se convierte en vergüenza.

Los invitados se miran entre sí.

Alguien murmura.

La alegría se resquebraja por un descuido que todos recuerdan después.

Asentía en silencio.

La madre del novio tenía los ojos llenos de miedo.

No decía nada, pero yo vi como contaba las carras y apretaba los labios.

Aquella casa estaba a punto de quedarse sin alegría delante de todos.

Una casa a punto de quedarse sin alegría.

Sonaba tan frágil que incluso la falta de vino podía deshacer esa imagen.

Me acerqué a Jesús y le conté que apenas quedaba vino.

Y él me respondió que aún no había llegado su hora.

En su voz apareció la sorpresa que esas palabras le causaron entonces.

Yo no sabía qué significaba aquella hora,

pero la había sentido cerca desde antes de que él naciera.

La madre reconoce algunas sombras aunque nadie las nombre.

Aún así advertía los sirvientes que hicieran lo que él les dijera.

Confiaba a Senell, afirme.

Sí, pero no como quien exigio un prodigio.

Confiaba como lo hace una madre cuando sabe que su hijo ve más lejos que ella.

Había seis tinajas grandes de piedra destinadas a las abluciones.

Jesús pidió que las llenaran de agua.

Los sirvientes o ve decieron sin comprender.

Imaginé el agua cayendo en la piedra, el peso de las tinajas.

El silencio atento de quienes esperaban que algo sucediera sin saber él qué.

Después les dijo que se las llevaran al maestre sala.

Cuando lo hicieron, el agua ya no era agua.

María no alzó la voz.

Lo contó con la sencillet de quien vio un misterio entrar en una casa por una necesidad.

Era vino.

Murmure.

Vino bueno.

Mejor que el anterior.

Durante un instante, la casa de María pareció llenarse de aquel olor lejano a pan, de voces, de música.

No sé que tiene que ver eso conmigo.

Dije, aunque empezaba a intuirlo.

María me miró con ojos pacientes.

Aquella familia de canán no había perdido a un hijo.

No era la misma herida.

Pero la boda iba a ser recordada desde la vergüenza.

Y Jesús no lo permitió.

Y a mi Roma me ha rebatado un recuerdo.

Me la mente.

No.

Roma, te ha rebatado un objeto.

Pero no lo que ese objeto significa para ti.

Me levanté despacio y caminea hasta la entrada del patio.

Desde allí se veía una franja de cielo sobre los tejados.

Pensé en nuestra casa.

En Lucio recogiendo lo que los soldados habían arrojado al suelo.

Pensé en sus manos conteniendo la rabia, en sus ojos cuando vio que se llevaba en la bula.

Lucio está cambiando.

Dije.

Está sufriendo.

Tengo miedo de que ese dolor le devuelva a Roma.

Entonces tendréis que guardar vuestra alianza donde Roma no pueda encontrarla.

No sé si sabré hacerlo.

Confese y desvielos ojos hacia el patio.

En Canada entendí que mi hijo no solo hablaba en los lugares sagrados.

También miraba una mesa llena de piandas, una boda,

una madre avergonzada, unos sirvientes asustados.

Cuidaba de la alegría porque la alegría también forma parte de la promesa.

Yo he perdido la alegría, respondí y tragué saliva.

No digo que vayas a encontrarla hoy, solo te pido que no permitas que Roma decida el significado de tu amor.

La puerta se abrió y apareció Sara seguida de Caled.

El traía el rostroserio, quizá porque la amenaza de servilio empezaba a cerrarse sobre nosotros.

Lucio dice que está todo dispuesto.

Anuncio, te acompañaría a casa cuando quieras.

Asenti, María tomó mis manos, no me aseguró que recuperaría la bula,

no prometió restitución ni justicia, solo me sostuvo como hizo esa noche que Samuel desapareció.

En Canada el agua cambió sin que los sirvientes intervenieran.

Dijo, a veces Dios empieza ahí en lo que permanece cuando se cree que todo está perdido.

Mire a mis manos vacías, no tenías a Samuel pero Lucio seguía allí, aunque he herido y centro de mí,

una vida pequeña se empeñaba en no apagarse. Todavía podía impedir que Roma me robara el significado de haber amado.

59. La amenaza

La casa no parecía la misma.

Las esteras se veían torcidas, la harina seguía esparcida por el suelo y la manta de Samuel descasaba sobre una silla,

doblada por Lucio con un cuidado que no consiguió borrar la huella de la sandal militar.

El cofre de madera permanecía vacío sobre la mesa.

Flavia miró en su interior como si el objeto robado pudiera volver si insistió lo suficiente.

Lucio observó la puerta, servílios y había marchado pero eso no significaba nada.

Roma sabía esperar, a veces se alejaba, sólo para que el miedo terminara de hacer el trabajo.

Lucio lo había visto antes, vámonos, dijo Flavia, huyamos a Esmierna.

Lucio se giró hacia ella, no lo había dicho con violencia ni con desesperación, más bien como si

acabara de encontrar la única salida posible. Flavia, esta noche, ahora, antes de que vuelvan,

estaba pálida, en sus ojos no quedaba llanto, sólo una claridad agotadora, que a Lucio le

pareció más peligrosa que cualquier soldado. No podemos marcharnos así, si podemos.

Lucio respiro despacio, escúchame, no quiero escuchar nada sobre prudencia, lo entrompió ella,

no es prudencia, es supervivencia. Eso es lo que intento decirte, argumentó Flavia.

Aquí estamos entenciados, han entrado en nuestra casa, han manoseado sus cosas, han bajado la

cripta, se han llevado lo que yo guardaba con sientes de que me dolería, que crees que harán

la próxima vez. Lucio lo sabía de sobra, por eso no respondió. La próxima vez no buscarían sólo

en las habitaciones, sino en ellos, en su cansancio, en su vuelo, en el hijo que aún no había nacido.

Servilio no se había presentado para imponer su fuerza, sino para medir el lugar exacto donde debía

aplicarla. Si huimos ahora, dijo al fin, no se encontrarán antes de poner rumbo a Esberna.

Entonces giremos a otro sitio, con qué escolta, con qué provisiones, y en tu estado?

Flavia apretó los labios. Prefiero caer en un camino que espera aquí a que regresen.

Lucio se acercó a ella. Roma no persigue sólo los que huyen, persigue nombres, rutas, puertos, deudas.

Si salimos sin pensar, nos pondremos en sus manos. Ya estamos en sus manos. Samuel está muerto.

Servilio ha bajado la cripta. ¿Qué más tiene que pasar para que entiendas que esta casa no es segura?

Lucio sintió el golpe de cada palabra, miró hacia el patio, donde Samuel había jugado tantas veces.

Después, en dirección a la cripta, en la que ocultaba el único secreto que Roma no había conseguido arrancarles,

cambió la ampolla de sitio. Pero la marca en la piedra había sido demasiado el acuente.

Y servilio lo había dominado.

El testimonio sigue aquí, dijo Flavia. Lucio clavó los ojos en ella, pero no contestó.

No me miras así. No soy una niña. Sé que no está lejos. Cuanto menos sepas mejor.

No me protejas dejándome fuera. Intento mantenerte con vida.

Yo intento que sigamos siendo una familia. La frase le golpeó por su contundencia.

En aquella casa, la palabra familia le pareció Lucio demasiado grande para lo poco que quedaba.

Samuel se encontraba bajo tierra y el hijo que esperaban amenazado antes de nacer. Y aun así,

Flavia le había pronunciado, como si todavía pudiera sostener algo.

Lucio le tomó las manos. No vamos a huir esta noche. Ella quiso apartarse, pero no tuvo fuerzas.

Lucio no está noche. No así vendrán. Lo sé. Entonces, ¿qué haremos?

Servilio quiere que actuemos desde el miedo. Murmur, Lucio, quiere que salgamos corriendo,

que cometamos un error, que yo traslad el testimonio.

Flavia miró hacia la parte baja de la casa. ¿Crees que vendrá por él?

Vendrá por mí. Lucio se repintió en instante en diáverlo dicho en voz alta.

Flavia entendió que servilio no necesitaba encontrar la ampolla.

Vastaba con arrancarle a Lucio el lugar donde la tenía escondida.

Si huye ahora, sus sospechas se verá confirmada y sabrá que está cerca.

Argumentó Lucio. Debo asegurarme de que no la encuentre.

Flavia se separó despacio. No tardes. Le suplicó.

Lucio tomó un dalán para y la miró una vez más antes de bajar a la crepta.

En la escalera ya sintió el frío. Destendió con cuidado.

El aire olía humedad, piedra antigua y aceite consumido.

Las formacinas abiertas durante el registro parecían bocas oscuras.

En la repisa central seguía la marca circular.

Abanzó hacia el fondo, apartó dos ánforas viejas y se arrodelló ante un tramo irregular del muro.

Retiró una tabrilla falsa, levantó una losa estrecha y metió la mano del hueco.

El testimonio seguía allí. No los acó.

Recorrió con los dedos el envoltorio del inno, sintiendo la forma pequeña y compacta de la ampolla.

Aquella sangre había cambiado su vida, rotó sus viejas lealtades, salvada su alma.

También había traído a Roma hasta su casa y había puesto a su familia bajo una amenaza

que no parecía que fuese a terminar nunca. No era un objeto, era una carga.

Retiró la mano con cuidado, ajustó la losa, puso la tabrilla en su sitio y colocó las ánforas

en la misma posición. Después se quedó a rodellado un momento, escuchando el silencio

de la casa sobre su cabeza. Servílio volvería. No sabía cuando ni de qué manera, pero volvería.

Cuando subió de nuevo, Flavia suspiro al verlo.

Estás salvo, dijo él. El testimonio continuaba en su escondite. La casa se mantenía en pie y

Flavia estaba asulado. Y por un breve instante, eso fue todo lo que pudo defender.

Se senta. El pulso.

Tras dejar a Flavia con lucio, Caleb quiso comprobar la calle y sus alrededores, la esquina,

el callejón del pozo, entonces labió junto al muro de una panadería cerrada.

Llevaba un velo escuro y una túnica desbaída que no le pertenecía.

Aún así, no lo grababa pasar por una mujer cualquiera.

Había en ella una quietud demasiado vigilante, una forma de medir la calle antes de moverse,

que no se aprendía en los mercados. Su rostro parecía más delgado y tenía la mano derecha

a culto bajo el manto. Caleb es el de tuvo. Valeria no se movió.

El avanzón pasó. Ella permaneció quieta, aunque sus dedos se aceraron bajo la tela.

Si sacas el cuchillo, te romperé la muñeca antes de que pueda asusarlo.

No he venido a matarte. Se defendió ella.

No. Para eso mandas a otros.

La frase golpeó donde te via. Valeria sostuvo su mirada, pero algo se movió en su rostro.

Necesita hablar contigo. Pues yo no necesito irte.

Respondió él con una resasorda. Luzio sí.

¿Nes se te ocurra nombrarlo?

Ser vilio la busca.

Caleb lo observó con más atención. Había su ciudad en el borde de su manto.

Tenía una pequeña herida mal cerrada cerca de la clavícula y el cansancio alrededor de los ojos

resultaba evidente. No parecía que volviera de una victoria.

Más bien que hubiera escapado de una persecución.

¿Qué sabes de ser vilio?

Lo suficiente para seguir viva un poco más.

Eso no me sirve. Valeria miró hacia el extremo de la calle.

Un carro se acercaba despacio, cargado de sacos.

Espero que se alejara antes de hablar.

Avenido en mendar los errores de Cornelio. Buscará el punto donde Luzio flake.

Ya lo intentasteis con su hijo. Apretó la mantibula.

Tú preparaste el rapto y nosotros enterramos al leño.

Caleb sintió una furia limpia, peligrosa.

Podría rastrarla hasta Luzio. Podría entregarse la Juan a María, a cualquiera de la comunidad.

Para que vieran el rostro de la mujer, que había entrado en su casa fingiendo fe.

Pero estaba demasiado cerca de ella y percibió algo que no esperaba.

Valeria no se defendió, encajó el golpe en silencio.

Caleb la miró con desprecio y con inquietud.

Había atendidas soldados heridos, a esclavos maltratados,

a mujeres que ocultaban la fiebre de sus hijos, por miedo a perder el trabajo.

Conocía el cuerpo cuando estaba a punto de ceder.

Valeria no estaba herida de gravedad, pero algo en ella había empezado a rascarajarse.

¿Por qué has venido?

¿Por qué me buscan?

Roma acostumbra a buscar a sus propias ratas cuando dejan de ser útiles.

Así es, a firmoya.

La respuesta fue tan sincera que Caleb no supó que responder.

Necesito que me escuches. Valeria dio un paso hacia él.

Hay hombres vigilando la casa de Lucio.

Dos están cerca, en la calle.

Hay otro junto al almacén de aceite y una más en la calle baja.

No se acercarán mientras haya luz, pero no esperarán mucho.

Cuando.

No lo sé. Valeria cogió aire.

Servilio.

No cree que la muerte del niño haya destruido Lucio.

Al contrario, está convencido de que lo ha preparado.

Caleb sintió un peso en el pecho.

Preparado para qué?

Para la culpa.

Para la duda, confirmó ella.

Necesita en el antiguo pretoriano.

Su furia y su brutalidad no ha un hombre de familia.

¿Por qué me cuentas esto?

Lucio no necesita que lo protejas.

No lo estoy protegiendo.

Hizo una pausa.

Solo intenta evitar otra muerte.

Ahora te importa la muerte.

Le reprochó Caleb.

Haces bien en no creerme, pero quiero prevenirte.

Aquella respuesta lo desconcertó.

Valeria aprovechó el silencio.

Hay una puerta lateral en el praetorium.

La que usan los hombres que llevan provisiones a la cocina.

Cambian la guardia al final de la noche y los soldados suelen estar bebidos.

Si alguna vez necesitas entrar,

ese es el punto más débil.

¿Por qué iba a necesitar entrar?

Preguntó el conduz.

Porque ser el vilio no ha venido a registrar casas.

Ha venido a tomar hombres.

Si sabes que van a llevarse a Lucio, dime cuando.

No lo sé.

Caleb la agarró por el brazo y le empujó contra el muro.

No fue un golpe fuerte,

pero bastó para que Valeria, sin tiera la piedra, clavarse en su espalda.

No pidió auxilio.

Tampoco intentó liberarse.

Un niño murió por tus mentiras.

Dijo él.

No hables de lo que no sabes.

¿Qué significa eso?

Valeria abrió los ojos.

Había mi hido en ellos, pero no sólo por él.

Significa que todavía hay cosas que no puedo decir.

Entonces no has venido a ayudar.

Os venido a comprar tiempo.

Para quién?

Valeria no respondió.

Caleb la soltó con brusquedad y se apartó,

como si el contacto le quemara.

Durante un instante, ambos respiraron con dificultad.

La calle seguía vacía,

pero el silencio parecía lleno de oídos.

Vete.

Dijo él.

Si me voy ahora,

quizá no vuelvas a encontrarme.

No me tientes.

Caleb soltó una risa seca.

Valeria bajó la mirada,

se frotó los dedos contra el manto, manchados de polvo y sangre seca.

De pronto, si oyeron pasos al fondo de la calle,

Valeria se tenso.

Caleb enreccionó sin pensar.

La empujó hacia la pared y se colocó delante de ella.

Dos hombres cruceron guiados por la luz pobre en diuna lámpara.

Uno se detuvo,

miró a su alrededor y escupió al suelo antes de continuar.

Cuando desaparecieron, Caleb se apartó de golpe.

No confundas eso con protección.

No lo hago.

Ni con confianza.

Valeria se cubrió mejor con el velo.

Dile a Lucio, que no bajé la guardia.

Cuando insistió Caleb.

Pronto.

A servirlo, no le gusta perder el tiempo.

¿Por qué le ayudas?

No lo sé todavía.

Respondió Valeria desde la esquina.

Mientes.

No, no miento.

Por eso suena tan raro.

Flavia casi pierde al niño que lleva adentro.

Sara, no logra levantar la cabeza.

Lucio ha enterrado a su propio hijo.

Y tú me vienes con medias verdades.

Cada cosa es su tiempo.

Si te contara toda la verdad ahora, no me creerías.

Pro heba.

Durante un instante pareció dudar.

Luego,

negó con un leve movimiento de cabeza.

Todavía no.

Retrocedió hacia la sombra de la panadería.

La puerta lateral,

el cambio de guardia,

recuerdalo.

Repitió mientras se alejaba.

Valeria.

Samuel.

Sufrió.

Ella se detuvo,

pero tardó en responder.

Tuvo miedo.

Eso no me sirve.

Lo sé.

Se dio la vuelta y se metió por una calla estrecha.

Caleb no la siguió.

Una parte del comprendió que Valeria

no había ido hasta allí,

sólo para salvarse.

61.

La captura.

Lucio dejó la lámpara sobre la mesa,

junto al corderito de Samuel y la manta doblada.

La casa

continuaba desordenada,

a pesar de sus esfuerzos.

Había recogido la harina,

cerrado los arcones

y limpiado las vuellas de barro de los soldados.

Pero el registro permaneció en el aire,

en el hueco del cofre,

en la sensación de que cada objeto

parecía haber perdido su sitio.

Había bajado una vez más a la cripta,

la ampolla seguía allí,

oculta detrás de las ánforas viejas.

No la había tocado,

comprobó la losa,

la tabrilla falsa,

el polve extendido sobre el suelo.

Todo permanecía igual.

Salvo que Flavia,

ya no estaba con él.

Había regresado a la casa de María.

Lucio le había pedido a Caléve,

que no se separara de ellas.

Desde que Valeria,

si había infiltrado en su comunidad,

cualquier casa parecía más segura,

sólo porque aún no había sido profanada por el enemigo.

En ese instante,

si o yo un golpe apagado en la calle,

no era el ruido de una patrulla,

ni el paso de un vecino resagado.

Fue un roce mínimo,

demasiado controlado.

Lucio apagó la lámpara con los dedos,

la oscuridad ocupó la estancia,

permaneció de pie junto a la mesa, escuchando.

Alguien respiraba al otro lado de la puerta,

no uno,

varios.

El silencio que lo rodeaba,

sonaba de estiplina,

no venían a registrar de nuevo,

venían por él.

Tomó el cuchillo que guardaba sobre una balda alta

y reatracedió hacia el patio.

Si alcanzaba el muro trasero,

podría salir por la calle baja,

pero no llegó.

La puerta principal se abrió,

no la forzaron.

Habían conseguido levantar la tranca desde fuera,

con una herramienta fina sin hacer ruido.

La hoja se movió lo justo

para dejar entrar una línea de noche.

Dos hombres cruzaron primero,

el tercero cerro detrás.

Lucio reconoció la posición en la que avanzaban,

uno al frente,

ancho y de poca estatura,

preparado para recibir una investida.

Otro a la derecha, buscando el brazo armado,

el último detrás,

no para atacar,

sino para impedir la retirada.

Era una maniobra de captura,

eso le dio el segundo de ventaja que necesitaba.

Se lanzó contra el de la derecha,

antes de que completaran el círculo.

El cuchillo cortó tela y rozo carne.

El soldado soltó un gruñito.

Lucio le un dio el hombre en el pecho

y lo estampó contra el muro.

Pero el primero se abranzó sobre él,

sintió una tela gruesa,

envolverle el antebrazo y tirar hacia abajo.

Giró la muñeca para liberar la hoja,

pero no logró zafarse.

Conocía esa técnica,

la había usado.

El tercer hombre le traó las piernas desde atrás.

Lucio cayó de rodillas

y el cuchillo rodó bajo la mesa.

Aún forcejó por instinto.

Una rodilla le presionó la espalda.

Una mano le aplastó la cara contra el suelo.

El olor del polvo leyó la boca.

Bastá.

La voz de servilio llegó desde la puerta.

Lucio intentó levantar la cabeza,

pero sólo vio sus sandalias y el borde de su tónica.

Hizo fuerza para incorporarse,

pero el soldado le retorció el brazo hasta que el dolor le subía el hombre.

No has perdido la disciplina.

Servilio se ha gachado a su altura.

Eso, lo hará más interesante.

No encontrarás la ampolla.

No, esta noche.

El pro-consul hizo una señal.

Le ataron las manos a la espalda con una cuerda fina.

Viene justada.

Después le cubrieron la cabeza con un saco.

Lucio, yo, como uno de los hombres, recogía el cuchillo

y otro revisaba de prisa al patio.

No buscaron demasiado.

Ya tenía lo que querían.

Al hombre que conocí el escondite.

Cuando lo alzaron, Lucio golpeó a sigas con el hombre.

Alcanza una mantibula y oye una maldición ahogada.

La respuesta fue un puñetazo seco bajo las costillas.

Llevá oslo.

Ordeno servilio sin perder la calma.

Los sacaran por la calle trasera.

No huescándalo.

Solo cuatro sombras cruzando efeso,

mientras la ciudad dormía o fingía dormir.

Lucio no grito.

Sabía que nadie le ayudaría.

Quinollera paso romanos se apartaría un lado

y esperaría a que se perdieran en la noche.

Caleb regresó a la casa de Lucio poco después de que encendieran los primeros ornos.

La advertencia de Valeria le había dejado un peso incómodo.

Dile a Lucio que no vaje la guardia.

Tenía pensado volver de inmediato,

pero Flavia no se dormió hasta muy tarde.

Encontró la puerta entornada.

Al principio supuso que Lucio había salido antes de la manacera.

Luego vio la marca junto a la tranca.

No estaba rota.

Había sido levantado con habilidad.

La casa se hallaba demasiado quieta.

Sobre la mesa la rampa se había consumido

hasta dejar un cerco de aceite.

De bajo me dioculta por la sombra.

Caleb vio una mancha oscura sobre la piedra.

Se ha gachó y la tocó con la llema del dedo.

Era sangre seca.

No mucha, pero sí suficiente.

Lucio.

Nadie respondió.

Caleb escudriñó la estancia.

Vio una rozadura reciente en el muro.

Una huella torcida junto a la puerta trasera

y un fragmento de cuerda en el suelo.

No había desorden de registro,

sino de lucha con tanida.

Hombre es que sabían reducir a otro sin despertar a nadie.

Luego, inspeccionó el patio.

Salió al exterior.

La vecita de enfrente varía el umbral.

Al verlo, abajó la cabeza y fingió no reconocerlo.

Mujer.

No sé nada.

Dijo y siguió variando.

Caleb cruzó la calle.

O noche se llevaron a un hombre de esta casa.

La mujer trago saliva.

Ví soldados.

Cuantos.

Tres.

Quizá cuatro.

Uno cogeaba un poco.

No sé más.

Ser vilio.

La mujer se metió en su casa y cerró la puerta.

Algunas ventanas fueron cerrando según atrás otra.

La calle quedó limpia, barrida, silenciosa.

Como si nada hubiera ocurrido allí durante la noche.

Valeria había dicho la verdad o al menos una parte.

Ser vilio no había venido a registrar casas.

Había venido a tomar hombres.

Tenía que decirse la flavia.

Debía comunicarle a una mujer

que acababa de entrar a su hijo, que Roma

si había llevado también a su esposo.

62.

La incrucijada.

Caleb llegó a la casa de María con el rostro de quien trae una desgracia

y no sabe dónde dejarla.

Flavia se encontraba sentada junto al hogar,

envuelta en el manto que Sara le había colocado sobre los hombros.

No había dormido casi nada.

Cada vez que zarraba los ojos veía a Samuel,

la casa revuelta, el cofre abierto.

Había intentado rezar, pero las palabras

perdían toda la fuerza antes de alcanzar la boca.

María levantó la mirada en cuanto Caleb pisó el umbral.

No le hizo falta preguntar.

Ya lo conocía lo suficiente,

como para distinguir en su gesto el cansancio de la alarma.

Sara dejó de remover las hierbas en el cuenco.

¿Dónde está Lucio?

Quise saber Flavia.

Caleb entró despacio, como si cada paso le pesara.

Fui a vuestra casa a la manecer.

Flavia se incorporó demasiado depresa.

El dolor le tiró del viente

y tuvo que apoyarse en el muro.

Caleb miró a María.

Flavia sopó entonces que algo había ocurrido.

La puerta estaba entornada.

Había señales de lucha.

Dijo al fin.

Durante un instante, la estancia

pareció llenarse de aire frío.

No.

Dijo Flavia, sin hallar más palabras.

Pero no he encontrado su cuerpo.

Añadió Caleb avanzando hacia ella.

Dime que está vivo.

Sublicó Flavia.

Se lo han llevado.

Las palabras cayeron desnudas

y Flavia sintió que el suelo

cedía bajo sus pies.

Primero Samuel.

Ahora Lucio.

Roma orgaba enlerida

para comprobar cuánto más podía abrirse.

Sara se cubrió la boca con una mano.

En un intento de contener el llanto.

Una vecina pió a tres o cuatro soldados.

Uno de ellos cogeaba.

El para-cancell.

Murmuró María cerrando los ojos.

Flavia se apartó del muro

y vió un paso hacia la puerta.

Tengo que ir.

Si sales ahora,

les entregarás también a la criatura que llevas dentro.

Argumentó Caleb.

Aquello la detuvo.

No estaba convencida.

Pero recordó que su cuerpo

ya había estado a punto de cedera.

Se abrazo el vientre

en un gesto que era protección y culpa la vez.

Siempre haya algo que me obliga a quedarme quieta.

Murmuró.

María se acercó a ella.

No estás quieta porque seas débil.

Dijo.

Caleb está en lo cierto.

El hijo que esperas también corre peligro.

Flavia buscó algún reproche para aquellas palabras.

Pero no lo encontró.

Las piernas dejaron de sostenerla y se sentó de nuevo.

Sara corrió hacia ella y le puso un cojín detrás de la espalda.

Caleb pensó en Valeria,

en su advertencia.

Era la única pista que tenía.

Creo que servílió.

Lo ha llevado al praetórium.

Dijo.

Hay una entrada de servicio.

Tal vez puede acercarme sin que me vean.

Flavia lo miró extrañada de que tuviera esa información tan precisa.

Cómo lo sabes.

Caleb ha gachado la cabeza un poco avergonzado.

Valeria.

Sara se sobresaltó y volcó el contenido de un cuenco.

El líquido se derramos sobre el suelo.

¿La has visto?

Preguntó Flavia sin apartar los ojos de él.

Sí.

Ella se puso en pie de espacio.

La palidez no quería abandonar su rostro,

pero en sus ojos se leía cierta perspicacia.

Entró en mi casa.

Se sentó a nuestra mesa, escuchó a María.

Pió a Samuel jugar en el patio.

La voz le salía rota por el dolor.

Y no percibi nada.

No me di cuenta, no desconfie.

Debe hacerte caso, Sara.

Tú si lo viste.

Viste el peligro.

La culpa no es tuya.

Dijo Caleb.

Flavia soltó una reza breve, casi muda.

Todos decís eso.

La culpa no es tuya, Sara.

La culpa no es tuya, Flavia.

Pero Samuel está muerto.

Ilucio ha desaparecido.

Alguien abrió la puerta.

Alguien confió.

María la tomó por los hombros con delicadeza.

Escúchame.

Una traición no nace de la confianza del traicionado.

Sino de quien abusa de ella.

Yo la deje entrar.

Insistió Flavia.

Recuerda que Judas comió del mismo panque, mi hijo.

Caleb envahó la mirada.

Sara dejó de llorar por un estante.

Flavia abrió los ojos

y observó a María como si acabara de escuchar algo

que habría una herida profunda.

Se apartó despacio y volví a sentarse.

Estaba agotada, consumida por la culpa.

¿Qué le harán, alucio?

Preguntó.

Intentarán doblegarlo.

Caleb no quisó mentir.

No serviría de nada.

Por el testimonio.

Sí.

Ayer le pedí que escondiera la ampolla y huyeramos

que la tirase al mar si era necesario.

El se negó y yo no insistí y ahora lo van a torturar por ella.

Lo van a torturar por la codicia de Roma.

Replicó María.

Pero yo dude.

También Pedro dudó.

También los demás huyeron.

Dudar y querer salvar la vida.

Solo te hace más sumana.

Voy a buscar a Juan.

Dijo Caleb.

Necesito que me ayude averiguar

cuántos hombres tiene ese reveal a su disposición.

Flavia sintió y lo miró durante unos segundos.

Los que necesito para que en sus ojos

asomara de nuevo la determinación.

Si ves a Valeria otra vez, no le hagáis daño.

Quizá podamos osacarle algo de información.

Caleb salió y la casa quedó en silencio.

63.

La voz de la madre.

Caleb había salido en busca de noticias de Lucio

y Sara se empeñaba en ordenarlas mismas hierbas junto al hogar.

Yo estaba sentada cerca del muro envuelta en el manto

en capaz de cerrar los ojos sin ver a Valeria en nuestra casa,

en nuestra mesa, escuchando las oraciones,

acercándose a Sara, observando a Samuel.

Me dolié haberla invitado a entrar,

pero también me dolié a mirar a Sara

y ayer en ella a otra culpa.

María nos vigilaba las dos comprudencia,

como si supiera que la traición deja siempre parte de su veneno

en quienes fueron engañados.

O Jesús también lo traicionaron.

Dijo al fin.

Jodas.

Hacentí.

Durante un instante, su rostro cambió.

Supé que algo se había torcido,

aunque no sé si eso es lo mismo que saber.

Sara se acercó y se sentó a poca distancia.

María miró la llama de la lámpara que temblaba con el aire

que se colaba por la rendija de la puerta.

Jesús quiso celebrar aquella cena con ellos.

Estaban Pedro, Juan, Santiago, Mateo y todos los demás.

También Judas y Scarioté.

Pronunció su nombre sin condenarlo.

Yo veía un hombre que evitaba algunas miradas,

pero sólo eso.

Para Jesús era uno más.

Sentía un escalofrío.

Pensé en Valeria en su falsa búsqueda de la verdad.

A veces el mal no llegamos trándolos dientes.

A veces se sienta la mesa y parte del pan con nosotros.

Continuó.

Jesús se levantó.

Se quitó el manto y la volos pies de sus amigos

con aquellas manos que habían tocado en cermos, niños y muertos.

Pero los hombres que asistieron aquella cena

aún no sabían de qué forma iban a fallarle.

Jesús los amó a todos incluso a Judas,

hasta donde éste se dejó amar.

María no suavizó la frase,

no dijo que aquello hubiera cambiado el corazón del traidor.

Después, Jesús anunció que uno de ellos iba a entregarlo

a las autoridades.

La mesa se lleno de preguntas, de miedo, de negaciones apresuradas.

Todos querían saber quién era,

pero ninguno se atrevía a mirarse demasiado por dentro.

Apartó los ojos de la lámpara.

Jesús le pidió a Judas que hiciera pronto lo que tenía que hacer.

Algunos creyeron que se trataba de algún encargo.

Judas levantó.

Era un hombre que ya había elegido y que aún así fingía o ve diencia.

Entonces salió a la noche.

Valeria también abandonó nuestra casa después de observarnos

y descubrir lo que necesitaba saber.

Pensé en la noche del rapto.

En Sara pendiente del carro,

ensamó el cubierto con un manto.

La traición no llegó con gritos,

sino aprendiéndose nuestros nombres.

Yo también cargue con la marcura de una madre.

Dijo María,

por sentirme impotente a la vez que doci

lante los designos de Dios.

¿Y cómo lograste desprenderte de la culpa?

Pregunté desesperada.

Fue de desprendo,

como una revelación.

Me explicó.

Judas nos traicionó porque alimentó su propia oscuridad

y no quiso entregarse a la misericordia.

Sentir misericordia por Judas me pareció casi imposible,

lo mismo que por Valeria.

No deseaba compadrecerme de ella.

Me parecía una ofensa a Samuel.

Pero algo en mí entendió

que eso no iba a devolverme a mi hijo

ni tampoco salvaría alucio.

Después de la cena fueron al monte de los olivos.

Continua.

Jesús caminaba delante,

pero no como otras veces.

Había en sus pasos una carga

que los demás no podían llevar por él.

En Jetsemani pidió a Pedro Santiago y Juan

que velaran con él.

Los tres lo amaban, Flavia.

Lo amaban, de verdad.

Pero se durmieron.

El miedo y la pena cansan antes de llegar.

Sus cuerpos no supieron sostener lo que su corazón

había prometido.

Pensé en el luceo.

Encerrado por orden de servilio,

quizá privado de sueño, de agua, de aire.

Hasta entonces había repetido para mis adentros

que resistiría que ningún dolor

podría arrancarle el lugar donde escondía la ampolla.

De pronto aquella certeza me pareció cruel.

Luzió no era una muralla, era un hombre.

Jesús se apartó un poco de ellos.

Lo suficiente para quedarse solo.

Se rodilló y sus palabras llegaron entrecortadas

por el viento.

Le pedía al padre que, si era posible,

apartara de él aquel cáliz,

suponía demasiado sufrimiento.

Aunque pronto se reízo y aceptó su voluntad.

Pero aceptarnos significa no temblar.

Eso debe recordar los flabias.

Silució flaquea.

Si su cuerpo le suplica que termine el martirio.

Si su boca pronuncia una palabra que luego lamentará.

No será porque no te amen y porque haya dejado de creer.

Será porque es un hombre.

Fue ra.

Un perro ladró en una calle cercana.

Sara se levantó para mirar por la rendija y volvió sin decir nada.

Tras escuchar a María, por primera vez en muchas horas,

no pensé solo en mi culpa.

Pensé en la mesa, en los pies lavados,

en los discípulos dormidos,

en un hombre que tembló antes de aceptar el dolor

y en una madre que vio cómo la traición se acercaba con un antorcha en la mano.

Después llegaron con palos.

Espadas y teas encendidas.

Dijo.

Judas iba delante.

La señal era un beso, un gesto de amor convertido en entrega.

Jesús lo llamó, amigo.

Entonces yo tampoco pude entenderlo.

Sólo vi la crueldad de aquella señal.

La forma en que la traición se había disfrazado de algo familiar.

Esa noche, mientras Calet buscaba un camino que le llevara hasta Lucio.

Y Roma de nuevo clavaba sus garras en nuestra vida.

Entendí que esperar no era abandonar.

Era velar sin dormir, era no dejar que la culpa ocupara el lugar del amor.

Era mantener una lámpara encendida mientras otros caminaban en la oscuridad.

64.

El sublicio.

Lucio se despertó desorientado con los brazos estirados por encima de la cabeza.

Le habían retirado el saco, pero la oscuridad seguía allí, pegada las paredes.

El aire y olía a humedad y erro y fe y terrancio.

Intentó mover las manos y un dolor seco le atravesó los hombros.

Sus muñecas atadas colgaban de una argolla alta.

Los pies apenas rozaban el suelo y el peso de su casa.

Su cuerpo tiraba de él con una paciencia cruel.

No grito.

Había visto otros hombres torturados con aquella postura.

Incluso él mismo le había aplicado.

Sabía cuánto tardaba el cuerpo en empezar a obedecer al dolor.

Y cuánto podía resistir un soldado.

Antes de que la mente buscara cualquier salida.

Pero él ya no era un soldado.

Una lámpara se encendió al fondo.

Auló servilio marcelo, apareció detrás de la luz, sin prisa.

No llevaba manto.

Solo una túnica oscura ajustada por un cinturón de cuero.

Caminaba con la cadencia medida de su pierna herida.

Pero en aquella estancia, hasta su cojera aparentaba una forma de disciplina.

Tomó una banqueta y se sentó frente a él.

No parecía decidido empezar con una pariza.

Y eso empeoraba las cosas.

Los que golpeaban enseguida solían cansarse pronto.

Quiero que entiendas algo desde el principio.

No necesito que sufras más de lo necesario.

Entonces, desátame.

El pro-consul hizo una señal.

Un soldado se acercó con un cuenco de agua.

Los obtuvo cerca de la boca de lucio.

Pero no lo bastante para que pudiera beber.

Te daré agua cuando convenga.

Dijo servilio.

Descanzarás cuando convenga.

Hablarás cuando convenga.

Todo estará medido.

Lucio miró el cuenco y después a él.

El soldado retiró el agua.

Roma siempre ha sabido medir el dolor ageno.

Continuó servilio.

Por eso siguen pie.

El presionero cerró los ojos un instante.

No quería pensar en Flavia.

Pero labió sentada en la casa de María,

esperando su regreso antes de la manacer.

Él se lo había prometido.

Aquella promesa incumplida le dolió más que la cuerda en las muñecas.

Servilio se inclinó rigeramente hacia adelante.

Fuste pretoriano.

Y no uno me dio cre.

Él he ido informes sobre ti.

O vecías de prisa.

Entendías las órdenes antes que muchos.

Y no confundías compasión con deber.

Ahora te tus elogios.

No son elogios.

Son herramientas.

Apolló los codos sobre las rodillas.

La misión columba en Judea.

Pocos la conocían.

Todos pensaron que era un traidor.

Pero en realidad, Roma confió en ti.

Aunque nadie tuvo en cuenta una pieza clave en todo aquello.

La mujer que acabó convirtiéndose en tu esposa.

El cuerpo del ucio se tensó.

La cuerda respondió con un crujido leve.

Y el dolor bajó por los brazos hasta las costillas.

Servilio lo observó con atención.

Ahí está.

El primer quiebro.

Has reaccionado antes de pensarlo.

Se levantó.

Caminó alrededor de el concalma sin tocarlo.

Lúcio o yo su paso desigual sobre la piedra.

Quinto Cornelio pensó que bastaba con arrebatarte algo que te causara, dolor.

Fue una idea vulgar.

El dolor inmediato vuelve torpes a muchos hombres.

Pero también puede hacer los más obstinados.

Tú no entregaste la ampolla cuando creías que tu hijo aún vivía.

Tampoco la entregraza ahora por la gente.

Tampoco la entregraza ahora porque estés colgado de una argolla.

Entonces pierdes el tiempo.

Repiculucio.

Yo no lo veo así.

Pretendo averiguar dónde debe ser presionado.

Volví a sentarse delante de él.

Tu orgullo militar no me interesa.

Los hombres se enamoran de su propia resistencia con demasiada facilidad.

Se dicen que aguantan por Dios, por Roma, por honor, o por una mujer.

Pero lo cierto es que casi siempre aguantan porque no quieren verse vencidos.

Hablas mucho para no querer nada de mí.

Le reprochó Lucio levantando la cabeza.

Quiero la ampolla.

Hizo otro gesto y el soldado acercó de nuevo el agua.

Esta vez permitió que Lucio me viera un poco, lo justo para recordarle la sed.

¿Dónde está?

Pregunta le alcésar. Tal vez sus dioses se lo digan.

Respondió Lucio con la lengua ligeramente humedad.

El golpe no vino de servicio.

Un soldado le unió el puño en el costado.

Lucio pretó los dientes y su cuerpo se balanceó.

El dolor le estalló en los hombros con una violencia incisiva.

Cuando consiguió respirar, servilio seguía mirándolo con la misma calma.

No hagas que mis hombres improbisen. Es algo que me desagrada.

Despidió al soldado con una mirada y espero aquel Lucio recuperase el aire.

Te convertiste en seguidor del Nazareno y tu nuevo Dios te perdonó tus pecados pasados.

Lucio no respondió.

Y quizá por eso custodia esa sangre con tanta obstinación.

No protejes una reliquia.

Protejes la posibilidad de que tu vida anterior no haya sido inótil.

Lucio apretó los dedos todo lo que le permitió la cuerda.

Un hombre culpable necesita servir a algo que parezca más grande que su propia culpa.

La frase lo alcanzó.

Lucio pensó ángelos alén en la cruz, en la sangre que custodiaba y ensamó el bajo tierra.

Por un instante la duda se abrió paso.

Si proteger la ampolla había costado la vida de su hijo,

seguía siendo vediencia o era otra forma de condena.

No permitió que la pregunta llegara más lejos.

Bien, dijo Servilio.

No es tu cuerpo ni tu orgullo, ni siquiera tu miedo a morir.

Tu hijo ha muerto y la ampolla sigue escondida.

Tu esposa ha estado a punto de perder al hijo que lleva dentro y la ampolla sigue escondida.

Ahora tú estás aquí, el ampolla sigue escondida.

La pregunta es, cuantas vidas más costará tu silencio antes de que dejes de llamarlo Fidelidad.

Lucio tiró de las ataduras con tanta fuerza que la argolla vivió contra la pared.

El dolor casi lo dejó sin visión.

Cuando volvía a enfocar, Servilio se había puesto de pie.

Flavia. Ahí está la segunda grieta.

Si te acercas a ella, ¿qué harás con la ciudad cerrando las ventanas cuando pasan mis soldados?

Bajó la voz. Tu esposa es débil ahora, no por falta de carácter,

sino porque el cuerpo tiene límites.

Y al hijo que espera depende de que tú decidas cuánto vale una ampolla,

frente a una vida que aún puede salvarse.

La habitación pareció estratarse.

Recordó a Flavia pidiendo lo que oyeran, que dejar a la ampolla,

que no permitir a que aquella sangre siguiera decidiendo quién vivía y quién moría.

Servilio hizo una señal.

Uno de los hombres aflojó un poco la cuerda y los pies de Lucio tocaron el suelo.

El alivio fue tan brusco que le dolió casi tanto como la suspensión.

Descansa un rato. Después volveremos a empezar.

Servilio cogió la lámpara.

Piensa en Flavia.

En el hijo que lleva en su vientre y en situ silencio los protege,

o solo los coloca en el camino de Roma.

La puerta se abrió y la luz guió los pasos del porconsul.

Lucio tenía la boca seca, los hombros ardiendo y las muñecas rozadas por la cuerda.

Intentó rezar, pero no encontró palabras.

Solo nombres. Flavia. Samuel. El hijo que on vivía.

Y con ellos la ampolla escondida, que pesaba más que todo su cuerpo en ese instante.

65. La voz de la madre.

No sabía dónde retenía Lucio.

Podía imaginarlo en una celda, en una estancia sin luz atado o arrojado al suelo,

conservilio hablando en esa calmasulla, presionando donde dolias y alzar la voz.

Podía imaginar golpes.

SED, pregunta repetidas y la palabra ampolla convertida en cuchillo.

Y no saber el lugar exacto volvía cada imagen más cruel.

María me observaba desde el otro lado del hogar.

Sara dormía asentada junto al muro vencida por la espera.

Yo no había podido cerrar los ojos.

Cada vez que lo intentaba, veía Lucio arrastrado por una calle con las manos atadas,

solo en una ciudad llena de puertas cerradas.

Lo están haciendo sufrir.

Dije.

María se acercó y se sentó amilado.

El fuego le iluminaba el rostro desde abajo y viene ya una tristeza remota,

todavía viva, pero ya sin tanta amargura.

Cuando se encenciaron a Jesús los acaron a la calle, cargando el travesaño.

No era la cruz entera, sino una madera pesada, aspera, atadas sus brazos.

Yo lo había avanzado con la espalda abierta por los azotes y la túnica pegada a las heridas,

había perdido sangre.

Mucha, la gente se agolpaba a su paso.

Algunos lloraban, otros lo insultaban, otros sólo miraban como si el dolor ajeno pudiera contemplarse

sin quedar manchado por él.

Yo quería acercarme, pero la multitud me arrastraba y los soldados no dejaban espacio.

Juan me sostenía para que no me apartaran de allí.

Pensé en Lucio, en su cuerpo tantas veces refugio para mí, convertido ahora en lugar de castigo.

Hasta entonces lo había imaginado firme, invencible, pero aquello empezó a aparecerme injusto.

Lucio era un hombre.

Al principio Jesús no me vio.

Continuó a María.

Solo miraba el suelo delante de sus pies.

Soblemos creer que en las horas grandes el alma piensa cosas grandes, pero no siempre es así.

A veces el cuerpo reduce el mundo a una piedra, a un paso, al aire que falta y al siguiente aliento.

Un paso, otro, otro más.

Lo seguí con los ojos, era todo lo que se me permitía.

No podía apartar a los soldados, no podía quitarle el madero, no podía cerrar las bocas de quienes lo insultaban.

Solo podía fijar mi mirada en él.

Se detuvo unos instantes, un dolor se removió en su interior, pude sentirlo.

El travesaño se le venció hacia un lado.

Un soldado tiro de la cuerda y otro lo golpeó para que continuara caminando.

Jesús dio dos pasos y se estropezó.

No, Greto, eso fue lo peor.

Su cuerpo ya no tenía fuerzas ni para quejarse del dolor.

Seguía cargando con el madero y durante un momento nadie se movió.

Como si hasta los soldados se hubieran sorprendido de verlo tan cerca del suelo.

Sentí que el miedo me apretaba la carganta.

Si lucio caía, si servílio lo llevaba hasta el límite,

como iba a soportar yo que el mundo siguiera respirando como si nada.

Quise correr hacia él, pero Juan me sujetó.

No lo hizo para impedirme a Marló, sino para que los soldados no me golpearan y me apartaran del todo.

Pero en aquel instante, su mano me pareció otro muro entre mi hijo y yo.

Sí, por un momento no pude ver ayuda en ella, aunque después se lo agradeció.

La miré sorprendida por aquella confesión.

Jesús levantó la cabeza, pero siguió, me vio.

No sé cuánto duró, tal vez un suspiro, tal vez menos, pero me vio.

Y comprendí que si yo me derrumbaba delante de él le añadiría otro peso que soportar.

No porque mi dolor no importara, sino porque él todavía estaba mirando.

Quizá lucio esperaba una voz que no llegaba.

Yo no podía entrar donde lo tenían encerrado, no podía detener la mano que lo golpeaba,

pero sí podían no condenarlo antes de saber hasta dónde lo había llevado el dolor.

Después obligaron a un hombre a cargar el madero por él.

Añadió.

Se llamaba Simón y venía a Decidene.

Tal vez volvía del campo, tal vez no sabía quién era Jesús.

Los soldados lo sacaron dentro de la gente y le pusieron encima el travesaño.

Durante un tramo llevó lo que mi hijo ya no podía sostener por sí solo.

A veces la ayuda llega con el rostro de alguien que no ha elegido entrar en nuestra historia.

Pensé que había personas que entraban en una vida para destruirla.

Y sin embargo, alguna de ellas después cargaba con una parte de lo que había roto.

Eso quisé creer de Valeria.

No deseo que lucio tenga que ser fuerte siempre.

Dije.

Entonces tendrá que aprender que caer no es abandonar.

El fuego crujió en el hogar.

Sara se movió en sueños, abrió los ojos un momento y volvió a cerrarlos

cuando María la tranquilizó con un simple gesto.

En el camino que subía el calvario aprendía algo.

Dijo María.

Una madre no siempre puede levantar a hijo.

A veces solo puede mirarlo para que él sepa que no ha caído fuera del amor.

Lucio estaba en algún lugar soportando el peso que otros habían puesto sobre sus hombros

y yo no podía hacer nada por librarlo de él,

pero podía esperarlos en convertir su caída en condena.

Porque a mar también era eso.

No apartar la mirada.

66.

La tentación.

La segunda vez no tensaron tanto la cuerda.

Servílios había aquí un cuerpo demasiado castigado.

Dejaba de ser útil.

Por eso ordenó que colgaran al lucio de modo que los pies tocaran el suelo.

Pero sin apoyo para descansar.

Aquella diferencia mínima estaba calculada con precisión.

Cuando las piernas se dían, los hombros volvían a sostenerlo.

Y cuando intentaba arguirse, el dolor le recordaba que seguía atado.

En aquella estancia no amanecía ni anochecia.

El tiempo dependía de la lámpara.

Del agua que le acercaban para luego retirársela.

Del paso desigual de servilio sobre la piedra.

Lucio tenía los labios agritados y las muñecas encarne viva por el roce de la cuerda.

La sed le había vuelto áspera la lengua.

Intentó musitar una oración.

Pensar en el rostro de flavia o en la voz de Samuel.

Pero en su mente, todo se mezclaba con la fosa.

El cordarito de madera, la casa profanada por los soldados.

Y la ampolla es contida en la cripta.

Protegida por una mentira de piedra y polvo.

Apartó en seguida esa imagen.

Sabía que pensar en ella era empezar a señalar un camino.

Servilio entró sin prisa con las manos limpias.

Eso fue lo primero que vi Lucio.

Las manos limpias de un hombre que ordenaba en fijir daño.

Y conservaba para sí una apariencia juiciosa.

¡Has resistido bien!

Dijo.

¡Quiería sorprenderte!

Respondió Lucio sin levantar la cabeza.

¡No confundas resistencia con victoria!

Respondió servicio sin sonreír.

Eso solo demuestra que aún no he planteado las preguntas correctas.

Y hizo una señal y un soldado acercó el cuenco de agua.

Esta vez dejó que Lucio bebiera más de dos orvos.

El líquido liardió en la garganta y aunque habría querido apartarse

para no mostrar necesidad, el cuerpo fue más rápido que el orgullo.

Servilio, espero que terminará.

Me consta que eres inteligente.

Los informes de Roma rara vez el ojian por afecto.

Lucio respiro con dificultad tratando de dominar el temblor de las piernas.

También soy tarco.

Eso no hacía falta escribirlo.

Cualquiera puede verlo.

Servilio tomó una tablilla y la examinó como si repasara las cuentas domésticas.

Lucio, Pedro, Celera, Antiguo, Pretoriano.

Venculado a la misión Columba,

Desertor para algunos, Converso para otros.

Casado con Flavia Macrina,

Yjo reconocida de Nebiosutorio Macron.

Padre de un niño muerto,

Y si los dioses o tu Dios lo permiten,

De otro que aún no han acido.

Lucio tomó aire para medir sus palabras.

No tienes derecho a hablar de ellos.

Servo a Roma, tengo derecho a todo.

Roma no te hará menos miserable.

Se me ha hecho un poco de la vida.

No es miserable.

Servilio dejó la tablilla sobre la mesa y se situó frente a él.

La dignidad es para quienes todavía creen que pueden elegir el modo en que serán recordados.

Podría quitarte eso tan bien.

Lucio no respondió.

Había aprendido que algunas frases eran cebos.

Basta la morder uno para mostrar dónde dolió.

Servilio no buscaba provocar la ira,

sino la grieta que se habría después de resistir demasiado.

Tu esposa no está tan protegida como crees.

Añadió.

Ninguna casa es segura cuando Roma decide mirar dentro.

La sangre del Lucio pareció congelarse.

Si la tocas.

Un soldado hizo amago de moverse,

pero el percón sul levantó una mano y dode tuvo.

Otra vez es amenaza.

Un hombre atado de manos que promete castigos futuros con una fe admirable.

Lucio tiró de las cuerdas y el dolor le atravesó a las palas.

No la tocarás.

No, hoy.

Dijo servilio y se inclinó levemente hacia él.

Hoy sólo quiero que la imagines entrando aquí.

No como hija de Macron ni como esposa de un soldado repentido.

Sino como una mujer cansada a la que tratarían con cuidado

porque su cuerpo no soportaría un forcejeo.

Los enterían aquí delante de ti.

Le darían agua si se porta bien y yo le preguntaría dónde está la ampolla.

Lucio transpiró por la nariz con los dientes apretados.

Ella.

No.

No.

Sabe.

Entonces, le preguntaría por qué su marido la mantuvo en la ignorancia sobre aquello

por lo que todos van a pagar.

Sintió el golpe en lo más hondo de su ser.

Servilio caminó hacia la lámpara y a vivó la llama con una varilla.

Tu silencio no la protege, sólo la mantiene ciega.

Y los ciegos tropiezan con más facilidad.

Ella.

No forma parte de esto.

Claro que forma parte.

La ampolla está entre vosotros desde antes de que vuestro hijo muriera.

Vuestra casa.

Vuestro lecho.

Vuestra fe.

Vuestra desgracia.

Todo gira alrededor de lo que escondes.

Lucio sintió que algo se día dentro de él.

Servilio se acercaba demasiado a las palabras que Flavia había pronunciado después del registro.

Cuando le pidió que huyeran, que renunciara la ampolla a la misión a cualquier prueba de fe.

El hijo que espera tampoco forma parte su pongo.

Lucio alzó la mirada.

Un niño sin padre es una cosa frágil.

Un niño sin nombre, sin protección y con Roma y Ritada en torno a su cuna.

Más frágil todavía.

Macron.

Macron está lejos.

Servilio inclinó la cabeza, casi con curiosidad.

¿Crees que su nombre detendría una orden imperial?

Quizás salve una reputación.

Quizá una casa.

Pero no podrá estar junto a Flavia cada noche.

Ni impedir que el miedo ponga en peligro al hijo que espera.

Ni evitar que ese niño nathca marcado por tu silencio.

Lucio trató de orientar ese pensamiento, pero la imagen ya estaba allí.

Flavia pálida.

Caled inclinado sobre ella.

María sosteníéndola.

Su hijo luchando por permanecer en un cuerpo agotado por el miedo.

Basta.

¡Aun nuevo se empezó!

La cuerda se tensó.

Un soldado la elevó un palmo.

Y Lucio quedó apenas apoyado sobre las puntas de las pies.

Los sombros leardieron como si fueran a desgejarse.

Esta vez no pudo contener un gemido.

Bajo la cabeza, ha vergonzado por aquel lamento,

aunque nadie en la estancia pareció sorprenderse.

Servilio esperó hasta que el dolor se estabilizó.

¿Dónde está?

Lucio no respondió.

No me interesa a la devoción ni la fe ni ese crucificado al que ahora sirves.

Te pregunto por lo único que aún puede evitar que tu esposa te vea y sufre igual que tú.

Lucio tenía la respiración entrecordada.

No.

Sí.

¿No sabes?

Sé lo suficiente.

La ampolla estaba en tu casa y la retiraste antes de mi llegada.

No has podido llevarla a lejos.

Un hombre acosado protege los sagrados condiéndolo donde pueda vigilarlo.

Cércate, pero no visible.

Oculto, pero no perdido.

Cada palabra le arañaba el pensamiento.

Las ángforas viejas, la tablilla falsa, el lino oscuro.

Lucio apretó los párpados porque no debía seguir ese camino.

Servilio se acercó más.

Flavia, no aguantará otra noche de espera.

Lo sabes.

Tu hijo tampoco.

Y tú estás aquí, defendiendo un cristal.

Y abrió los ojos.

La lámpara temblaba.

Por un instante no vio a servilio, sino el patio de su casa tras el registro.

La manta de Samuel, el cofre vacío.

Aflavia, pidiendo lo que oyeran, que abandonara la ampolla, que la tirara al mar si era necesario.

No es un cristal.

Entonces, dime que es.

Lucio trago saliva.

La lengua le dolia.

La cabeza le pesaba como si el cuerpo entero colgar a ella.

Es.

Servilio no se movió.

No habló.

Sólo lo miraba.

Lucio ceró los dedos sobre la cuerda.

Quiso pensar en Juan, en María, en la sangre recogida al pie de la cruz.

En lo que no pertenecía al césar ni a ningún hombre.

Pero el dolor tenía su propia voz.

Y esa voz le gritaba que terminara, que hablase ya de una vez, que salvara lo que quedaba.

Es.

Taa.

El silencio era absoluto.

Servilio hizo un gesto casi imperceptible para que nadie lo interrumpiera.

Lucio vio la cripta.

Vio su propia mano apartando las ánforas.

Vio el hueco donde la ampolla reposaba.

Está.

Bajo.

La frase salió rota.

Su cuerpo había sedido.

No fue una decisión, ni una victoria.

Las piernas se doblaron.

La cabeza cayó hacia adelante y el mundo se apagó con una brusquedad casi misericordiosa.

La cuerda los ostuvo un instante más antes de que los soldados la flojaran para impedir

que los hombros se le deslocasen.

Servilio permaneció en móvil.

Echadle agua.

Uno de los hombres, obedeción seguida, pero Lucio no volvió en sí.

Lo despertamos.

El pro-consul miró el rostro vencido de su presionero y decidió ser paciente.

El comienzo había encontrado algo más valioso que una respuesta.

Había presenciado el comienzo de una caída.

No.

Pero respire.

El soldado dudó.

Y la ampolla.

Servilio tomó de nuevo la tablilla y pasó el dedo por la cera, como si ordenara las piezas

de un mapa invisible.

No está a lejos.

Volvió a mirar a Lucio.

De hecho apenas se movía.

Bajadle al suelo.

Salió de la estancia si mirara atrás.

Los soldados hicieron descender al presionero hasta dejarlo de rodillas sin desatarle las

muñecas con la cabeza inclinada hacia adelante.

En la oscuridad que llegó después no hubo pasos ni agua ni oración.

Lucio sólo y una frase retumbar dentro de él, más peligrosa que cualquier golpe.

¡Está bajo!

Y entre las sombras, vio el rostro de Flavia, esperando una promesa que él no iba a

cumplir.

67.

La voz de la madre.

El gallo cantó antes de la manecer y en la casa sonó como una advertencia.

María levantó la cabeza.

Yo continuaba sentada contra el muro envuelta en el manto, demasiado cansada para dormir

y demasiado despierta para arrezar.

Calébno había vuelto.

Lucio seguía en manos de Servilio y yo empezaba a temer algo que no me atrevía a pronunciar

en voz alta.

No sólo que lo mataran, sino que lo llevaran a un punto donde ya no pudiera seguir siendo

él.

Que el dolor le arrancara una palabra.

Que la amenaza contra mí, contra el hijo que esperaba, contra lo poco que quedaba de

nuestra casa, abriera en él una grieta imposible de cerrar después.

María debió de verlo en mi rostro porque se sentó amilado.

Teme es que pueda hablar.

No quiero pensarlo.

Dijé sin mirarla, pero lo piensas.

Mis dedos se aferraron a la tela del manto.

Servilio sabe dónde apretar.

Lo vía en nuestra casa.

No necesita gritar para hacer daño.

Si le habla de mí, si le habla del niño si lo llevas hasta el límite.

El gallo volvió a cantar.

El gallo se estaba a la suerte.

Locio cree que deber resistirlo todo.

Murmure.

Y yo también lo creía.

Necesitaba creerlo, pero ahora no sé si eso es justo.

No se puede pedir a un hombre que siga firmé cuando el cuerpo ya no le pertenece.

María guardó silencio un momento como si aquello hubiera abierto una puerta que conocía

demasiado bien.

Pedro también creyó que resistiría.

Tijo entonces.

La noche de la cena habló con una fuerza que parecía indestructible.

Aseguró que acompañaría a Jesús a la cárcel y a la muerte.

Y lo decía de verdad, Flavia, no mentía.

Amaba a mi hijo con torpeza, con arrebatos, con una entrega que a veces lo hacía equivocarse,

pero lo amaba.

Cuando prendieron a Jesús en el huerto quiso defenderlo con la espada porque creyó que

el amor debía parecerse a eso, a una mano alzada, a un gol per rápido, a un enemigo

derribado.

Fense en la vieja violencia que todavía llamaba alucio desde dentro, en la tentación

de creer que el hierro podría haber salvado a Samuel.

Jesús no aceptó esa defensa.

Advirtió María.

Después todo ocurrió muy deprisa.

La suardias, las antochas, las voces, los empujones de la multitud.

Evaron a Jesús a casa del sumo sacerdote y Pedro lo siguió de lejos.

Quería estar cerca y aún no sabía cuánto miedo tenía.

Aquella frase me irió con dulzura.

Seguir de lejos, amar sin atreverse a acercarse del todo.

Esperar sin poder entrar.

Cuando estaba en esa distancia.

La noche era fría.

En el patio encendieron un fuego.

Había criados, guardias hombres que entraban y salían.

Pedro se mezcló entre ellos.

Querías saber qué destino les esperaba a Jesús, pero le asustaba que lo identificaran

como uno de los suyos.

Una criada lo reconoció y afirmó que también él estaba con Jesús.

¿Y qué hizo?

Yo, nejo.

Dijo María bajando la mirada.

Tal vez pensó que asigan a batiempo, que luego hallaría el modo de acercarse a él,

que una palabra empujada por el miedo no podía pesar tanto.

Pero después otro también lo señaló y él volvió a rechazarlo.

Vió cómo el cerco se estrechaba a su alrededor sin dejarle apenas salida.

Cerré los ojos.

Me imaginé aluccio mientras servílios recurría a mi cuerpo de vi, al hijo que aún no habían

acido para son sacarle donde escondía la ampolla.

Una palabra para ganar tiempo, una frase para detener el dolor.

¿Quién era yo para asegurar que no hablaría?

La tercera vez.

Añadió María.

Pedro juró que no conocía a Jesús y entonces cantó el gallo, como él había

profetizado.

Pensé en el canto del gallo que habíamos escuchado un momento antes, un sonido cotidiano convertido

de pronto en acusación.

Jesús continuaba en el patio.

Lo habían golpeado, escupido, interrogado.

Aún así, en aquel instante volvió el rostro y miró a Pedro.

Una pausa larga, lo que su mente tardó en volver de muy lejos.

Lo miró.

Y Pedro empezó a llorar lleno de amargura y arrepentimiento.

No como quien lamenta haber sido descubierto, sino como quien ve de pronto la distancia entre

el hombre que creía ser, y aquel en quien el miedo lo había convertido.

Yo no quiero que el bucio tenga que conocer eso de sí mismo.

María buscó mi mano bajo el manto y la sostuvo sin apretarla.

Quizá ya lo conozca.

Quienes han vividos o metidos a órdenes, al miedo o a la culpa, es posible que haya

en experimentado alguna forma de negación.

Pero si habla, Judas entreguaje sus tras una decisión alimentada en secreto.

Pedro, negó desde el terror.

El daño era inevitable.

Valeria.

Me resistía que su nombre entra en aquella conversación, pero allí estaba.

Ella observó nuestra casa.

Se aprovechó de nuestra confianza, porque esto el rapto de Samuel.

No quería preguntarme de dónde habían ha sido aquello.

Sí de la maldad, del miedo o de una vida entera al servicio de Roma.

Todavía no.

No sé si puedo perdonar una traición.

Dije, no creo que perdone a Valeria.

Hoy no.

Y mañana.

Mañana tendrás el dolor de mañana.

De nuevo su respuesta me sorprendió.

María no me exigía una misericordia para la que mi dolor aún no estaba preparado.

Durante un rato escuchamos cómo la ciudad comenzaba despertar.

Una puerta, un cántaro, pasos en una calle cercana.

La sonido me hacía mirar hacia el umbral, por si Caleb regresaba con noticias o contra

toda esperanza aparecía aluccio.

Pedro volvió?

Sí.

A firmó María con ternura.

Jesús no lo abandonó, nunca lo habría hecho.

No era un consuelo fácil.

Era una forma más dura de esperanza.

Dejesus lo mirara después de su caída no borraba lo que Pedro había hecho.

Pero le hacía saber que seguía siendo amado.

Sí, lucio habla.

Dije despacio.

No sé si él podrá perdonarse.

Entonces necesitará que tú no lo mire solo por el instante en que cedió.

Sí habla.

Seguirá siendo lucio.

No dejes que una palabra arrancada por el miedo borre al hombre que has conocido.

Y si por su culpa muere en otros, María no apartó la mirada.

En ese caso habrá que responder por lo que ocurra.

Perdonar no deshace el daño ni evita sus consecuencias solo impide que ese daño decida

cómo vais a vivir el resto de vuestros días.

Pide con dificultad.

Pensé en el hijo que nacería sin Samuel a su lado.

Quizás el lucio, si Roma decidía terminarlo empetado.

Pensé en Pedro llorando sólo mientras Jesús era llevado hacia la cruz y en ese gallo cuyo

canto resultó ser profético.

No quiero que a Manelca.

María miró hacia la puerta.

A veces se la manecer solo muestra lo que hizo la noche.

Se apoyé la cabeza contra el muro.

Una parte de mí deseaba que el lucio fuera invencible para que no tuviera que enfrentarse

a la culpa.

Otra parte, más pequeña y más verdadera, empezaba a comprender que a Marlo quizás significaba

no exigirle una fuerza sobre humana.

¿Qué hizo Pedro después de llorar?

Espero sin saber si aún había lugar para él.

¿Y lo había?

Sí.

El gallo canto de nuevo más fuerte cuando asomaban las primeras luces de la alba.

Lucio podía resistir y también podía caer.

Pero decidí esperarlo no como se espera un héroe intacto, sino a un hombre amado que

vuelve herido.

Si regresaba no quería que allara en mi otro juicio antes de encontrar una mano.

No sabía si sería capaz.

Pero mientras el gallo cantaba sobre Eceso comprendí que a Mara Lucio también era esperarlo

aunque callese, sin dejar que esa caída borrará todo lo demás.

68.

El regreso.

Enía leyó la carta de pie, junto a una ventana abierta al atrio, con la luz de la

mañana cayendo sobre la tabella de Cera.

Macron esperaba unos pasos de ella, expectante, porque había reconocido el sillo de Flavia,

antes de que el mensajero pronunciara su nombre.

Enía no lloró a leer que Samuel había muerto.

Cero la tabella con extremo cuidado, como si un gesto brusco pudiera grandar la herida

que su hija había grabado con aquellas palabras y se le entregó a Macron.

Él la leyó una vez, luego otra, sin alterar el rostro.

Aunque al final apretó la mandíbula con tanta fuerza, que el hueso se le marcó bajo

la piel.

Por ti, me o soy, un dijo, y dejó la carta sobre la mesa.

Enía no preguntó si era posible.

Sabía que Macron tomaba decisiones antes de que otros hombres hubieran terminado de encajar

el golpe.

Tampoco preguntó por Caligula, ni por la conveniencia de abandonar Roma, ni por el riesgo de presentarse

en Efezo, mientras la casa imperial seguía buscando la ampolla.

Una mujer aparación del atrio.

Llevaba un velo sencillo, se detuvo y cruzó las manos como quien no sabe si ha sido llamada

para entrar o debe esperar.

Macron la reconoció enseguida.

¡Odora!

Ella inclinó la cabeza sin acercarse.

¿Qué hace aquí?

Un tom Macron mirando a su esposa.

La mandellamar.

¿Por qué no me lo dijiste?

¿Por qué Flavia tiene derecho a conocer a la mujer que le dio la vida y hemos decidido

por ella durante demasiado tiempo?

Sos tuvo su mirada, un yo aselotevo.

Macron se quedó pensativo.

La carta de Flavia permanecía abierta sobre la mesa.

No estuvieron asulados cuando se amó el nació.

Un poco cuando lo enterraron.

Aquellas palabras no estaban escritas con furia y por eso herían aún más.

¡Bien!

Entonces vendrá con nosotros.

Dijo asintiendo.

Adara, mejor la cabeza.

No preguntó qué lugar ocuparía en la vida de su hija.

Solo miró la carta, aunque no se te vio a tocarla.

¡Pizó!

¡No quiero haberme!

Eso tendrá que decidirlo ella.

Respondió Enia.

Lligaron a EFSO con la fatiga impregnada en las ropas y salen los labios.

La ciudad estaba volcada en sus propios asuntos cuando pisaron el muelle y preguntaron por

la casa de María.

Sara abrió la puerta y al ver a Enia no les salió la voz.

Era a Macron, luego a Dara y entendió que la carta de Flavia había llegado a su destino.

¡Está dentro!

Dijo, haciéndose a un lado.

Flavia continuaba sentada junto al hogar.

La noche anterior apenas había dormido.

María permanecía a su lado.

Y Juan hablaba en voz baja con Calev en el umbral del patio.

Cuando se giraron a lo ir que alguien llegaba.

Enia entró primero y Flavia la miró como si tardara en reconocerla.

Había imaginado aquel encuentro durante los días de espera, pero nunca sí.

Nunca cuando todo estaba ya roto.

Enia avanzó un paso, luego otro.

Abrió los brazos con prudencia contenida.

Tal vez temía que Flavia rechazar al gesto.

Tal vez sabía que algunos abrazos llegan tarde y aún así deben ofracarse.

¡Y hija!

La palabra removió algo en Flavia.

Se levantó demasiado de prisa y el cuerpo la recordó su debilidad.

María quiso sostenerla, pero ella la apartó con su habilidad.

Caminó hacia Enia y se dejó abrazar.

No fue una brazo hermoso, fue torpe, duro, lleno de años callados.

Enia la estrechó con una fuerza inesperada y Flavia apoyó la frente en su hombro.

Y entonces lloró.

Yoró como no había podido llorar hasta ese instante.

No sólo como madre de Samuel, también como hija.

Macron presenció el encuentro desde el umbral.

Había visto morir a hombres y caer ciudades.

Había contemplado cuerpos destrozados por órdenes firmadas en la lejanía.

Pero nada de eso lo preparó para ver a Flavia así.

Pálida, consumida.

Acerrada enia, como si por fin no hubiera hallado un lugar,

donde depositar parte del inmenso peso que arrastraba.

Adara permanecía detrás, atenta.

Había, labió por encima del hombro de Enia y el llanto se detuvo en instante.

No la reconoció, pero había algo en aquella mujer que la desconcertó,

una forma de mirarla que le resultó demasiado familiar.

¿Quién es?

Pregunto.

Enia se apartó un poco sin soltarla del todo.

Es Adara.

Había, tardó en entender.

Miró a Enia, luego a Macron.

Y por último, volvió los ojos hacia la mujer que le había dado la vida.

Adara?

La mujer bajó la cabeza.

Sí.

Enia respiró despacio.

La mandellamar.

Flavia miró a su madre adoptiva, luego adara.

Tenía fuerzas para abrir esa herida.

No todavía.

Vastaba con que estuvieran allí.

Vastaba y no vacaba.

Pensé que tenías derecha a conocerla.

Dijo Enia.

No, ahora si no quieres.

No, pero no podía volver a decidir por ti.

Flavia no supo reaccionar.

Adara tampoco hizo demande acercarse a ella.

Ella distancia, por primera vez, no era para proteger una mentira, sino un espacio para

que Flavia respirara.

Macron abanzó al fin.

Flavia.

Ella se separó de Enia.

El rostro de su padre mostraba muchas más arrugas de lo que recordaba.

O quizá era ella quien lo miraba ya desde otro lugar.

San mujer.

San mujer to.

Musito.

Macron esperó un segundo antes de hablar.

Lo sé.

Y sé cómo te sientes.

No.

Nadie puede saberlo, sino ha oído la tierra caer sobre el cuerpo de su hijo.

Ella aceptó el golpe sin defenderse.

Tienes razón.

Aquella respuesta desarmó a Flavia más que cualquier explicación.

Durante años había esperado del firmeza, órdenes, soluciones.

Esta vez solo había un padre que había llegado tarde y lo lamentaba profundamente.

Caled que se había mantenido en el patio en señal de respeto decidí intervenir en ese

momento.

Lucio ha desaparecido.

Macron se volvió hacia él.

Un desaparecido como.

Pervílios se lo llevó.

Sin ruido.

Una vecina viva a los soldados.

El nombre del Proconsul hizo que el rostro de Macron se tensara.

Ya no era el padre ante la hija herida, sino el hombre que había sobrevivido en el centro

del poder romano, porque sabía cuando una amenaza dejaba de ser un romor.

Creo que lo retienen en el paraetorium.

No tengo confirmación.

Me añadió Caled.

Lo tendrás.

Afirmó Macron.

Enía dio un paso hacia él.

Nebio.

No voy a romper a ciegas.

Dijo.

Aunque su voz dejaba claro que era capaz.

Pidió a Caled que lo acompañara a la calle y le indicara donde solían reunirse los soldados.

No quizás colta.

Un hombre rodeado despadas hacía preguntas que todos veían venir.

Un hombre solo, con la mirada adecuada, podía arrancar una verdad antes de que el miedo

cerrar a una boca.

Encontraron al guardia del paraetorium cerca de una taberna.

No lejos de la calle que bajaba hacia las dependencias del Proconsul.

Era joven.

Llevaba el casco bajo el brazo y aún tenía el sueño pegado a los ojos.

Volver a Macron echo a andar para alejarse, pero Caled le acerró el paso.

«Solo una pregunta».

Dijo Macron.

«El soldado miró un lado y otro.

«No sé nada.

Yo creo que sí.

Estoy fuera de servicio».

Macron se acercó sin alzar la voz.

«Yo también.

El joven lo observó con más atención.

Luego en el porte, en el modo de hablar, en aquella autoridad que no pedía reconocimiento,

hizo que le cambiara el gesto.

«¿Quién eres?

¿Alguien que prefiere no repetir la pregunta delante de servicio?

El nombre hizo efecto.

El guardia bajó la voz.

«No puedo hablar».

Macron sacó una moneda y da sostuvo entre dos dedos.

«A noche trajeron a un hombre».

Dijo el soldado.

«Un antiguo pretoriano.

Lo metieron por la puerta de servicio».

Caled la hebató los puños.

«Está vivo.

Lo estaba cuando lo bajaron.

Macron no parpadeó.

Lo han interrogado».

El guardia miró hacia la taberna.

Nadie parecía escuchar, pero enéceso las paredes también servían a Roma.

«No es un interrogatorio común».

«Abla.

«Lo combinó Caled dando un paso hacia él.

«Lo colgaron.

El procón suele entrar varias veces.

No sé más».

Macron sacó otra moneda.

Está de más valor y depositó las dos en su mano.

El joven cerró los dedos por instinto.

No ha sabrado conmigo.

Le dijo Macron mirándolo fijamente.

«No sé quién eres».

«Bien».

Regresaron sin prisa.

Porque correr habría anunciado que los rumores eran ciertos y Lucio estaba retenido en el

praetorium.

Pero Caled no lograba relajar el rostro.

Macron en cambio parecía haber entrado en una calma peligrosa.

«Lo van a matar».

Dijo Caled.

«No.

Mientras hervílio crea que aún puede obtener algo».

«Entonces, disponemos de poco tiempo.

Tenemos el tiempo que Lucio logre ganar con su silencio.

Cuando regresaron a la casa de María, Flavia se puso en pie antes de que nadie hablara.

Enía estaba junto a ella.

Adara permanecía cerca del muro, sin saber todavía qué lugar ocupara.

Macron cerró la puerta.

Está vivo.

Flavia dejó escapar el aire, pero no hubo alivio completo.

La seriedad de su padre se lo impedía.

¿Qué le están haciendo?

Macron la miró y aunque hubiese deseado evitarle la angustia.

Sus palabras solo dijeron la verdad.

No están poniendo a límite».

Flavia cerró los ojos.

Enía la brazo al ver que se tambaleaba.

Adara dio un paso hacia ella y se detuvo, temiendo no tener derecho a acercarse.

María permaneció firme con esa gravedad que impedía que todos callaran a la vez.

Macron miró a su hija, luego a Enia.

En ese instante de dolor la determinación se instaló en sus ojos.

Había en llegado tarde para Samuel, pero no para Lucio.

69.

Dos madres.

Macron se acercó a Flavia.

Tomó su rostro entre las manos y la miró sin autoridad, sin estrategia, sin esa frialdad

que tantas veces había confundido con protección.

«Voy a traerlo de vuelta».

Dijo.

Flavia quiso creerlo, pero no pudo.

Había creído demasiadas cosas antes de ver cómo la tierra cubría el cuerpo de Samuel.

Macron salió con Calev.

No explicó a dónde iba.

Calev sí dijo que quería comprobar una pista.

El Juan ya sí había marchado para preguntar entre los suyos.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, la casa de María quedó sumida en una espera distinta.

Lucio estaba vivo, pero en manos de servilio.

Y aquella certeza impedía el descanso, aunque también obligaba a mantenerse en pie.

Había que guardar fuerzas para lo que viniera.

Enia seguía junto a lo gar.

Nadara permanecía cerca del muro con el manta recogido sobre el pecho, como si quisiera

ocupar el menor espacio posible.

María se había retirado al patio para preparar algo de comida.

Nadie tenía hambre, pero en una casa donde se teme una desgracia, alguien debe mantener

el fuego encendido.

Flavia miró las dos mujeres.

Tal vez se nie, había preparado algunas frases durante el viaje.

Tal vez Sadara había rezado para no pronunciar demasiado pronto la palabra hija.

Pero allí, consabuela enterrado y Lucio retenido en algún lugar del praetorium, los discursos

ya no tenían cabida.

¿Por qué has venido?

Le preguntó de pronto, Nadara.

La pregunta no fue cruel.

Fue directa, casi cansada.

Nadara bajó la mirada.

¿Por qué eres mi hija?

Enia se aferó al bordo del manto, pero no intervino.

¿Tu hija?

Repitió Flavia y sintió que se le abría una herida nunca cerrada.

Sí.

¿Qué fácil es decirlo ahora?

No lo es.

Para mí tampoco fue fácil descubrir quién era mi madre cuando ya no podía ordenar

mi vida alrededor de la verdad.

Enia dio un paso.

Flavia.

No.

Déjame continuar.

Pidió ella sin alzar la voz.

Pero con una firmeza, que de tu buena.

He enterrado a un hijo, creyendo que no podría soportar un dolor mayor.

Y perse a todo.

Cuando se he visto entrar, he vuelto a sentirme como una niña, a la que todos quisieron

proteger con una mentira.

Enia palideció.

No fue una mentira contra ti.

Todas las mentiras sobre una vida terminan cayendo sobre quien vive engañado.

Enia no intentó defenderse.

Tere justificación estaba fuera del lugar.

Te creí desde la primera noche, dijo Alfin.

No desde la comodidad y el deber de una casa romana.

Te creí desde el miedo y el amor.

Miedo?

Sí.

Miedo a que te arrebataran de nuestro lado.

Miedo a que tu origen te persiguiera.

Miedo a que el mundo hiciera contigo lo que acostumbra a hacer con los hijos de las mujeres

sin poder.

Adar abajo la cabeza.

Pervenía, continuó.

En el instante en que te tuven mis brazos, decidí que serías mi hija.

No después, no cuando aprendiste a hablar ni cuando empezaste a parecerte a mí en los gestos,

desde aquella misma noche.

Y decidiste que ella dejara de existir.

El silencio que siguió fue breve pero doloroso.

No.

Respondió Enia.

Decidí que tu vivieras y yo lo acepté.

Añadió a dar a respirando con dificultad.

Flavia se volvió hacia ella.

Lo aceptaste?

Al principio me dolió como si me hubieran arrancado el alma.

Enia se quedaría contigo.

La crona lo había resuelto así y yo no superretederte.

Pero te fuiste?

Sí.

Admitué a dar a sin excusas.

Me fui porque estar cerca de ti y no poder llamarte hija me habría margado la sangre.

Habría disputado por tu vida cada día.

Y enia podía darte protección.

Yo no.

Me apobre.

Estaba sola y otros ya habían marcado el rumbo de nuestro destino.

Flavia partó la mirada.

Lo más doloroso no era imaginar a dar a privándola de su amor.

Si no saber que le había amado desde lejos, en silencio y mientras ella crecía creyendo

otra cosa.

Yo necesitaba conocer la verdad, pero no ahora.

No cuando todo está desecho.

Lo sé.

Enia se acercó despacio.

También yo debí decirte lo antes.

Flavia dejó escapar una risa breve, sin alegría.

También?

Sí.

Tú eres mi madre.

Lo soy.

Respondió enia y por primera vez su voz sonó con la seguridad siempre.

Lo soy.

Aunque nacieras de otro vientre.

Aunque a dar atenga un lugar que yo no puedo borrar.

Aunque te haya hecho daño con mi silencio complice.

Fui tu madre en las fiebres, en los miedos, en las noches que no podías dormir.

En las veces que te peine antes de una ceremonia y tú apartabas la cara porque te tiraba del

pelo sin querer.

Aflavia, se lo me decieron los ojos.

Fui tu madre cuando me equivoqué.

Continuó enia.

Cuando te exigí más de lo que debía.

Cuando confundí fortaleza con silencio.

No pretendo quitarle a dar a lo que le pertenece.

Pero tampoco puedo permitir que el dolor diga que yo no fui nada.

Nunca pensé que no fuese nada.

Dijo a dar a.

Las dos mujeres se miraron se rivaledaz.

Había se percató y sintió una tristeza extraña.

Durante años se había creído que la verdad pondría las cosas en orden.

Una madre verdadera, una madre falsa, una deuda, una reparación.

Pero a veces la verdad no sólo no ponía orden, sino que habría puertas que quizá habría

sido mejora dejar cerradas.

La muél tenía una sola madre y eso no bastó para salvarlo.

Dijo Flavia y la voz se la rompió.

Enia dio un paso hacia ella pero no llegó a brazarla.

Adara se cubrió la boca con los dedos.

Flavia respiró hondo como si el nombre de Samuel hubiera llenado la casa entera.

La luz y esta en manos de Roma.

No tengo fuerzas para decidir a cual de vosotras debo perdonar primero.

No tienes que decidir nada.

Dijo a dar a.

Enia sintió.

No hemos venido en busca de tu perdón.

Flavia las miró exausta.

Entonces ¿a qué habéis venido?

Adara se adelantó a Enia.

A quedarnos donde debemos estar.

La frase no podía ser más sencilla y quizá por eso la conmovió.

Flavia pensó en Macron buscando una vía para llegar a esta servilio.

En Caled siguiendo una pista encierta.

En Lucio suspendido en la oscuridad.

No había tiempo para ordenar a sus madres dentro de su corazón.

Enia lloraba en silencio.

Adara se esforzaba en retener las lágrimas.

Flavia extendió una mano hacia Enia y un instante después la otra hacia Adara.

No hubo abrazo todavía no.

Solo eran tres mujeres agarradas de la mano en una habitación donde faltaban demasiados

nombres.

Lucio puede morir esta noche.

Dijo Flavia.

No.

La respondió en Inia por instinto.

Adara apretó los dedos.

Macron hará cuánto pueda.

Roma tan bien.

Asintió Flavia desolada.

Desde el patio llegó el sonido del agua que María volcaba en encuenco.

Dentro la casa siguió respirando entorno a ellas.

Pequeña, pobre, amenazada, pero viva.

Flavia miró a sus dos madres.

No me mintáis más.

Enia bajó la cabeza.

No.

No.

Repitió Adara con algo parecido a la calma en su voz.

Flavia retiró de espacio las manos.

No porque la rechazara.

Sino porque necesitaba sostenerse a sí misma.

Entonces quedados.

Las dos asintieron en silencio.

No era perdón.

No todavía.

Era una puerta entornada.

En mitad de una espera en la que todas ansieban oír pasos, noticias o golpes.

Cualquier señal de que rúcio continuaba con vida.

Flavia apoyó la espalda del muro y cerró los ojos.

Había tenido dos madres.

Y aún así si había sentido sola demasiado a veces.

Ahora ambas estaban allí.

Tarde.

¡Sitén!

La voz de la madre.

Tras aquella conversación, enia a Adara se comportaban como dos mujeres que habían

aceptado una verdad sin saber a un donde ponerla.

Flavia ayudó a ordenar los paños junto al hogar.

Adara trajo agua del patio y la dejó sobre la mesa sin preguntarse a que él era su sitio.

Ningún aquí socupara el centro ni reclamar un derecho que acababa de ser nombrado con

demasiado pesar.

Yo las mirabas sin mirarlas.

Durante años creí que la verdad de mi origen aclararía algo.

Que si Adara era mi madre, enia debería apartarse.

O que si enia me había creado, Adara tendría que aceptar que ya era tarde para ella.

Pero al ver las juntas, comprendí que no había una línea clara.

Una me había dado el cuerpo.

La otra, los días.

Y ambas a su manera, habían renunciado a una parte de mi.

María se sentó amilado cuando la casa recuperó un poco la calma.

Fuera, efe eso seguía el ritmo de la vida cotidiana bajo un cielo turbio.

Macron y Caled no habían regresado.

Lucio continuaba en manos de servilio y esa urgencia hacía que todo lo demás resultara

casi impropio.

Aun así, la herida abierta por enia y Adara seguía allí.

No sé qué hacer con ellas.

Le confese a María.

Ella miró hacia el hogar donde las dos fingían ocuparse de cosas pequeñas.

No tienes que decidirlo esta noche.

Eso me dice siempre.

Porque sueles querer arreglar en una hora lo que tardó años en descomponerse.

No pude evitar una sombra de sonrisa pero duró poco.

¿Es posible tener dos madres?

La pregunta salió como un reproche pero también como una súplica.

Sí, dijo al fin.

Mire a mis manos.

Yo quería que una verdad le hiciera justicia a la otra.

A veces no es cuestión de justicia.

Retuve aquellas palabras.

En realidad no reparaba nada.

Pero eran claras.

Lo que había detrás de la verdad era nosotros tres.

En ninguna de ellas podía desaparecer sin que algo de mi vida volviera a romperse.

María miró un punto bajo de la pared como si de nuevo sumente se hubiera trasladado

al pasado.

Cuando mi hijo estaba en la cruz, Juan me acompañaba.

También algunas mujeres.

Nos mantuvimos tan cerca de él como pudimos pero no lo bastante para ayudarlo.

Esa es un lugar muy duro para una madre flavia.

Ves el sufrimiento y no puedes detenerlo.

Vas allí pero no puedes llegar.

No dije nada.

Yo sabía muy bien que había cercanías que no salvan y distancias que no protejen.

Jesús respiraba con dificultad.

Continuó.

Cada liento parecía arrancado a la muerte.

La sangre le bajaba por los brazos y por el costado.

A veces levantaba la cabeza.

A veces su cuerpo se vencía hacia adelante y la cruz entera parecía cargar sobre sus heridas.

Yo miraba sus pies clavados y recordaba esos mismos pies cuando era niño.

Susios de polvo transcorretear por el patio.

Apollados sobre los míos cuando aprendía a mantenerse en pie.

Una madre nove solo al hijo que sufre delante de ella.

Vé también al niño que fue.

En re los ojos un instante y Samuel apareció de inmediato.

El ratián nacido que me pusieron en brazos.

El niño que corría por la casa.

Su pequeño cuerpo envuelto el lino que no pude besar.

Tuve que respirar despacio para no ahogarme.

Entonces Jesús me miro.

Dijo María.

No como un hijo que pide auxilio.

Sinó como un hijo que todavía ama.

Sin los ojos.

Desde la cruz.

Desde la cruz.

Respondió ella y volvió el rostro hacia mí.

Me dijo.

Mujer.

Ahí tienes a tu hijo.

Y a Juan le dijo.

Ahí tienes a tu madre.

La casa pareció quedarse sin aire.

Mi halladaras encontraban de pie junto al hogar.

Ninguna fingió no escuchar.

¿Qué hizo que tu hijo fuera Juan?

Pregunté.

Sí.

Sentí una resistencia dentro de mí.

Pero Juan no era Jesús?

No.

Dijo sin dureza.

Jesús no me pidió que dejar a deser su madre.

No me pidió que Juan no ocupara su lugar.

Me entregó sin reservas para cuidarme.

Me dio una casa cuando la mía se estaba desmoronando.

Y a Juan le dio una madre porque en aquella hora, todos nos estábamos enfrentando a la pérdida.

Pensé en enía y adara.

Pensé en mí.

Partida entre ambas.

Pensé en Samuel.

En su cuerpo bajo tierra y también en el hijo que estaba esperando.

Nada sustituía a nada y aún así.

Todo quedaba unido por el dolor.

¿Lo aceptaste?

Pregunté.

María bajó la mirada.

No con la alegría de la llegada de un hijo.

Lo acepté porque venía de él y porque Juan también estaba perdiendo algo demasiado valioso.

Su gesto de amor nos sostuvo a los dos.

Y después?

Después Juan vino conmigo a casa.

Yo dijo con una sobriedad que me conmovió más que cualquier llanto.

No salí del calvario como una mujer fuerte.

Añadió.

Salí porque alguien me sostuvo.

Mi hijo, antes de morir, quiso que encontrar a una mano en la que apoyarme cuando la suya ya no estuviera.

Enía se cubrió los labios con los dedos.

Adara miró al suelo.

Por primera vez no sentí su presencia como una invasión.

Ambas escuchaban algo que también las juzgaba y las consolaba.

Tu miras aénea y adara como si una tuviera que borrar a la otra para que tu vida sea verdadera.

Dijo María.

Pero tu vida no fue falsa por haber recibido amor de dos lugares distintos y alejados.

Puedo ser más difícil porque te abrió una herida, pero no falsa.

Aquella frase me atravesó.

Había pensado muchas veces que mi infancia se levantaba sobre una mentira, que los besos de enía, sus órdenes, sus cuidados y sus silencios estaban manchados por lo que ocultaban.

Me mintieron.

Dije.

Sí.

Respondió María.

Y esa mentira te provocó un daño.

Pero no todo lo que había en tu vida era mentira.

Volvía a mirar aénea.

Recordeé sus manos atándome las andalias cuando era niña.

El olor de su manto.

La severidad, con que me enseñó a entrar en una sala sin bajar la cabeza.

Mire después a adara, ausente en mi infancia, pero aun así, parecía

haberme esperado siempre.

No sé si puedo querer las interaccionarlas al mismo tiempo.

Adara levantó la mirada enía también.

María tomó mi mano.

Quere era adara, no te quita enía.

Quere era enía, no borra adara.

El amor no funciona como una herencia que se reparte y se acaba.

Me quedé en silencio.

Jesús medió a Juan cuando lo estaba perdiendo a él.

Continuó.

Yo creí que no tenía corazón para otro hijo.

He venido el dolor abre el corazón de un modo extraño.

Sin quitarle amor al que se ha ido, obliga a aprender otra forma de amar.

Pensé en el hijo que nacería en una casa donde esa muerte faltaba.

Te mía que mi amor por él desplazara a su hermano.

María parecía responder también a ese miedo.

Y si no quiero aprender otra forma de amar, susurré.

Unces dolerá igual, aunque estarás más sola.

Aquello era duro, pero no admitía replica.

Desde el patio llegó un ruido leve.

Todas miramos hacia la puerta.

No era macro, ni calé.

La espera volvió a pesarnos.

Lucio seguía en manos de hombres que no conocían la piedad.

Cuando Jesús habló desde la cruz.

No dejó María.

No ordenó los afectos como quienes críben hombres en una tablilla.

Creó una familia allí donde la muerte quería dejar solo restos.

Una madre entregada a un discípulo.

Un discípulo entregado a una madre.

No para negar la sangre, sino para que la pérdida no se uniera a la soledad.

Mirea, Enia.

Para mí sigue siendo mi madre aunque adara este aquí.

Enia dejó caer una lágrima, solo una.

Después Mirea adara.

Y tú no has dejado de serlo porque yo haya crecido en otros brazos.

Adara inclinó la cabeza.

No se acercó y se lo agradeció.

Aquella verdad necesitaba reposar un momento sin convertirse enseguida en abrazo.

No puedo daros más.

No te hemos pedido más.

No te dio, Enia.

Con eso basta por hoy.

Dijo adara despacio.

En la calle se oyó un rumor de pasos y todas volvimos a mirar hacia la puerta.

Tampoco eran ellos.

La casa continuaba llena de ausencias pero yo me sentía un poco menos sola.

Me apoyé en el muro y cerré los ojos.

Pensé en Jesús mirando desde la cruza su madre y a Juan entregándolo se lúnó al otro

cuando ya no podía abrazarlos.

Pensé en mis dos madres respirando en la misma habitación.

Pensé en Samuel.

En el hijo que llevaba en mi vientre, el lucio y en todos los lazos que Roma podía

cortar sin llegar a comprenderlos.

Aquella noche entendía algo sencillo.

Una madre puede serlo por la sangre o por los días.

A veces no basta para salvar nada.

A veces llega tarde.

A veces se equivoca.

Pero si permanece cuando todo se viene abajo, quizá pueda ayudar a sostener lo que aún

sigue en pie.

71.

La Bula.

Drusila detestaba el calor de eceso.

No era el calor séco de Roma al mediodía, pegado a las piedras del palatino.

Sin una humedad que se adhería a la piel mezclada con dolor apuerto, grasa y animales.

Aunque prepararon la residencia oficial antes de su llegada, cambiando cortinas, perfumando

a las estancias, colocando fuentes a los patios y cubriendo con telas nuevas los lechos

de descanso.

Todo le seguía resultando ajeno, provisional, insuficiente.

Quería regresar a Roma.

En las noches se despertaba antes del alba, convencida de haber oído los pasos de su

hermano en los corradores, su risa brusca, las voces de los hombres que aprendían a temerlo

y adularlo el mismo tiempo.

Roma era peligrosa, pero ella conocía bien ese peligro.

Eceso en cambio, la mantenía lejos del centro y demasiado cerca de un secreto que ya no

sabía cómo gobernar.

Pero en la mesa tenía dos cartas sin concluir.

Uno iba dirigida a Caligula y la otra a nadie.

En la primera informaba de que servílio había logrado alguna avance.

Ya tenía retenido el húcio feo celer y la ampolla no tardaría en aparecer.

La segunda solo contenía frases sin terminar, borradas con el punzón hasta dañar la cera.

La brusila la partó con irritación y incapaz de escribir lo que pensaba.

Servilio no actuaba como Cornelio, que era torpe, ambicioso, fácil de leer.

El actual pro-consul tenía una paciencia más fría y eso la inquietaba.

Entraba, observaba, preguntaba poco y dejaba en el aire la sensación de que había visto

más de lo que daba entender.

La brusila no le gustaban los hombres que no necesitaban exhibir su poder para ejercerlo.

Un esclavo anunció su llegada poco después de la hora sexta.

La brusila ordenó que lo condujera al atro pequeño, no al salón principal.

No quería concederle más hospitalidad que la que requería su cargo.

Servilio entró con la túnica limpia y el rostro sereno.

La cogera apenas se advertía cuando caminaba despacio, pero brusila la veía siempre.

Le recordaba que aquel hombre había sobrevivido heridas reales.

No sólo en trigas de palacio.

Dómina?

La saludó él, inclinando la cabeza.

Pro-consul.

Vengo a informar.

Lucio está en nuestro poder.

Vivo?

Por supuesto.

Vivo.

Y en condiciones de hablar.

Preciso.

Brusila analizó aquella respuesta.

Mientras estuviera convida,

Lucio aún podía entregar la ampolla.

Muerto no le servía de nada.

Ella, ella, le molestaba depender de servilio

para conservar una pieza necesaria.

¿Ha dicho algo?

No lo suficiente.

Mi hermano no aceptará otra demora.

Su hermano recibirá la ampolla.

Remarco levemente el posesivo,

pero brusila no lo pasó por alto.

El César corrigió.

El César recibirá la ampolla.

Servilio descendía un poco la mirada.

Lucio acabará entendiendo que su silencio

no protege a nadie.

No quiero cada vez inútiles.

Advertió de Rosila.

Lucio no debe morir antes de entregarnos lo que queremos.

Lo sé.

Y Flavia no debe sufrir ningún daño

sin que yo lo sepantes.

¿Hay motivo para preocuparse por Flavia?

Me preguntó servilio mirándola con más atención.

No.

Pero sí por Macron.

Si alguien toca su hija sin medir las consecuencias,

mi hermano tendrá un problema que no necesita.

Macron acaba de desembarcar en Neceso.

Informó servilio.

Con Nenia, su esposa, y otra mujer.

La sé.

Dijo ella con un le de fastidio.

La llegada de los padres de Flavia cambiaba el equilibrio.

Su presencia llamaría la atención.

Macron no era alguien fácil de doblegar.

Había permanecido demasiado tiempo cerca del poder.

Como para entrar en una sala, si mirar todas las alitas.

Conviene terminar pronto.

Ayatiodrosila.

Conviene terminar bien.

Respondió el Proconsul.

Macron ya está haciendo preguntas.

Si se presentan de mí, lo recibiré.

Si supone un estorbo para una orden imperial,

lo recordaré cual es su lugar.

No los subestimes.

Suelo ser prudente con los hombres viejos

y aún conservan enemigos vivos.

Drusila se puso de pie.

Necesitaba moverse.

Quiero un informe antes de la noche hacer.

Y quiero ser la primera en saber si Lucio ha hablado.

Servilio se giró para marcharse.

Pero en ese instante llegó desde el corredor interior una risa breve.

No alta, no libre.

Es un resto de risa sofocado de inmediato por una voz de mujer.

Drusila se quedó rígida.

Servilio también, pero por distinto motivo.

Al fondo, una puerta se cerró con estesiva presa.

El sonido había dejado al descubierto el peligro.

El secreto ya no parecía estar a salvo.

Bastaba una puerta mal cerrada, una criada que tardara demasiado en imponer silencio.

O una risa fuera del lugar para despertar las sospechas de servilio.

El pro-consul miró hacia el corredor.

Hay huespedes en la residencia?

Drusila no se bobió.

No, sólo está el servicio.

El servicio no suele reír así.

El servicio ríe cuando olvida cuál es su sitio.

Servilio volvió a mirarla y no insistió.

Drusila supó que esa era su reacción más temible.

No había olvidado la pregunta.

Solo la guardaba hasta que se representara una ocasión más conveniente.

Dómina?

Dijo antes de inclinarse y salir.

Drusila esperó a que sus pasos se perdieran y llamó a Libia.

La criada apareció casi en instante.

Era una mujer de más de 40 años, de rostro ancho y manos firmes.

No era bella, especialmente despierta, pero sabía voy a decir sin llenar el silencio de

preguntas.

Por eso la había elegido.

Dómina?

¿Qué ha sido eso?

Libia, bajo la cabeza.

Se ha despertado.

No he preguntado si termía.

Preguntamento mito arpeza.

Quien estaba con él.

Preguntó Drusila avanzando hacia ella.

Yo, nadie más.

¿A abierto la puerta?

Solo un poco.

Quería ver la fuente.

Una fuente.

Un capricho infantil.

Una grieta por donde podía entrar toda Roma.

La mujer cerró los ojos un instante.

Lo volvió a mirar a Libia.

Lo hizo sin dureza.

Nadie abre esa puerta sin mi permiso.

Nadie entra ni sale cuando haya hombres de servicio en la residencia.

Si necesita beber, esperas.

Si llora, local más.

Si pregunta, respondes lo justo.

Si vuelve a reír cerca del corredor, lo lamentarás de verdad.

Sí, domina.

La griada trago saliva.

Drusila apartó la mirada.

Pronto era una palabra útil y por eso mismo peligrosa.

Los niños acababan aprendiendo que pronto podía significar nunca.

En la estancia contigua escuchó el roce suave de unos pies descalzos sobre el suelo.

Un Drusila permaneció en móvil un instante.

Después fue hacia la puerta.

Libia se apartó.

El niño estaba junto al hecho bajo con una tablilla en la mano y el caballo revuelto.

Alberla se quedó quieto.

No son río.

Tampoco lloró.

Había aprendido a esperar el gesto de los adultos antes de tener miedo.

Y a Drusila le molestó reconocerla.

No debes acercarte la puerta.

El niño bajó la mirada hacia la tablilla.

Quería ver el agua.

La voz era pequeña, algo ronca por el sueño.

Drusila estuvo a punto de inventar una promesa para que estuviese tranquilo, pero preferió

no gastar palabras.

Verás el agua cuando yo lo ordené.

Él asintió.

Libia entró.

Fue hacia el niño y le tocó el hombro con delicadeza.

¡Ven!

Vamos a comer algo.

Drusila permaneció en el hombral.

La estancia estaba limpia, bien ventilada, con juguetes sencillos y una jarra de leche

sobre una mesa baja.

No era una presión miserable, pero seguía siendo una presión y con eso le bastaba.

Libia condujo al niño hacia el lecho y empezó a hablarle dinas frutas que habían traído

del mercado.

Drusila aceró la puerta.

No quisés escuchar más.

Cuando regresó al atrio, encontró sobre una mesa lateral varios objetos requisados

en la casa del ucio.

Servilio se los había enviado sin concederles ninguna importancia, como restos menores de

una vida vencida.

Una cinta, una fíbula torcida, un trozo de tela bordada y la pequeña bula de flavia.

Un drusila la reconoció antes de tocarla.

No por su valor, sino por lo que significaba.

Volvió a llamar a Libia.

Dásel al niño.

Le ordenó.

No era un gesto para procurarle con suelo, sino para afianzar la obediencia de un niño

que seguía preguntando por su madre.

La criada cogió la bula y se perdió por el corredor.

Drusila se quedó sola.

Anciyaba regresar a Roma.

Quería escribir a Caligula y abandonar aquella ciudad dúmida donde cada estancia parecía

albergar una consecuencia, pero no podía marcharse.

Pervilio sospechaba que había algo detrás de aquellas puertas.

Y Macron ahora se encontraba en Eceso.

Ella había tomado una decisión en secreto, por orgullo, por cálculo, y por el deseo de

poser algo que no perteneciera su hermano, y no debía hacer ningún movimiento mientras

el niño sigue oculto en aquella residencia.

O la amenaza podría volverse contra todos.

Como la carta destinada a Caligula, y escribió que Lucio estaba retenido y que serví

y avanzaba.

Luego, llamó de nuevo a la criada sin levantar la voz.

Desde ahora dos cerrojos.

Y si el Procón suel pregunta, Drusila dejó el punzón sobre la mesa.

El Procón suel no pregunta por lo que no se le permite ver.

Pero sabía que no era cierto.

Servilio preguntaba incluso cuando callaba, y en Eceso detrás de una puerta, ella

escondía una respuesta que podía destruirlos a todos.

El Muro.

Esa mañana, antes de acompañar a Macron al Praetorium, Caleda había salido de la casa

de María con la excusa de examinar una calle.

Pero la verdad era más aspera.

Necesitaba información.

Macron había tanteado los hombres del Procón suel.

Juan buscaba noticias entre los suelos.

Y Flavia esperaba junto a dos madres que acababan de reunirse con ella.

Él encambió.

Sabía algo que no podía desvelar porque provenía de la mujer que había roto aquella casa

desde dentro.

La puerta lateral.

El cambio de guardia.

La desvertencia sobre ese herbilio.

Valeria apareció junto a la cisterna vieja, cubierta con el mismo pelo oscuro.

No surgió de la sombra como una amenaza, sino como alguien que llevaba esperando mucho

tiempo y ya no aguantaba más seguir escondiéndose.

No deberías venir aquí.

Dijo Caleda.

Tampoco tú.

Él miró a su alrededor.

La calle estaba casi vacía.

Con bendedor cerraba sus testos un poco más abajo y una muchacha llenaba un cántaro sin

levantar la vista.

Enéfeso todos aprendían de prisa a no estar pendientes de las conversaciones ajenas.

Si te han seguido, nos condenas a todos.

Lucio sigue vivo.

Affirmó a Valeria.

¿Cómo lo sabes?

El dión pasó hacia ella.

Los dos no se hablan porque creen que una mujer pobre no entiende lo que oye y otros

todavía me deben favores.

Tus favores suelen costar vidas.

La frase le cruzó el rostro pero no apartó la mirada.

Por eso he venido.

Caled sintió el impulso de agarrarla y llevarla ante Macron, ante Flavia, ante todos,

que les explicara cada gesto, cada mentira, cada mirada fingida.

Valeria Lucio estaba en manos de servilio y no había tiempo para calmar la rabia.

¡Habla!

El praetorium tiene tres accesos útiles.

Valeria hizo un dibujo tosco en la pared con una caña rota.

La puerta principal siempre está vigilada.

No se entra por ahí sin llamar la atención.

La del patio norte la usan los oficiales y queda demasiado cerca de servilio.

La tercera es esta.

La tercera es una de servicios.

Confirmo él.

Sí.

Da a las cocinas y al pasillo donde guardan aceite, leña y agua.

Al final de la segunda vigilia hay un cambio de guardia.

Durante unos instantes solo quedan un soldado y un esclavo que mantiene ascendidas las

brazas del horno.

¿Cuánto duran esos instantes?

Lo que tarda un hombre cansado en orinar contra un muro.

Un sitio algo más preciso.

Respondió Caleb con dureza.

Hecha en una tranca por dentro, pero no hasta que terminan de subir las provisiones.

Si entras con los sacos antes del cierre, no te preguntarán.

Valeria señaló otra línea.

No vayas hacia el atrio.

Busca la escalera estrecha que hay detrás del almacén del vino.

Uéle mal, y por eso la evitan.

Lucie a las estancias donde interrogan a los detenidos.

Caleb la miró fijamente.

¿Has estado allí?

Valeria no respondió.

Su silencio bastaba.

Caleb observó el plano trazado en la pared.

La información era demasiado precisa para ser inventada, pero también podía llevarle

a un pasillo sensaleida.

Si le estaba mintiendo, Lucio no sería el único que no volvería.

¿Qué ahora?

Porque servilio no esperará mucho más.

¿Qué sabes?

Está utilizando a Flavia contra él, y no se detendrá hasta que Lucio crea que la única

forma de protegerla es hablar.

De pronto se quedó callada.

¿Qué?

Continúa.

La premio.

Si a la noche hacer, no obtiene una respuesta.

Tienará que lleven a Flavia al Praetorium.

Caleb estuvo a punto de mal decir en voz alta.

Tenemos que sacar Lucio antes.

Dijo apretando los dientes.

Sí.

Asintió Valeria.

No digas sí como si tú no hubieras ayudado a que ahora lo tengan allí.

Dijo sin ocultar su irritación.

Ella desvió a los ajos.

Caleb la agarró por el brazo y la llevó al hueco de una entrada.

¿Qué más ocultas?

Aún no puedo decirte toda la verdad.

Pareció dudar.

Pero sí como puedes entrar para ayudar a tu amigo.

Puede ser una trampa, y tú sabes tenderlas muy bien.

O vas a decirme que sólo cumplíes órdenes en la muerte de Samuel.

Caleb no les soltaba el brazo.

Valeria respiro con dificultad.

Mi papel fue mayor de lo que crees.

Dijo.

Sí.

Yo elegí el momento.

Vigilé la casa.

Sabía cuando descansaba Flavia.

Cuando salía Sara.

Y cuando se quedaba Samuel cerca del patio.

También hablé con los hombres del carro.

Callate.

La soltó de golpe.

Me has pedido la verdad.

Te he pedido información para salvar al ucio.

No una confesión para alivierte.

No me alivia.

Dijo Valeria bajando la mirada.

Entonces dime quién dio la orden.

Servilio?

No.

Cornelio?

No.

Fue drusila.

Valeria cayó y aquel silencio se lo confirmó.

Si ahora quieres envendarte ofreciéndome tu ayuda.

Pues bien.

Ya puedes largarte.

Sin mí no pasarás del almacén.

Encontraré el camino.

No basta.

Hay una marca en la jamba.

De advirtio Valeria.

Si la lámpara acuelga del cabo izquierdo, el guardia acepta dinero.

Si está en el derecho, pregunta primero y mata después.

Por mucho que le costase, Caleb tuvo que admitir que esa información era demasiado concreta

para ignorarla.

Al final de la segunda vigilia, en el muro de las siqueras, antes de que suban el pan para

la guardia.

Señalo ella.

Si no estás, entraré sin ti.

Si no estoy, no entres.

No te concedo tanto poder.

No es poder.

Es una advertencia.

Valev.

Lo observó con rabia.

Lucio seguía en manos de servicio.

Y ella era la única que conocía aquella entrada.

Como descubra que me ocultas algo.

Te he ocultado muchas cosas.

No juegas conmigo.

Valeria retrocedió antes de que pudiera acercarse más.

Segunda vigilia.

Muro de las siqueras.

No te retrases.

Se pitió y se perdió por un callejón estrecho.

Él tardó en reaccionar unos segundos, pensando hasta qué punto, Valeria había conseguido

desconcertarle.

73.

El duelo.

Macron alcanzó la calle principal a la compañía de Caleb.

No llevaba escolta.

Sólo dos criados que se quedaron atrás por orden suya.

En otro tiempo, muchos se habrían apartado a su paso.

Ahora, los pocos que lo reconocían fingían no hacerlo.

Y en ese gesto, Macron entendió más sobrefeso que lo que reflejaba cualquier informe.

Caleb, se detuvo ante la escalinata del Praetorium.

No entres conmigo.

Dijo Macron, sin mirarlo.

Abanzó sólo hacia la puerta principal.

Caleb se situó junto a Muro bajo.

Cerca de unos hombres que descargaban a un foraz.

Desde allí no podía ver la entrada de servicio que le había indicado Valeria.

Pero si el movimiento de los guardias, los olivos lentos, la sombra del corredor lateral,

que rodeaba el edificio.

Macron iba a intentarlo por la vía oficial.

Él debía prepararse por si debía actuar después.

El guardio de la entrada cruzó la lanza.

No se reciben visitas.

O alúncio y a mi llegada.

Y mejor que se ha pronto.

Dijo con una autoridad que no residía en su voz, sino en su forma de no pedir permiso,

a quienes sólo sabían ver hacer.

El Proconsul está ocupado.

Entonces, tendrá que interrumpir lo que sea que esté haciendo.

El guardiado.

Al final, uno de los soldados entró a dar el aviso.

Y Macron esperó bajo el sol, sin moverse, hasta que volví a salir.

El Proconsul le recibirá.

Lo condujero una sala de parades desnudas, más administrativa que solemne.

Había una mesa, tablillas ordenadas, dos sillas y una jarra de agua que nadie le ofreció.

Servilio se encontraba de pie junto a una ventana estrecha, con las manos a la espalda

y la túnica impoluta.

Albera Macron inclinó la cabeza con una cortesía calculada.

Nebiosutorio, Macron.

Olo, Servilio, Marcello.

Vengo a llevarme alucio, Fedro, Zeller.

Dijo sin rodeos.

Servilio, no fingió sorpresa.

No puedo satisfacer tu petición.

Lucio es millerno y es ciudadano romano.

Si existe una acusación formal contra él, quiero oírla, si no, lo liberarás ahora.

Existe una orden del César.

Dijo Servilio con calma.

Enséñame la.

No todas las órdenes llegan por escrito.

Los que permiten encerrar y torturar a un ciudadano romano deberían hacerlo.

¡Mide tus palabras, Macron!

¡Eso hago!

Respondió con seguridad.

Sé que no quieres que quede constancia de lo que estás haciendo con él.

He vivido bastante cerca de los emperadores para distinguir cuando un hombre usa el nombre

del César como escudo y cuando como máscara.

El silencio se denso.

Servilio tomó una tablilla y volvió a dejarla sobre la mesa sin mostrarsela.

Lucio oculta un objeto reclamado por Roma.

Se le pidió que lo entregara y se negó.

Ha obstaculizado a representantes legítimos del poder romano y protige a una comunidad

que se resiste a la autoridad del César.

¡Hablas de una ampolla!

Hablo de una propiedad reclamada por Roma.

No todo lo que Roma reclama le pertenece.

Servilio sostuvo su mirada.

La frase suena mejorasintestigos cerca.

Macron no se inmuto.

Lucio no es un enemigo de Roma.

Eso depende de aquí en haya prometido o ve diencia.

Su obediencia ya no te concierme.

No, pero al César sí.

Servilio no alzaba la voz, pero cada palabra que salía de su boca alejaba más alucio

de cualquier salida.

Macron cambió de tono.

¡Lo estás torturando!

¡Lo estoy interrogando!

Está colgado de una arcolla.

¡Veo!

Que tus criados recogen rumores de prisa.

Repico servirio.

¡Es criados no!

¡Tus hombres!

Si mis hombres hablan serán castigados.

Aménazó el pro-consul.

Macron dejó pasar unos segundos mientras medía hasta donde podía empujar sin romper

la vía diplomática.

La esposa delucio está en cinta y acaba de perder a su hijo.

Eso lo hace más lamentable.

No menos culpable.

Si flabias sufre daño por tus actos, tendrás que responder ante mí.

Servilio lo escrutó con curiosidad.

¿Pante ti?

Hice una pausa.

¡Fuiste poderoso!

¡Nobie lo discute!

¡Fuiste secretos, habitaciones cerradas!

Y hombres que decidían sobre la vida de otros con un solo gesto.

Pero el poder que se tuvo no es el poder que se tiene ahora.

¡Aún poseo!

Nombres suficiente.

Affirmó Macron sin permitir que la frase dejar a marca en su rostro.

Nombres sí.

¡Mando no!

¡Sí!

¡Mando yo por orden del César!

¡Drusila!

¡También está enéfeso!

¡Ella!

¡No defides sobre este asunto!

Dijo Servilio, apoyando ambas manos sobre la mesa.

Pero es hermana del César.

¡Y yo soy el Procón Sul de Asia!

¡Tunces!

Quizá convenga que ambos recordéis aquí en Servis.

Puedes acudir a ella si eso te consuela.

Yo no detendré el interrogatorio del UCI, porque su esposa llore, porque tú recuerdes tiempos

mejores, o porque una mujer del palatino prefiera que los asuntos desagradables no manchen

sus estándcias.

¡Mide cómo hablas de Drusila!

¡Me advierte, Macron!

¡Me conviene cumplir lo que Calígula espera!

Servilio había dicho Calígula.

No el César, no el emperador, ni siquiera cayo Julio César, el nombre que habría utilizado

cualquier persona prudente.

Había usado el mote de los soldados, aquel nombre pequeño que al propio emperador le irritaba

o ir en bocas ajenas.

Si Macron entendió entonces algo más peligroso que una amenaza.

Servilio se sentía tan seguro bajo la protección imperial, que incluso se permitía nombrar

al César como poco se atrevían.

No hablaba como un magistrado que te mira a este derse, sino como alguien convencido

de que su crueldad sería leída en Roma como avediencia.

¡Ciero ver aluccio!

¡No es posible!

Entonces admites que los retienes sin garantías.

¡Admito que custodia un hombre que se niega entregar lo que Roma exige!

Argumentó el Proconsul.

Y cualquier interferencia será considerada un obstáculo a una orden del César.

Macron sostuvo sumirada.

La negociación había llegado a su fin.

A partir de ese punto sólo le arrancaría una violencia inótil.

¡Hemos terminado!

Se dio la vuelta y salió sin despedirse.

En el exterior el sol seguía calentando la piedra.

Caled fue a su encuentro desde una boca calle, compolva en las sandalias y la mirada amastura.

¡No va a soltarlo!

¡Dijo Macron!

Lo suponía.

Caled miró hace el edificio.

He inspeccionado el lateral.

Hay movimiento en las cocinas, entrada de sacos, leña, agua.

Valeria no mintió en eso.

Macron se detuvo.

Valeria?

Me ha asegurado que se puede acceder por una puerta de servicio.

Segunda vigilia.

Muro de las sigueras.

¿Qué, por ahí se llega al corredor bajo?

¿Cofías en ella?

No.

Pero creo que sabe lo suficiente para liberar alucio.

Macron guardó silencio.

Después miró hacia la parte alta de la ciudad, donde la residencia oficial se alzaba

entre jardines y muros blancos.

Antes, verega a Brusila.

Servilio, no obedecerá sus órdenes.

No necesito que la sobedezca.

Necesito saber qué teme.

Si esperamos demasiado, puede que elucio no resista.

No vamos a esperar.

Dijo Macron.

Tú, prepárate por entrar por esa puerta.

Yo hablaré con Brusila.

Caled entendió que la vieja diplomática estaba agotada.

Por lo que daban dos caminos, ambos expuestos al mismo peligro.

74.

La señal.

Macron prefirió que Adara no acudiera con ellos a la residencia oficial.

Flavio, necesito alguien junto a ella.

Le dijo.

Adara aceptó sin protestar.

Me abra quedarse cerca de su hija, aunque todavía no supiera como hacerlo.

Macron iría acompañado de Enia.

Presentaría en la visita como una audiencia de cortesía para saludar Adara y llevarles

noticias recientes de Roma, aunque ninguno de los dos ignoraba la verdadera razón.

Servilio, no iba a soltar alucio.

Y Drusila era la única presencia imperial en Efezo capaz de temer algo distinto a una

orden escrita.

La residencia se alzaba en la parte alta de la ciudad, protegida por muros claros y

cipreses recortados.

Por fuera parecía una casa tranquila, pero en cuanto entraron, Enia percibió la tensión

de los lugares donde demasiadas personas o vedecen siempre a contar.

Los esclavos se movían de prisa y en silencio.

Los puertas se cerraban antes de que la ire, terminará de pasar, y las flores frescas

no consigían camuflar el olor del miedo.

La hermana del César los recibió en un patio interior junto a una fuente baja.

El agua caía en un cuenco de mármol con un sonido delicado, casi ofensivo después

de las noches que Flavia llevaba sin dormir.

Estía de blanco con el caballo recogido y una serenidad demasiado estudiada.

Enia, la conocía lo suficiente para distinguir en ella la elegancia de la calma.

¿Macron?

Dijo por toda bienvenida.

Drusila.

No hubo reverencia profunda ni cortesías abrante.

Ambos sabían que cada gesto podía parecer una deuda o una amenaza.

Drusila se dirigió a Enia.

Lamento la desgracia de vuestra casa.

Enia inclinó apenas la cabeza.

Las desgracias no necesitan lamentos cuando aún están ocurriendo.

L'anfiterión asostuvo sumirado un instante antes de hacer una señal para que les ofrecieron

asiento.

El cron se quedó de pie.

Estó yo aquí por Lucio.

Dijo, renunciando de nuevo a los rodeos.

Eso es opuesta.

Servil y o lo retiene y la otortura.

Drusila volvió el rostro hacia la fuente.

El Pro-Consul actúa por orden imperial.

Ya he oído esa respuesta de su boca.

No he venido a escuchar la otra vez con mejor perfume.

La mandibula de Drusila se tensó.

¡Mide tus palabras!

Eso hago.

Servil y o no se detendrá por prudencia.

Creo que Caligula premiará a cualquier exceso que cometa si consigue el ampolla.

Drusila lo miró cuando escuchó aquel nombre sin título, pero no lo corregió.

Macron advirtió el gesto.

¿Sabes qué es cierto?

Sé que mi hermano no tolera de rotas.

Entonces también sabes que servilio tiene que darle algo pronto.

Y si Lucio no habla, buscará otra forma de presionar.

¿Insinúas qué puedo detenerlo?

¡Insinúo que si no lo haces!

Deberías temer lo que ocurra después!

La mujer caminó despacio hacia la galería.

El patio estaba despejado, salvo por dos esclavas que permanecían al fondo, junto a una mesa

baja con fruta, en un corredor cubierto por una cortina ligera.

Detrás había una puerta cerrada.

En y en no supo por qué, pero aquella puerta le pareció demasiado vigilada para una

casa tranquila.

Lucio elegió esconder algo que Roma reclama.

Dijo de Rosila.

Sabía a qué se exponía.

Lucio elegió no entregar sangre santa aquí en la reclama como un trofeo.

No uses conmigo palabras de los seguidores del Nazareno.

Entonces usaré otras que conoces bien.

Lucio es ciudadano romano.

Fue pretoriano.

Está casado con mi hija.

Si muere bajo tormento no tendrás un asunto cerrado.

Tendrás un cadáver incómodo.

Mi hermano no se conmueve ante cadáveres encamadas.

No.

Pero soy rito cuando le crean problemas que podrían evitarse.

En y así había quedado algo resagada.

Nadie le había apartado de forma evidente.

Por qué se habría sido desconciderado.

Pero Macron y Rosila avanzaban hacia la sombra de la galería.

Y ella estaba junto a las manzanas, las uvas oscuras y una granada partida en dos, con

los granos brillantes como pequeñas cuentas de sangre.

Y Lucio muere no obtendrás la ampolla.

Dijo Macron.

Si no habla tampoco.

Ay hombres que soportan más de lo que otros calculan.

También hay hombres que hablan si creen que así pueden detener el dolor de otras.

Macron entendió el veneno de la frase.

No toques aflavia.

Yo no voy a tocarla.

Pero sabes que servilio sí iró ahora.

Rosila no respondió de inmediato.

Y esa pausa fue suficiente respuesta.

Si permites que lo lleven al praetorium.

Ay a Dios Macron.

No será sólo servilio que en responda.

Me amenazas?

Te advierto.

No olvides quién soy.

Dijo Rosila dando un paso a él.

No lo olvido.

Por eso estoy aquí.

Al escuchar esa frase, en ella sintió que cambiaba el aire.

Macron no había ido a suplicar.

Había ido a comprobar si Rosila aún podía inclinar la balanza.

O si estaba atrapada en algo que no se atrevía enombrar.

Rosila iba a responder cuando la cortina del corredor se movió.

Al principio en ella pensó que era la brisa.

Después, oyó un roce pequeño.

Una respiración contenida.

Una criada apareció por la puerta que había permanecido cerrada y se quedó paralizada

al ver a Rosila.

Era una mujer madura de manos firmes y trató de tapar algo con su cuerpo sin que pareciera

un gesto del arma.

Pero un niño asomó detrás de ella antes de que pudiera impedirlo.

Un troco riendo ni hablo.

Dio un paso corto, descalzo.

Y sosteni una tablilla contra su pecho.

Tenía el cabello revuelto y la túnica malatada en un hombro.

Parecía recién levantado.

Livia.

Dijo Rosila y en aquel nombre hubo una buena estación.

La criada palidesió.

Pero siento domina, solo quería agua.

Macron dejó de mirar a Rosila.

El niño observó a todos con cautela.

No parecía entender la gravedad que acababa de inundar el patio.

Pero sí que había hecho algo indevido.

Enía no respiró.

Había algo en aquel pequeño cuerpo, en la curva de sonuca, en la forma de sujetar la

tabilla con ambas manos, una familiaridad imposible que le rozó la memoria.

«Vuelve dentro».

Le ordenó Rosila.

«Tenía sed».

Dijo en voz baja.

La mujer clavó los ojos en la puerta, como si se hubiera abierto en el momento más

y en aportuno.

Enía sintió que el mundo se estrechaba.

Cojí una manzana de la mesa y se acercó al chiquillo.

Sabía que los niños responden a los gestos sencillos de los adultos.

«Ven».

Dijo con su vida.

¿Y en esa hambre?

El niño miró la manzana con una atención inmediata, como si aquel fruto lo llamara.

Aún así no la cogió.

Primero buscó los ojos de Rosila.

No con obediencia de esclavo ni con confianza efectuosa, sino con la cautela de quina aprendido,

que incluso algo tan insignificante como aceptar una fruta necesita permiso.

Rosila tardó apenas un instante responder, pero enía se dio cuenta.

«Tó mala».

El pequeño avanzó.

Enía lo esperaba sin moverse.

Estaba viendo, midiendo, guardando cada detalle para después.

Él llegó hasta la mesa.

Ella se ha cachó un poco y le ofreció la manzana, de cerca parecía más pequeño.

Tenía un resto de cera en un dedo, las uñas limpias y un arañazo leve junto a la moñeca.

«Gracias», dijo.

No era el tono de un niño criado en la casa imperial.

Más bien parecía que le hubieran enseñado a ser cortés ante el miedo.

Enía le sonrió sin poder evitarlo.

«También ayupas».

Él volvió a mirar a Rosila.

«Puedes cajarlas», dijo ella con se quedad.

El niño tomó un racismo.

Al hacerlo, la tablilla se le resbaló y la túnica se le abrió por el cuello.

Un cordón oscuro apareció sobre su piel.

Enía lo vio.

Al principio sólo fue un destello.

Después distinguió el borda de minuto.

La muestra que habría reconocido entre 100 piezas, porque esa la vieja sostenida en sus manos

infinidad de veces en Roma.

Porque había estado guardada para Flavia.

Porque la había visto sobre su pecho, cuando su hija partió hacia una vida que ella ya

no podía controlar.

La bula de Flavia.

Enía sintió que la sangre abandonaba su rostro.

No miró a Macron.

No se atrevió.

Temía que todo está ya se demasiado pronto.

El niño mordió la mazana con cuidado.

Andrusila observaba enía y Macron al fin.

Sidió la mirada de su esposa hasta el pequeño amuleto que rodeaba el cuello del niño.

El agua de la fuente limpia y ajena.

No detuvo su rumor, mientras enía comprendía que aquella casa también escondía algo

muy valioso.

75.

La sentencia.

El niño tenía la mazana en la mano, un cerco de jugos en los labios y el racismo de

uvas sujeto contra el pecho.

Como si te miera que alguien fuera a quitarse lo, la bula descansaba sobre su piel, medio

culca por el borde de la túnica, pero ya no había forma de no verla.

Enía dio un paso hacia Macron, sin apartar los ojos del niño.

Nebio.

El hombre era hoyo.

Enía le tocó apenas el brazo y ese gesto bastó para que él comprendiera que no era

un ruego ni una viso menor.

¡Mira lo!

Le pidió.

Macron miró primero al niño, después el cordón oscuro.

Luego el pequeño amuleto que colgaba de su cuello.

La bula de flavia.

La que servílio le había rebatado durante el registro.

Era imposible que la llevara por azar.

Su rostro no dejó traslocir la idea que golpeaba su mente, pero enía lo conocía.

Vió como algo antiguo y feruz despertaba detrás de sus ojos.

Entonces se inclinó hacia él.

¡Es Samuel!

Dijo en voz baja, casi sin aire.

El niño levantó la cabeza a lo ir su nombre, pero no son río ni corrió hacia ellos,

solo miró a enía.

Luego a Macron, como si aquella palabra hubiera abierto una habitación dentro de él en la

que no sabía si podía entrar.

Brusila también lo yo.

Su rostro perdió la compostura que rastraba desde Roma.

¡Apartaos de él!

Livia rodeó al niño con un brazo, pero Samuel no se movió.

Macron miró a la hermana de cáligula.

¡Qué has hecho!

¡Elo quedé!

Dijo dando un paso hacia Samuel.

Enía a ogo un grito.

¡De lo quedaste para qué!

Pergunto, Macron, sin vislumbrar el motivo.

Brusila trago saliva.

¡Para mí!

Respondió ocultando al pequeño tras ella.

Caligula quería la ampolla.

Cornel y yo quería obedecer y otros.

Habrían utilizado al niño para quebrar a su padre.

No iba a dejar que sacrificara a algo que podía pertenecerme solo a mí.

¡Y dejaste que su madre lo enterrara!

Ella recibió el golpe sin defenderse.

Si Flavia sabía que vivía, Lucio no habría cedido.

Si Lucio no cedía, Caligula habría apretado aún más.

Y todo el mundo sabe qué significa eso.

¡Y necesitaba tiempo!

¡Yimpu!

¡Para qué!

Ella guardó silencio.

Detrás de su expresión fría no había un corazón compasivo ni nobleza suficiente.

Solo una decisión tomada desde el capricho, el cálculo y una maternidad frustrada que

no conocía entrega, sino posesión.

Algo que nunca reconocería en voz alta.

Un criado apareció por el corredor y se detuvo al ver la estena.

Drosila giró la cabeza demasiado tarde.

¡Fuera!

Ordenó.

El hombre el retrocedió, pero antes de que Libia pudiera cerrar la puerta del todo, unos

pasos firmes sonaron en la galería.

Servilio había entrado en el patio sin pedir permiso.

Fijó la mirada del niño.

Luego en la bula, después en Drosila.

¡Extraordinario!

Dijo.

¡Saldi aquí!

Le ordenó Drosila.

El procón suele abanzó unos pasos y Samuel se escondió detrás de Libia.

La hermana del César ocultando al reen más valioso de Asia, fingiendo una muerte, obstaculizando

una operación imperial y todo por orgullo.

No sería más acertado decir por el hijo que no puede tener.

¡Te equivocas!

Le dijo Drosila.

Servilio la miró con una calma satisfecha.

¡Al contrario!

Ahora tengo al hijo vivo, el que Lucio cree que ha perdido por proteger la ampolla.

Observó a Samuel como si fuese un arma encontrada en el suelo.

Con esto no hará falta continuar con el interrogatorio.

Enías sintió nauseas.

Macron apretó los dientes.

El niño estaba bajo mi custodia.

Afirmó Drosila con urgencia.

Tu custodia ha terminado.

Soy la hermana del César.

¡Y yo!

Soy el hombre que tendrá que explicarle que su hermana lo engañé.

Drosila, di un paso a ciel.

¡No te atreverás!

Me atreveré.

Si eso me acerca a la ampolla.

Hizo una señal y dos soldados aparecieron anistante en la entrada del patio.

¡Cogea el niño!

Livia apretó a Samuel contra ella.

¡No!

Crito en ella.

Lo llevaré al praetorium.

Que lucio lo iba a llorar detrás de la puerta.

Que sepa que la tumba estaba cía de sentido.

Y que su silencio sólo ha servido para poner a su familia en mis manos.

Macron se acercó a él.

Servilio giró apenas la cabeza hacia los soldados.

Luego todo ocurrió muy deprisa.

Uno de los hombres extendió la mano hacia Livia.

En ella sujetó al niño por los hombros y tiró de él hacia sí.

Drosila se interpuso, no con fuerza, sino con desesperación.

Servilio se llevó la mano al puñal pero Macron reaccionó.

No se movió como un anciano herido en su orgullo, sino como un hombre acostumbrado

a vivir entre armas.

Sujetó su buñeca antes de que el puñal saliera del cinto.

Pero el cuerpo y lo empujó contra el borde de la fuente.

El golpe fue seco.

Servilio respondió con fuerza.

Era más joven, más sólido.

Y su mano libre alcanzó la garganta de Macron.

Durante un instante pareció que podía vencerlo.

Pero Macron no luchaba para imponerse.

Luchaba para impedir que el puñal rozar a su carne.

Consigué desarmarlo y la hoja cayó al suelo.

Ni abrió como Macron bajaba la mano, cogía el puñal y le un día bajo las costillas

de Servilio.

Este abrió los ojos.

No hubo maldición.

Solo una sorpresa breve.

Como si no pudiera aceptar que la muerte le llegara en mitad de una frase.

Macron los ostuvo un instante para que no cayera sobre el niño.

Luego dejó que se desplomara en la fuente.

Todos soldados permanecían allí, desconcertados.

¡Fuera!

Crito, Brusila.

No se movieron.

¡Qué dicho, fuera!

Repitió con furia.

Salid y cerrado las puertas.

Que nadie entre ni salga hasta que yo lo ordene.

Los soldados dudaron.

Miraron el cuerpo de Servilio.

Luego a Macron, después a Brusila.

Abanzó hacia ellos con una frialda nueva.

¿Quierais que el César sepa que desobedeciste esa su hermana?

Aquello bastó para que se marcharan.

Enía pretuva a Samuel contra su cuerpo.

El niño no lloraba.

Miraba Servilio.

Tendido en el suelo con los ojos muy abiertos.

Macron limpió el puñal en el borde del manto de Servilio.

Tenía la respiración agitada, pero la mano firme.

¡Acabas de matar al Proconsul de Asia!

¡Dijo Brusila!

¡Tú!

¡Has escondido al hijo vivo del ucio!

Mientras su madre enterraba a otro niño.

Enía brazo a Samuel con fuerza.

Entonces él se retiró un poco y se llevó la mano a la bula.

¡Era de mi madre!

¡Sí!

Respondió ella con la boza hogada.

¿A conoces?

Preguntó con inocencia.

Sí, pequeño.

Samuel la miró a un desconfiado.

¿Dónde está?

Ella buscó aire.

No podías sacarlo de allí sin saber cuántos hombres de Servilio ocupaban a un la ciudad.

Y tampoco podía olvidar que el ucio continuaba retenido.

¡Vendrá a aportir!

Macron respondió por ella.

Brusila se apoyó en la mesa.

Parecía punto de caer.

Debemos asegurar la residencia y el praetorium.

Si esto llega oídos de mi hermano, enviará hombres que no se detendrán a hacer preguntas.

¡Entonces no se sabrá todavía!

Dijoma, Cron, con calma.

Primero, liberaremos al ucio.

Aún desconocemos a quién no vecerán los hombres de Servilio, cuando encuentran su

cuerpo, mientras tanto, no permitiré que Samuel salga a una calle llena de peligros.

En ella quiso protestar, pero Samuel apoyó la frente contra su pecho y desistió.

Brusila miró hacia la puerta por la que habían salido los soldados.

Puedo mantener en secreto la muerte del Proconsul durante unas horas.

¡Bien!

Dijo Macron.

En la fuente, el rojo de la sangre se extendía alrededor del cuerpo de Servilio.

Sobre la piedra, la manzana mordida parecía abandonada por descuido.

En ella miró al niño que tenía embrazos y sintió que el mundo acababa de cambiar de forma.

Samuel estaba vivo y precisamente por eso todos podían morir.

76. La hija.

En la casa se respiraba que tuud, como si todos caminas en sin hacer ruido, para no

añadir peso a la espera.

María había salido al pático en Sara para preparar agua y unas vendas.

Juan no estaba.

Caléfte a poco.

En ella y Macron había anido a la residencia oficial para hablar con Rosila.

De pronto, Flavia sintió que el hijo que llevaba dentro se movía con una sovidad

impropie de aquel mundo.

Adar estaba de pie junto al hogar.

Puedes sentarte.

Le dijo Flavia.

La mujer obedeció, pero se mantuvo a cierta distancia.

En ella no está.

Añadió Flavia después de un silencio.

Creo que ahora puedo preguntarte sin que ella se sienta ofendida.

Adara levantó la mirada.

En su rostro no había rescemor.

Sólo miedo.

Pregunta a lo que quieras.

Flavia apoyó una mano en su vientre.

No quería una escena trágica.

La sabiduría de María le había mostrado una forma distinta de mirar el dolor.

Lo que menos pretendía ir a castigar adara.

Que necesitaba conocer la verdad.

Quiero saber cómo empezó todo.

No como me criaron después ni cuánto me quisisteis ni cuál era vuestra intención.

Quiero saber por qué mi vida nació de un pacto.

Adara suspiró hondo.

En ella no podía tener hijos.

La frase sonos en cera, sin equivocos y oírla en boca de su propia madre.

Ella volvió más dolorosa.

Macron necesitaba descendencia.

Continuó Adara.

No sólo por orgullo.

En Roma un hombre de su estatus no podía mostrar una debilidad sin que otros la usaran

en su contra.

En ella sofría.

Aunque no lo dejará traslocir.

Yo era griega, pobre.

Sin nombre el que me protegiera.

Había servido en casas donde una mujer aprende pronto que otros pueden decidir sobre

su cuerpo.

Te obligaron?

Adara.

Nego con lentitud.

No.

No bojo el pez ni amenazas.

Eso debo decirlo.

Querían darte una vida segura.

Un nombre romano.

Una casa.

Protección.

Yo creí que aceptaba lo mejor para ti.

Y para ellos.

Sí.

También para ellos.

Flavia.

Ahora decío que no lo negara.

Y si alguien descubría que yo era hija de una griega, te habrías convertido en un arma

contra Macron y en una vergüenza para enia.

No porque tú fueras una vergüenza, Flavia.

Se no por qué Roma sabe convertir el origen de cualquiera en insulto cuando le conviene.

Si se hubiera sabido que habías nacido de una esclava, tu origen te habría acompañado

siempre.

Habría pesado sobre tu nombre, sobre tu lugar en la sociedad, y también sobre el hombre

con el que algún día quisieran casarte.

Así debías vivir como hija de Macron y de enia.

Tenías que serlo a los ojos de todos.

Solo así podrías aspirar a un matrimonio, acorde con la posición que ellos te habían

dado.

Flavia, guardó silencio tratándote similar esas palabras.

Pensó en lucio, en su nombre romano, en la sangre que custodíava.

En todo lo que Roma podía reclamar como suyo.

Luego pensó en Samuel, en las paradas de tierra cubriéndose pequeño cuerpo, y la pregunta

le salió casi en un sosorro.

Me viste en hacer, los ojos de adara se llenaron de luz.

Sí.

Me tuviste en brazos, sólo un momento.

Flavia cerró los dedos sobre la tela de su túnica.

Cuando entamelo, adara trago saliva.

Cuando viniste al mundo, no lloraste.

Eso me asustó.

Pensé que algo iba mal, pero la partera te frotó a la espalda, y entonces chillaste con

una fuerza que nadie pude ignorar.

Te pusieron sobre mi pecho.

Tenías la piel caliente y la cabeza húmeda.

Y entonces llegó a Enia.

Flavia sintió que la rabia no desaparecía, pero perdía una parte de su filo.

«Yo he sido madre», dijo.

«No entiendo cómo pudiste separarme de tu lado.

Adara suspiro a pesadumbrada.

Después de entregarte, nada volvía a estar completo en mí.

Enia me amó y tú también.

Pero eso no arregla la mentira.

No».

Flavia miró hacia la puerta por donde enia había salido.

Ahora veía que la verdad era una casa con varias puertas, y ninguna se abría siendo

dolor.

«Maria, me ha enseñado que perdonar no es decir que no hubo daño».

Conoció al fin.

Tampoco es herenduljente con alguien, sólo porque esté cansado de cargar con la culpa.

No he venido a pedirte que me perdones.

«Si estoy aquí, es porque no quieres conderme más».

Flavia sintió un movimiento dentro de sí, leve, insistente.

Apoyó la palma sobre el vientre, y Adara bajó los ojos hacia ese gesto, sin atraverse

a sonreír.

«Este hijo nacerá en una casa llena de secretos rotos», dijo Flavia.

«Pueden hacer también en una casa donde ya no se mienta.

No fue una frase de consuelo.

Era más bien una tarea que estaba dispuesta a llevar a cabo.

Extendió la mano.

Adara tardó en tomarla, y cuando al fin lo hizo, sus dedos estaban fríos.

No puedo llamarte madre, como si nada hubiera pasado.

Lo sé.

Pero tampoco quiero fingir que no lo eres».

Adara inclinó la cabeza, no lloró.

Quizá porque ya había llorado demasiado, y no quería usar el llanto como defensa.

Desde el patio les llegó la voz de María hablando con Sara.

Flavia no retiró en seguida la mano.

En aquella habitación pequeña solo había una hija, una madre que ya no quería escondarse,

y una verdad que por fin empezaba a somar.

77.

El rescate.

Valeria, aguardaba junto al muro de las higieras.

Caled le había antes de que ella hiciera señal alguna.

Llevaba la cabeza cubierta, y dos acos pequeños descansaban a sus pies.

En la mano derecha suostenía una cuerda y en la izquierda una tabrilla sucia.

Podía para hacer una criada más con el encargo de entregar un pedido de harina.

Pero Caled ya no podía verla así.

En cada gesto suyo buscaba una mentira.

«Llega tarde», dijo ella.

«Ey venido solo.

Mejor.

Jua en esta cerca.

Si hay complicaciones y no vuelvo, sabrá por donde he entrado».

Valeria sintió.

No preguntó si aquella era una amenaza porque sabía que lo era.

En ese instante escucharon un rumor extraño, un movimiento de hombres que no era el habitual

del praetorium.

Dos soldados llegaron por la calle que bajaba de la asidencia oficial y cruzaron de

prisa por la esquina sin detenerse en la puerta de servicio.

Caled miró a Valeria.

«Qué ocurre?

Servilio está en residencia con Rosila.

No sé si ha ido por su cuenta o lo ha llamado ella.

Eso puede ser un obstáculo.

También una oportunidad.

La puerta lateral quedaba encajada entre un muro bajo y la parte trasera de las cocinas.

Volía humo denso, grasa vieja y verduras cocidas.

El guardia estaba apoyada en la jamba hablando con un esclavo que cargaba leña.

Valeria vio la lámpara colocada en el clavo izquierdo, cogió los sacos y se acercó sin

vacilar.

«Ya no son horas».

Grunió el guardia.

La harina llegó humedad.

¿Quieres explicarse lo tu al cocinero?

El hombre la miró de arriba abajo.

«No te conozco».

Y aun así, come espanca de día.

El esclavo soltó una resa breve y el guardia le lanzó una mirada amenazante.

Valeria dejó caer la tablilla sobre el saco.

Vengo de parte de rofo.

Le dijo bajando la voz.

Si haces preguntas, me encargó que te recordara lo de la muchacha de Mileto.

Caler no entendió la alusión, pero vio como la puerta si abría un poco más.

Valeria tomó uno de los sacos y le indicó que cargar al otro.

Entranos y mirara atrás.

La cocina estaba casi vacía.

Dos esclavas limpio en una mesa larga y un muchacho dormía sentado junto al horno.

Valeria no se detuvo.

Abanzó hasta la almacén de aceite.

Dejó el saco junto a unas ánforas y se agachó como si fuese a desatarlo.

Caler la siguió.

Ahora.

Sus horror ella.

Al fondo del almacén había una escalera estrecha, apenas visible entre cantas rotos y cestos

de cebollas.

Bajaron en silencio.

El horor pasó a ser una mezca de humedad, vino agrio, orina y vapores estancados.

Caler sintió que el pecho se le apretaba.

Si Valeria mentía, aquel era el lugar perfecto para morir sin testigos.

Los hombres.

Preguntó.

Dos abajo.

Quizá tres si servílios dejo refuerzo.

Quizá ha habido cambios desde que lo vís a leer hacia la residencia.

Al final de la escalera, Valeria levantó una mano en el corredor si bien voces.

«El Proconsul ha mandado llamar a medio puesto».

Dijo un soldado.

«Si está con Rosela, que se entiendan ellos», respondió otro.

«Valeria se giró hacia Caler.

La confusión nos favorece, pero no durará.

¿Dónde está el húcio?

La puerta oscura.

«Voy», dijo Caler, pero ella lo retuvo por la manga.

Espera.

Uno de los soldados apareció del corredor con una jarra en la mano.

Valeria salió antes de que Caler pudiera detenerla.

«Tú», dijo el hombre sorprendido.

Ella bajó la cabeza.

«Me han mandado traer agua caliente.

Aquí no entra nadie».

Díselo al Proconsul cuando pregunte por qué no está preparado lo que pidió.

«El soldado dudó.

«No ha pedido nada.

¿Estás seguro?

» Valeria levantó la vista y el soldado la reconoció.

«¿Tú eres?

No terminó.

Valeria le golpeó la gargante con el borde de la jarra.

Fue un movimiento rápido, desesperado.

El soldado se estrelló contra la pared.

Caler salió de la sombra y lo sujetó antes de que hiciera ruido al desplomarse.

Después Valeria le quitó las llaves del cintrón con manos firmes.

«Esto no me lo contaste.

¡Murul, muruel!

¡¿Quién es?

¿Alguien que me habría entregado?

¿A Roma?

¿A cualquiera que pagara?

Que leves se dijo que no había tiempo para desentrañar misterios.

Abanzaron hasta la puerta oscura.

Dentro no se oía nada y eso la sustó más que un gemido.

Valeria provó una llave.

No giró.

Provo otra.

Nada.

La tercera se dio.

Lucio estaba rodillado en el suelo, sostenido por las muñecas atadas a la argolla.

Tenía la cabeza caída sobre el pecho, la túnica rota, la piel herida por la cuerda,

y los labios agredados por la sed.

Por un instante, Calep creyó que había llegado tarde.

Lucio.

Cruzó la estancia y le levantó el rostro con cuidado.

Había pulso.

Deville, pero su cuello palpitaba.

Está vivo.

Valeria se había quedado vigilando.

Calep sacó el cuchillo y cortó la cuerda.

Lucio y mi tión sonido a hogado cuando sus brazos destendieron y el cuerpo, privado de

aquel sostén cruel, cayó hacia adelante.

Calévelo sujetó como pudo.

Lucio.

Soy yo.

¡Vamos a sacarte!

Dijo emocionado.

Los ojos de su amigo se abrieron un instante, turbios, incapaces de enfocarse en él.

¡Flavia!

¡Estó en casa, comoría!

Lucio quiso decir algo más, pero de sus labios solo salió aire.

Hay que irse ya.

Dijo Valeria en tono premiente.

Calévela miro con rabia.

¡Ayúdame!

Los dos levantaron el cuerpo maltrecho con cuidado.

Cada movimiento parecía arrancarle un dolor nuevo.

Caléve le pasó un brazo por la cintura y Valeria le agarró por el otro lado.

De pronto escucharon un grito en el corredor.

El soldado al que Valeria había golpeado parecía verse recuperado y estaba dando la

voz de alarma.

¡Entrosos!

¡Entrosos!

Valeria soltó Lucio.

¡Entendrás que sacarlo tú sola!

Yo te abriré paso.

Salió al corredor y cerró la puerta atrás de sí.

Desde dentro, Caléve o yo sugoza al zarse para llamar la atención del guardia.

¡Por aquí!

La mujer ha entrado por las cocinas.

Unos pasos a la carrera se perdieron por el extremo opuesto del corredor.

Valeria grito de nuevo.

Algo cayó.

Un hombre maltijo.

No esperó.

Cargo a Lucio sobre el hombro y abrió la puerta.

El corredor estaba despejado, salvo por la jarra rota y una mancha de sangre junto al

muro.

No supo si era del soldado o de Valeria.

Abanzó tan deprisa como pudo, con Lucio respirando contra su espalda.

Al llegar la escalera, Valeria salió su encuentro.

Tenía el labio partido.

En una mano llevaba una llave y en la otra un pequeño cuchillo manchado.

Por aquí no.

Han cerrado las cocinas.

¿Entonces?

Por el deshago y del patio de leña.

Se abre desde dentro.

Caléve no preguntó cómo lo sabía.

La situación no permitía desplacer la utilidad de sus pecados.

Llegaron al patio bajo justo cuando una campana empezó a repicar en la zona principal de

el edificio.

No era de alarme completa.

Era una llamada confusa.

Una orden mal transmitida.

Voces cruzadas repetían que el progón sul no estaba, que las órdenes venían de la

residencia.

Que nadie va a donar a su puesto.

La ausencia de servilio tenía desconcertados a los suyos.

Valeria introdujo la llave en la cerradura de la reja, pero esta no giró.

Daote prisa.

La orgio caléve.

Esta oxidada.

No he vuelto a la otra vez.

Nada.

Desde el pasillo llegó una voz.

¡Ay!

Valeria se volvió hacia Caléve.

Cuando abra, sal y tuercia a la derecha donde hay una fe que seca.

Juan podrá verte si te está esperando donde dijiste.

¡Ven con nosotros!

Tengo que distraerlos.

Dijo Valeria.

¡No voy a dejarte!

Ella iba a responder, pero lo mire.

Y la dureza se le deshizo en los ojos apenas un segundo.

Lo suficiente para que Caléve entendiera que lo que la retenía allí no era sólo a

fan por apaciguar su culpa.

Le vantó una mano hacia él.

Como si fuera tocarla el rostro, pero se detuvo a medio camino.

No quieras hacer de esto algo limpio.

Dijo ella, bajando la mano.

No lo es.

Colpeó la cerradura con una piedra y la reja se dio con un chérrido breve.

Se ha gachó para evitar que Lucio se diera con el tintel, pero un soldado entró en el

patio antes de que pudiera cruzar.

Valeria corrió hacia él.

Calecía de fuerza para vencerlo de frente y lo sabía.

Se lanzó contra su brazo armado.

Recibió el golpe en el costado y rodó por el suelo, pero logró clavarle el cuchillo

en el muslo.

El hombre grito.

Calev aprovechó ese instante.

Se arrastró con Lucio por la vertura y cayeron al otro lado sobre tierra húmeda.

Valeria!

Ella se acercó la reja, respirando con dificultad.

El soldado herido intentaba levantarse.

Si oyeron pasos a presurados y voces.

Valeria empujó la reja desde dentro.

Vete!

Los pasos invadieron el patio.

Calev cargó de nuevo con Lucio y avanzó hasta la sequia seca, doblado por el peso, oyendo

a su espal de agritos, un golpe, tal vez alguien que choco contra la piedra o solo la reja

cerrandose del todo.

Un silbido bajo salió de la oscuridad.

Juan apareció entre dos olivos con otro hombre de la comunidad y corrieron para sujetar

a Lucio.

O está vivo.

Dijo Calev sin saber si hablaba para Juan o para sí mismo.

Vamos.

Si alejaron pegados a los muros, mientras el praetorium empezaba despertar al desastre.

Calev miró hacia atrás, pero no obvio a Valeria.

Solo la puerta lateral, ahora cerrada de nuevo.

Al otro lado, si había quedado la mujer que causó un daño imperdonable, la misma

que acababa de salvar la vida de Lucio.

78.

La voz de la madre.

Juan se adelantó a Calev.

Llamo una vez y Sara abrió con la lámpara en la mano.

Me puse en pie antes de verle.

Adara también se levantó.

Maria en cambio no se movió, aunque miró hacia la puerta con una gravedad que me preparó

para lo que aún no sabía.

Está vivo.

Contesto, Juan.

Esas palabras me atravesaron entera.

Durante un instante no hubo nada más.

Solo Lucio.

Vivo.

Todavía lejos de mí y todavía en peligro, pero vivo.

¿Dónde está?

Pregunte.

Lo trae, Calev.

Contesto, Juan.

Está mal herido.

Adara se llevó la mano al pecho.

Sara dejó la lámpara sobre la mesa porque un temblor le recorrió el cuerpo.

De pronto me invadió la inquietud.

Había pasado la noche imaginando golpes, cuerdas y preguntas.

Había querido saber y no saber.

Y ahora que Lucio venía hacia mí comprendí que quizá no estaba preparada para verlo.

Quise ir en su busca, pero María me detuvo.

Mira, hija, que primero esté a salvo.

Tenía razón.

Mire la puerta abierta a la oscuridad de la noche.

El camino por el que Calev tendría que aparecer con él.

¿Qué le han hecho?

Pregunte.

Juan trató de responder en un tono calmado.

Lo colgaron.

Se me escapo un grito aogado.

Imaginé los brazos de Lucio por encima de su cabeza.

El peso del cuerpo tirando de los hombros.

A servir y os repitiendo las mismas preguntas a mi esposo o intentando no desvelar nuestro secreto.

María se sentó a mi lado.

Cuando Jesús llegó al Calvario, yo también creí que ya había visto todo el dolor que

podía caber en un cuerpo.

Nadie habló, incluso Juan que estuvo allí se quedó inmóvil junto a la puerta.

En el camino Jesús había perdido sangre.

El madero le había abierto más las heridas de la espalda.

Yo pensé que lo dejaría morir entonces sin más castigo.

Una madre piensa cosas absurdas cuando necesita seguir respirando.

Su voz era clara sin adorno.

Pero lo tendieron sobre la cruz.

Tomaron uno de sus brazos y lo estiraron hasta el extremo del travesaño.

Después es el otro.

No lo tocaron como a un hombre que va a morir, sino como se coloca una cosa en su sitio.

Yo miraba sus manos.

Las mismas que de niños se cerraban alrededor de mi dedo cuando caminaba junto a mí.

El primer clavo no fue sólo un golpe.

Terré los ojos y sentí como ese ruido partía el mundo.

Intenté eludir los otros pero no pude.

Cada gol penetraba en su carne y en mí.

No se explicarlo de otro modo.

El cuerpo de una madre siempre está dispuesto a recibir el dolor de su hijo.

Pensé en lucio y en sus manos.

Aquellas que habían rechazado la gladiós y que habían custodiado con tanta diligencia

el testimonio.

Las que habían sostenido a Samuel.

Pronto vería esas manos con las muñecas en carne viva por la cuerda.

Pues los clavos atravesaron sus pies.

Continuó a María.

Me fijé en que había polvo en sus tobillos.

Sangres seca, heridas pequeñas de las piedras y heridas grandes de los hombres.

El amor haces o cuando el horrores demasiado intenso.

Se agarrara a un tobillo, a un mechón de pelo, a una mancha de polvo a cualquier detalle

que todavía pertenezca al hijo y no alverdugo.

Juan cerró los ojos.

Luego levantaron la cruz.

Los hombres tiraron de las hojas.

La madera se alzó despacio y el cuerpo de Jesús quedó expuesto a la vista de todos.

Miró hacia la puerta.

Ese fue otro dolor.

Ver su sufrimiento convertido en espectáculo.

Ver que cualquiera podía mirar su cuerpo desnudo, purlarse y señalar sus heridas como

si no pertenecieran a alguien amado.

Sentí que las lágrimas me quemaban en los ojos, pero no llegaron a rodar.

Alucion lo han visto colvado.

Vencido, murmure.

Él que había sido soldado, que siempre había mantenido su cuerpo como una muralla, regresaba

ahora reducido por los hombres de Roma y su vergüenza me dolió antes de verlo.

Ameer sus heridas como una derrota.

Me dijo María.

También señalan a alguien que no se ha rendido.

¿Tú pudiste mirar?

Pregunté.

No siempre.

Hubo momentos en que bajaba los ojos.

No por rechazo a él.

Si no porque el alma también desfallece.

Después volvía a mirar.

Mi hijo estaba allí y entendí que sólo podía cubrir su cuerpo con mi mirada.

La puerta permanecía abierta.

Si o yo un roce lejano tal vez pasos, quidá, sólo el viento en el callejón y todo

mis ser setenso.

María continuó antes de que yo pudiera levantarme.

Ví sus llagas.

De las manos, las de los pies, su espalda rasgada, su frente herida.

Pero seguía siendo mi hijo.

No el cuerpo que Roma exponía ni el condenado era mi hijo.

Tomó una de mis manos.

Cuando lucio entre.

Te dolerá lo que serví y ole ha hecho.

Debes ver más allá.

No sólo eso.

De nuevo tenía razón.

Yo estaba deseando abrazar lo entero, apretarlo contra mi comprobar que estaba vivo con manos

desesperadas.

Pero entendí que quizás su cuerpo no podría soportar mi alivio.

Sara se acercó con un cuenco de agua, a dar a colocó paños limpios a su lado.

Ninguna dijo nada, pero había en sus gestos una coordinación extraña.

Como si hubieran encontrado al fin, una tarea con la que hacer frente a su culpa.

Llegaste a pensar que Dios lo había abandonado?

Le pregunté a María.

Sí.

Pensé muchas cosas que hubiera preferido no pensar.

Confeso.

El dolor de un hijo puede taparlo todo, incluso lo que una crees a ver de Dios.

Lo que les aseguraron, después, que yo no llegué a sufrir tanto aquel día, porque

sabía que mi hijo resucitaría al tercero.

Pero sólo una madre puede entender que ninguna promesa del mañana hace menos insoportable,

la muerte de un hijo hoy.

Yo podía creer que Dios me lo devolvería y aún así, sentir que me arrancaban en el mundo

mientras lo veía a morir.

Su sinceridad me dio más fortaleza que una certeza sin fissuras.

Entonces se oyeron pasos cercanos.

Juan se asomó a la calle.

Sara tomó la lámpara.

Adara abrió la puerta un poco más.

Yo me levanté despacio.

Primero vía calevo, inclinado por el peso.

Después a otro hombre de la comunidad que sujetaba alucio por los pies.

La cabeza le caía hacia un lado.

Le daba los brazos vendados de manera apresurada y la túnica pegada al cuerpo por el sudor

y la sangre.

Parecía que le trajieran de un lugar donde el cuerpo había olvidado cómo regresar.

Dí un paso y me detuve.

Recordé lo que María acababa de decirme.

No debía mirar sólo la herida.

Dejó caler apenado cuando levantó los ojos hacia mí.

Yo asenti, aunque no sé si llegué a hablar.

Lucio abrió levemente los párpados.

La vía.

Murmuro.

Su voz era apenas una exhalación.

Me acerqué.

Que con los dedos el canto de su mano allí donde la cuerda no había abierto la piel.

Estoy aquí.

María se situó detrás de mí en silencio.

Mientras calé, bijuan lo llevaban al jergon, comprendí que el cuerpo herido de un hombre

no vuelve de golpe a la vida.

Hay que recibirlo despacio, sin exigirle que sea el de antes, sin pedirle que oculte

las jagas para que les duele a menos a quienes lo aman.

Lucio había sido expuesto al poder de Roma.

Ahora entraba en una casa pequeña, rodeado de manos que no podían borrarlo ocurrido,

pero podían cubrirlo, darle agua y mirarlos sin apartar los ojos.

79.

La confesión.

Caler salió al patio a lavarse las manos cuando la respiración de Lucio empezó a recuperar

la normalidad.

Flavia seguía junto a él, pálida y muda.

A veces Lucio murmuraba el nombre de ella, otras algo incomprensible sobre la ampolla.

Caler le había limpiado las heridas de las muñecas y examinó en sus hombros la marca

de la suspensión, pero no contó todo lo que veía.

Algunas verdades no servían de nada, mientras un cuerpo mal tratado aún luchaba por volver.

La sangre de Lucio se la resistía bajo las uñas.

Al levantar la vista descubrió a Valeria junto al Jive, sentada contra el muro, sin

velo, con el avio partido y una mancha oscura en el costado.

«No deberías estar aquí».

dijo Caler sin acercarse.

«Lo sé».

«Si Flavia te ve».

«No he venido por Flavia.

Se ha sido un instante para cien decisa.

He venido por ti».

«Yo no soy tu refugio.

No busco refugio.

Entonces vete».

Valeria intentó incorporarse, pero el dolor del costado solo impidió.

Caler se percató.

El médico que había en él reconoció una herida que debía examinarse, pero el hombre

que había enterrado a Samuel le prohibía acercarse.

Valeria recostó la cabeza contra el muro.

«Samuel, no ha murido».

La frase fue tan simple que al principio no encontró lugar en la mente de Caler.

«Está vivo».

Añadió.

Caler sintió que el patio se movía bajo sus pies.

En dium paso hacia ella, sin saber si quería golpearla o apoyarse en la parez.

Entonces se ha gachado y la agarró por el brazo con fuerza.

«No es cierto.

Yo vi el cuerpo.

Lucio los estuvo en brazos.

Y Flavia se llevó un puñado de la tierra que lo cubría».

Valeria apretó los dientes.

Cuando la orden ya estaba dada, Brusilas se acercó a mí y me habló a loído.

«Nadie le o yo.

Me dijo que todos debían creer que el niño había sido sacrificado.

Pero que se lo entregara vivo.

«No era por piedad, Caler.

Lo quería para ella.

No puede tener hijos.

Y Samuel se convirtió en algo que podía poser.

Una criatura arrancada de una casa pobre que pensaba esconder bajo su nombre imperial.

«¿Cres estás diciendo que el niño era un arma para presionar a Lucio?

Pero también nunca prichó de Brusilas.

Al hacerlo desaparecer, tanto si Lucio confesaba donde estaba la ampolla como si no.

Ella se lo quedaría.

No quería que Calígula consiguiera su propósito.

Ni que Cornelio matara Lucio por comodidad.

Pero tampoco actuaba movida por un buen corazón, sino porque ya lo había reclamado como suya».

Él la soltó y se puso en pie.

Necesitaba alejarse para no perder el control.

«Sí, ¿qué?

Después del rapto, llevea Samuel a un lugar seguro.

Estaba asustado y preguntaba por su madre.

Yo le dije que la vería pronto, aunque era mentira.

Luego se lo entregue a una mujer de confianza de Brusilas, vivo y sin heridas.

Y del cuerpo que enterraron.

Valeria bajó la cabeza.

Hay una casa de asistencia cerca del barrio de los tintoreros.

Allí recogen a pobres, enfermos, niños y familia.

Aquellos días hubo fiebres y murieron algunos.

Uno era de la misma edad y de estatura similar a la de Samuel.

Nadie iba a reclamarlo.

En el rostro de Caleb se dibujó un gesto de enfado mezclado con tristeza.

¿Cómo práscil cada verde un niño para hacer creer a una madre que enterraba su hijo?

Sí.

Compré el cadáver de un niño para fingir la muerte de Samuel.

Paguea unos hombres para que me ayudaran.

Quemamos el cuerpo hasta que nadie pudiera reconocerlo.

Rilos andolia.

La robea de la casa de Flavia en una de mis visitas.

Samuel había dejado cerca del patio.

Luego la quemé y preparé el incendio.

Necesitaba que pareciera algo hecho a toda prisa por alguien que no quería dejar pruebas.

Sabía que Lucio miraría la sandalia, que tú mirarías el tamaño del cuerpo y que ninguno

de los dos querría descubrir más de lo necesario.

¿Por qué nos conocías?

¿Por qué os sabía estudiado?

Entraste en su casa para aprender cómo destruirla.

Leve la miró con una dureza que ella no esquivo.

Sara desconfió.

Y yo me aproveché de esa desconfianza.

Deje que Flavia creyera que Sara se equivocaba y se quedara sola con su sospecha.

Sara piensa que no insistió bastante.

Flavia cree que la traición entró en su casa porque confió en ti.

Y Lucio siente que falló como padre.

No sé.

¿Cómo pudiste?

Mi amigo ha sido torturado porque serví y usó la muerte de su hijo contra él.

Y su esposa, por poco pierde al hijo que lleva dentro.

María la sostuvo junto a una fosa que no era la de Samuel.

Todos rezamos por un niño que seguía convida.

Valeria recibió cada frase sin réplica.

No sé.

Repitió.

Y el daño no es menor solo porque Samuel esté vivo.

Caler sintió a Líblie rechazo al mismo tiempo.

Una confusión que le resultó casi insoportable.

¿Dónde está?

En la residencia de Drosila.

Al menos allí lo dejé.

Después no he vuelto a ir.

El Emilio se abrió a la casa y empezó a vigilar a buscarme.

El hombre trataba de procesar la información.

Ahora serpilio está muerto.

El pradetorium se ha descontrolado.

Puede que una haya una posibilidad de rescatar a Samuel.

Valeria se llevó una manda al costado y la sangre le humedeció a los dedos.

El leb volvió a gacharse.

Apartó la tela y examinó la herida con rapidez.

Ella lo miró sorprendida por el gesto.

No confundas esto, con perdón.

Le advirtió Caler.

Te mantengo viva porque todavía puede servir para algo.

Le puso un paño y presionó sobre el costado.

Valeria ha ogo un gemido y él se dio cuenta de que, a pesar de todo, su mano intentaba

ser cuidadosa.

Ella bajó los ojos hacia la herida, como si es que el contacto le dole a menos que el

desprecio.

Ahora vas a decirse lo a Juan y después vas a contar quién eres.

Añadió Caler en un tono que no admitía réplica.

Valeria no preguntó por qué.

Pero al oír el nombre de Juan, el miedo le cambió el rostro de una manera que Caler

no entendió.

80.

El nombre.

Lucio dormía con la respiración todavía agitada por el dolor y flavia permanecía

solada.

En el patio, Juan escuchó sin interrumpir.

Caler había sentado a Valeria junto al muro y presionaba el paño sobre la herida.

La luz de la luna caía sobre la aljive, fría.

Como si la casa no se atreviera aún a recibir ninguna noticia.

Cuando Caler terminó de contar lo que Valeria le había confesado sobre Samuel, Juan no

miró hacia la estancia del Lucio ni hacia la puerta por donde flavia podía aparecer en

cualquier momento.

Miró a Valeria.

No había ir a sus ojos.

Había algo peor para ella.

Una atención que no buscaba castigo, sino verdad.

Te has llamado Valeria durante mucho tiempo.

Dijo.

Ella no respondió.

Y has tenido otros nombres, sobre todo cuando has querido desaparecer.

Valeria levantó la cabeza despacio.

¿Quién te lo ha dicho?

Juan se acercó un paso.

El sentido que su autoridad se extendía por el patio.

La misma autoridad silenciosa que había visto en Jerusalén, cuando algunos hombres se presentaban

ante Jesús, seguros de sus proclamas y salían sin poder defenderlas ya.

Sigue siendo la hija de Abios.

Ella palidició.

La mano que sujetaba el paño se aflojó, y la sangre volvió a manchar el lino.

No pronuncies ese nombre.

Lo llevas dentro, aunque quisieras enterarlo.

No sabes nada de él.

Sé que lo maldigiste más veces de las que te atreves a recordar.

Caleble a Miró desconcertado.

Valeria se levantó con esfuerzo, como si la herida hubiera dejado de importarle.

¿Quién eres tú para hablarme así?

Un testigo de Aquel, que no necesitó que nadie les picará lo que alberga el corazón

de los hombres.

Juan no alzó la voz.

Hay nombres que se convierten en cadenas cuando uno los guarda solo para alimentar la herida.

Extendió la mano hacia ella, y Valeria quiso apartarse, pero su espalda, chocó contra

el muro.

Yo no pevié esa herida.

No.

La respuesta la desarmó más que un reproche.

Pero después hiciste de ella tu casa.

El silencio cayó con un peso distinto.

Caleb iba a intervenir, no para defenderla, sino para detener algo que ya no entendía.

Entonces Juan apoyó la mano sobre la cabeza de Valeria.

Ella apretó los ojos con violencia, como si esperara un golpe.

En el nombre de Jesús de Nazaret, dijo Juan, que salga de ella todo lo que se alimenta

del daño recibido y del daño causado.

Que ninguna sombra siga usando su miedo para servir a Roma.

Ni su culpa, para impedirle volver a la luz.

La respiración de Valeria pareció de tenerse.

No gritar principio.

Se dobló hacia adelante con una mano sobre el pecho, como si una cuerda invisible tirara

de ella desde dentro.

Caleb dio un paso, pero Juan levantó la otra mano para detenerla.

Valeria cayó de rodillas.

El patio no se llenó de protégios visibles.

No hubo viento ni llamas.

Solo una mujer que había aprendido a no postrarse ante nadie y ahora temblaba sobre

las losas, conocientes apretados y los ojos llenos de un miedo que venía de lejos.

De pronto, dejó escapar un grito que no era de furia, sino de cansancio.

¡Avios!

¡Mormuro!

Juan se rodeyó delante de ella.

Repite lo sin mal decirlo.

Valeria tardó.

El nombre parecía arañarle la garganta.

¡Avios!

Era mi padre.

Dijo con la voz trémola.

Nacían la gália poco después de las guerras de César.

Cuando los hombres libres aprendieron que la libertad también podía venderse para

pagar deudas.

Mi padre era pobre, pero no es clavo.

Mi madre se llamaba a Xula.

Siempre tenía las manos calientes.

Me peinaba al caer la tarde y me contaba historias de ríos, de árboles y de mujeres que esperaban

durante invierno centeros.

Quiso continuar de inmediato, pero la voz tardó en instante no ve de hacerle.

Un año faltó grano.

Luego faltó dinero.

Después faltó todo.

En mi padre eligió salvar a mi madre y a mis hermanos.

Me ventió.

Caleva tendía sus palabras con la respiración contenida.

¿Cuántos años tenías?

Los suficientes para saber que no debía llorar delante del comprador, pero no para entender

por qué mi padre no me miraba.

No la interrompió.

Me llevaron a una pilla romana.

Aprendía peinar a las mujeres de la casa, a cocer, a servir la mesa, a escuchar sin que

se notara.

También aprendí que quien ve y calla sobrevive más tiempo que quien suplica.

Una noche me escape con Tito Fabio, un legendario que me prometió sacarme de allí.

Y lo hizo?

Sí.

Me llevó a las canabáes, los poblados que crecían junto a los campamentos.

Allí no había inocencia.

Había tabernas, talleres, comerciantes, mujeres sin protección, de ser dores soldados

con paga y hombres que confundían el cansancio con una invitación.

La moverme entre ellos.

Miraba como entrenaban, como sujetaban el pugio, como cerraban una llave sobre la muñeca,

como seguían un hombre sin que este se percatara.

Nadie me enseñó.

Aprendí copiando lo que podías salvarme.

La herida del costado le contrajo al rostro.

Tito Fabio se marchó con otra mujer.

No es de eso.

Ya no quise de verle nada a Nadie.

Escribí maldiciones en plomo.

Siete.

El nombre de mi padre estaba en ellas.

Y la senterré junto con la niña que había sido.

Juan bajó a la mano, pero no se apartó.

Y Roma encontró en ti un instrumento útil.

Roma no tuvo que buscar mucho.

Yo ya estaba entrenada para mirar, mentir y entrar donde otros no podían.

Me bastaba con que alguien señalara a una puerta.

Hasta que entraste en la casa de Flavia, Valeria se cubrió el rostro con las manos.

Samuel me miró como si yo no pudiera hacerle daño.

Eso fue lo peor.

Los susgritos disumido.

Si no su confianza.

Yo había olvidado que un niño podía mirar así.

Caler sintió que algo en él se vía a escuchar aquellas palabras.

De algún modo comenzaba a comprenderla.

Ninguna madre alumbra una maldad.

Dijo Juan.

La Xula no te llevó en su vientre para que Roma hablar a por tu poca.

Lo que hicieron contigo fue real.

Lo que tú hiciste después.

También.

Ahora empieza la parte que no podrás resolver con una huida.

Valeria bajó a las manos.

Tenía el rostro en llena del ágrimas y parecía haber envejecido de golpe.

No, fue de golpe a la luz.

Rádio y vuelven tero.

Respondió Juan.

Pero puedes dejar de servir a la oscuridad.

Caler se ha gacho junto a ella y volvió a presionar el paño contra la herida.

Esta vez no lo hizo con brusquedad.

Valeria lo miró sin escondarse.

No merezco que me ayudéis.

No estamos hablando de lo que mereces.

Dijo Juan.

Estamos hablando de la verdad.

En ese instante escucharon un murmullo.

Era Flavia junto al hecha de lucio.

La casa seguía soportando su dolor, pero algo en el patio había cambiado.

Juan se levantó despacio y dejó a caler con Valeria.

No dijo que estuviera ya salvada.

O pronunció la palabra perdón.

Solo había arrancado el primer zarrrojo.

Caler su puentonces, que el beso que aún no se atrevía imaginar, no nacería de la

inocencia de Valeria, sino de la verdad de haberla visto postrarse sin mentiras.

81.

La rendición.

La luzcio cayó por fin en un sueño turbio.

Su cuerpo se había rendido antes que el dolor y respiraba con una irregularidad que

obligaba a vigilar cada movimiento del pecho.

Flavia permanecía sentada en el suelo con una mano cerca de la delucio sin tocar sus heridas.

María estaba su lado.

Sara preparaba paños limpios y a Dara sostenía la lámpara con una firmesa que no tenía

el rostro.

Nadie preguntó por Caler cuando salió.

Entendieron que todavía tenía cuestiones pendientes fuera de aquella habitación.

Valeria no se había movido.

Seguía junto la aljive con el paño apretado contra el costado.

La sangre ya no manaba como antes, pero la tela estaba oscura.

Tenía el rostro vuelto hacia la puerta, no para espiar, sino como quien escucha una

vida de la que no se siente digna.

Caler se detuvo unos pasos.

Lucio vive.

Dijo.

Ella dejó escapar el aire que parecía llevar demasiado tiempo reteniendo.

Gracias por decirme lo.

No me agradezcas nada.

Juan ha ido buscar a Macron.

Asintió a simirarle.

¿Te ha asustado?

Me asustan más los hombres de Roma.

Entonces?

Valeria miró sus propias manos como si acabara de reconocerlas.

He visto por dentro.

Y por primera vez no sé dónde esconderme.

Él cogió una jarra y se la votó a veces las manos, aunque ya estaban limpias.

Lierdía la piel de tanto frotárselas.

Lierdía viendo en ellas la sangre del ucio, la sangre de Valeria.

Y por debajo la del niño desconocido al que he bien enterrado con el nombre de Samuel.

Tendría que mirarte solo como una sesina.

Dijo.

Sería más fácil si continuaras con tus mentiras, si intentaras albarte.

Si dirijeras, que obedecias órdenes de Brusila, de Calégula, que actuabas en beneficio

de Roma.

Pero no sería verdad.

Aquella aceptación le irrita.

Quería que ella se defendiera para poder derribar cada excusa.

Pero permanecía ahí herida, cansada, sin mostrarse como víctima.

Lúcio bajó aquella fosa, dijo él.

Recibió el cuerpo del que creía que era su hijo.

Flavia no pudo verle la cara.

No pudo despedirse.

Se guardó un puñado de tierra.

Porque era lo único que le quedaba de él.

Ella bajó la cabeza.

Sora, ha arrastrado la culpa sin descanso.

Lúcio ya se había roto antes de que serví y lo tocara.

Y cuando le torturaba, hablando de Samuel, no le atormentaba con una muerte, sino con

tu mentira.

Sí, repitió Valeria con la voz aogada.

Teja de decir que sí a todo.

Ella, limirá los ojos.

¿Qué quieres que diga?

Algo que pueda rachazar.

Valeria respiró despacio y el dolor del costado le tenía la boca.

Lo hice todo, pensando que así no vería el daño al completo.

Si Flavia creía que su hijo estaba muerto, sufriría menos.

Si Lúcio entregaba la ampolla, todo terminaría.

El hidrusila se quedaba con Samuel, al menos el niño viviría.

Cada parte parecía menos terrible si la miraba separada de las otras.

Y ahora lo ves.

Ahora empiezo a verlo.

Valeria dejaba que las palabras la alcanzaran sin apartarlas.

La herida había dejado desangrar, pero los bordes estaban sucios.

Leves tomó la jarra de agua, humedeció un lienzo y empezó a limpiar la herida.

Esto va a doler.

Lo sé.

Calever a pretomas que antes.

Ella cerró el puño con fuerza, pero no se quejo.

Le sujetó el paño con una tira de alino que pasó alrededor de su cintura.

Sus dedos rozaron la piel de Valeria.

El ambos se quedaron quietos durante un segundo demasiado largo.

Él retiró las manos con brusquedad.

No puedo perdonarte.

No te lo he pedido.

Vivirás.

Al menos hasta que lo cuentes todo.

Y después tendrás que seguir viviendo Valeria.

No sé cómo.

Aprenderás.

La palabra salió antes de que pudiera medirla.

No sonó a consuelo, sino casi como una orden.

Ella lo miró con una tristeza que ya era incapaz de ocultar.

¿Por qué me ayudas?

¿Por qué no me condenas y me entregas a ellos?

Calever no respondió enseguida.

Podía levantarse, dejarla en el pático en la herida vendada y entrar junto a Flavia.

El lugar de los inocentes dañados.

Pero no lo hizo.

Porque no puedo seguir fingiendo que en ti solo veo el daño que causaste.

Valeria desvió la mirada hacia la mano de él, muy cerca de la suya.

«Yo vine por ti,» dijo.

«Cuando cerré la reja, pensé que quizá fue ese mejor quedarme allí.

Pero también pensé en tu voz llamándome».

Él soltó un suspiro.

«Ah, no hagas de eso, unos albación.

No lo hago».

Inspiró con dificultad.

La historia de Abios y Azula, las Canabay y las siete maldiciones seguían dentro de él.

Mezcladas con la imagen de Samuel en una fosa que no estaba destinada al niño.

Valeria no dejaba de ser culpable porque hubiera resultado herida al salvar al ucio.

Pero su culpa ya no solo tenía el rostro frío de una gente de Roma.

También había una nilla vendida, una mujer, entrenada para no pedir nada, y una herida

que Juan había abierto delante de él.

«Creeo.

Creo que estoy empezando a sentir algo por ti».

Dijo Calévete repente, casi con rabia.

«Y no sé qué hacer con eso».

Valeria levantó la cara, tenía sangre seca en el labio y los ojos llenos de miedo.

«Yo también.

Por eso, no voy a pedirte que me salve este lo que hice.

Calév, la miró.

Luego se inclinó hacia ella.

Valeria no se apartó.

El beso fue breve, casi torpe, nacido de la culpa, la furia y la fatiga.

Después Calév apoyó una mano junto al muro y volvió a besarla, esta vez, con una

ternura insosp echada.

Cuando se separaron, ambos mantenían el gesto serio.

«Esto no cambia lo que hiciste».

Dijo Calév.

«Lo sé.

No era perdón.

No era una promesa, pero entre ellos ya no quedaba solo la herida».

82.

La duda.

El cuerpo del UCIó parecía hecho de dolor.

El trabajo de movimiento despertaba un tormento distinto.

Cuando Calév les os tuvo por los hombros para girarlo, Lucio dejó escapar un gemido bajo,

casi animal.

Y Flavia tuvo que morderse los labios para no responder con otro.

«Necesito o verle otra vez las muñecas».

Dijo Calév.

Flavia sintió, aunque no se apartó.

Si yo tenía la piel en carne viva, donde la cuerda había pretado durante horas.

Sus brazos respondían, como si no le pertenecieran del todo.

Calév los movió con cuidado, buscando si había algo un hueso roto.

Si sus hombros habían cedido, más de lo que podía curarse con reposo.

Lucio no llegó a despertarse, pero su cuerpo se defendía solo.

Se emblaba, sudaba, se contraía bajo manos que no querían causarle daño.

«Ogua» pidió Calév.

Sara slacerco, pero Flavia tomó el paño antes que él.

Déjame.

Calév dudó un instante, luego asintió.

No frotes, sólo apoye con su habidad.

Que ella, puso el lienzo húmedo sobre la frente del Lucio, y espero que el calor de la piel

pasara al tejido.

Tenía fiebre, no una fiebre violenta, pero sí es y ardor oscuro de los cuerpos que han

resistido demasiado.

Flavia le apartó el caballo de la cara.

Tenía una herida en la sien, una marca morada junto al pómulo y sangre seca en la boca.

Quiso besarlo, pero hasta eso pensó que le causaría más dolor.

Lucio, susurró.

Él movió ligeramente los labios.

Flavia respondió con vozas para por la sed.

Estoy aquí.

Él abrió los ojos.

Su mirada tardó en encontrarla como si volviera de un lugar muy profundo.

Cuando al fin la reconoció, algo asomó a su rostro.

No fue alivio, fue vergüenza.

Quiso hablar, pero la tos se lo impidió.

Caleve lo incorporó lo justo para que no se ocara y le acercó un poco de agua.

Lucio vivió como si cada sorbo le abrazara la garganta.

Despácio ordenó caleve.

Lucio entornó los ojos.

No hables.

Le pidió Flavia inclinándose hacia él.

Dice algo.

Caleble van toda la mirada.

Flavia no se percató.

Estaba pendiente de Lucio, de aquello que parecía pesarle más que las heridas.

Eso no importa ahora.

Lucio negó con la cabeza.

Que así.

No pudo continuar.

La tos lo atacó de nuevo.

Flavia recordó lo que María le había contado de Pedro.

Del miedo entrando, donde antes había promesa.

Comprendió que Lucio no hablaba solo del dolor.

Hablaba de una caída, pero no dejaba claro si había terminado de caer.

Le tomó la mano por el lado donde la piel estaba intacta.

¡Estás vivo!

Caleve le retiró la túnica descarrada para examinarle el costado.

Vio golpes, zonas enegrecidas.

Pequeñas heridas mezcladas con su dor.

Flavia o te oí hasta donde pudo.

Después desplazó la mirada, no por rechazo, sino porque le faltaba el aire.

María junto a ella le puso una mano en la espalda y la mantuvo allí.

Flavia volvió a examinarlo.

Lucio no sería para ella un cuerpo vencido.

No permitiría que servilio lo redujera eso.

Era su esposo.

El hombre que sostuvo a Samuel de Racén nacido, comido a romperlo.

El que aprendió a hablar de fe contorpeza.

Que lamo después de conocer su origen, su rabie y sus hombras.

Ahora estaba tendido ante ella, herido por hombres que habían recorrido a su amor por él,

para quebrarlo.

¡Ay, que limpiar las heridas!

dijo Caleve.

¡Lo haré yo!

Se ofreció ella.

Le indicó donde apoyar el paño, cuando esperar, como retirar las angres hecas y levantar

la piel.

Flavia, seguió sus instrucciones con una concentración severa.

Mojar, escurrir, apoyar, esperar, retirar.

Lucio temblo cuando ella llegó a las muñecas.

¡Perdóname!

Sus ojos la buscarán de nuevo y negó con un movimiento mínimo.

¡Oh no!

Que ellas dos palabras bastaron, para que uno lágrima rodara por su mejilla.

No gastes fuerzas en consolarme.

¡Sobuel!

El nombre quedó flotando entre ellos.

Caled bajó la cabeza y María contuvo el gesto un instante.

Nadie dijo lo que aún no podía decirse, y Flavia volvía a rozar la mano de Lucio.

No tienes que hablar de él ahora.

Calmate, servilio, ya no podrá tocarte.

Dijo Caled desde el otro lado del lecho.

Lucio no pareció recibir aquella noticia como una liberación.

Estaba demasiado lejos aún.

Quizá el cuerpo necesita tiempo para convencerse de que la tortura hacesado.

¡Flavia!

¡Lampoya!

¡Ahora no!

¡Bajo!

Lucio se tensó, y Flavia le acarizó la frente con el paño.

¡Faiye!

Una lágrima se deslizó por un lado de su rostro, mezclada con el agua del paño.

Flavia no lo limpió, pensó que era demasiado valiosa para secarla.

La leve terminó de ventarle a las muñecas.

Después preparó una infusión a Marga, y le pidió a Flavia que se la diera muy despacio.

Lucio apenas tragaba.

Parte del líquido se les corrió por la comisura y bajó por el cuello.

Ella lo retiró con cuidado.

¡Así!

Murmuro.

¡Solo un poco más!

Lucio me deció como si aquella voz fuera la única que pudiera darle órdenes.

Cuando la fiebre subió, los temblores se acentuaron.

Calef pidió mantas, y lo cubrió a la espera de que la temperatura no siguiera aumentando.

Flavia no se apartó.

Teniera espalda dolorida, las piernas débiles y el cuerpo vencido por el cansancio.

Pero siguió junto al lecho.

No podía cerrar los ojos, mientras Lucio abría los suyos, buscando la sin saber dónde

estaba.

No podía dejar que se despertara y se encontrará solo.

Con el recuerdo de la cuerda, todavía en los brazos.

¡Estoy aquí!

Repetía cada vez que él se agitaba.

Cuando el fin se durmió, Flavia apoyó la frente del bordo del Jérgón.

No lloró con desahogo.

No dejó que las lágrimas mojaran la sábana, lejos de sus heridas.

A levantar la cabeza, vio que calé la miraba desde la puerta.

¿Pigipirá?

Pregunto ella.

Sí, si la fiebre empieza a remitir, y los cortes no se infectan.

Flavia se llevó un amano al pecho, aquella noche era todo lo que necesitaba oír.

No sinqueó paz ni reparación.

Samuel seguía muerto para ella, y Roma aguardaba al otro lado de la puerta.

Pero Lucio había vuelto, maltrecho, confiebre, y con una vergüenza, que ella tendría que tratar

con más cuidado que las propias heridas.

Entonces irió la espalda, un medecío de nuevo el paño, y lo puso de espacio sobre

la frente de su esposo.

Dúerme, susurro.

Yo guardaré la noche por los dos.

83.

La voz de la madre.

Lucio pasaba de los temblores de la fiebre al duerme vela.

La casa estaba en silencio, a dar a permanecer cerca de lugar, despierta, y Sara seguía

ocupando las manos, preparando paños y vendas.

Aleva había salido un momento, o eso dijo, no quise saber más.

Yo no podía pensar en nada que no fuera la respiración de Lucio, que su vía, bajaba,

se detenía un instante demasiado largo, y volvía, y cada pausa me quitaba segundos

de vida.

Arratos parecía un dirse tanto que yo acercaba la mano a su boca para sentir su aliento.

María me dijo dos veces que no lo hiciera, que el pecho se movía y su cuerpo necesitaba

reposo.

La tercera vez ya no me corrigió, sólo se sentó a mi lado.

¿Cree y qué se moría?

Dije.

María miró el cuerpo tendido de Lucio.

La fiebre le daba un color encendido al rostro pero los labios seguían secos y pálidos.

Lo sé.

No, no lo sabes.

La frase salió antes de que pudiera contenerla pero María no se ofendió.

Sí, lo sé, flabia.

Entonces comprendí la torpeza de mis palabras y bajé la mirada.

Perdóname.

No me pidas perdón por hablar desde el miedo.

El pecho de Lucio se elevó, esperé el siguiente aliento antes de responder.

Cuando lo trajeron, pensé que si dejaba de mirarlo él dejaría de respirar, María

se sintió despacio.

Eso también lo conozco.

No hubo reproche en su voz, sólo una puerta que se abría al lugar más oscuro de su memoria.

En la cruz, cada respiración de Jesús tenía un precio.

Al principio aún levantaba un poco la cabeza para tomar aire.

Después, apenas se movía.

Yo veía como los brazos soportaban el peso, como las heridas se abrían más, como la

boca buscaba aire y encontraba dolor.

Me quedé quieta.

Lucio murmuró algo que no entendimos.

Leume decir los labios con un paño y María esperó a qué terminase.

Yo no pensaba en doctrinas.

Continúa.

Bien promesas, pasadas, ni en palabras de profetas, sólo pensaba en si el próximo aliento

sería el último.

Una madre ante el hijo que está punto de morir se vuelve pequeña.

Cuando su mundo cabe en esa espera.

La Miree y Vín no a la mujer serena que sostenía mi casa desde la desgracia, si no

a una madre al pie de una cruz, contando las bocanadas de aire que aún conseguía arrancarle

su hijo a la muerte.

¿Te hablo?

Pregunte.

Poco.

Cada palabra le costaba.

María tardó un instante en continuar.

Dios perdón para quienes no sabían lo que hacían.

Habló con dimas.

El ladrón crucificado a su derecha.

Me entregó a Juan.

También tu vozé.

Esa palabra se me hizo insoportable.

SED.

Yo habría dado cualquier cosa por acercarle agua con mis propias manos.

Miró el cuenco junto al lecho de Lucio.

Pero incluso el agua dependía de otros.

Pensé la infusión que había aproximado a la boca de Lucio.

En mis dedos limpiando el líquido que se le escapaba por la comisura.

Pensé en servilio dándole agua solo cuando le convenía.

Como si hasta la S tuviera que obedecer a Roma.

Después todo se cubrió con una oscuridad extraña.

Continuó María.

Nos sabría decir si provenía del cielo o de mis ojos.

La gente casi no hablaba.

Algunos se mascharon.

Otros se quedaron porque querían ver el final.

Los soldados continuaban allí cumpliendo su deber como si la muerte de un hombre fuera

una hora más de guardia.

Eso es lo que más me asusta.

Dije yo, que para ellos Lucio no se aluccio, que para servilio solo fuera alguien a quien

son sacar una respuesta.

Para muchos Jesús tampoco era Jesús.

Era un condenado.

Alguien que recibía su castigo.

Un espectáculo permitido.

María bajó la voz.

Pero para mí seguía siendo mi hijo.

Lucio respiró con aogó.

Me incline.

Le toqué la frente y le cambié el paño.

La fiebre no cedía aún.

María me observó sin decir nada hasta que me quedé inmobil.

Hubo un momento en que su cuerpo ya no podía luchar por el aire.

Pero si yo, la cabeza se le vencía.

Sus labios apenas se movían.

Yo quería llamarlo como cuando era niño.

Por el nombre con el que creció no por los nombres que otros le habían dado.

La día que me oye era y volviera aunque sabía que no iba a volver.

La carganta se me cerró.

Lo llamaste?

Sí.

¿Te o yo?

María tardó en responder.

Quiero creer que sí.

Fue cuando dijo que todo estaba cumplido.

No lo oí como una proclamación.

Para mí fue el último esfuerzo de un hijo que sabe que el fin ya se acerca.

Luego encomendó su espíritu al padre.

Apretó las manos sobre el regaz.

Y expiro.

Hubo un silencio en el que solo se escuchó la respiración irregular del lucio.

La oscuridad llevaba horas entre nosotros.

Pero cuando murió, la tierra comenzó a temblar bajo nuestros pies.

Las piedras crujieron.

Algunas se partieron y hubo quienes gritaron y trataron de sostenerse para no caer.

Yo no me moví.

No podía apartar la mirada de él.

Después supimos que en aquel mismo momento el bello del templo se había rasgado en dos

de arriba abajo.

Pero allí al pie de la cruz.

Yo no sabía nada de eso.

Lo veía mi hijo colgado ante mí, inerte por primera vez, después de tantas horas

de sufrimiento.

Y mientras la tierra temblaba, comprendía algo que todavía hoy me cuesta decir.

Todo parecía estremecerse por su muerte menos él.

Él por fin estaba en paz.

¿Cómo os supiste que había muerto?

Un té casi sin voz.

Porque el cuerpo cambia.

María miró alució pero no parecía verlo a él.

Una madre conoce el cuerpo de su hijo desde antes de verlo crecido.

Lo has sentido moverse.

Lo has sostenido dormido, lo alabado, lo alimentado.

Lo ha visto enfermar y recuperarse.

Cuando la vida se retira, aunque nadie lo diga, algo se apaga.

No es que el cuerpo deje de respirar.

Es que se queda solo.

Me cubri la boca.

Estaba en lo alto de la cruz.

Clavado, expuesto, añadió.

Y no pude sostenerlo.

Mi hijo murió fuera de mis brazos.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas mientras yo contenía hasta el último suyozo.

Cuando lo bajaron, pude tocarlo al fin.

Se quedó pensativa unos segundos.

Es otro sufrimiento.

Durante horas de se tocar a mi hijo y no me lo permitieron y cuando me lo entregaron,

ella no podía sentir mi mano.

Su dolor era mi dolor.

Lucio si puedes sentirte.

Añadió.

Un dolor compartido.

No siempre responde.

Dije con la duda en la voz.

No importa.

Y si no sabe que estoy aquí, su cuerpo lo sabe.

Mire mi mano junto a la delucio.

No me atrevía a pretarra.

La piel entorno a la venda estaba inflamada así que apoyé dos dedos en una zona que permanecía

intacta.

Lucio respiró una vez.

Luego otra.

No quiero ver morir otra vez a alguien que amo.

Entonces no mire es la muerte antes de que llegue.

Mira esta respiración.

El pecho de Lucio subió con dificultad y bajó de espacio.

Esa respiración no borraba a María al pie de la cruz ni la fosa de Samuel ni el

horror de lo que servilio le había hecho a Lucio.

Pero estaba allí como un hilo al caferrarse esa noche.

María se quedó conmigo hasta que la fiebre de Lucio comenzó a remitir.

No hablo más.

No hacía falta.

Había dejado junto a mí una verdad dura y sencilla.

Una madre puede ver apagarse a su hijo y presenciar contra su voluntad.

Que el mundo no se detiene.

También yo lo presencié cuando me quitaron a Samuel.

Pero esa madrugada, rozando la mano de Lucio y con mi pequeño en el corazón,

comprendí que seguir respirando no era traicionar a los que se van.

A veces era la única forma de seguir amándolos.

84.

Manotendida.

A la manecer la casa de María parecía haber recuperado la calma.

Aunque sólo se debía que el cansancio había vencido por unas horas a casi todos.

Había dormido junto a hogar, con la cabeza apoyada a los brazos.

A Dara, si había sentado cerca del patio, envueltan su manto, como si aún no supiera que

espacio le estaba permitido ocupar.

Y María había salido un momento a respirar el aire frío de la mañana.

Caled había regresado al patio después de dejar agua limpia, vendas y ese silencio suyo,

distinto al de los demás, cargado de algo que todavía no tenía nombre.

Flavia no se había separado de Lucio.

Al principio, después de todo lo que habían vivido, le pareció poca cosa cambiar un paño,

humedecer sus labios secos, vigilar la fiebre, esperar que el sueño se volviera a profundo.

Luego comprendió que aquellos cuidados eran lo único firme que la quedaba.

No podía borrar el praetorium, ni las cuerdas ni el miedo, ni las palabras que

servilio había metido en el cuerpo de su esposo.

Solo podía estar allí, asulado mientras respiraba.

El dormía del lado, con el torso apenas elevado sobre unas mantas dobladas.

Las vendas le cubrieron las muñecas, pero el morado asomaba por los bordes.

Tenía un corte en el labio, una sombra oscura junto al pómulo y una fragilidad nueva en

la cara, como si hubieran bejecido en una sola noche.

Flavia le tocó la frente y confirmó que la fiebre había bajado un poco.

Quiso algrarse, Lucio iba a vivir, pero Samuel no estaba allí para verlo.

Ese pensamiento entró despacio.

Si el niño siguiera con ellos, la mañana sería otra.

Habría querido acercarse al Gergon, habría hecho preguntas, habría intentado tocar las

vendas.

Quizás si habría sustado, albera su padre en ese estado.

Y Flavia habría tenido que hablarle en voz baja, apartarlo con cuidado, explicarle

que he ido lores que no se ven enteros y hombres fuertes que también necesitan dormir.

Pero no había pasos pequeños en la casa, ni una voz llamando a su padre, ni unas manos

impacientes que retirar del borda del lecho.

La calma de aquella mañana también era eso.

El hueco dio un niño ausente.

Flavia miró a su esposo y sintió gratitud y pérdida al mismo tiempo.

Una parte de su vida había vuelto, malerida, rota y aún así viva.

Otra parte se encontraba bajo tierra.

Le pareció injusto no poder recibir una sin que la otra la figiera de inmediato.

Pero así era.

Lucio respiraba.

Samuel no.

Y tenía que repartir sus fuerzas entre esas dos verdades.

Algo era ser con silencio con un cuenco de agua.

Flavia bebió unos orvos más por complacerla que por sed.

Después persibió en ella una cautela triste.

Una forma de estar sin reclamar nada.

No tenía ánimo para hablar con ella ni para preguntarle qué esperaba.

Ni para abrir otra herida en una mañana que ya pesaba demasiado.

Lucio se agitó levemente, abrió los ojos.

Flavia logró que bebiera un poco y volvió a cerrarlos.

Ella dejó de nuevo la mano cerca de la suya sin tocar las vendas para que pudiera encontrarla

si se despertaba.

Entonces se entendió que esa era la forma exacta de su vida en aquel instante.

Una mano junto al marido de vuelta.

Y sobre el hijo que llevaba en su vientre y entre ambas la ausencia de Samuel.

No lloró.

Ya no tenía lágrimas para cada hora.

Sé quedó allí, escuchando la respiración del Lucio y el rumor lejano de la ciudad que

empezaba despertar.

85.

La voz de la madre.

La manecera había dejado una claridad débil en la habitación.

No entraba como promesa, sino como una luz desbaída.

La justa para mostrar lo que la noche había querido esconder.

Las vendas en las muñecas.

El golpe bajo el pómulo.

La piel tirante por la fiebre.

Y aquella respiración todavía irregular que yo seguía midiendo sin querer.

No me había movido de su lado.

Sabed que apartaba la vista de él, te mía encontrar algo peor al volver a mirarlo.

Sabía que era absurdo.

Su vida no dependía de mis ojos.

Pero una parte de mí seguía atrapada en la puerta, en el instante en que lo trajeron

entre dos, como si su cuerpo ya no le perteneciera.

María volvió a sentarse junto a mí y miró hacia el lecho.

A noche fuiste muy valiente.

No me he que de espacio.

No veo la valencia por ningún sitio.

Respondí.

Se puede ser valiente simplemente permaneciendo en cuerpo y alma.

Aquello me pareció poco y al mismo tiempo demasiado.

Lucio murmuró algo que no entendí.

Me incline hacia él.

Esperé.

Pero no se despertó.

Lo me decí los labios.

Gesto era pequeño, casi inutil y sin embargo, en aquella habitación todo parecía depender

de gestos como ese.

Cuando bajaron a Jesús de la Cruz, dijo María.

También tuve que aprender a ser valiente para recibirlo.

Me quedé inmóvil.

Sentí que aquella mañana sus palabras encontraban un lugar distinto en mí.

Ya no imaginaba solo el dolor de ver a un hijo expuesto.

Pensaba en lo que viene después.

Una madre le entrega en el cuerpo de su hijo y debe abrir los brazos aunque se pague

nada de lo que haga le devolverá a este mundo.

José de Arimatea pidió permiso para retirarlo.

Juan estaba conmigo.

Había prisa porque todo debía hacerse antes de que acabara el día.

María miró sus manos.

Eso me dolió más de lo que esperaba.

Yo quería tiempo para contemplarlo, para tocarlo, para entender que había llegado el final,

pero ante un cuerpo sin vida también hay órdenes, costumbres y horas que cumplir.

Cuando trajeron aluccio, nadie se permitió llorar.

Calé pidió aguasar a Fue en busca de paños, a dar a sostuvo la lámpara.

María me previno para que no desfalle tiera.

Todavía sido urgente, práctico, casi frío por necesidad.

¿Lo bajaron delante de ti?

Pregunte.

Sí.

María respiró con lentitud.

Primero tuvieron que soltar los clavos.

La madera respondía a cada golpe y el cuerpo inerte, se vencía de un modo que hacía

pensar en un niño dormido.

Los brazos callaron cuando los liberaron y hubo que sostenerlo con cuidado.

En los brazos de ilusio, Caléblos había bajado despacio tras cortar las cuerdas y

aún así el aviaje mido de dolor.

Juan ayudó.

Pero siguió María.

También los otros hombres.

Yo los veía moverse alrededor de Jesús y quería que le quitaran las manos de encima,

no porque no lo amara, no fueran torpes, sino porque era mi hijo.

Una madre siente en ese instante que nadie sabe tocarlo con suficiente cuidado.

Se me llenaron los ojos del ágrimas.

A noche pensé eso de Calé.

Le confese.

Lo sé.

Y luego me avergoncé.

De no ser por el lucio seguiría allí.

La gratitud y el dolor no siempre se comportan con justicia.

María mendenía pero no me excusaba del todo.

Cuando al fin lo bajaron, lo recibía en mis brazos.

Habió a mirarse las manos vacías.

No sólo pesaba su cuerpo.

Pensaba todo lo que le habían hecho.

Pensaba la sangre, la madera del escarniopúblico, las palabras de quienes se burlaron de él.

Pensaba el niño que había sido y el hombre que acababa de morir.

Yo había llevado ese cuerpo en mi interior y aún así me pareció que no tenía fuerzas

para sostenerlo.

No pude evitar acariciar mi vientre.

El hijo que llevaba dentro se movió apenas como si respondiera desde un lugar donde

el dolor todavía no podía alcanzarlo.

¿Qué hiciste?

Lo abracé contra mí como pude.

Con torpeza, con miedo, con desesperación.

Le limpía el rostro.

Cuando le aparté el cabello, mi mano temblaba.

Quise cerrar todas sus heridas con los dedos como si aún pudiera impedir que la vida

saliera por ellas.

Una lágrima me saltó sobre la túnica.

Yo quise tocar aluccio y tuve que contenerme.

Quería brazarlo y medio miedo por si terminaba de romperlo.

Cuando el cuerpo amado está herido hay que buscar otros modos.

Locio respiró con un sonido aspero.

Me incline y puse mi mano cerca de la suya.

Él no abrió los ojos pero sus dedos se movieron.

Haban algo o recordaban una cuerda.

No llegué a saberlo.

Estoy aquí.

Le dije.

María esperó a que la respiración deluccio se acompasara de nuevo.

Una madre cree que su tarea es evitar el daño.

Al menos durante los primeros años lo creemos.

Protejemos a los hijos del frío.

Limpiamos heridas.

Apartamos peligros.

Les enseñamos a no acercarse al fuego y a desconfiar de ciertas personas.

Después llega una hora en que el daño ya ha ocurrido y nadie nos pregunta si lo aceptamos.

Miró aluccio.

Entonces queda otra tarea.

Recibir que no es poco.

Habría querido que fuera poco porque recibir aluccio exigía más fuerza de la que imaginaba.

No para soportarla espera cuando lo tenían retenido en el praetorium, sino otra clase

de fuerza más lenta y menos visible.

La de que mis ojos no sólo vieran su herida.

La de no pedirle que regresara entero para tranquilizarme.

La de cuidar lo que había quedado.

Cuando sostuve a Jesús.

Dijo María.

No pude devolverle el aliento.

No pude evitarle las yacas no pude volver atrás.

Y retirar el madero de sus hombros.

Todo eso ya había pasado, pero pude recibirlos sin que cayera en el olvido de quienes lo habían

matado.

¿Cómo?

Pronunciando su nombre, tocándolo como hijo, no como condenado.

Dejando que otros ayudaran sin sentir que me lo robaban, aceptando los lienzos, las

esencias, las manos de Juan, aunque mi dolor quisiera tenerlo sólo conmigo.

Eso me hizo pensar en Sara, en Caled, en Adara, en todas aquellas manos alrededor del

lucho.

Yo había querido que se apartaran y al mismo tiempo las necesitaba.

Mi amor no bastaba para sanar un cuerpo.

Quizá ningún amor sea suficiente por si sólo cuando el daño es demasiado grande.

Samuel no volvió a mis brazos.

Dije.

Y la frase salió de un lugar que no esperaba.

Se muzitó con ternura María.

Lucio sí.

Malerido, pero volvió.

Y yo no puedo alegrarme por eso sin pensar que a Samuel lo recibí en una fosa.

Un dolor no tiene que parecerse a otro.

Cada pérdida necesita su lugar.

No tengo tantos lugares dentro.

Los tendrás.

No porque quieras, sino porque el amor te los proporcionará.

Me dolió aquella terteza.

Lucio movió la cabeza y abrió los ojos un instante.

Parecía desorientado.

Miró hacia el techo.

Luego hacia mí.

Suboca formó mi nombre, pero no salió ningún sonido.

No hables.

Descanza.

Intentó levantar la mano.

No pudo.

La dejó caer con una frustración que me conmovió más que sus heridas.

Me incliné y apoyé los labios en sus dedos sanos apenas un roce.

No tienes que volver entero hoy.

Sus ojos se humedecieron.

Después el sueño lo venció de nuevo.

María me miraba.

Eso también es recibir.

Era si oyeron los primeros sonidos de la ciudad.

Una mujer llamaba a un niño.

Un hombre arrastraba un carro.

Alguien reía en una calle cercana, ajena lo que ocurría en aquella habitación y a nuestro

silencio.

El mundo seguía a su curso.

Como hizo cuando descendieron a Jesús de la cruz.

Como hizo después de enterrar a Samuel en la fosa.

Pero dentro de la casa, el mundo se había vuelto pequeño.

Un paño limpio, un sorgo de agua, un mano que no se cierra porque duele.

Un nombre pronunciado en voz baja.

María se levantó para ayudar a Sara con el desayuno.

Antes de irse apoyó una mano sobre mi hombro.

No puedes impedir lo que ya le hicieron.

Pero puedes acompañarlo de vuelta de ese lugar.

El cuerpo del ucio ya tía sobre el jergon marcado por Roma y por un silencio que

había estado a punto de doblegarlo.

No podía borrar nada de aquello.

No podía arrancarle el recuerdo de la cuerda ni la vergüenza de haberse visto a punto

de caer.

Pero podía recibirlo, aprender a tocarlo de nuevo.

Nombrarlo como esposo y no como víctima.

Y mientras lo hacía, comprendí que a veces el amor llega tarde para salvar.

Pero no para quedarse junto al cuerpo que regresa.

Las horas pasaban.

Caled habia dejado vendas limpias junto al lecho y una infusión amarga por si la fiebre

volvía a subir.

Sara retiraba los paños manchados con movimientos lentos.

Adara había salido al patio demasiado pálida como si necesitará respirar antes de volver

a ocupar un lugar que todavía no sabía si le pertenecía.

Cuando seguía junto al ucio que dormía o parecía dormir.

Respiraba con dificultad.

De vez en cuando el cuerpo se le tensaba, como si sintiera la cuerda en las muñecas,

entonces yo le hablaba en voz baja.

Estás en casa de María.

Estoy aquí.

Intentaba calmarle.

Recordé a Samuel no con una imagen clara sino como un hueco que se agrandaba precisamente

porque el ucio había vuelto.

Si su padre se despertaba, Samuel no estaría allí para verlo.

Si la fiebre cedía, Samuel no correría a contárselo a nadie.

Si la casa recuperaba una voz, se quería faltando la más pequeña.

María se sentó a mi lado cuando Sara salió con el agua sucia.

A veces, cuando alguien vuelve la espera no termina, sólo cambia de forma.

Ella tuve que preguntarle qué quería decir.

Lucio ha vuelto.

Respondí.

Y aún así siento que sigo en la fosa.

Después de bajar a Jesús de la cruz no terminó todo.

La miré.

Sus palabras me servían una vez más de consuelo y de ejemplo.

Yo habría pensado que sí.

También yo.

Pero no todo acaba cuando el cuerpo deja de respirar.

Luego hay que entregarlo.

Aquella palabra me dolió.

Entregar.

Yo había entregado a Samuel a la tierra sin verle el rostro, sin saber si de verdad era

él, más allá de la sandália y el tamaño del pequeño cuerpo en brazos de Lucio.

Lo había entregado porque todos a mí alrededor parecían saber lo que yo no podía aceptar.

Quería hacerlo todo yo y al mismo tiempo.

No podía hacer nada.

María respiró de espacio.

Lo envolvieron.

Cada vuelta del lino cubría una parte de su cuerpo y yo sentía que lo alejaban de mí.

Primero las piernas.

Después el costado.

Los brazos.

Las manos.

Las llagas desaparecían bajo la tela pero no por eso dejaban de existir.

A veces cubrir una herida no consuela, solo la oculta a los ojos.

Mire el asvendas del Lucio.

El lino limpió escondía la carne rota por la cuerda pero debajo seguía el daño.

¿Pudiste despedirte?

No como quería.

Una madre nunca se despide del todo.

Siempre queda una palabra, un gesto, una parte del rostro que habría querido mirar un

poco más.

Pero había prisa.

El día caía.

La ley marcaba sus horas.

Incluso los hombres buenos tienen límites cuando el mundo les impone reglas sobre el dolor.

Samuel.

Lucio bajando a la fosa para entregarlo a la tierra.

También allí hubo prisa, aunque nadie la anumbrara.

Prisa por protegerme.

Prisa por cerrar.

Prisa por no mirar demasiado.

Lo llevaron a un sepulcro cercano que estaba en un huerto.

Era nuevo, excavado en la roca.

Recuerdo el olor de la piedra fría.

La entrada oscura.

Todo parecía demasiado limpio para una muerte tan violenta.

Bajo la voz.

Lo pusieron allí.

Y yo miraba el cuerpo esperando que algo impidiera que el momento.

No sé qué.

Una voz.

Un temblor.

Una orden que dijera que había sido un error y que podía llevármelo a casa.

Pero nadie dijo nada.

Sentí que el pecho se me cerraba.

Yo también había esperado junto a la fosa una palabra imposible.

Que alguien dijera que no era Samuel.

Que el lino escondía otro cuerpo.

Que mi hijo aparecería entre los olivos asustados, pero vivo.

Después movieron la piedra.

Continuó María cerrando las manos sobre el regado.

Fue un sonido pesado.

La piedra arrodó y tapó la entrada.

Entonces lo supe.

El cuerpo de mi hijo quedaba dentro y yo quedaba fuera.

Lo siomur muró algo me incliné pero no se despertó.

Le toqué la frente.

Estaba tibia.

No ardiente.

Cuando cubrieron con tierra la fosa de Samuel sentía eso mismo.

Que él permanecería en un lugar donde yo ya no podría seguirlo.

María sintió.

La piedra enseña una frontera que el amor no acepta.

Me quedé con esa frase sin saber si me consolaba o me hería más.

Y luego.

Luego volvimos.

¿A casa?

A una casa.

Comprendí la diferencia.

María miró mis manos.

Las tenía apretadas sobre la túnica.

El silencio después de darse cultura un hijo no se parece a la paz.

Es más bien un cuarto cerrado.

Cada una oye dentro lo que perdió.

Algunas lloran.

Otras ordenan cosas sin necesidad.

Otras se quedan sentadas mirando un punto de la pared.

Yo escuchaba los ruidos de la casa y me parecié imposible que fueran tan pequeños.

Después de la cruz, todo sonido debería haber sido inmenso.

Pero no.

Una jarra se movía, alguien respiraba.

Una mujer sollozaba en otra estancia.

Eso era todo.

No pude evitar mirar a mí alrededor.

A dar a seguir afuera.

Sara hablaba en voz baja con calévalo otro lado del patio.

La casa entera respiraba con cautela como si todos se guardaran algo y nadie supiera

nombrarlo.

¿Esperabas la resurrección?

María no respondió enseguida.

Había oído sus palabras.

Las guardaba, pero una cosa es guardar una promesa y otra esperarla cuando la piedra

ha sellado el acceso y el cuerpo amado se encuentra tras ella.

Su sinceridad me conmovió.

Entonces no había pata.

No aquella noche.

Solo espera.

Espera y osculta.

Lucio había vuelto sí, pero dentro de mí había una piedra que me separaba de Samuel.

María me hablaba de un sepulcro que al tercer día se abriría, pero no me estaba contando

ese día todavía.

Eran los anteriores los más difíciles, aquellos en que nadie sabe si la noche tendrá

respuesta.

No sé esperar sin desesperarme.

Le confese.

Nadie sabe al principio.

¿Tú sí?

No.

Yo aprendí porque no podía hacer otra cosa.

Se me movió a los dedos.

Acerque a mi mano con cuidado de no tocar las vendas.

Él no se despertó, pero las puntas de sus dedos rozaron mi piel.

Me aferré a ese contacto mínimo.

Él ha recuperado al Lucio y no puedo dejar de pensar que Samuel no volverá.

María no me corrigió.

No me pidió que confiará no adelantó ninguna luz.

Hoy tienes esa verdad.

Pero es otra más alta de la que puedas sostener.

La Mire.

Y sí eso me destruye.

Entonces, nos sentaremos contigo entre los escombros.

Aquellos sí me sostuvo.

No me prometía que el hueco de Samuel se cerraría.

No me pedía que vendigera a la pérdida.

Sólo me decía que si no podía levantarme, alguien se quedaría allí y en el suelo,

mi amigo.

Adara regresó del patio en ese momento.

Tenía los ojos enrojecidos y la boca tensa.

Me miró con una ternura temerosa como si quisiera acercarse y no supiera como.

Pensé que seguía afectada por todos los años que aún no sabíamos cómo reparar.

Y no pregunte nada.

María tomó el cuenco y me pidió que mojara de nuevo el paño.

El gesto me devolvió a Lucio, a su frente tibia, a la respiración que debía seguir

vigilando.

La espera llenó la habitación como una sombra espesa.

No era la espera de quien confía en que todos saldrá bien.

Era la de quien ha visto una piedra cerrar la entrada.

Y aún así permanece cerca del camino sin saber por qué.

María guardó silencio.

Y yo también.

Lucio estaba vivo.

El hijo que esperaba se movió en mi bien treis a muel.

Todavía seguía al otro lado de una oscuridad que yo creía definitiva.

86.

La verdad.

La casa permaneció en silencio.

Lucio dormía y Flavia no podía pensar en nada más allá de su respiración.

Cada liento la retenía allí en aquella habitación que no era su casa, pero que se había

convertido en refugio porque aún tenía puertas no profanadas, agua limpia y manos que no venían

a rebatar nada.

Entonces o yo pasos.

No eran desoldados.

No tenía el gol peduro del metal ni esa seguridad de quien entra sin pedir permiso.

Eran pasos más lentos, contenidos.

Flavia levantó la cabeza.

Caler también los oyó y se puso en pie.

María no se movió, pero miró hacia la puerta con una atención distinta.

Después llegó otro sonido muy leve.

Una voz infantil.

La patria se quedó paralizada.

Durante un instante pensó que el cansancio estaba engañando a su mente.

No era la primera vez que creía escuchar a Samuel.

Lo había oído en el roce de unas sandalias, en el crujido de la madera bajo unos pies pequeños.

El dolor sabía emitar la ausente con una crueldad perfecta.

La puerta exterior se abrió despacio.

Vio a Macron.

Entró sin la firmeza con lo que había salido.

Tenía el manto manchado, el rostro rentido y una rigidez extraña en los hombros.

Pero no parecía derrotado.

Detrás apareció enía, con los ojos inchados, pero llenos dieron a luz que casi resultaba

imposible en aquella casa donde todos hablaban bajo.

Ninguno dijo nada.

La vía los miró sin comprender.

Macron se apartó un poco.

Inía bajó los ojos hacia el umbral.

Caléve dio un paso atrás para dejar espacio.

María cerró los ojos un instante, como si yo hubiera entendido.

Entonces Flavia siguió la mirada de su madre.

Al principio sólo vi el borde de un manto oscuro, me dié escondido detrás de las piernas

de Macron.

Después una mano pequeña acerrada a la tela.

Luego un pie de escalzo inconfundible.

Todo lo demás, desapareció.

Macron se movió despacio y el niño quedó a la vista.

Llevaba una túnica que no era suya.

Tenía el cabello revuelto, la cara algo más delgada y los ojos abiertos con una cautela

que ella desconocía.

Del cuello le colgaba la bula que servilió, se llevó de su casa.

Uno de sus manos permanecía cerrada sobre ella.

El niño miró primero a Macron.

Luego a Enia.

Después a Flavia.

Su rostro se contrajo.

No como si fuera llorar, sino como si no supiera si tenía permiso para creer.

Mamá.

La palabra fue mínima.

No explicó nada.

No preguntó nada.

No dijo donde había estado ni quien se lo había llevado.

Flavia se puso en pie demasiado depresa.

El vientre le tiró.

Las piernas le fallaron y María se adelantó para sostenerla.

Esta vez Flavia no rechazó la ayuda.

Miraba su hijo sin respirar.

Comido de que un parpadió bastara para perderlo de nuevo.

¿Samuel?

El no corrió hacia ella.

Se quedó quieto con una mano prendida del manto de Macron.

Y Flavia sintió que la alegría le llegaba atravesada por un dolor distinto.

No era el mismo niño que le rebataron.

Se arrodilló despacio.

Caled hizo un gesto para levantarla, pero María lo detuvo con la mirada.

Aquello no podía hacerlo nadie por ella.

Flavia abrió los brazos.

Sanuel miró a Enia.

Su abuela sintió con las lágrimas corriéndole por el rostro.

Entonces el niño soltó la tela de Macron y caminó hacia su madre.

Primero tuvitativo, luego con una presa torpe, como si el cuerpo decidiera antes que la

mente.

Flavia lo recibió de rodillas sin fuerza en el abrazo, casi con miedo de que fuese una ilusión.

Fintió los hombros pequeños, el pelo contra su mejilla.

El calor real de un cuerpo vivo.

No era un recuerdo.

No era una sombra.

No era una voz inventada por la noche.

Era Sanuel.

Entonces lo pretó contra ella.

El niño se agarró a su cuello y lloró en silencio con el rostro escondido.

Después, con pequeños sollozos que les acudían del cuerpo.

La via los estugos sin preguntas.

No querías haber todavía.

No allí.

No en el umbral.

No con aquellas manos pequeñas cerradas en torno a ella.

Lucio se agitó en el de hecho.

Había abierto los ojos.

La fiebre le velaba la mirada, pero había habido la voz de Sanuel.

Tal vez solo una parte.

Tal vez lo suficiente.

Pero hacia Flavia, hacia el niño abrazado a ella, y su rostro herido, asintió sin

poder hablar.

Sanuel, siguió refogido en su madre, asustado por las vendas, por los golpes, por aquel

padre que recordaba fuerte, y ahora apenas podía levantar una mano.

Flavia le acarció el pelo, sin obligarlo a nada.

Ese día, nadie debía apetirle valor.

Macron cerró la puerta con cuidado.

Sania se apoyó en la pared.

Adara lluraba con lágrimas mudas.

Sara se cubrió la boca con ambas manos.

Caler miró al suelo, como si también la alegría pudiera doler cuando llega demasiado

tarde.

María permanecía de pie con los ojos húmedos y las manos temblorosas.

Flavia volvió a brazar a Sanuel.

De días había creído que el mundo se dividía entre el hijo que llevaba dentro y el hijo

enterrado.

Entre el húcio vivo y Sanuel muerto.

Ahora, su hijo respiraba en sus brazos, pero la fosa no desaparecía.

Habían enterrado a alguien.

Habían llorado su pérdida.

Habían vivido su muerte.

El regreso no borraba el daño.

Pero mientras el niño repetía mamá contra su cuello, sintió que una puerta cerrada

dentro de ella volvía a abrirse a la vida.

87.

La distancia.

Flavia seguía de rodillas en el umbral con el niño contra ella.

Pero no te enseguida que cada vez que su abrazo se hacía más fuerte, Sanuel se ponía

regido.

No se apartaba de su madre, aunque tampoco terminaba de entregarse, y aquello le dolió.

¡Acompáñame!

Su suroflavia.

Sanuel miró a Macron.

No preguntó si podía, sólo esperó, y Flavia entendió aquella espera como un golpe.

Puedes entrar.

Aquí estás con nosotros.

No era su casa, era la casa de María.

Pero en ese instante necesitaba decirle que era un lugar donde nadie tenía que pedirle

permiso a Rosila, ni a una criada, ni a ningún soldado para que le cruzara una puerta.

Sanuel dio un paso, después otro, sin soltar la túnica de Flavia.

Caminó pegado a ella con la cabeza baja.

Al pasar junto a Macron, su abuelo extendió la mano como si quisiera tocarle el cabello,

pero se detuvo a tiempo.

Ni había visto el gesto y bajó los ojos.

Todos estaban aprendiendo lo mismo.

El niño había vuelto, pero no era un objeto perdido que pudiera recogerse sin cuidado.

Sarah lloraba en silencio junto al hogar, y Sanuel se escondió un poco detrás de su

madre al verla.

¡Es Sarah!

La conoces, dijo Flavia.

Sarah se limpió la cara con torpeza.

¡Hola, Sanuel!

¡Ele no respondió!

Antes habría corrido hacia ella para pedirle pan dulce, enseñarle una piedra encontrada

en el patio o contarle cualquier cosa sin orden.

Ahora sólo apretó la bula y miró a su madre, esperando que ella decidiera si aquella

voce era segura.

¡No tienes que hablar!

Dijo Flavia.

Sanuel asintió levemente.

María acercó una banqueta baja y la colocó cerca del hogar.

¿Quieres sentarte?

Le preguntó Flavia.

Sanuel no contestó.

Sólo desvió los ojos hacia el lecho donde descansaba su padre.

Calével y había incorporado sobre unas mantas dobladas, pero el esfuerzo de mantenerse

consciente le marcaba el rostro.

Tenía los labios secos, las muñecas vendadas y los hombros en rígidos bajo la túnica.

Como él, lo miró como se mira algo amado que ha cambiado de forma.

¡Papa!

Dijo con la duda en la voz.

Lucio intentó sonreír.

No pudo del todo.

¡Ijo!

Flavia se esforzó por mantenerse integra.

Durante días aquella palabra había pertenecido a la tierra.

Como él no avanzó, observó las ventas, el golpe en el rostro.

Y luego las manos de Caléve, como si te mira que al tocar a su padre le hiciese daño.

Lucio lo entendió y la vergüenza le oscureció la mirada.

¡No tengas miedo!

Dijo con la voz ronca.

Sanuel dio un paso atrás y Flavia se ha gachado a su lado.

Está herido.

Eso tienes hastelas.

Caléve lo ha curado.

El niño miró a Caléve.

Él se inclinó un poco manteniendo la distancia.

¿Le duele?

Pregunto el pequeño.

Sí, respondió ella.

Pero le dolerá menos si estamos cerca y hablamos bajito.

Sanuel volvió a mirar a su padre.

Luego fijó la vista en la bula.

¡No quería quedarme allí!

Nadie se movió.

Flavia sintió que todas las preguntas le subían a la boca.

¿Dónde, con quién, qué te hicieron, quién te puso esa bula?

¿Yoraste?

¿Preguntaste por mí?

Pero vio los hombros de Samuel a hundirse y se contuvo.

Ya no estás allí.

Tengo que irme otra vez.

Pero he contado con miedo.

¿No?

Respondió Flavia demasiado deprisa, casi con dureza.

Y se obligó a sobizar la voz.

No, hijo.

Te quedarás con nosotros en casa.

Samuel quiso creerla, pero algo solo impedía.

Enía cogió un cuenco con agua y se lo ofreció al niño.

¿Quieres beber?

Samuel miró a Flavia antes de aceptar y ella le acarició el cabello.

Sí puedes.

Tomó el cuenco con las dos manos.

Me vi un poco y se lo devolvió con cuidado, como si te miera de ramar el líquido.

Enía tuvo que partarse para no abrazarlo.

Sara se acercó apenas.

También hay pan.

Samuel negó y María intervino con su habidad.

Después, ahora no tiene hambre.

Flavia llevó al niño hasta la banqueta, se sentó y lo invitó a acercarse.

El pequeño dudó.

El niño sabría atrepado a su rodilla sin pensarlo.

Ahora se quedó de pie entre sus piernas con la espalda apoyada en ella mirando a todos

desde aquel refúgio materno.

Flavia no lo forzó.

Solo apoyó las manos a los lados de su cuerpo sin cerrarla sobre él.

Lucio los miraba desde el jérgón.

Tenía los ojos húmedos y una culpa tan visible que Flavia tuvo el impulso de cruzar la habitación

para detenerla antes de que lo rompiera más.

«Pensé» dijo él, pero no pudo seguir.

Samuel giró hacia él el rostro.

«¿Qué pensaste, papá» Lucio tardó en responder.

«Pensé que no volvería a verte.

El niño pareció no entender del todo.

O quizá lo entendió demasiado bien.

Flavia apoyó la mejilla sobre su cabello.

Olía distinto, no a sus mantas ni a su ropa.

Olía leche, habitación cerrada, a casa ajena.

«Lo siento» su su rolocio.

Samuel no respondió.

Ningún niño debería recibir una disculpa tan grande.

Macron permanecía junto a la puerta como si todavía custodía la lumbra.

Tenía se acercó a él y le habló en voz baja.

«No podemos esperar mucho» le dijo.

«¿Qué ocurre» preguntó Flavia.

Todos se quedaron quietos.

Macron la miró.

Durante un instante volvió a ser el hombre que calculaba cuánto podía decir sin poner

en riesgo lo que intentaba salvar.

Pero vio a Samuel apoyar en su madre y comprendió que no tenía derecho a callar.

«Servilio a muerto».

Sucio encajó la noticia con entresa.

Flavia estrechó un poco más a Samuel sin apretarlo.

«Idrusila» mantiene la defensa de la residencia.

No sabemos por cuánto tiempo.

Algunos hombres seguirán siendo legales a Servilio cuando descubran lo ocurrido.

Tenemos unas horas.

Flavia comprendió lo justo.

Su hijo no estaba salvo.

¿Vendrán?

No, si actuamos con rapidez.

«Tenemos que irnos» preguntó Samuel, «Tenso».

«No voy a separarme de ti».

Flavia le acarició el brazo.

El niño miró alucio.

«Papa, viene» el intentó incorporarse, pero el dolor lo dejó sin aliento.

Caler lo sujetó por el hombre sano.

Tu padre necesita curarse para poder ir contigo.

Samuel parecía aceptarlo porque era una idea concreta.

Curarse primero y caminar después.

Se separó un poco de Flavia.

«Puedo acercarme a papa»

Flavia necesitaba sentir su proximidad, su olor.

Pero Samuel había hecho una pregunta y eso ya era un gran avance.

«Sí, despacio».

El niño dio unos pasos hacia el lecho y se detuvo.

Pero las vendas de las muñecas y luego el rostro de su padre.

La respiración se le aceleró.

Lucio no estendió los brazos, tal vez porque no podía.

Tal vez porque entendió que sería pedirle al niño más de lo que podía dar.

Samuel avanzó otro paso.

«¿Te han castigado?

Lucio guardó silencio unos segundos.

Me hicieron daño.

¿Por qué yo me fui?

No, tú no hiciste nada malo.

Pero me fui.

Alguien te llevó lejos.

Samuel lo confirmó apartando la mirada.

«Yo no quería».

Lo sé.

El niño miró las vendas.

«¿Puedo tocar?

Caler vi un paso.

Pero Lucio respondió antes.

Sí».

Movió apenas el pulgar de la mano derecha, mostrando una pequeña zona sana.

Samuel la tocó con la punta de un dedo.

Fue un contacto mínimo.

Luego apoyó toda la mano con mucho cuidado.

El hombre temblo no de dolor o no solo.

«Papa» dijo Samuel.

Lucio no pudo contestar.

Las lágrimas le rodaban por las sienes.

El niño apoyó la frente en el borde del lecho y Lucio logró levantar los dedos para

rozarle el cabello.

«Muy hijo».

La habitación respiró con ellos.

No hubo una alegría ruidosa.

Nadie rió.

Nadie habló de milagro.

La fosa se existía y el cuerpo de otro niño ya sea bajo tierra con un nombre robado.

Pero Samuel estaba allí.

Callado, asustado, con la bula al cuello y una prudencia que habría que deshacer poco a poco.

«Vivo, aunque no intacto, de vuelto, aunque no reparado».

Flavia se acercó al Jérgón y se sentó junto a ellos.

Samuel no volvía sus brazos, quiso quedarse al lado de Lucio.

Ella no lo reclamó.

Me dio esa renuncia pequeña porque amar al hijo de vuelto también consistía en no estrecharlo

hasta borrar su miedo, sino en dejar que el miedo encontrar a un lugar donde descansar.

«88.

Él escondite.

«Samuel se quedó dormido junto al hecho de su padre.

No quiso apartarse de él, pero tampoco se atrevió a subirse al Jérgón.

Así que Flavia le preparó una manta en el suelo para que permanecieran cerca el uno del otro.

El pequeño se espavilló lo justo para tumbarse del lado, con la bula, aún entre los dedos,

sin dejar de mirar las vendas.

Solo cuando Lucio volvía a dormirse, permitió que el cansancio lo venciera de nuevo.

Flavia permaneció entre los dos con una mano próxima de Samuel y la otra sobre el vientre.

«No dormía, no podía.

La emoción de tener a su hijo de vuelta le había dejado el cuerpo sin fuerzas, como si la

vida hubiera regresado con un peso que también costaba sostener.

Calé ventró y se inclinó sobre su amigo.

«La fiebre ha bajado.

Flavia alzó la cabeza.

Había algo más que fatiga en su rastro.

«Qué ocurre.

Calé observó el niño dormido, después al padre.

«La ampolla sigue en la casa.

En ese momento Lucio abrió los ojos.

No parecía despierto del todo, pero aquella palabra lo sacó del sueño.

Intentó incorporarse y el dolor no se lo permitió.

«No te muevas.

Orde no calé.

Lucio respiro con dificultad.

«Servilio.

«Así le dije.

Desvió la mirada, avergonzado.

«Creo.

Que lo de dujo.

Su amigo asintió con gravedad.

«Por eso hay que moverla.

Antes de que alguno de sus hombres vaya a la casa y busque donde no revisó la primera

vez.

Flavia sintió que una parte de la paz recién nacida se retiraba.

Su hijo estaba allí.

Su marido respiraba.

Servilio había muerto.

Y a una sila ampolla seguía siendo objeto de codicia.

«Entonces, acédelo, »dijo.

Lucio volvió la cabeza hacia ella y se lo agradeció con la mirada.

Juan llegó poco después avisado por Caleb, traía noticias de la residencia oficial.

Macron intentaba contener a los hombres de Servilio con la autoridad de Brusila y con

la confusión de una muerte aún no anunciada.

Pero aquello no duraría mucho.

Cuando se supiera que el procón sol había caído, cada soldado buscarías alvarse

o beciendo al nombre más alto.

Y ese nombre era el de Caligula.

«Romo, no renunciará a ella.

»Dijo Juan bajando la voz, al ver que Samuel se movía en sueños.

Flavia acarció el cabello del niño con su vida.

Está detrás de las ánforas viejas.

Murmuró Lucio.

En la cripta pequeña.

Bajo la tablilla falsa hay una segunda losa.

Si levantas la primera, verás polvo.

La ampolla está debajo de la segunda, envuelta en lino oscuro.

Flavia escuchó sin apartar la mano de su hijo.

Cada detalle le parecía una piedra más en el camino que lo sabía conducido hasta

allí.

«Cripta, ánforas, losa, lino.

Una geografía secreta por la que su familia había pagado demasiado.

»No podéis llevarla a otra casa conocida.

»Dijo Valeria, desde el patio.

Todo se volvieron.

Permanecía al otro lado del hombre al interior, con el costado vendado y el rostrapalido.

Al verla, Flavia se puso a rígida.

Samuel continuaba dormido, ajenó aquella presencia.

Lucio intentó moverse al reconocer la voz.

«Fue ya de esta casa.

»Dijo muy despacio.

Les palabras salieron débiles, pero endurecidas por todo lo que ella había hecho.

Valeria, bajo la cabeza.

Caled respondió por ella.

«La necesitamos.

Después de lo que hizo.

Precisamente por lo que hizo, sabe cómo actúan.

»Flavia, tenía los ojos fijos en la mujer.

El regreso de su hijo ocupaba demasiado espacio y al mismo tiempo.

La persona que se lo había rebatado y de vuelta estaba allí, respirando bajo el mismo

techo.

Servilio.

Dejó hombres que conocen vuestra casa, la de María, la de Juan y las rutas entre ellas.

Si lleváis la ampolla a cualquiera de esos lugares, la amenaza no desaparecerá.

Juan la observó con dureza.

¿Dónde propones esconderla?

En un lugar que Roma crea indigno de guardar algo sagrado.

Irva Caled y después prosiguió.

El patio de los enfermos, junto al barrio de los tintoreros.

Él lo entendió, pero no dio explicaciones.

Valeria lo conocía por razones demasiado oscuras.

Hay una almacén viejo detrás, junto al canal.

Guardan ánforas rotas, de las sucias y caen para cubrir olores.

Con soldado entre allí si no le obligan.

Creen que la enfermedad se pega las paredes.

Argumentó.

¿Y tú quieres esconder la sangre de Cristo en un lugar de miseria?

Pregunto Juan.

¡A allí no la buscará Roma!

Existió ella.

El silencio fue aspero.

María tomó la palabra.

Mi hijo no río yo nunca a esas lugares.

Afirmó mirando a Juan con aplomo.

El apóstol asumió esa certeza.

Caled comprendió que la propuesta era buena.

La ampolla había estado demasiado ligada a casas, nombres y personas que Roma ya vigilaba.

Debe ocultarse en un sitio sin prestigio, sin belleza y sin rastro de poder.

Lucio continuaba respirando con dificultad.

¡Yo! Debería ir.

No puedes levantarte.

Le recordó su amigo.

¡Es mi carga!

¡No!

Hoy tu carga es seguir vivo.

Compesar Lucio cerró los ojos.

No se rendió pero el cuerpo decidió por él.

Juan se adelantó.

¡Iré yo!

¡Siefreció!

¡Y yo!

Dijo Caled.

Yo abriré el camino.

Intervino Valeria sin esperar a que le preguntaran.

¡No pondrás la mano sobre ella!

Le increpo Lucio con desprecio.

No lo haré si no es necesario.

Juan preparó un cesto de miembre con panes secos y una vasija de aceite.

La ampolla iría oculta bajo un doble fondo que calé bien proviso con una tabrella fina

y tela encerada.

Pasaría por comida para enfermos.

Nada que un soldado quisiera tocar.

Antes de salir, el amigo de Lucio se acercó por última vez a su lecho para despedirse.

Si no volvemos antes de la segunda hora, ostras la darán a ti y a tu familia.

Se marcharon por el patio trasero sin antorchas.

Juan llevaba el cesto.

Caler un cuchillo corto y vendas bajo el manto.

Valeria caminaba delante con la cabeza descubierta.

No se escondía y lo hacía con un propósito útil.

Quien la veía no sabía si debía detenerla, avisara de Rusila, reclamar una recompensa

o apartarse.

En una ciudad confundida, la duda habría más puertas que una llave.

Llegaron a la casa de Lucio por la calle baja.

La puerta seguía marcada por la noche del secuestro.

Caler ventro primero.

Olía cítia pagado y abandono reciente.

Sobre la mesa descansaban la manta de Samuel y el corderito de madera.

Juan los miró un instante, pero no tocó nada.

Bajaron a la cripta.

Caler levantó la primera losa y encontró polvo, tal como Lucio había dicho.

Un debajo estaba la segunda.

El apóstol la retiró con cuidado y el lino oscuro apareció en el hueco.

En mediató tomó la ampolla con las dos manos.

Valeria permanecien escalera despaldas a ellos, vigilando.

Vienen dos hombres.

Susurró.

Juan depositó la ampolla en el doble fondo del sexto y Caler volvió a cubrirlo con los

panes.

Ella subió por delante de ambos y salió al patio.

¿Quién está ahí?

Una mujer que no quiere ser vista por los hombres de servilio respondió.

¿Datante?

Ella echa a correr hacia la esquina opuesta.

Los pasos la siguieron.

Caler vijuan salieron por la puerta trasera y no miraron atrás hasta llegar al callejón

de los tintoreros, donde Valeria apareció de nuevo jadeando con una nueva mancha de

sangre en el costado.

El patio de los enfermos solía Cal, sudor y hervas amargas.

Nadie preguntó demasiado cuando el apóstol dijo que llevaban pan y aceite.

En el almacén del fondo ocultaron la ampolla dentro de una vasica con una grieta cuyo

cierre habían asegurado con Cal.

Situada detrás de otras iguales, no pareció un objeto de culto, sino algo olvidado.

Caler susurró una oración.

Caler inclinó la cabeza.

Valeria se quedó de pie con las manos manchadas de polvo, sin atreverse a repetir las palabras.

Cuando salieron, el amanecer ya se extendía sobre la ciudad.

La mujer miró hacia el almacén cerrado.

Roma no buscará ahí.

Caler la observó.

¿Y tú?

Ella entendió la pregunta.

Yo ya no busco nada para Roma.

Se llevó un amando al costado y siguió caminando.

Por primera vez, Valeria había usado sus mentiras, sus rutas y sus conocimientos, no para provocar

miedo, sino para proteger algo que antes no habría dudado en vender.

89. La culpa.

De regreso, Valeria prefirió no entrar.

Se quedó sentada junto al muro del patio con una mano sobre la herida.

No era sólo por dencia.

Durante años, había accedido a los lugares como si tuviera derecho a ocuparlos, con

una mentira preparada y una salida calculada de antemano.

Aquella mañana respetó que una puerta podía estar abierta y no pertenecerle.

La ciudad empezaba llenarse de luz.

Pronto abrirían los puestos.

Los hombres discutirían por los precios.

Los soldados buscarían órdenes nuevas y la muerte de servicio corraría por Eceso como

una mancha de vino oscuro entre las grietas de una losa.

La Roma seguía allí, aunque el Proconsul hubiera caído junto a una fuente.

Valeria se dejó a trapar por los recuerdos.

Había servido a Roma desde antes de saber qué otra cosa podía ser una vida.

Servir era obedecer, observar, mentir, usar el miedo de otros antes de que ellos usaran

el sollo.

Había creído que bastaba con sobrevivir.

Pero ya no resultaba suficiente.

Te duele?

Preguntó Calévendes de la puerta del patio.

Valeria alzó la cabeza.

Él no la miraba con ternura, pero tampoco con la adreza de antes, y eso la inquietó.

No ha mucho.

Mientes, incluso en esto.

Es la costumbre.

Entonces empieza por corregirla.

La mujer relajó el rostro.

Me duele.

Calévson río y se acercó con un cuenco de agua y un trozo delino.

No pidió permiso.

Se sentó a cierta distancia, por pudor.

Tengo que la parte de la herida.

Ella aceptó en silencio y en la partó la venda sucia.

La herida no era profunda, pero se había abierto durante la oída.

Limpió los bordes con movimientos firmes.

Podría hacerte, dijo él.

Sí.

¿Por qué sigues aquí?

Porque Samuel está dentro.

Respondió mirando al interior de la casa.

Vuelve a mentir.

Adiertió Calév.

Valeria respiró despacio.

Se costó por la herida y por lo que estaba a punto de decir.

Si me voy ahora, seguiré siendo lo que fue.

Una mujer que entra en una casa, la destroza y desaparece si mirar lo que deja atrás de

sí.

No quiero eso.

No es suficiente con arrepentirse.

Sostuvo su mirada.

Había cansancias sus ojos, pero también una claridad nueva, todavía debía.

La culpa tampoco basta.

Sería otra forma de mirarme, sólo a mí, mi dolor, mi vergüenza, mi miedo a que

me odien.

Se detuvo unos segundos.

Tengo que aceptar que no me crean, que no me perdonen, que no quieran verme cerca de

Samuel.

Aprenderás si no huyes cuando duela.

Pensé en entregarme.

Confesó Valeria tras una breve vacilación.

A quién?

A quién quede con autoridad para castigarme.

Eso no sería reparación.

Sería el camino fácil.

Merezco el castigo.

Murmuro con la voz apagada.

Sí, confirmó Calev.

Pero una celda no devolverá a Flavia las noches en que creyó muerto a su hijo.

No borrará la cuerda de los hombros del ucio.

Ni dará nombre al niño que enterrasteis bajo la mentira.

Ella pareció encojarse, como si cada frase callera sobre su espalda.

Entonces, ¿qué hago?

El hombre miró hacia la puerta de la casa.

Dentro una voz infantil saltó del sueño a la vigilia.

No llegó hasta ellos una palabra clara, pero Valeria bajó la cabeza como si lo hubiera

entendido.

«Viver de otro modo», dijo Calev.

«No sé quién soy, si no sirva a Roma.

Pues empieza por no servir al miedo.

Resilencia entre ambos ya no era el de la hostilidad.

Se trataba de otro más sin cómodo, lleno de cosas que no podían nombrarse sin falsearlas.

Él recogió el cuenco, pero no se levantó».

«Mañana, tal vez Flavia no quiera verte.

Quizá tampoco pasado mañana.

Un día tendrás que hacerle frente y hablar con ella sin esperar que te libere del peso».

Valeria entendió las palabras de Calev.

Él no podía garantizarle el perdón de Flavia.

Nadie podía en realidad.

Justamente lo que él le trataba de explicar es que debía aprender a vivir con ello.

«Si me quedo a tu lado, no es porque tu pasado vaya desaparecer de la noche a la mañana.

Dijo él, como si hubiera seguido un pensamiento que ella no se había atrabido a pronunciar.

La mujer levantó la mirada, pesarosa.

Entonces, ¿por qué?

Calev, tardó en responder.

«Porque si de verdad te propones vivir de otro modo,

alguien tendrá que darte la mano cuando intentes escapar de ti misma».

Valeria empezó a llorar sin comerse el rostro.

Fue un llanto breve, espero, casi infantil.

«No tienes que salvarme, dijo, ni quererme.

Por el rostro del hombre pasó una leve sombra.

Una verdad que le costaba aceptar porque llegaba mezclada de sentimientos contrariados.

«Eso ya no depende de mí.

Acto seguido al zola mano, dudó un instante y le limpió con el pulgar una lágrima.

Fue un gesto pequeño, casi involuntario.

«Todavía no sé qué hacer contigo.

Añadío él.

Yo tampoco sé qué hacer conmigo».

Calev no retiró la mano de su mejilla.

Ella apresó en su memoria a que el momento que hubiera deseado que durara toda la eternidad.

De pronto oyeron que Samuel llamaba su madre en voz baja.

Flavia respondió al estante.

«Ela apartó la mano.

Cuidó a ti aquí.

Valeria sentió.

La sabediencia no se parecía al antigua.

No nacía del miedo, sino de algo más sumil de y más limpio.

Aceptaron lugar pequeño y no usarlo para causar sufrimiento.

Él se puso en pie.

Volveré a la parte la herida después.

Calev.

La mirada de Valeria seleccabó en un lugar muy profundo del pecho.

Me quedaré.

Se entraba en la casa, la observó.

En aquel patio sentada junto al muro, con el costado vendado y el sol pincelando con

luces, sombras o rostro.

Aquella mujer no era libre todavía.

No sentía que hubiera expiado la culpa.

Pero no se iría.

No venta.

El perdón.

Los dos se encontraban en la casa de María.

El peligro aún no había pasado.

No cron.

Había puesto hombres de confianza en las calles cercanas.

Juan había avisado a los hermanos para que guardaran silencio y no se acercaran.

Drusila.

Se viera teniendo la noticia de la muerte de servil y o mientras podía.

Aunque todos sabían que Roma acabaría volviendo de algún modo.

Pero no apareció ningún soldado y la casa respiró un poco de calma.

Lucio estaba sentado junto al Jérgón, sostenido por una voluntad que era más fuerte que

su cuerpo.

Calev no lo hubiera permitido, pero cedió al ver que Samuel no se apartaba de él.

Le cambió las vendas, comprobó que no tuviera fiebre y lo acomodó en una silla baja.

El menor movimiento imprudente.

Vuelve al lecho.

Te advirtió.

Lucio asintió a sin fuerzas.

Su hijo se sentó en el suelo, muy cerca de sus rodillas.

No hablaba mucho.

A veces tocaba la bula que llevaba al cuello.

Otras miraba hacia la puerta como si esperase que alguien viniera arreglamarlo.

Su madre había querido quitarse la para guardarla, pero renunció a ver cómo el niño

cerraba la mano sobre ella.

Ya habría tiempo.

Si el tiempo volvía a ser algo en lo que pudieran confiar.

Flavia estaba asulada.

El hijo que esperaba se movió una vez, leve, como si también el quisiera ocupar su lugar

entre los vivos.

Samuel lo notó porque ella contuvo el aliento y bajó la mirada.

¿Sabe que soy su hermano?

Flavia lo miró con dulzora.

¿También no?

El pequeño permaneció pensativo unos instantes.

¿Entonces?

Tengo que decirse lo.

Se acercó a su madre y contiento.

Aguardo a que le diera permiso.

Cuando ella sintió, el cribo apoyó los dedos sobre la tela con el mismo cuidado con

que había tocado la mano herida de su padre.

Soy yo, tu hermano.

Los ojos sus dedos notó un nuevo movimiento.

Samuel levantó los ojos hacia su madre.

Ahora sí lo sabe.

Dijo en voz baja ella.

Nadie quiso perturbar el momento con palabras.

Lucio no pudo contener la emoción.

Tampoco en ella y a Dara que dejaron escapar lágrimas de felicidad.

Mientras María miraba al niño con ternora.

La avía apoyó su mano sobre la del pequeño y durante un instante.

La casa entera paració reunida alrededor de aquel gesto.

El hijo de vuelto saludaba al que todavía no había nacido.

Macron permanecía junto a la puerta, tenso.

Desde que Samuel había cruzado el umbral, vigilaba el lugar por donde podía entrar otra

amenaza.

Tenía, le pidió dos veces que descansara, pero él, llegó con la cabeza.

A Dara encambió, se mantuvo cerca de Flavia sin invadirla.

Había aprendido en pocas horas una prudencia que le había costado media vida.

Por su lado, Juan se sentó cerca de María.

Su rostro mostraba la fatiga de quien ha custodiado demasiados secretos y sabe que ninguno queda

salvo para siempre.

La ampolla estaba escondida entre pobreza y enfermedad.

En un lugar en el que Roma no buscaría.

Además, tratando de justificar la muerte de servicio y ocultar el secuestro de Samuel,

Lucila había prometido que llegada el momento, le diría a Caligula que el proconsul había

muerto en un emboscada en la cual la ampolla se había destruido.

Era una mentira peligrosa, pero no tanto como las consecuencias de la verdad.

«Muñano, habrá que decidir qué hacemos», dijo Macron.

«M mañana», respondió Lucio.

«No quería planes esa tarde.

No quería rutas ni escultas ni ninguna otra decisión, tomadas sobre cuerpos agotados».

«Macron, lo entendió».

«Muñano», repitió.

«Poco a poco, el cansancio se apoderaba de todos los presentes.

Sarah trajo pan, queso, acituna, si agua.

Nadie tenía hambre, pero de igual manera se lo agradecieron.

«Comer, era otra forma de admitir que continuaban vivos».

Samuel mordió un pedazo de pan y lo retuvo mucho rato en la boca antes de tragar.

Flavia se contuvo.

No le pidió que terminara ni le limpió la cara.

Ni a que aprendera no cubrirlo consumido, pese a que ella sentía o en una sombra envolviendo

su corazón.

Mientras repartí en la comida, Valeria continuaba en el patio.

No había hecho ningún intento por entrar.

Juan, siempre pendiente de todos, se acercó a ella y le pidió que pasara dentro.

El discípulo de Jesús podía ver en su rosto el sentimiento de culpa que esta cargaba.

Cuando Flavia la vio, volvió a tensarse.

Samuel se pegó al ucio que hizo amago de incorporarse, pero el dolor lo dejó sin aire.

Caled apoyó un hermano sobre el hombro sano de su amigo.

Todos eran conscientes del daño que Valeria había inflingido en aquella familia.

Ella guardaba silencio.

Sentía la mirada de Flavia clavada en sus popilas como puñales.

Además encontraría palabras suficientes para implorarle perdón a aquella mujer a la

que tanto sufrimiento había causado.

Mi hijo murió perdonando a todos.

Ambas se giraron hacia la voz de la madre.

Jesús perdonó incluso a los que lo habían crucificado.

¿Por qué no vais a perdonar vosotros a Valeria?

Él nos enseñó a ser misericordiosos.

Él perdó no.

Y yo perdone.

Flavia rompía llorar con las palabras de María.

Nada podía liberar el dolor, pero el perdón podía serenar el alma.

Y yo perdono, madre.

Y yo perdono.

Enía yadara se levantaron para abrazarla.

Una cadalado.

Sus madres.

Ella había que siempre la acompañarían.

Estarían ahí para darle consuelo a roparla cuando la vida doliera.

Igual que María denazaret.

Epílogo.

La despedida.

Feso.

Años más tarde.

La casa se alzaba sobre la colina que dominaba Feso.

Páñada por la luz coprizada de la tarda acera.

Desde el patio llegaba el honor cálido de las hierbas que el sol había calentado durante

la tarde.

Dentro la estancia quedaba en una luz difuminada.

En el lecho, apoyada sobre unos cojines delino sencillos, reposaba María denazaret.

El tiempo había envejecido su rostro, pero nada había borrado la serenidad de su mirada,

donde aún se reflejaba al lado de su hijo.

A su lado permanecía Juan, inclinada hacia ella, como en una reverencia callada.

En los últimos días, habían llegado muchos de los discípulos de su hijo.

El primero fue Pedro, con el polvo del camino todavía en el manto y el peso de los años

en Aljesto.

Después su hermano Andrés siempre dispuesto a acercarse a María.

Y luego, Juda Estadeo, cuya firmesa se advertía en la calma con que observaba cuanto

la rodeaba.

Al encontrarse de nuevo, se abrazaron largamente con lágrimas en los ojos.

También estaban allí Lucio y Flavia, quienes siempre habían hallado en ese hogar con

suelo, escuche de protección.

Porque aquella casa había sido para ellos un refugio, al igual que para sus hijos.

Asamuel observaba atento desde el umbral, intuyendo la gravedad de aquel momento.

Asulados se encontraba su hermana Miriam, con las manos entre lazadas, sin apartar la mirada

del lecho.

Más atrás también estaban Caled y Valeria, que años antes habían unidos sus vidas conforme

a la ley de Israel.

Los acompañaban sus hijos, Jonas y la pequeña Tamar, aferrada a la túnica de su madre.

El día alzaba la voz.

En vuelta de tanta gente querida, María abrió los ojos muy despacio y paseó la mirada

por la estancia.

¡Flavia!

Susurró.

Ella se acercó y se rodeyó junto al lecho.

La madre de Jesús le cogió la mano.

Permanecieron así unos instantes.

Cuando era pequeño, lo llevamos al templo de Jerusalén.

Dejo María, con voz débil, pero clara.

Allí había un anciano.

Se llamaba Simion.

Tomó al niño en brazos y habló de su destino.

Sus ojos se humedecieron.

Aseguró que sería causa de caída para unos y de elevación para otros.

Después se dirigió a mí y profetizó.

Y a ti misma, una espada te atravesará el alma.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Flavia.

Y María la miró con dulzura.

No llores.

Ninguna vida entregada por amor se pierde.

En ese instante, Pedro se acercó al hecho.

En sus manos llevaba el pan bendecido.

Desde los primeros días, los discípulos solían reunirse así.

Leían las escrituras, elevaban sus plegarias y compartían el pan y el vino.

Recordando las palabras que el maestro había pronunciado en la cena que celebraron juntos

antes de su pasión.

El apóstol ungió la frente de María con aceite performado y después partió el pan.

El cuerpo del señor dijo apenas.

Ella se incorporó para recibir la comunión.

Juan le acercó el pequeño caliz y bebió.

Con una pácina audita en la mirada, la madre de Jesús se recosó entonces sobre los

cojines y al cruzar las manos sobre el pecho.

Sus labios se movieron en una última oración.

Luego su respiración se volvió cada vez más lenta y tranquila.

Se extinguió a su espiro.

Nadie que bró el silencio.

Flavia sintió ese último suspiro como una espada atravesándole el alma.

Allí estaba la madre.

La madre que le había acompañado en el dolor, que había comprendido su sufrimiento y

fortalecido su fe.

La madre que había velado a su hijo volvió al fin con él.

En que de algún modo siempre estaría en sus corazones.

La calma no abandonó el rostro de María que parecía dormida mientras los apóstoles

oraban en voz baja.

Las mujeres comenzaron entonces a preparar el cuerpo conforme a la costumbre.

Le lavaron la cara y las manos con agua.

El aire se llenó de la aroma profundo de la mierda, el nardo y el aloe.

En el acción de la licadeza, envorvieron el cuerpo con dieczos blancos y metieron entre

los priegas hojas de laurel y zóres del hirio.

Más tarde los hombres colocaron el cuerpo sobre unas andas y los sacaron de la casa.

Delante marchaban algunos discípulos recitando los almos.

Las antorchas, protegidas en canabazas uecas, temblaban sobre los bastones.

La via que agraa con fuerza a las manos de sus hijos.

No podía apartar los ojos del cortejo que avanzaban entre los olivos.

Al cabo de media hora llegaron a la pequeña cueva que Juan había preparado tiempo atrás,

en cuyo interior había un lecho de piedra.

Los apóstoles introdujeron el cuerpo y lo depositaron en el hueco excavado para recibirla.

Otra otra entraron a despedirse.

Cuando todos salieron, cubrieron la entrada con una estera y cabaron delante un pequeño

oyo.

Lucio trajo entonces un arbusto de mierto.

Las hojas de un verde oscuro brillaban aún con la humedad de la tierra y entre sus ramas

colgaban pequeñas vallas.

Lo plantaron con cuidado y lo regaron sin pronunciar palabra mientras la noche se extendía

sobre la colina y el viento del mar subía despacio desde el valle.

Las hojas del mierto se movieron con la brisa.

El arbusto crecería en la entrada del sepulcro y se percibiría en el aire superfume.

Juan permaneció un momento frente a la cueva antes de retirarse con los demás.

Todos comprendieron entonces que la madre, si había encontrado con su hijo, para siempre.

Campo amor.

25 de mayo de 2026, coincidiendo con el cumpleaños del padre Pío.

Nota del autor.

La madre cuenta con una amplia labor de documentación histórica, pública y espiritual.

Entre las fuentes fundamentales que han servido de inspiración para reconstruir la vida

de María de Nazareth, destacan los evangelios canónicos, los hechos de los apóstoles y diversos

evangelios apócrifos, cuya lectura comparada ha permitido enriquecer el contexto religioso,

cultural y humano de las primeras comunidades que surgieron tras la muerte de Jesús.

También han resultado especialmente valiosas la visión de la veata a la Catalina Emérico

sobre la vida de la Virgen María, así como la obra mística Ciudad de Dios de Sormaria

Jesús de Agreda.

Dos referencias imprescindibles en la tradición espiritual mariana.

Junto a ellas, las conversaciones mantenidas con teólogos y especialistas en el mundo

religioso del siglo I han contribuido a dotar de profundidad y coherencia a numerosos

pasajes de la novela.

La reconstrucción del contexto histórico se apoya igualmente en el asesoramiento de historiadores

especializados en el imperio romano, la Judea del siglo I y los orígenes del movimiento

que nació tras la muerte y resurrección de Jesús.

Para recrear la situación política de Roma, bajo el gobierno de Carígula, se han consultado

entre otras fuentes clásicas las obras de suetónio, dioncásio y flavio Josefo,

además de estudios modernos de reconocidos especialistas.

El propósito ha sido ofrecer al lector una narración fiela al espíritu de la época

con el máximo rigor histórico, sin renunciar por ello a la intensidad emocional, la dimensión

humana y espiritual de sus protagonistas, ni al pulso narrativo propio de un relato de

aventuras, intriga y suspense, tejido a través de múltiples tramas y personajes cuyas

vidas confluyen finalmente en un mismo destino.

Agradecimientos Al cerrar esta novela siento que la

gratitud ocupa un lugar tan importante como la propia historia, porque ningún libro

nace únicamente de quien loscribe, también es fruto de quienes crén en él, lo acompañan,

lo enriquecen y lo ayudan a encontrar su camino hasta los lectores.

Mi agradecimiento más profundo a Núria Cabuti, Juan Díaz, Carmen Romero, David Trias, Ana

María Caballero, Celia Santos, Rita López, Jimena Diez, Irene Pérez y Núria Alonso, José

Rafoso, María Reina de la Puebla, Conchita Struga y Carlos Ramos.

Gracias por vuestra confianza, cercanía y compromiso, todos habéis dejado vuestra huella

en estas páginas.

Mi reconocimiento se extiende también a la gran familia de Penguin Random House.

Tenido el privilegio de compartir este nuevo camino con un equipo destroinario talento

y sobre todo con personas que aman los libros y saben que cada novela solo encuentra su

verdadero sentido, cuando confluyen la ilusión de quien la escribe, el trabajo de quienes

la hacen posible y la emoción de quienes un día la abrirán por primera vez.

A todos vosotros os pertenece también una parte de la madre.

Gracias por acompañarme una vez más.

Coordinadora de la producción María Garau.

Copyright del texto.

Copyright 206.

José María Zabala.

Copyright 206.

Penguin Random House Grupo Editorial.

SAU.

Copyright de la producción.

206.

Penguin Random House Grupo Editorial.

SAU.

Todos los derechos reservados.

Penguin Random House Grupo Editorial.

Apoya la protección de la propiedad intelectual.

La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las

ideas y el conocimiento.

Promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este audio libro y por respetar las leyes

de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por

ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que Penguin Random House Grupo

Editorial continúe publicando audio libros para todos los audio lectores.

Ninguna parte de este audio libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito

de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Penguin Random House Grupo Editorial se reserva expresamente la reproducción, la extracción

y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos

y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados.

Artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24barra 2021.

En caso de necesidad, contacte con seguridad, productos, arroba, Penguin Random House.com

Audible, hope you have enjoyed this program.